3 1761 07962741 0

Digitized by the Internet Archive
in 2011 with funding from
University of Toronto

http://www.archive.org/details/notaseimpresione00can

"LA CULTURA ARGENTINA"

MIGUEL CANÉ

I
f 523
19

Notas e Impresiones

Con una introducción de
ERNESTO QUESADA

BUENOS AIRES
«La Cultura Argentina» — Avenida de Mayo 646

1918

LIBRARY
NOV 13 1968
UNIVERSITY OF TORONTO

D
398
C3

INTRODUCCION

Con verdadero placer se lee este libro del autor de la traducción del "Enrique IV" de Shakespeare y de su eruditísima introducción; no se había borrado todavía el recuerdo de esa obra cuando apareció esta serie interesante de impresiones del viajero impenitente, recogidas durante su última permanencia en Europa. Este solo hecho demuestra que Cané (le llamo así a secas, porque un escritor de su fuste se ha emancipado del prosaico señor), a pesar de su característica de hombre de mundo, un tanto desdeñoso de la glorificación literaria, vuelve felizmente a cultivar las letras que hicieron el encanto de su juventud y a las que debe, en puridad de verdad, la envidiable reputación intelectual de que goza y su consagración como literato... un poco a pesar suyo, si hemos de recordar aquella desencantada epístola dirigida al poeta Leopoldo Díaz, en un triste momento en que fué moda lamentarse de la esterilidad, y aun nulidad, de las generaciones jóvenes. Todavía hoy no se ha despreocupado por completo de la *pose*, un si es no es quisquillosa, de la bandería de los *clubmen*, que él mismo califica de "gente escéptica, *gouailleuse* y reaccionaria" cultivadora del *m'en fichisme* aplicado a todo y por todo... Pero al través de la ironía constante de que hace gala, y de la nota de *humour* de que a las veces hace alarde, se revela

más humano, más natural, más espontáneo y, por ende, más encantador.

Político de primera fila en su país, parece experimentar la necesidad — realmente innecesaria — de afirmar, si cabe, su calidad de hombre intelectual. No le bastan sus triunfos parlamentarios, su actuación en los consejos de gobierno, su intervención activa en la política de partido: pertenece al grupo de hombres que llena el escenario del día, y, sin embargo, en medio de tanto éxito lo pica otra vez (y no por cierto a la chita callando) la tarántula de las letras; de esas pobres letras que los triunfadores políticos hacen gala de menospreciar, sonrientes ante el espectáculo de los pocos ilusos que persisten en cultivarlas. ¡Ah! las letras... no dan posiciones políticas, ni influencias, ni granjería alguna. ¿Por qué, entonces, se las codicia tanto? La explicación es quizá sencilla: porque son también un bálsamo, porque consuelan de las decepciones de la vida; y seguramente por esto es frecuente el ejemplo de los grandes políticos y los estadistas descollantes que, fuera del poder o ya en el retiro, se han refugiado en ellas y las han ensalzado como si fueran lo único duradero, como si su acción "práctica" hubiera sido efímera o de suyo destinada al olvido. Cané, a pesar de su accidentada existencia de hombre público y mundano, a pesar de la manera — un poco señorona — con que acaricia de tiempo en tiempo a las musas, torna a ellas con amor: son sus antiguas conocidas; encarnan para él a la Beatriz de los ensueños de su primera juventud, y, ahora, convertidas en la figura majestuosa que ilumina el Purgatorio dantesco, las corteja con cierto delicioso matiz de respeto y de ligerísimo temor; sus galanteos son más platónicos y, a la vez, más irreprochables; ya no se permitiría aquellos asaltos audaces y aquellos abrazos

desenfrenados de sus precoces *Ensayos*... La nieve de los años ha morigerado los ardores primaverales.

El origen de este libro está explicado valientemente en las palabras con que lo encabeza: se compone de las correspondencias que, siendo ministro nuestro en París, enviaba desde allí a *La Prensa*, firmándolas con el pseudónimo "Travel". No sé hasta qué punto pueda aplaudirse esa peligrosa dualidad del diplomático y del periodista: aquél, por su índole, de una discreción exagerada; éste, por su carácter, de una indiscreción absoluta. Verdad es que el caso no es raro entre nosotros, y precisamente uno de los recientes ministros del gobierno nacional ha reunido hace poco en un volumen, con su firma, las correspondencias que enviara a *La Nación* con el pseudónimo de "Ignotus", cuando desempeñaba en Wáshington el cargo de plenipotenciario argentino. Pero cabalmente esto demuestra lo peligroso de tal dualidad, porque García Mèrou no ha querido publicar todas sus correspondencias, ya que alguna suscitó una oficiosa interpelación diplomática. Ser o no ser: o diplomático o periodista... Esto quizá hará sonreir a Cané, quien no pierde ocasión en su libro de burlarse finamente de la carrera, de la tradición, del protocolo, hasta de las exigencias de la etiqueta formulista y de las enojosas cuestiones de precedencia; por más que todo ello, como las pelucas de los jueces ingleses y las togas de los magistrados franceses, contribuya a rodear las misiones diplomáticas de cierta aureola que las emancipa del vulgum pecus y del régimen, un tantico peligroso, de la camaradería cursi, que algunos conceptúan necesaria a fin de pasar por demócratas de buena cepa. Hay, es verdad, no poco de criticable en aquellas fórmulas y costumbres, pero son éstas de im-

portancia para que las legaciones se encuentren protegidas por un nimbo de respeto y consideración que no debe perderse. La llaneza criolla, al pasarse a la otra alforja, quizá se convierte en la guarangueria, que tanto demuestra detestar este libro: un diplomático no es un particular, y la pompa que rodea a una embajada no es homenaje a la vanidad individual, sino tributo de respeto al país representado. El día en que se borren todas esas adorables futilezas se correrá peligro de que la diplomacia sea también presa del rastacuerismo.

Mientras tanto, el presente volumen revela al diplomático serio y estudioso, que profundiza las cuestiones políticas y económicas, y que, como en la página notable donde contrapone los excesos del feroz proteccionismo francés a la decadencia del comercio franco-argentino, mira bien y hondo tanto que sus palabras parecen profecías, lo que deja columbrar el interés palpitante que han de tener sus comunicaciones oficiales a la cancillería. De todas maneras, y cualesquiera que sean las salvedades que se hagan respecto a la dualidad del diplomático-periodista, con motivo del libro que nos ocupa, forzoso es convenir que ha orillado la dificultad con habilidad extraordinaria.

Desde luego, se desprenden de esta obra fecundas enseñanzas. El capítulo "cláusulas, candados y otros instrumentos de tortura", es un estudio concienzudo bajo su aspecto ligero. La cuestión económica se encuentra allí desmenuzada de mano maestra, sin abusar de las cifras (siempre fastidiosas) ni de las disquisiciones doctrinarias, que suelen horrorizarlo: "sólo en uno que otro parlamento sudamericano, muy desocupado, resuenan aún los ecos de ese género de elocuencia". Tal lo dice; y si la frase es algo cruel, no deja por ello de tener su razón de ser. Por eso, sin apoyar de-

masiado, suele demoler los principios absolutos — los "grandes principios" — con un formidable golpe de maza: al proteccionismo lo califica de carro de Jaggernaut, agregando sencillamente: "cuyo recuerdo está fresco en la memoria de todos los que estudiamos geografía por el libro de Smith", picante contraposición del Asa del librejo con el Adam del librote, cuya riqueza de las naciones resulta así ser bagaje demasiado serio, reservado sólo para "los sabios de tiro pesado"... El común de los lectores habría sufrido un verdadero desencanto si en este volumen — parisiense por su aspecto y por su contenido — se hubiera encontrado con alguna abstrusa discusión de las doctrinas de Adam Smith: lo mismo puede decirse (y lo dice Cané con singular gallardía) con la sonrisa en los labios, y permitiéndose el lujo de hacer intervenir en tan graves cuestiones hasta a... su manicura de París, que se me antoja una de esas cincuentonas "que han visto en su vida el iris entero", como lo insinúa con sorna el elegantísimo *causeur*.

Sí, *causeur;* ésa es la característica del autor, Es un mundano lleno de ingenio, que derrama su vastísima experiencia en esas frases áticas, ligeramente picantes como la espuma del champaña, que distinguen a la encantadora *causerie* francesa: conversación amable e intencionada, salpimentada de ocurrencias chistosas, amante del culto *persiflage*, y llena de esa finísima ironía que sólo los escritores de raza han sabido trasladar a las páginas del libro. Se lee a Cané como si se le oyera conversar; sólo se echa de menos el timbre simpático de su voz, su gesto sobrio, y los matices fugacísimos con que la expresión de la fisonomía subraya su palabra fina y cortesana. La suave ironía que emplea y su fácil filosofía de la vida (a las veces un tanto contrariada por ciertas alusiones al re-

curso prosaico del revólver, "el buen amigo para el supremo momento") lo clasifican entre los discípulos de Anatole France; cuyas obras, en efecto, ensalza con un entusiasmo desbordante, efusión que sorprende en un mundano tan atildado; lo llama "el primer escritor contemporáneo", dice que su *Rôtisserie* es la "creación más inimitable de nuestro tiempo" y que es la suya "la prosa más elegante y flexible que sea posible encontrar en el cuadro de la literatura".

Quizá ese desbordamiento de entusiasmo revele al apasionado *boulevardier*, y demuestre el estado de ánimo especial que Gondinet ha encarnado en aquel delicioso juguete: "Un Parisién", que Coquelin gustaba representar con naturalidad infinita. Sea. Encuentro posiblemente excesiva la hipérbole, pero respeto la admiración del autor, tanto más cuanto que realmente se pasan horas encantadoras leyendo "L'orme du Mail" y los demás libros seductores y burlones del escritor que mejor personifica ese *sprit* especialísimo que se desprende del asfalto de París. Encanta a Cané esa "obra maestra de la ironía", admira "la flexibilidad elegante y acerada que requiere la ironía más fina y más profunda"; y aplaude "la dulce indulgencia, nacida de un encogimiento de hombros y de una sonrisa, a través de la cual las pasiones, los vicios, los crímenes y hasta las bajezas de los hombres, sólo se ven como movimientos instintivos sin importancia y sin responsabilidad". Tal parece ser el ideal del escritor argentino... No podría decirse, sin embargo, que esa tendencia sea de la hora undécima; por el contrario, desde su más tierna juventud quemó incienso, burla burlando, en los altares de la ironía y de la sátira. Antes de Anatole France, su modelo favorito fué Prosper Merimée y seguro estoy de que, entre la *Reine Pédauque* y

Colomba, su elección sería difícil; y aun creo que preferiría al autor de ésta, porque representa la quinta esencia del grupo singularísimo de los *joyeux viveurs* de mediados del pasado siglo: mundanos brillantes y ultra refinados, cuyo recuerdo parece hoy fabuloso, y que concretaban su amable filosofía a la substanciosa máxima: "el mal gusto conduce hasta el crimen". Son, además, curiosamente paralelas las vidas del último de aquellos autores y del que nos ocupa: ambos artista de corazón, favoritos de la ciega fortuna, dotados de profunda sensibilidad, pero temerosos de exponerla a las miradas de los profanos; los dos emplean el mismo procedimiento literario, usando — y aun abusando — de la ironía culta, elegante, finísima como hoja toledana, y sin abandonar, por un instante siquiera, su actitud correcta de hombres de mundo irreprochables.

Por eso, no cabe admitir que Cané se encuentre desencantado de la vida, o que, ya en el otoño de la existencia, todo lo mire al través de la lente convexa de un escepticismo absoluto. Es verdad que hace la friolera de 20 años, en un libro ruidoso ("En viaje"), pareció complacerse en exagerar esa desilusión y en adoptar la actitud de un desencantado, aburrido de todo. Pero había mucho de literario en ese matiz; tan es así, que hoy mismo tiene páginas en las cuales su alma, entusiasta y llena de esperanzas, entona verdaderos himnos: el recuerdo de sus aventuras juveniles en la época de los "terceros", su constante *sursum corda* a la nueva generación, sus mismas cuasi profecías—como la que termina la larga e interesantísima traducción del diálogo entre M. Bergeret y el abate Lantaigne — están henchidas de fe en lo porvenir y en todo lo que hay de más generoso en el corazón humano.

Hay, pues, que tomar *cum grano salis* ciertos

pasajes en que aparece cruel y descreído. "La China — dice — es una calamidad y una amenaza en la historia, como el sufragio universal lo es en las instituciones". ¡El sufragio universal, "arca santa" de los republicanos de Hispano-América, calificado de calamidad y de amenaza!... Más adelante, estudiando la ola roja, ensalza el régimen francés de la arbitrariedad policial, siempre que el fin justifique los medios. En otro lugar dice: "buscar a la política de un pueblo reputación de honestidad, que, en el lenguaje internacional, se traduce por tontería, es simplemente un crimen más, una necedad que se paga caro". ¡Cómo! ¿Eso dice un ex diplomático, que ha tenido que hacer suya la política de una cancillería que sostiene la doctrina de que "la victoria no da derechos", que condena "el derecho de conquista" y que ostenta como galardón la sonada nota al gobierno colombiano! *Excusez du peu,* como se diría en el idioma favorito del autor... Pondera por ahí la "deliciosa ley de expulsión de los extranjeros", que permite en Francia proceder administrativamente contra todo forastero poco cómodo; en lo que ha sido lógico consigo mismo, pues, como senador de la nación, ha presentado un proyecto de ley de ese género. Por último, en alguna parte alaba a Maquiavelo, de quien dice que "ha trazado con toda sinceridad las reglas que deben observarse en las relaciones de los pueblos".

Es posible haya querido, con esas y otras exageraciones, contribuir a extirpar ciertos sentimentalismos que le hacen exclamar: "¡dejémonos, pues, de lirismos!". En ese sentido deben tomarse las páginas en que fustiga las tendencias radicales y socialistas, que privan en los círculos gubernamentales de Francia. Por lo demás, su idiosincrasia de crítico "sin miedo y sin tacha", lo hace emplear

a veces una franqueza sorprendente, como cuando traza retratos singulares de los diplomáticos con quienes ha vivido: "ostentan — dice — ese aspecto impasible, que el vulgo atribuye a elevación de pensamiento y dominio de la vida, y que no es, ciento una vez por ciento, sino la traducción plástica de un vacío inmenso y desolado dentro del cerebro y de una sequedad de yesca al sol, dentro del corazón". En ocasiones revela confidencias de ciertos embajadores, que hacen parar los pelos de punta, como la teoría del ministro otomano relativa a Creta y a la perspectiva de "hacer saltar todo ese islote maldito con dinamita". Por otra parte, recuerda con extraña indiferencia a todos los grandes hombres que ha podido tratar o siquiera ver, desde Manzoni, Víctor Hugo y Li-Hung-Chang, hasta Bismarck; de este último se expresa con una crudeza de lenguaje digna de un francés irreconciliable, pues habla de su infidencia, de su felonía, de sus fechorías... En cambio, es deliciosa su entrevista con Víctor Hugo: éste, "equivocándose en el nombre y profesión de las personas que recibía, hablando del porvenir de la Europa a un maestro de escuela que venía a pedirle una carta de recomendación; y diciéndome, al despedirme con aire conmovido y los ojos muertos, al tanteo: *dites a votre petite republique que je l'aime bien!*" A las veces, suele ser algo injusto. Cuando ridiculiza a d'Haussonville y su artículo con motivo del viaje del zar, publicado en la "Revue des deux mondes", dice de ésta que es la "revista que Buloz supo hacer tan pesada y Brunétiere tan antipática"; pero, un centenar de páginas más adelante, se olvida de ello y la recomienda efusivamente a propósito de una *tartine* económica del señor d'Estournelles...

La parte del libro titulada "Notas políticas" está llena de observaciones sagaces y de conside-

raciones atinadas sobre la situación de Europa, los antagonismos de sus diversas naciones, el equilibrio continental, las alianzas y demás temas por el estilo. Logra frecuentemente matizar tan serias disquisiciones con ciertos cuadros picantes, como el recuerdo de su participación, en calidad de ministro diplomático, en los incidentes del nacimiento del actual rey de España... En general, los temas de política trascendental revelan al estudioso que utiliza su última lectura, y que siente la necesidad de apoyarse en las muletas de macizas transcripciones. En el fondo, se ve que ése no es su terreno favorito, que se siente allí un poco incómodo y como deseoso de abandonarlo cuanto antes; él mismo nos dice: "estoy hasta el cuello repleto de ese tema y, cuando se produce un espiche, el chorro no para". Aun en medio de tanta seriedad, su espíritu se revela juguetón. Así, nos presenta a un hombre de estado, "uno de los directores de la política internacional francesa", quien le desarrolla teorías originalísimas sobre el porvenir de las naciones: "el corte de los pueblos del siglo XXI y XXII — dice aquel personaje bromista — será el del Paraguay del doctor Francia". Otras veces, con un *humour* digno de Mark Twain, nos dice que "un reciente tratado de arbitraje, celebrado entre dos países sudamericanos, se explica perfectamente por el estado de salud de los hombres dirigentes, políticos y militares, de uno de los estados contratantes".

...Donde es insuperable es cuando su pluma, libre de reatos, se desliza ligera y alegremente sobre temas de arte, de viajes. de costumbres. Se diría un duque de Saint Simon, pero "du dernier bateau". ¡Con qué elegante soltura roza apenas esos temas preferidos, y caracteriza paisajes y situaciones con una simple fugitiva alusión! En esas pá-

ginas el autor ya no se observa, no disimula su idiosincrasia; se descubre como *boulevardier* completo, hasta en el uso del caló parisiense más típico. Se pasea por Suiza y la lluvia le persigue tenazmente; ¿qué se le ocurre?... "*je t'en fiche* de lagos, de caminos y de panoramas". Lo deslumbran las bailarinas de l'Epatant y su admiración se traduce por un: "*oh! mes enfants!*", que es un poema. Los galicismos lo desbordan entonces; "embárcase en esa galera", se codea con los que "han hecho ese puesto"; la serie continúa con "jugar la piel" y se reproduce un "elito" con perturbadora frecuencia, sin contar con el tolerado "hombre de espíritu". Sin duda no tienen esas nimiedades mayor importancia: las cito sólo en recuerdo de cierto valiente artículo del autor, sobre la cuestión del idioma, y en el cual decía: "la circunstancia especial de ser éste un país de inmigración, hace peligrosa la doctrina que informa el libro del señor Abeille (el del "idioma de los argentinos", especie de francés desleído en palabras castellanizadas y cuya "sintaxis toba" lo hacía sonreir) y más necesaria su categórica condenación". Pero "es igual", como dice el autor: sin embargo, cierta "discusión asimptota" se me antoja algo excesivo...

Es lástima que no haya castigado esos defectillos. El general Mansilla (la autoridad no podrá ser tachada de exageradamente ortodoxa en asuntos de purismo) escribía hace poco: "En materia de lengua no soy precisamente un radical. Pero tengo al respecto (aunque no sea hablista, harto lo siento) ideas radicales: los pueblos que no hablan bien, piensan torcidamente. Voy más lejos, digo con un moderno escritor italiano: "La lingua é come lo spirito stesso divenuto visibile, sensibile. Nella lingua v'é tutto ció che un popolo ha pensato, sentito e sofferto. Portandola fuori dei con-

fini, noi vi portiamo lo spirito stesso della nazione, conquistiamo l'animo dei nostri vicini". La lucha por el bien decir es promesa del bien pensar. Admiro el genio de los precursores, esos como adivinos que hemos tenido, mas no para imitar su jerigonza castellana, ora su selva obscura de ciencia mal digerida. Porque, al fin y al cabo, el porvenir y los remedios, para que sea lo que debe ser, no están en manos de los que se van como caballos patrios, mancos o cansados". El razonamiento es gráfico.

Páginas de primer orden tiene Cané en diversos capítulos del libro. Aquella en que se refiere a Nansen, es simplemente sublime. La del naufragio del "Ville de St. Nazaire", compite en belleza y justa indignación con la dedicada a la repugnante cobardía de los "caballeros de la gardenia" en el pavoroso incendio del bazar de la calle Jean Goujon. La descripción de las fiestas parisienses ("el loquero") con motivo de la visita del zar, y las relativas a la estadía de Faure en San Petersburgo, tienen la vida de un fragmento de Gautier o de un capítulo de De Amicis. La vuelta del viajero a París palpita de verdad, si bien sólo la apreciarán los genuinos globe-trotters. Las relativas a sensaciones de arte son sumamente sugerentes; las exposiciones anuales de pintura y escultura, la comparación entre la belleza y majestad del arte antiguo y el rebuscamiento forzado del "art noveau", con su sello de bizantinismo de la decadencia, demuestran en el autor un espíritu selecto y un gusto exquisito, refinado y educado en la contemplación de los grandes modelos. Tiene, sobre todo, una precisión singular para caracterizar las tendencias; el "ideal seco" del solemne Puvis de Chavannes, "que empuja al sueño", es sencillamente lapidario.

En esta parte de su libro es donde muestra ser

un verdadero colorista: su frase, llena de vida, pinta con vigor; y el autor, nervioso e imaginativo, parece no encontrar términos suficientemente plásticos para dar forma a sus sensaciones. Quizá por ello, y por estar además enamorado hasta la adoración de la hermosísima lengua francesa, abuse tanto de ésta, en la que a ratos parece pensar y, a las veces, escribir. No es esto un reproche; "los coloristas — se ha dicho — han renovado la lengua, inyectando en el viejo léxico la sangre joven de una retórica sonora y opulenta, a pesar de lo cual siempre se quejan de lo pobre y pálido del idioma existente: por eso recurren con frecuencia al neologismo, dislocando a menudo la sintaxis: diríase que padecen de hiperestesia; sienten con intensidad, y, al querer expresar la riqueza de sus emociones, no hallan términos suficientemente gráficos y sanguíneos: advierten que la palabra es inferior a la sensación y a la idea; quisieran que el vocablo cantase y relampaguease a la vez". Hay mucho de ello en Cané, y cabalmente es lo que constituye el nervio y el mérito del libro: sabe ver y expresar lo que siente, no emplea afeites ni circunloquios; es sincero, y esta cualidad le escuda hasta en las descripciones más escabrosas. Las páginas tituladas "Nueva estética" son de ello elocuente ejemplo; analiza una pieza de teatro y, en cierto momento, dice: "de un movimiento rápido, la artista se quita la bata: el seno y los brazos surgen blancos y luminosos de la ola de *dentelle*, mientras el busto permanece prisionero, pero no oprimido, dentro de un color tenue, suave, que obliga a la mirada, preocupada por otro lado, a fijarse en él; la saya cae dejando ver uno de esos *jupons* de Doucet...; el corsé es desprendido a la vez, ya sabéis: el primer broche primero, luego el tercero, el recalcitrante; es el momento psicológico"...

Se nota, desde luego, que la escena no está descripta sino pintada; es un artista el que ve, y viene a resultar así, como se ha observado alguna vez, un pintor extraviado en el campo de las letras.

Por lo demás, el libro está lleno de observaciones justísimas. "Hay que formar las inteligencias — dice en un capítulo hondamente meditado —, darles la elasticidad necesaria, más tarde, a la rapidez de las percepciones. Eso es lo que nos ha faltado, eso es lo que nos falta; y a eso deben tender todos nuestros esfuerzos. Son los estudios desinteresados, las nociones que por decoro el espíritu humano debe adquirir, todas esas deliciosas cosas inútiles que hacen la vida amable, las únicas que podrán levantar nuestro nivel intelectual, que no se eleva mucho...".

Paso por alto los párrafos "arriesgados", que dedica a determinadas costumbres libres del París de los extranjeros; a los espectáculos del Chat Noir y hasta la exhibición macabra del mentado cabaret du Néant, cuyos empleados visten como lacayos fúnebres y donde, al servir los licores, se les ofrece como si fueran caldos de cultivo de los microbios más repugnantes... para concluir representando cuadros vivos funerarios, de un "cabotinismo" de suburbio, y todo ello ante un público de forasteros boquiabiertos, acompañados de gritonas "cocotitas" (vaya el tal diminutivo) finiseculares! Eso y las mentadas "desnudadas" que retozonamente se complace en describir, demuestra por una parte que ha estado siempre *"dans le train"*, pero, por la otra, dan un cierto gustillo *"faisandé"* a esa parte del libro, como si estuviera destinado a lectores de paladar estragado. Comprendo que ese "ijadear" — para usar su verbo favorito — tiende a censurar costumbres perniciosas, pero...

En cambio, el ex intendente municipal se revela en sus minuciosas observaciones edilicias sobre la circulación urbana en París. Lo relativo al metropolitano es hoy ya historia antigua y a ese limbo debe relegarse la zafada canzoneta de café-concierto: "C'est le metropo, le metropoli, le metropolitain".

Tiene también el autor algunas páginas amargas. La tremenda diatriba contra las eminencias médicas — los famosos "especialistas", — ha sido evidentemente escrita en un momento de mal humor. La relativa al decreto sobre diplomas universitarios *pour l'exportation,* es merecida. Aquella en que ridiculiza los "macanazos"—se ve que no desdeña ciertos argentinismos... — de Monsieur Maurras y compañía, es realmente abrumadora: "como siempre—dice—el record de todas las insanidades, absurdos, incongruencias e ignorancias geográficas, lo conservan los franceses".

Se nota lo profundamente encariñado que se encuentra con la vida de París, al leer sus descripciones, escritas con deleite; cierta página relativa al "Bois" encanta, por más que causa asombro la afirmación de que allí no hay trotadores... a pesar del espectáculo deslumbrador de los Campos Elíseos cuando a las tardes, desde el Arco de la Estrella, se lanzan los carruajes en vertiginosa competencia hacia la plaza de la Concordia. Su grima contra los ómnibus y los cocheros de fiacre, es típicamente parisiense. Lo mismo diré de su himno a los autos y a los chauffeurs, pues ese sport, viable sólo en países de espléndidas carreteras, como Francia, será por mucho tiempo un exotismo tras los mares.

Las notas de viaje no ofrecen menos novedad. Su rápido paso por Suiza, al través de la recordada lluvia, le ha dictado párrafos parciales que lo lle-

van hasta presentarlo como insensible a bellezas verdaderamente indiscutibles, por más que sea cosa trillada la admiración de la Jungfrau o el encanto del lago solitario de Brienz. Todo allí le parece aburrido, y escribe y piensa como un simple enamorado del asfalto que se extiende desde la Magdalena hasta la Bastilla. Su mal humor es tan subido que llega hasta a repetir bromas, como esta: de Berna, dice, que es "el limbo de todos los fastidios, la ciudad deformadora por excelencia". Y agrega: "he oído decir que, entre los diplomáticos, no hay noticia de que un joven secretario haya escapado a la imbecilidad después de dos años de permanencia en Berna"; y como si esto no bastara y fuera menester subrayar el chascarrillo, añade: "lo peor del caso es que casi todos los jefes de misión en Europa han hecho ese puesto"...

Es cierto que, cuando se propone producir un efecto determinado, se autosugestiona, y el recuerdo del Tristán Shandy parece serle una obsesión. Así dice: "tengo el mayor respeto por los snobs y su valor me ha inspirado siempre una admiración temerosa". Y continúa: "cuando les veo afrontar los dolores físicos dentro de un calzado estrecho, de un cuello alto y férreo o de un jaquet compresor; cuando les contemplo arrostrando impávidos el ridículo en calles y salones o trepados en la alta y estrecha silleta de un bar, con los dedos apoyados en el mostrador, fija la mirada, que simula un ensueño profundo, en el vaso de whisky que contemplan durante horas enteras, en una inamovilidad que envidiaría Simón el Estilita, no puedo defenderme, lo repito, de un sentimiento de alta consideración por esos curiosos fenómenos de nuestra especie". El lector sonríe; decididamente, el autor no ha querido que su "efecto" pase inadvertido. Por lo general, es irreprochable en su

sátira. Sus cuadros de la vida singular de Monte Carlo son inimitables. Se destaca en esas páginas aquel deslumbrador paraíso terrenal, en el cual las gentes viven de día y de noche encerradas en los vastísimos y dorados salones perpetuamente iluminados con luz artificial, del soberbio "Cercle des Etrangers", cuyos jardines maravillosos están siempre solitarios, llegando hasta ellos sólo el rumor de la respiración jadeante de los millares de jugadores, que echan raíces al derredor de las mesas, donde no se oye otro ruído sino el típico: "Messieurs, faites vos jeux," hasta que el rodar de la fatídica bolilla provoca el "rien ne va plus", y la rasqueta de la banca recoge los montones de luises sonoros.... El autor, sin embargo, llevado de su entusiasmo, ha empleado un tecnicismo que sólo los iniciados deben comprender: la presencia del "pato" principia a perturbar a los jugadores, que se olvidan de la "matufia" por más "abonados" que sean, y pierden así la "vena", demostrando no tener "estómago"; de pronto, en el baccará hacen "paroli", ganan con "uno" los dos tableros, abaten ocho, pero los revientan con un nueve por costado; no aciertan con la casilla necesaria, en el chaquete, y hacen pérdida después de billa; en el poker, no ligan la tercera pierna, o, con 4 reyes se estrellan contra 4 ases, o sacan un solo de oros por ciento... He tratado de citar fielmente al autor, pero confieso que no entiendo jota de esa jerigonza imposible, por más que aquél, llevado de su descripción, diga: "aunque improbable, puede ser que alguno de los que estas líneas lea, no haya jugado nunca, lo que no creo". Pues debe creerlo: ¡me ha tocado esa "*guigne* negra", como él la llama!

Imposible sería seguirlo en todas sus descripciones; de todo se ocupa y a todo se refiere. Su cuadrito de la Selva Negra es una perfecta y seduc-

tora miniatura. No podría decir lo mismo de lo referente a la Villa des fleurs, de Aix-les-bains; todo le ha parecido deplorable en la coqueta ciudad de Saboya, y hasta el poético lago de Bourget lo encuentra "triste y sombrío". Nada le dice a su alma de artista aquella comarca encantadora: ni la bella Annecy, con su lago incomparablemente hermoso y tranquilo, ni las gargantas estupendas de la Gran Cartuja, en las cercanías de Grenoble la pintoresca... ¡Indudablemente cruzó por Saboya en un mal cuarto de hora! Ese verano, el mal humor no le abandonó; Trouville, Deauville, nada encuentra piedad ante sus ojos; sólo París lo atrae... Y eso mismo, con beneficio de inventario, y tan sólo después de permitirse chistes de este calibre: "ya nos hemos hablado con dos o tres amigos franceses para aprovechar el próximo verano, si la estación es propicia y nos sentimos bien de salud, para ir a conocer el Jardín de Plantas".

¡Qué lástima que Cané se acuerde siempre de que es clubman, y, por ende, *gouailleur*, vale decir: "*je me'n fichiste!*" Cuando se olvida de ello, es admirable. Así, en su peregrinación a Bayreuth, para oir y gustar la música wagneriana, comunica al lector más indiferente una emoción indescriptible; se conoce que el autor es artista hasta la médula de los huesos, que siente íntimamente la música, que se compenetra con ella, y que realmente es digno de apreciar a Wagner.

El viaje, con sus forzados y continuos cambios de trenes, le pone un poco nervioso y le hace llegar mal dispuesto; quizá influiría en ello la puja fastidiosa e indispensable para conseguir por telégrafo asiento en el teatro, y tener que pagar 40 marcos por una simple butaca; o que le viera mal cariz al judío aquél, endemoniado, de la típica posada Zur Sonne... El hecho es que se dirige al teatro,

situado a media hora de allí, y al ver los barracones-restaurants que lo rodean no puede contener su fastidio y exclama: "me apercibo de que uno de los caracteres fisiológicos de la buena música es su franca virtud aperitiva". ¡Pero, señor! hay que penetrar al teatro antes de las 4 de la tarde y cada representación dura hasta las 10 de la noche, repitiéndose esto durante los tres días que requiere la trilogía famosa; los que asisten son oyentes fervorosos y que no admiten tibieza; todos los asientos presentan siempre un lleno completo y, en aquella obscuridad, durante la función, reina un silencio profundo, tanto que hasta la tos de los resfriados guarda el religioso recogimiento con que todos están pendientes de la escena, sin poder salir ni entrar después de comenzado cada acto... Seis horas diarias y seguidas de ese régimen justifican ampliamente que la dirección del teatro haya concedido una hora intermediaria para comer, y por eso el público se precipita a los restaurants vecinos.

Cané refiere amorosamente las impresiones experimentadas al oir el "Crepúsculo de los dioses", y, haciendo suyas las palabras de Nietszche, entona a su vez un himno a Wagner: "él ha salvado la música; él le ha dado las formas nuevas exigidas por el modo actual del entendimiento humano, y si Wagner ha hecho la composición musical imposible a todos sus sucesores, haciendo producir a todos los recursos del oficio su máximum de expresión y de efecto, a la verdad que no veo motivo ni de queja, ni de crítica, en la feliz coincidencia de haber cruzado sobre la tierra en momentos en que la habitaba el más grande genio musical que haya existido". Nada tendría que agregar a esa entusiasta declaración de fe, pero, para levantar tan valientemente ese pendón, es indispensable haber

hecho la peregrinación de Bayreuth; sólo allí se oye a Wagner en su integridad; sólo allí se aprecia su música en todos sus matices y sólo allí sus óperas — sus "dramas musicales" — hacen olvidar que se está sobre la tierra, y el espíritu, al oirlas, parece flotar en la región etérea del ideal y del ensueño!

...Aplaudamos, pues, al escritor que así demuestra ser artista y poseer una cultura excepcional. ¿Por qué, entonces, no repite estos libros deliciosos? ¿por qué no escribe más? Es posible que su amable epicureísmo se lo haya vedado, prefiriendo gozar de los placeres de la vida antes que inutilizar su existencia convirtiéndose en un benedictino. Y si tal es la explicación, no puedo menos de aplaudir con ambas manos; ha preferido lo mejor, lo positivo, lo verdadero. ¿Vale acaso la pena sacrificar la vida, siempre demasiado corta, en la vana persecución de una gloria literaria, que dura sólo lo que duran las rosas del poeta?... Pero es también posible que, satisfecho ya del conocimieneto del mundo, encuentre en las letras un verdadero consuelo y aspire entonces a escribir alguno de esos libros que cuentan, que hacen época, que consagran definitivamente una reputación literaria, "franqueando el límite que separa las obras distinguidas de las que pueden llamarse maestras". Barrunto que algo de eso flota ya en su espíritu, y precisamente porque así lo creo y desearía que fuera pronto una realidad, tentado estaría de repetirle: "Así va dejando Vd. tras de sí un rastro de obras, dignas de leerse, gustarse y estimarse, hasta el momento, que ya veo próximo para orgullo de todos, en que, encontrando Vd. su verdadera vía, nos dé la obra, su obra, digna en un todo de quien tanto sabe, tanto aprende y ahonda".

...Todo ha tenido Cané en esta vida: la suerte, de que nos habla en alguna parte de su libro; la fama entre los coetáneos y la reputación entre las nuevas generaciones; posiciones políticas de todo rango y alcance; cuanto puede proporcionar el dinero y ese don magnético de la simpatía, que todo lo atrae y lo subyuga; ha visto todo y de todo ha gustado; en todo ha puesto la mano, dentro y fuera del país; parlamentario, ministro, banquero, profesor, periodista, escritor... ¿qué no ha sido? Hasta le ha cabido la rara fortuna de hacer mentir al proverbio antiguo que hacía pagar con temprana desaparición el amor visible de los dioses; ha tenido juventud brillante, edad viril en situación de dejar rastro en la historia de su patria, y se acerca ahora, a paso lento y mesurado, a la noble edad madura. Alcanzará, no lo dudo, el límite extremo de ésta, porque ha resuelto el problema de la vida: ha nacido simpático, y ha sido un hombre feliz en toda la extensión de la palabra.

Su talento natural, vivo y penetrante, se ha desarrollado durante una existencia llena de luces, pasada en viajes constantes y en el roce de la alta sociedad de los países más diversos; de ahí esa elegancia suprema, esa gracia exquisita, que caracterizan el estilo de Cané. "Su cultura — se ha dicho — es más de viajes que de biblioteca, lo que, lejos de ser una tilde, se me antoja una alabanza. Recuérdese lo que Taine ha dicho, en tono de censura: hoy estudiamos, en lugar de objetos, imágenes; en lugar del terreno, el mapa; en lugar del hombre vivo, las estadísticas, los códigos, etc.... A ese trato directo con los hombres y las cosas debe quizá no pocas de las muchas simpatías de que goza: conoce el alma humana, sino como psicólogo, como hombre de mundo, y eso le basta para sortear en sus relaciones sociales los escollos".

Pidámosle, por lo tanto, que no sea egoísta y que multiplique sus libros, llenos siempre de deleite, para comunicarnos así, siquiera de reflejo, el secreto de su éxito constante y de su inalterable ecuanimidad, de su envidiable "don de gentes" tan difícil de adquirir, y de esa singularísima simpatía que inspira, la cual, al conquistarle los corazones, desarma la crítica y cubre sólo de rosas su camino!

ERNESTO QUESADA.

Marzo 20 de 1901.

Carta de Miguel Cané a Ernesto Quesada

Mi estimado amigo:

¡Qué gratísima sensación la de ser leído así, con tanta cortesía y con tanta inteligencia! Da gana de dejar todo de lado, inclinar la frente sobre el papel y decir todo, todo lo que anda por dentro, y decirlo con confianza, en la seguridad de ser comprendido.

Desde niño ha tenido usted palabras y sentimientos de simpatía para este su viejo amigo. Me da usted hoy una prueba, que aumenta mi gratitud y mi afecto.

Muy contento de que mis charlas hayan dado origen a su linda y artística carta, en la que pasa usted en revista, con la clara rapidez del relámpago, los temas que yo había rozado a medio correr. Algunas páginas de ese libro iban destinadas a tan pocos, tan raros, tan elegidos espíritus, que

era para mí entretenido pensar en las caras que pondrían al leerlas muchos millares de lectores de la hoja en que aparecieron. Usted, con curiosísimo olfato, ha descubierto dos o tres, sobre las que todos han pasado indiferentes.

Me pide usted un libro: está concluído, firmado casi, allá en el rincón autónomo del cráneo, que piensa en esas cosas mientras se defiende pleitos. No quisiera que fuera amargo; por eso no lo he escrito aún. Quiero que se acentúe en mi espíritu cierta tendencia a la tolerancia, que he conseguido conquistar con esfuerzo sobre algunas violencias de temperamento, y sobre la que cuento mucho. No estoy lejos del diapasón buscado; cuando el acorde me suene en armonía con mi deseo, me pondré al trabajo.

Gracias una vez más por la grata impresión que le debo; recuerde, le ruego, mi afecto de siempre, y ordene a su afectísimo S. S. y amigo.

MIGUEL CANÉ.

Abril 14 de 1901.

... Nada debe agregarse a esa hermosa carta. Tan sólo un dato bibliográfico: la alusión a juicios anteriores del crítico sobre el autor, se refiere a uno de los capítulos del libro *Reseñas y críticas* (1893), donde se analiza la obra de Cané, *En viaje* y que — en la reedición de 1917 — aparece reproducido como «introducción» a dicho libro.

NOTAS E IMPRESIONES

He reunido en este volumen la mayor parte de las notas de carácter artístico, político y social, tomadas en Europa, durante los años 1896-97, bajo la impresión de los sucesos mismos que las motivaban. La importancia de algunos de esos sucesos me ha hecho pensar que las páginas que les fueron consagradas pueden conservar, quizá, algún interés. Reflejan, por otra parte, en sus múltiples aspectos, un momento intenso de vida europea.

Fueron estas páginas escritas con destino a *La Prensa*, de esta capital, que las acogió con hidalga hospitalidad — y suscritas con un pseudónimo. Juzgué conveniente emplearlo, no sólo en razón de la posición oficial que en esa época ocupaba, sino también porque, aunque me esforcé constantemente en no tocar asuntos conexos con aquella, creí que el pseudónimo me permitiría mayor libertad y amplitud de criterio. Que pienso no haber abusado de ese recurso, lo prueba tal vez el hecho de firmar hoy, sin inconveniente, cuanto entonces escribió *Travel*.

M. C.

Marzo 1901.

NAVEGANDO

AL PASAR

Una mirada sobre el Brasil

A Gastão da Cunha.

De nuevo se abre ante mis ojos la más espléndida portada del mundo americano. Con la impasibilidad de la naturaleza ante la acción de los hombres, la bahía de Río Janeiro, inmóvil y serena en su eterna belleza, tiende sus brazos adormecedores al navegante fatigado. Las pasiones humanas se han agitado furiosamente en sus orillas, la muerte domina en ellas, airada e implacable como en pocos puntos de la tierra; el destino del pueblo que habita hoy el suelo brasileño es un problema, pero la bahía soberana sonríe como siempre, como sonreirá hasta la hora del cataclismo que la destruya (1).

He hablado del porvenir del pueblo brasileño, y, a la verdad, para nosotros los americanos, que tenemos viva y palpitante en la memoria la his-

---

(1) La bahía de Río acababa de ser teatro de los rudos combates originados por la sublevación de la escuadra a las órdenes de Custodio da Mello. Además, en el momento en que se escribían esas líneas, la fiebre amarilla reinaba allí con gran intensidad.

toria de los esfuerzos hechos para salir de la barbarie primero, para dar más tarde a nuestra sociabilidad bases de civilización estable, el estudio de lo que pasa hoy en el Brasil ofrece un interés singular.

El imperio brasileño, que era en nuestro último cuarto de siglo un anacronismo tan absurdo que se convirtió en germen inevitable de muerte, fué, indudablemente, en las tres primeras partes de esta centuria, una solución tan salvadora para aquella sociedad, que un espíritu creyente la habría llamado providencial.

Basta para un argentino figurarse los esfuerzos de Belgrano, Rivadavia y don Manuel José García, coronados por el éxito, y un príncipe de la casa de Borbón convertido en monarca constitucional del Río de la Plata. La solución de nuestro problema nacional se habría postergado simplemente y la corriente de las cosas se habría encajonado en su cauce natural tarde o temprano, esto es, la República representativa. Pero esa postergación habría evitado tal vez los más sombríos días de nuestra historia, el año XX, la tiranía de Rozas. Eso pasó exactamente en el Brasil: cuando todos los pueblos sudamericanos se agitaban en espasmos demagógicos semi-bárbaros, excepto Chile que hizo de su oligarquía de fierro un baluarte inexpugnable contra la invasión de abajo, el Brasil tomaba contornos de una nación culta, y en tanto que lo permitió la inmensidad de su territorio, su despoblación, la influencia de razas inferiores y la poca cohesión de su nacionalidad, se presentaba a los ojos del mundo como salida definitivamente del caos anárquico sudamericano y ocupaba un puesto respetado en el concepto europeo.

Esa fué la obra exclusiva del imperio; la ins-

titución monárquica desenvolvió allí todas sus virtudes y muy pocos de sus defectos. La caída del Luis XVI brasileño, tan manso pero más ilustrado e inteligente que el francés, no tuvo por razón ni el peso agobiador de la acumulación de culpas seculares ni, como se ha dicho, la esclavitud imperante en el Brasil. La esclavitud, en tanto que ha existido en cualquier pueblo, ha sido una necesidad social; los casos patológicos no se estudian a la luz de la moral, sino de la fisiología.

No; lo que tumbó al imperio fué simplemente el anacronismo, el conflicto absurdo e insoluble entre las ideas y las instituciones. ¡Un emperador, una corte, cuya simplicidad y deslustre habrían hecho, sin embargo, estremecer a un Saint-Simon, duques, marqueses y barones a granel... y Benjamín Constant enseñando el comtismo en las escuelas y señalando la ruta del porvenir en las aplicaciones prácticas de la filosofía positiva a la política!

¿Qué podía el viejo emperador contra esa víbora que había calentado en su seno, contra ese espíritu científico del que había sido un apóstol ardiente en las academias europeas y que cada vez que volvía a su patria se le presentaba bajo la forma de un republicano o de un socialista? Se puede vivir un año, dos, fuera de la lógica, pero al fin ésta recobra sus derechos y una mañana, sin una convulsión, sin un combate, el trono imperial fué un recuerdo. *Bien taillé,* dijo la Europa, que miraba con verdadera curiosidad aquel espectáculo nuevo en suelo americano: *maintenant, il faut recoudre.*

¿Cómo han cosido los brasileños el desgarro? En eso están, y no es por cierto al pasar y de una mirada que se puede juzgar la actual gestación angustiosa de nuevos organismos. Pero dos

hechos resaltan desde luego: el primero es que las instituciones políticas vigentes han sido concebidas con el propósito primordial de evitar el fraccionamiento del imperio. De ahí el federalismo excesivo que las inspira. Consagrando en la ley una autonomía casi absoluta para los Estados federales, dentro de una unidad ficticia nacional, se evita o se aproxima el temido peligro de probables segregaciones. Colombia hizo un ensayo análogo, aunque bajo la presión de corrientes especulativas, más que por exigencias positivas. Los Estados federales fueron casi naciones independientes y el poder general quedó enclenque y anémico frente a un Congreso de Plenipotenciarios, como se llamó el Senado Nacional. Eso duró poco y acabó por triunfar allí, como va triunfando en todas partes la tendencia, dominante hoy, de dar a los organismos nacionales, por medio de la concentración y de la cohesión, una fuerza que la federación parece incapaz de alcanzar (1).

En el Brasil la autonomía llega hasta el régimen rentístico y gozan ya los Estados de la facultad, esencialmente privativa del poder federal, de intervenir, hasta cierto punto, en las relaciones internacionales. Ante el aumento tan desordenado como enorme de la deuda pública, los hombres que piensan, en el Brasil, se preocupan ya de averiguar si las escasas rentas reservadas al poder federal bastarán para hacer frente a los compromisos contraídos.

Nadie puede leer en el día con claridad, en

---

(1) El caso de los Estados Unidos de América es una excepción que obedece a causas bien conocidas. Pero ya se vislumbra la influencia que el triunfo del imperialismo ejercerá sobre el régimen político de aquel pueblo. Sin modificar en nada la Constitución, la necesidad de ser fuertes modificará las ideas en materia de autonomía, y el sistema, como el nuestro, acabará por hacerse unitario en el hecho.

el caos de las finanzas brasileñas; pero si la deuda pública, como parecen establecerlo los últimos aunque deficientes trabajos, asciende a más de ciento veinte millones de libras esterlinas, es indudable que, a pesar de la estupenda riqueza del país y de ese inagotable tesoro del café, más valioso que todas las minas de salitre y de oro, los recursos puramente nacionales no alcanzarán a sostener esa gran carga.

La segunda observación que se impone es la cruda y feroz guerra de Río Grande, que se diría es una explosión retardada de aquellas bárbaras contiendas que hace cincuenta años ensangrentaron la tierra argentina. La actual calma parece ser una simple tregua: el tiempo de dar vigor a los hijos de los caídos para empuñar las armas y correr de nuevo a la lucha.

Toda esa región está ya separada, en su conciencia, de la nación brasileña. El peligro no está sólo en ese hecho aislado, sino en la repercusión que tendrá en el resto del imperio y en la conflagración general que el ejemplo puede determinar.

Entretanto, impera como influencia, y pronto lo hará como dirección, un partido violento, extremo en sus ideas, imbuido de principios teóricos inflexibles, sectario de una escuela y que ha buscado enérgicamente su denominación en un recuerdo negro de la historia humana, como para significar su propósito de llevar su pico demoledor hasta los cimientos de la sociedad actual: el partido jacobino.

¡Y sobre ese batallar confuso, en que se chocan aspiraciones y rencores de raza, es curioso ver cernirse el espíritu de Augusto Comte y tomar pie en la tierra precisamente aquellas de sus elu-

cubraciones que, para los hombres de pensamiento, más deslustran su obra!...

Mientras pienso sobre el porvenir de ese pueblo hermano, que nunca mereció nuestro odio y muchas veces nuestro amor, y hago votos por que resuelva en paz los graves problemas que lo agitan, el sol se va ocultando tras la línea maravillosa de las montañas que coronan la bahía, el cielo se adormece en la serenidad de su azul profundo, y el tinte de las aguas, apagándose lentamente, indica que ha llegado la hora del reposo.

Río Janeiro, Febrero 1896.

Frente al Africa

A. Manuel J. Mantilla.

La tierra africana se extiende ante mis ojos, árida, seca, tan desolada y triste, que el espíritu necesita hacer un esfuerzo para explicarse cómo es posible que esa naturaleza cambie hasta el punto de que su conquista haya determinado el movimiento más vigoroso de expansión que registra la historia de Europa desde el siglo XVI.

El casco del europeo y el blanco traje flotante del negro senegalense me traen a la memoria una curiosa reflexión de Pellegrini: "se diría que el perfeccionamiento de las modernas armas de guerra sólo ha tenido por objeto la destrucción de la raza negra". En efecto, basta echar una mirada sobre los diversos puntos del globo en que

los hombres, en estos momentos, se matan entre ellos, para constatar la justicia de esa observación. En Cuba el mauser de los españoles se ensaya sobre las huestes de hombres de color que capitanean Gómez y los Maceos; en Madagascar los franceses han probado la bondad del Lebel sobre los negros cuerpos de los hovas; en Abisinia el nuevo y, según se dice, maravilloso fusil italiano, manejado por heroicas manos, derriba filas enteras de negros y robustos cuerpos, sin que la profunda falange etiópica, guerrera y tenaz desde el tiempo de los Ramsés, parezca disminuir. En el interior de Africa verdaderos regimientos de árabes, armados y equipados a la europea, organizan vastas *razzias* de esclavos; sobre el Atlántico y en el Dahomey no ha mucho que la Francia hizo oir la voz de sus armas; en el extremo Sud la Inglaterra prepara una buena matanza de ashantees, sin contar los obscuros rostros que han quedado tendidos al sol por la famosa chirinada del Dr. Jameson, tan viva y vigorosamente reprimida por el holandés de aspecto burgués y bonachón, pero de alma digna de sus mayores, que rige los destinos del Transvaal.

Se me escapa en este momento algún otro dato concurrente, pero no cabe duda que el cierre Maxim o el próximo y feroz explosivo que saldrá del laboratorio de un tranquilo sabio, padre de familia y pacífico ciudadano, será experimentado sobre alguna tribu de *coloured gentlemen,* como dicen los yankees.

¿Dónde están aquellos maravillosos misioneros que, a partir de la reacción poderosa en el alma de la Iglesia católica, por el espolazo de la Reforma, inundaron el Asia y el Africa, tan sedientos de martirio como los cristianos bajo Diocleciano? ¿Dónde aquellos jesuítas, obscuros y si-

lenciosos, que partían por millares para hundirse en el Oriente profundo o en el continente negro, llevando una palabra de paz y esperanza a pueblos no sospechados entonces por la historia? ¿Dónde, por fin, el explorador de espíritu levantado que, con el Evangelio en el corazón si no en los labios, guiado por un ideal tan noble y ardiente como la fe, manso y en paz, cruzaba las vastas comarcas desconocidas sin derramar una gota de sangre? Livingstone fué el último; después el hierro imperó, y la fuerza, la augusta fuerza que, tras un siglo de filosofía sentimental y cincuenta años de dominio de la ciencia, se creía llamada a desaparecer como última *ratio*, reapareció con el mismo vigor elocuente que en tiempos de Atila y Alarico, con más la justificación filosófica de su legitimidad. Fué entonces que el Africa se pobló de *beys* y *pachás* de nombre germánico, que iban a tomar su patente de corso en la corte Kedivial y marchaban a lo desconocido con la misma avidez de sus mayores del siglo XVI, los feroces Urre y Fredermann de Maracaibo. A todos los eclipsó el magnífico Stanley con su energía de titán. Después de Stanley la acción individual no podía ir más allá y fué necesaria la entrada en escena de la acción colectiva. De un lado la Alemania, la Italia, la Inglaterra y la Francia, del otro los mismos mastines, menos la Italia, llegada muy tarde al festín, pero queriendo sacarle a su hueso hasta la médula, cayeron sobre la tierra africana con las garras abiertas. Olvidaba el Rey de los Belgas, poseedor actual de ese palacio del Congo, que no puede ni amueblar, ni habitar, ni vender, ni regalar y que está en vía de arruinarlo.

De un confín al otro del mundo africano, desde los valles egipcios que el Nilo fecunda desde

los principios de la historia humana, hasta las regiones misteriosas y temidas hasta hace un siglo, del cabo de las Tempestades, se oye el jadear activo del hombre occidental, que marcha rudamente al cumplimiento de su misión, poniendo al servicio de sus fuertes condiciones de raza, de su audacia, de su valor y de su tenacidad, los maravillosos recursos de sus progresos científicos. Los blancos van a la conquista de un nuevo mundo; la América les pertenece ya, el Oriente ha cedido, ora a su dominio, ora a sus ideas, y el viejo reducto inexpugnable de la raza amarilla, la China, cruge por todas partes. El brazo japonés, al abatirse sobre ella, obedecía a un impulso occidental.

Pero en Africa el problema presenta caracteres tan en extremo curiosos, que el espíritu, al pretender echar una mirada sobre el porvenir y crearse un sistema, choca con elementos especiales que le extravían. Portugal, España, Francia, Holanda y sobre todo Inglaterra, encontraron en Oriente masas profundas de hombres viviendo bajo regímenes sociales mil veces más viejos que el que esas naciones importaban. Obrar a la romana, destruir o transplantar esas poblaciones, no podía ni pensarse. La política instintiva enseñó a los conquistadores a aprovechar de la mansa índole de la raza autóctona y a tratar de educarla lentamente, en el sentido de crearle necesidades que la Europa sola podía satisfacer.

En las dos Américas las civilizaciones encontradas por los europeos eran tan embrionarias y tenían la misma consistencia que el molusco gelatinoso en el que empieza a revelarse la vida. Por más brutal que fuera la acción del conquistador, su impulso tenía por origen las dos o

tres ideas fecundas que han hecho de la civilización occidental la más fuerte y brillante de la historia. Donde había formas orgánicas, como en Méjico y el Perú, éstas desaparecieron rápidamente y la masa indígena empezó lentamente su evolución; en ella está, y mientras dure la transformación durará la debilidad del organismo en cuyo seno se opera.

Al norte de Méjico, como al sud del Imperio Incásico, el europeo sólo encontró tribus salvajes irreductibles. La lucha se empeñó en el instante y los últimos disparos suenan aún de tiempo en tiempo en los valles andinos de la Patagonia o en las gargantas de las montañas del oeste en la región septentrional. Allí el suelo se limpió y una nueva raza, fuerte y prolífica, lo ocupó y lo transformó.

Cuando la conquista europea sobre el Africa se desenvuelva y termine con el hecho material de la posesión, lo que pienso se verá dentro de dos o tres generaciones, ¿qué va a suceder allí? ¿Lo que ha pasado en la India? No, porque las infinitas tribus negras que pueblan el continente africano al sud del límite que alcanzó la acción del islamismo, no tienen ni la cohesión ni la unidad que da una poderosa tradición religiosa común. ¿Lo que pasó en Méjico y el Perú? No lo pienso, porque la mansedumbre laboriosa de las razas azteca y quichua determinó la sumisión inmediata e hizo ver la posibilidad de la asimilación.

El colosal problema que hoy se presenta a los Estados Unidos, que treinta años después de haber abolido la esclavitud constatan dolorosamente que el cráneo del negro es fundamentalmente impenetrable a nuestras ideas, a nuestros há-

bitos de pensamiento, a nuestras tendencias sociales y se preguntan qué puede hacerse con los diez millones de hombres de color esparcidos en su territorio, ese problema, repito, es como un rayo de luz sobre el porvenir de la tierra africana.

Las leyes de la historia no son duras ni blandas y para estudiarlas debemos despojarnos del criterio sentimental con que la moral evangélica y la filantropía falsean nuestro juicio. A nadie se le ocurre derramar lágrimas por la desaparición del haz de la tierra de esos soberbios mamíferos cuyos esqueletos fósiles nos asombran; hicieron su tiempo y desaparecieron con las últimas selvas gigantescas que los abrigaban y nutrían. Al transformarse el suelo se transforma el hombre. Tal es la ley, y ello se cumplirá en el Africa, como se ha cumplido en todos los puntos del planeta que el hombre ha podido estudiar en su pasado.

Dentro de dos o tres siglos las últimas tribus africanas vivirán a lo largo del Ecuador, allí donde al hombre le es dado estar más cerca del sol, y no pasará tal vez un lapso de tiempo igual al que nos separa de las Cruzadas, para que un negro, en poder de un Barnum de la época, sea exhibido en los teatros de Tombouctou, como una rara curiosidad...

Esta condenación a muerte de una raza entera, que hago en nombre de la ciencia, no menos tranquilo que Felipe II firmando, en nombre de la fe, igual sentencia contra el pueblo de Flandes, no me impide reconocer que la ley histórica a que he hecho referencia tiene por delante una bien ruda tarea. Deben ser muchos estos negros de Africa, a juzgar por el enjambre que ha salido del árido arenal que tengo ante mis ojos y

no han de ayudar mucho a mi profecía, a estar al vigor de esos cuerpos y a la robustez de esos pulmones. Pero no hay que desesperar: los mastodontes eran más fuertes aún y ya no se encuentra ni uno.

Frente a Africa, Febrero 1896.

NOTAS DE ARTE

PARIS, SENSACION DE LLEGADA — EL «ORFEO» DE GLUCK. — NUEVA ESTETICA. — MADEMOISELLE BARTET. — MIRANDO CUADROS. — AU CHAT NOIR — CHANSONS ROSSES.—A L'EPATANT.

A Enrique Rodríguez Larreta.

París, sensación de llegada

Para uno de nosotros, americano, que ha vivido algún tiempo en Europa, pero ausente desde algunos años, la característica de la impresión de la vuelta tiene algo de tan particular que necesito analizarla a la ligera.

Desde que se pisa un puerto francés, Burdeos, por ejemplo, con el que estamos más familiarizados, la primer sensación, casi diría fisiológica, porque no entra en ella, o muy poco, ningún elemento moral, es de encontrarse uno en su casa, *chez soi*, para emplear la fuerte expresión francesa. ¿Es acaso el carácter hospitalario del habitante? En algo, pero sobre todo, el origen de esa sensación es la inmutabilidad de los aspectos ya conocidos. Aquí les Quinquonces, aquí el Cour de la Préfecture, aquí el Gran Théâtre, y luego, en el camino de hierro, los viejos nombres conocidos desde la infancia, evocadores de la buena y sana historia de los primeros años, que toman, en

la memoria, el reflejo rosado de las tapas de los manuales de Duruy: Angouleme, Poitiers, Blois... y como los nombres, idénticos los aspectos, los castillos, graves en su tarea de adornar la ruta, las aldeas inmóviles con su calle única, el gendarme de las estaciones, recortado en una pasta tan dura que dura hace siglos.

Por fin, París, la gare d'Orléans, que parece plantada desde principios del mundo, el mismo ómnibus o el mismo fiacre de siempre, como el cochero que, amoldándose a su oficio, se perpetúa idéntico. Al pasar, Notre Dame, l'hotel Dieu, el Louvre, las mismas viejas con cofias blancas, empujando el mismo carrito a través del mismo infierno de coches, la misma francesita, levantando con su gracia delicada el borde de la saya para no mancharlo y dejando ver el nacimiento de una pierna fina y nerviosa. Antes que la memoria, los ojos constatan que los mismos establecimientos, las mismas tiendas, los mismos negocios se encuentran en los mismos sitios, y la obsesión de la inmutabilidad estalla cuando, a la tarde, en una mesa del mismo viejo restaurant, el mismo mozo, con el cabello blanco ya, os saluda por vuestro nombre y emprende la tarea eterna de confeccionar un menú que resulta siempre el mismo.

Ahora figuráos un argentino que en el último cuarto de siglo sólo haya venido a Buenos Aires cada cinco o seis años. Embarcado en carreta, lancha, ballenera y vaporcito, a su regreso, atónito, toma el tranvía en la dársena sud. Marcha en un boulevard por donde era río; llegado a la plaza de la Victoria se encuentra con que todos los aspectos de su infancia, esas visiones que vinculan profundamente para una vida entera, se han transformado. En un primer regreso, la torre del

Cabildo desaparecida; más tarde la vieja Recoba, luego el teatro Colón, la clásica esquina de Olaguer y, por fin, la Avenida de Mayo, que se abre ante sus ojos tan inesperada, tan insólita, que parece inverosímil. ¿Cómo es posible que en ese kaleidoscopio constante se llegue a la sensación del hogar?

Es que por estos mundos todo parece definitivo, o por lo menos lo es para una o dos generaciones de hombres, mientras que en tierra americana los aspectos reales van cambiando como esas telas de fondo que simulan una variación de paisajes.

Y al contrario de lo que pasa en nosotros, es decir, de los que no tenemos el honor de descender de indios americanos o negros africanos, que guardamos en el fondo ariano de nuestra alma el culto atávico de la casa, del hogar en que ardía el fuego de la familia, del lar, del penate, paréceme que en nuestras nuevas sociedades no existe el amor profundo a la villa, a la aldea, al campanario, que ha sido el rasgo fundamental de las razas greco-latinas. Vivimos a prisa, en casas alquiladas, y si edificamos pronto las vendemos. Improvisamos ciudades de una banalidad tan suprema, que cualquier hombre sin canas recuerda haber atravesado los campos en que hoy se cruzan avenidas sin piedad o se extienden empedrados sin entrañas.

Los yankees, que han llegado al progreso material antes que nosotros, empiezan a sentir profundamente la nostalgia del pasado y a darse cuenta de que el hombre no es sólo un animal que tiene por función ganar dinero, ser *snob* y andar en yacht, sino que es un eslabón de esta cadena inmortal que arranca del bruto de las cavernas, que come carne cruda a dentelladas y llega a un

Newton, a un Shakespeare, a un Wagner o a un Pasteur.

Ya en algunas ciudades americanas se buscan, se conservan y se cuidan los vestigios del pasado de ayer de que pueden disponer, y los bravos holandeses y puritanos del siglo XVII van convirtiéndose en fuentes de tan preclaro linaje como las de aquellos que descienden de los compañeros de San Luis o del conquistador normando.

Los americanos que hemos vivido algún tiempo en algunas de estas viejas ciudades europeas que el pico demoledor ha respetado, acabamos por comprender la serena, profunda y constante impresión de un viejo de Toledo, de Florencia o de Siena, que vive y muere teniendo siempre ante los ojos los mismos aspectos que acompañaron la vida y la muerte de sus mayores.

La única sensación que entre nosotros, por ejemplo, puede reemplazar a aquélla, es la de ser nosotros mismos los autores de la transformación diaria del suelo de la patria y la honda satisfacción de unirnos a la cadena, preparando nuestra tierra para las generaciones futuras de argentinos.

Pero es igual; a riesgo de ser tratado de bárbaro, cafre o visigodo, confieso que me sería bien grato, de regreso a mi patria, ver algún aspecto de mi infancia, algún delicioso Hueco de Cabecitas, con mucho pantano, mucha pita, que me recordara las rudas batallas a pedradas o los feroces entreveros a moquete limpio, páginas gloriosas que cantan en la memoria de mis primeros años.

París, marzo 1896.

El "Orfeo", de Gluck

Entre las vaporosas sombras que vagan en los campos Elíseos, vestidas del aire sutil y transparente con que la poesía griega rodeaba las almas que persistían en el tiempo, despojadas de su grosera prisión mortal, he creído ver, tristemente sonriente, la delicada silueta del caballero Gluck, oyendo, bajo la tenue sombra de los árboles ideales, su propia música, exhumada tras largos años de sueño, para mostrar a los hombres la pureza de las líneas y la sencillez de los medios que el genio emplea para llegar a la belleza absoluta.

Así, cuando los ojos fatigados de la brutal batalla del color en la escuela moderna, inquietados por la violencia atormentada del dibujo o sacudidos por el movimiento epiléptico del mármol, aspiran a la impresión serenadora del arte puro, es a las obras del arte viejo que se vuelven siempre, a la línea correcta y reposada del cincel griego o a la expresión ingenua y profunda de los primitivos. En el cansancio de la vida moderna, cuando todo reviste ese signo característico, no diré de decadencia, pero sí de fatiga, de complicación, cuando el libro es un laberinto, la estatua un espasmo, la tela un policromo, el verso un enigma y la música un caos, se recibe como una bendición del cielo el fresco rocío de una obra maestra, impecable en la sencillez inmaculada de su corte.

Tal es el *Orfeo* de Gluck y tal acaba de surgir ante el público francés de este fin de siglo, que entraba al teatro como a un almacén de antigüedades y ha salido dominado por una de las emociones más levantadas de que es capaz.

Desde los tiempos de madame Viardot no se había dado el *Orfeo* en París. Ha sido necesario el arrojo verdadero de una joven cantatriz, mademoiselle Delna, para intentar la resurrección. El éxito más completo ha coronado el esfuerzo de la valiente artista, cuya soberbia voz de mezzo-soprano no ha flaqueado un momento en el pesado papel de Orfeo. Podría tal vez criticársele la continuidad de la *pose plastique;* pero, ¿cómo interpretar una leyenda griega de los tiempos fabulosos. sin dar a la actitud y al ademán el movimiento trágico grabado en nuestro espíritu desde las bancas de la escuela? Al fin, Orfeo no puede *conversar* con las furias que defienden las puertas del infierno o con las sombras bienaventuradas que se pasean en la región de los elegidos, con el mismo acento banal que empleamos en la vida positiva.

La *mise en scéne* ha flaqueado mucho, comparada no sólo con la de la Moneda de Bruselas, en su última *reprise* de *Orfeo,* sino también, según recuerdo, con la de los teatros de Berlín, Viena y Dresde, de cuyo repertorio corriente nunca ha desaparecido la obra de Gluck. Pero la música lo ha salvado todo, esa música admirable cuya estructura simple y fácil oculta la ciencia más refinada y profunda puesta al servicio de una inspiración de exquisita delicadeza, empapada en lágrimas por momentos, vibrante como una protesta o una blasfemia en otros, siempre adecuada al momento. He ahí la cuna augusta del drama musical; es sobre esas páginas seculares que han empalidécido las grandes artistas que en nuestro siglo han dejado un nombre duradero. En ellas ha bebido Wagner la admirable unidad de su pensamiento, en ellas esa *pastosidad* inimitable de la ejecución, ese concepto tan vasto y tan humano

de los recursos de la armonía para mover las almas, que, después de él, todos nos parecen falsos.

Una buena mezzo-soprano, un hombre inteligente en la orquesta, dos decoraciones sencillas y algunos metros de tela blanca para vestir las masas, he ahí todo lo que esa ópera requiere para ser puesta en escena. ¿Por qué no darla este año en la Opera de Buenos Aires? Ya veréis cómo ese público frío e indiferente, pero en el fondo tan apto como el más preparado para sentir la belleza, comprenderá la obra inmortal de Gluck.

Más de una vez, ante la angustiosa gestación de las obras de arte modernas, ha cantado en mi memoria el verso de Carducci:

> Tale la musa ride fuggente al verso in cui trema
> Un desiderio vano della bellezza antica.

Oyendo el *Orfeo* de Gluck he creído ver a la diosa fugitiva detener su paso y abandonar su sonrisa para oir, absorta y muda, cómo un hijo del hombre ha conseguido modular la lengua divina.

Nueva estética

Los viejos griegos, las tribus africanas y los indios del Chaco imponen en estos momentos su estética a casi todos los teatros de París: el desnudo impera en toda la línea. ¿Es propiamente el *desnudo* o el *desvestido?* Por las líneas que en general aparecen cuando todos los velos, para emplear un lenguaje clásico, han caído, me inclino a creer lo primero; por la serie de piezas de indumentaria interna, hechas en esa batista aérea peculiar a las francesas, tenue y transparente, sin más función que retener la ola de *dentelle* que las rodea, por los numerosos adminícu-

los de que la artista se va despojando hasta dejar caer a sus pies, *comme un grand lévrier blanc* (1), la blanca camisa, me inclino a pensar lo segundo.

Por el instante, no hay vaudeville que se respete, cuyo segundo acto no pase en un cuarto de hotel o, más bien dicho, en la cama de un cuarto de hotel. Esa cama es el eje del *quid pro quo;* en ella intentan acostarse o se acuestan, efectivamente, casi todos los personajes de la pieza. Un narcótico administrado a tiempo y a todo el mundo, un timbre que suena bajo los colchones, una entrada intempestiva, bastan para detener las cosas en el punto en que tal vez el código penal, con su artículo sobre el ultraje a las buenas costumbres, tendría que intervenir. Naturalmente todas esas acostadas traen sus correspondientes desnudadas. En el momento oportuno el público se prepara, tose, se suena, limpia el anteojo, como cuando madame Caron canta en *Sigurd "Des présents de Gunter..."* o como cuando se va a largar la *Internacional.* De un movimiento rápido la artista (generalmente bonita y bien hecha) se quita la bata; el seno y los brazos surgen blancos y luminosos de la ya mencionada ola de *dentelle,* mientras el busto permanece prisionero, pero no oprimido, dentro de un corsé de un color tenue, suave, que obliga a la mirada, preocupada por otro lado, a fijarse en él. La saya (¡digan saya, les ruego, y no *pollera,* que es un barbarismo grosero, que las asimila a las gallinas, como si quisieran imitar sus pasivas costumbres!), la saya, repito, cae a su vez, dejando ver uno de esos *jupons* de Doucet, que tan recio papel hacen en las cuentas de fin de año. El corsé es despren-

(1) Théophile Gautier.

dido a su vez, ya sabéis, el primer broche primero, luego el tercero, el recalcitrante; es el momento psicológico, el público no respira, el do de pecho (sin metáfora casi) se acerca. ¿Qué va a suceder? ¿El caritativo aparato contenía, sostenía, reprimía, reunía? La coqueta muchacha, con un sacudimiento del cuerpo, rápido y elegante, resuelve el problema, y un tenue, imperceptible murmullo de aprobación se eleva de aquellas filas de *connaisseurs,* mientras las formas naturales, gozosas de la libertad recuperada, se dibujan tras la tela aérea...

Las cosas no se detienen ahí y hasta las piezas más íntimas caen a su vez. El ejemplo ha cundido y he visto una joven acróbata hacer la misma operación sobre un trapecio.

Dentro de un mes este público nervioso y sediento de novedad encontrará esas desnudeces insípidas, y me pregunto qué inventarán los empresarios para interesarlo. Entre tanto, la moda va a irradiar del foco; primero será en provincia, y allá por Castelnauday o Tarascón los viejos abonados gozarán de los encantos plásticos de alguna estrella *sur le retour* o de una principiante chata como una pizarra, sostenida por dos palillos de tambor. Y, por fin, en Buenos Aires, por secciones, primera y última, se anunciará, una desnudada en regla, si es que el Intendente, celoso guardián del pudor, no pone orden a ese sacrilegio.

Bien sé que las formas de la mujer, interpretadas por el arte, pueden ver la plena luz sin que se ofendan los ojos más castos; es necesario tener el alma de un sacristán o de un lego de convento, privado de todos los placeres de la vida y bramando por ellos, para ver en la Venus

de Milo otra cosa que la incomparable majestad, la gracia soberana... Pero, indudablemente, hay un abismo entre el *desnudo* y el *desvestido*.

Un hombre, ya entrado en años, que tenía cerca de mí, en el teatro, decía a su compañero: "Hay ciertas cosas íntimas, sagradas, que nunca deben ser espectáculo. Nada hay más delicioso que una mujer que se desnuda, con cierta malicia pudorosa, delante del hombre que ama. Aquí, esa infeliz me hace el efecto de amar a todo el mundo..."

Y he ahí en lo que se entretiene una buena parte de los parisienses fin de siglo.

Mademoiselle Bartet

Otra, felizmente, va al Teatro Francés. Allí reina el arte en su expresión más pura. ¿Más pura, he dicho? Tal vez la palabra es impropia, pero más elevada, bajo el punto de vista del concepto actual, indudablemente. Hay cierta complicación estudiada en el refinamiento del oficio del comediante, cierta preparación de efectos, cierta ciencia de dicción y de estética plástica que, ayudando poderosamente a la impresión general, hace quizá que el espíritu se equivoque sobre la ley del metal que analiza. ¿Qué importa? Por mi parte me entrego, me abandono por completo, a la influencia de ese medio delicado, de esa atmósfera tan exclusivamente intelectual, que sus defectos mismos son reflejo de los vicios de la inteligencia.

Corneille, con su eterno penacho fulgurante; Racine, con la armoniosa y exquisita dulzura de su verso; Molière, con su grueso buen sentido, firme como una roca a través del tiempo; Mari-

vaux, con su prosa filigranada, pretenciosa y delicada; los modernos, que empiezan a envejecer singularmente; Augier, con su burguesismo engañador; Dumas, con sus tesis atrevidas otrora, hoy insípidas; Sardou, con sus títeres maravillosos, todos encuentran en esa escena inimitable la interpretación más perfecta que sea dado al hombre alcanzar.

Pero entre el grupo de artistas que conservan y afianzan la noble tradición del teatro francés, hay uno que, a mi juicio, ocupa el primer puesto. Me refiero a Bartet. No he oído a Rachel, pero en el último cuarto de siglo han pasado ante mis ojos todos los grandes artistas de reputación europea. Todos ellos tenían o la fuerza y la energía o el corte profundamente individual, la neurosis personal, por decir así, que le asignaba rango aparte. Ninguno como Bartet la distinción suprema y esa inteligencia extraordinaria que parece penetrar aún más hondo de donde llegó la mirada del poeta.

Es la gracia ideal, la suprema sobriedad, la distinción nerviosa y fina como el acero. Su sonrisa, su gesto, su mirar dicen más que sus palabras. Alguien ha dicho que *no se puede encontrar en un libro más talento que el que posee aquel que lee;* para comprender a Bartet y apreciar su arte sin igual se necesita un público especial, compuesto de hombres de mundo, largamente ejercitados en esa función del espíritu que consiste en tomar al vuelo las tintas vagas, las transiciones de ideas y sentimientos. Por eso Bartet no viaja, no hace *giras* fructuosas; pero se levanta y reina en la sala única donde la inteligencia domina, única capaz, en ciertos momentos, de comprenderla.

¡Cómo serena y eleva el alma disgustada, ener-

vada por la torpeza constante, la incomparable criatura que conserva el fuego sagrado, pura e inmaculada en su arte, en medio de la orgía que la rodea!

Mirando cuadros

Los dos salones anuales han abierto sus puertas; los interminables muros del Palacio de Bellas Artes en el Campo de Marte y del de la Industria en los Campos Elíseos están cubiertos de millares de telas y sus vastos *halls* de centenares de estatuas que, al mismo tiempo de revelar la enorme producción artística de este país, imponen al espíritu el problema del destino definitivo de todos esos cuadros, mármoles, bronces, cerámicas, etc. En cuanto a las telas, *ça se roule*, como me decía un hombre que hace cuarenta años visita religiosamente no sólo las exposiciones oficiales sino también las numerosas exhibiciones privadas que pululan en París y en las cuales cada artista hace un esfuerzo extraordinario para destacarse sobre la turba obscura de sus colegas e imponerse a la opinión y al bolsillo de los aficionados. Por lo que al bronce, *ça se fond*, podría decirse. y la rebelde materia domada por el fuego puede servir para realizar nuevos sueños y tal vez constatar nuevas decepciones. Pero la piedra, la irreductible piedra, ¿qué hacer con ella, cuando los museos le cierran sus puertas, los parques la rechazan o la arquitectura la desdeña? ¿Dónde van esos grupos colosales, fantásticos, combates de gladiadores, luchas de fieras, enormes interpreta-

ciones plásticas de viejas leyendas, que tanta labor, tanta concentración de espíritu costaron?

Las reseñas de los salones actuales, hechas por gente de especial competencia y con el hábito del método, habrán hecho ver a los pocos lectores que entre nosotros siguen el movimiento artístico de la Europa, *que plus ça change, plus c'est la même chose.* En el Campo de Marte, la juventud, la audacia, la reforma, la asonada, el motín, la revolución. Al otro lado del Sena, la tradición respetuosa, la corrección, el trabajo sereno, la inspiración contenida, la ejecución cuidada. Todo esto no es nuevo; ya en tiempo de Praxiteles, Fidias o Apeles, los jóvenes atenienses que empezaban a manejar el cincel o a borronear telas, pasaban delante de los frisos del Partenón o del cuadro de la muerte de Alejandro, sonriendo ante lo anticuado, lo convencional, lo *poncif* de esas obras. Debían tener en alguna taberna su salón particular, que no ha salvado ni sus nombres ni sus obras del olvido profundo. Sus sucesores actuales, sus parientes en óptica, por decir así, corren un gran riesgo de seguir el mismo destino. Pintar para un grupo de elegidos, según dicen ellos; si es así no me explico por qué exponen sus cuadros a los ojos del señor todo el mundo. Porque, al fin y al cabo, si la mayoría de la humanidad ilustrada y capaz de apreciar un cuadro, no cree, de acuerdo con sus ojos, que la carne de la mujer sea violeta o el cabello color habana, si sus datos positivos le informan que las piernas de las mismas no presentan en general la estructura especial de la cola de las serpientes, ¿a qué invitarla a pronunciarse sobre sus obras hechas sólo para los daltonistas?

Sin llegar a la incoherencia, el salón del Cam-

po de Marte peca por el abuso de la originalidad buscada y no alcanzada. La originalidad, en arte, no consiste en el esfuerzo paciente para encontrar nuevas maneras, tomando como punto de partida antitético las maneras consagradas. No; es un don del cielo, que fácil y espontáneamente, como brotaba el color de la paleta del Ticiano, la fuerza y la impecable línea del cincel de Miguel Angel, la frescura y la elegancia del estilo de Mozart o la magnificencia del cerebro de Hugo o de Wagner, permite a cada artista una expresión particular, propia y característica. La obra artística no es y no debe ser sino el reflejo del pensamiento; para el que tiene un poco de hábito, todas las contorsiones de la forma, todas las aberraciones del color, no son bastantes para velar la ausencia de la idea... Y pasamos indiferentes, sonriendo a veces, casi siempre con humana piedad en el alma, ante esas muestras de estéril y afanosa labor.

Puvis de Chavannes presenta algunas telas murales destinadas, según creo, a la biblioteca de Boston. El viejo maestro, inmutable en su concepción, sigue su ruta austera, con incomparable fuerza y ecuanimidad. Tiene su ideal, seco, descarnado, sintético, y busca en la rigidez de la línea, en el dibujo elemental a primera vista, sabio y profundo cuando se le estudia, la expresión definitiva de su pensamiento. Ante él hay que dar un adiós a todos los encantos del arte, a los colores suaves y atrayentes que acarician la mirada, a las formas esbeltas y elegantes que más consuelan de la fealdad habitual de la raza humana; pero su poder intelectual concluye por imponer un respeto grave: empuja al sueño.

Hay otro cuadro, en el Palais des Beaux Arts,

que la crítica ha discutido mucho y que en general no le ha sido muy favorable: me refiero a la Cena, de Dagnan-Bouveret.

Es tal vez osado de mi parte apartarme de la opinión de los hombres del oficio; pero como en general me atengo, para mis juicios, a mis ojos y a mi impresión, declaro que, desde hace veinte años, pocas veces he visto una obra moderna de esa entonación, de esa rara pujanza. De pie, el Salvador, el dulce Salvador que durante dos mil años ha alimentado el más sublime sueño de la humanidad y que va desvaneciéndose para siempre a la luz brutal de la realidad, muestra el pan y el vino que son su carne y su sangre, mientras los discípulos rodean la mesa en que se celebra la mística cena. Renovando el procedimiento del Correggio (¿recordáis la *Antiope* del Louvre?) Dagnan ilumina su cuadro con la blanca y pura luz que irradia del cuerpo de Jesús. La nívea túnica parece transparente y los ojos del espíritu creen ver el corazón del Cristo resolverse en un efluvio de amor y caridad. Es admirable; pienso que dentro de diez o veinte años, cuando la cariñosa pátina del tiempo haya suavizado la tonalidad general de la tela y consagrado con su augusto sello su armonía definitiva, la Cena, de Dagnan, nos consolará de la pérdida de la de Leonardo.

En el Palacio de la Industria el tono general es otro, más correcto, más contenido, más serio y de mayor valor que el de su rival. Bonnat tiene retratos de primer orden, Benjamín Constant uno de su hijo que recuerda la escuela española del siglo XVII, etc. Pero la nomenclatura me fastidia; lo que me asombra es la perfección a que ha llegado el oficio, el arte manual. El cuadro

puede ser común, faltar la inspiración, pero como ejecución es casi siempre invulnerable. Todo el mundo dibuja bien en esta tierra de Francia.

¿Cómo no ha de ser así cuando cada individuo de esa muchedumbre que atesta los salones es un verdadero juez, competente y severo? Suelo prestar el oído a las críticas que, al pasar, pronuncia cada grupo. No son sólo los hombres de mundo, que han vivido entre las cosas de arte toda su vida; son las mujeres, los estudiantes, los empleados, toda esa burguesía que forma la masa del pueblo francés. Con una rapidez de percepción admirable, de una mirada, ven el lado débil o el sello que da valor y, con una precisión de lenguaje que asombra, formulan una opinión y pasan.

Cuando pienso que, para los mejores de entre nosotros, para un Del Valle, para un Lucio López, para no hablar sino de dos muertos queridos, fué necesaria, y es para los que les sobreviven una educación lenta para formar su criterio y su gusto, me digo que este aguzamiento del espíritu en el pueblo francés no viene sólo del constante espectáculo de obras de arte de primer orden, sino también, y principalmente, de la educación general de la juventud. Hay que formar la inteligencia, darle la elasticidad necesaria más tarde a la rapidez de las percepciones. Eso es lo que nos ha faltado, eso es lo que nos falta y a eso deben tender todos nuestros esfuerzos. Son los estudios desinteresados, las nociones que por decoro el espíritu humano debe adquirir, todas esas deliciosas cosas inútiles que hacen la vida amable, las únicas que podrán levantar nuestro nivel intelectual, que no se eleva mucho, mis amigos, entre

el de los pueblos en marcha, como decía Sarmiento.

Que los buenos vientos del espíritu hinchen generosos las velas de nuestra nueva Facultad de Letras, por un lado, y por otro que todos los hombres de buena voluntad ayuden al desenvolvimiento del modesto Museo de Bellas Artes que acaba de abrir sus puertas en la Chicago Argentina, y mucho se habrá hecho para que nuestros hijos sean más cultos que nosotros.

Sé, tengo el penoso convencimiento de que los cuadros que van a exhibirse en nuestro museo naciente no son todos dignos, por cierto, de ese honor. Pero, ¡qué queréis! No tenemos en nuestros fastos un siglo XVII como la España o la Holanda, un siglo XVIII como la Inglaterra, un Renacimiento como la Italia o un Napoleón como la Francia, que hizo beneficiar a su patria, por medios más o menos legítimos, del esfuerzo universal en arte. Pero hay en los muros de muchas casas particulares de Buenos Aires telas de primer orden, muy superiores, en general, a todo lo que hasta hoy puede exhibir nuestro museo. ¿No sería acaso una obra patriótica y digna de buenos ciudadanos que cada uno de los propietarios de buenas colecciones ofreciera al museo dos de sus mejores cuadros? ¿Dos os parece demasiado? Pues uno bastará. Si la señora de Del Valle, Prudencio Guerrico, Manuel Quintana, Benito Villanueva, Francisco Uriburu, Vicente L. Casares, Federico Leloir, Leonardo Pereyra, y tantos otros que tienen cuadros de primer orden, hicieran el sacrificio (¿lo es alguna vez servir a su país?) de donar uno de los mejores al Museo, el ejemplo cundiría y pronto podríamos mostrar al extranjero doscientas obras de arte de todas las escue-

las, y nuestro Museo no tendría rival en América. Sobre cada cuadro se pondría la tablilla tradicional: "Donado por...", y si fué la vanidad la que lanzó al honesto burgués a los gastos artísticos, encontraría allí mayor satisfacción que en tener el cuadro colgado en las paredes de una sala que raras veces se ilumina. Si fué puro amor al arte, ¿qué importa tener el cuadro en su casa o en el Museo? Dios les conserve la vista y las piernas para subir escaleras y siempre irán con placer a contemplar el cuadro querido... y la tablilla.

¡Es curioso! Todos los museos de Europa han sido enriquecidos por donaciones particulares de un valor incalculable; todas las capitales tienen hospitales, paseos, casas de caridad, institutos que tienen el mismo origen. No tengo noticia de que en nuestro país un solo ricacho, al morir, haya pensado ni en su país, ni en su ciudad, ni en su aldea. Y, sin embargo, ¿hay en la vida un placer más grande que dar? ¿Puede haberlo comparable al de dar a la patria?

París, Mayo 1896.

Au Chat Noir

...El caballero Salis se avanzó entonces y, con su acento que sahuma de régimen pasado, nos dijo cortésmente: "Tengo el honor de anunciaros al poeta Fragerolles, fruto de un encuentro fortuito, ahora 30 años, en las orillas del Mediterráneo, de Mlle. Reichemberg y del príncipe de Gales." Y

Fragerolles se avanza, sonriente, sin preocuparse en lo mínimo del augusto y cabotinesco origen que su ilustre amigo acaba de atribuirle. La luz se extingue, el silencio se hace, la blanca y diminuta tela del fondo se ilumina, y sobre ella, a los primeros acordes del piano, aparece como una nube, toma contornos y se fija, la colosal imagen de la Esfinge, enterrada su base en las arenas del desierto, y su cabeza, de impenetrable expresión, perdida en el sueño de los cielos. La hermosa y expresiva voz de Fragerolles se eleva interpretando su obra y nos cuenta las terribles aventuras humanas que los ojos de piedra han visto en el correr de los siglos, mientras en la blanca tela desfilan plásticamente las imágenes evocadas por el poeta. Los grandes Faraones, Ramsés, Sesostris, partiendo a la conquista de la Siria o de las remotas regione que ocultan la cuna del Nilo; las profundas cohortes abisinias, en pugna eterna con la civilización; Alejandro el Grande, con sus griegos, atónitos de encontrar un mundo nuevo, viejo ya de millares de años; el soberbio César y su titánica lucha de Alejandría, Antonio, Cleopatra y el día sin sol de Actium; Omar, con la palabra del Profeta en los labios y la terrible espada del islamismo en la diestra; los cruzados sedientos de ideal en su sueño informe, y tras largo silencio de muerte en las arenosas llanuras, Napoleón, Kléber, la nota vibrante del mundo occidental rejuvenecido, sonando como un canto de esperanza sobre la amortajada tierra egipcia, todo lo ha visto la Esfinge; sólo una vez su corazón de piedra se ha estremecido, allá, en la agonía del mundo antiguo, cuando vió reposarse a su sombra la santa madre virginal, salvando en su huída al

niño divino que iba a ser el profeta de amor y caridad...

Estas pomposas líneas, en las que trato de reflejar la impresión que me dominaba mientras oía al poeta, que hábilmente tenía en suspenso todos los sentidos, por los que el arte se abre paso hasta el espíritu, pueden hacer creer que el cuadro en que esa leyenda mágica se desenvolvía tenía las proporciones de un Coliseo o de unas Arenas romanas: estábamos simplemente en el Chat Noir, una pieza de diez metros cuadrados, arriba de una taberna, y éramos, un tanto apretados, unos cuarenta espectadores. Un hombre cantaba en la obscuridad versos deliciosos, modulados en ritmos claros y vibrantes, otro le acompañaba en el piano y todo el viejo Egipto cabía ampliamente en la blanca tela de un par de metros, sobre la que pasaba la sombra de figurinas imperceptibles, que se agigantaban ante la conciencia, por el esfuerzo humano que representaban.

Antes de la *Esfinge*, pieza de resistencia que ha hecho correr todo París, como en otro tiempo la *Epopeya*, los poetas, ligados por vínculo de vasallaje al ilustre Salis, nos habían dicho sus versos y sus canciones. Unos muerden como limas en la política, en la sociedad actual, en todos los éxitos; otros, ingenuos en su misión de pájaros, cantan la vuelta de la primavera, las hojas nuevas de los bosques, las sonrisas de los cielos, las primeras e inconscientes sensaciones del amor. Todos traen su nota individual, fuertemente acentuada por la interpretación de la propia obra.

Es indudable que en esta desoladora banalidad de los teatros de París, el *Chat Noir* de Salis y sus congéneres, de que hablaré más adelante, ofre-

cen un verdadero recurso. Si la concurrencia es escasa, por las exigencias del local, en cambio casi siempre se compone de gente conocida. El extranjero de pasaje, el que pulula en el boulevard y se queda extasiado ante el antiguo Café Riche, transformado en taberna, según la moda, por Ballu, el mismo que hizo el Pabellón Argentino (modelo de sençillez (!) al lado de esta macarrónica y abominable concepción); el ingenuo extranjero, repito, que se siente atraído por los millares de luces *des Ambassadeurs* o del Alcázar, no tiene nunca la idea, no puede comprenderla, de trepar una estrecha escalera de caracol, para llegar a un triste entresuelo de café, donde canta un hombre, en traje de saco, al lado de un piano.

———

Chansons rosses

El éxito del *Chat Noir* trajo pronto imitadores; por el momento tenemos el *Chien Noir,* en el subsuelo del Nuevo Circo; *les Tréteaux de Tabarin,* en la rue Pigalle; *la Cigale; le Néant* y otros no sé dónde. Como he dicho, los concurrentes a esos distinguidos centros, donde se cantan con aire bonachón las cosas más fuertes y sucias que he oído en mi vida, pertenecen a las más altas clases sociales. Es una especie de *sport;* por el instante, *les tréteaux* conservan no sólo el *record* de la boga sino también el de la pornografía. No se ven allí sino señoras de la más alta clase social y *clubmen* correctamente vestidos que vienen a buscar un poco de ají para sus estómagos cansados y mirar las caras de sus vecinas, cuando un

couplet más innoble que el resto viene a cruzarles las mejillas con latigazo brutal. No hay más que dos palcos, uno un tanto discreto y el otro en plena sala, un poco elevado sobre la platea, de una exhibición tal que haría "sonrojar a un mono". Siempre están retenidos con una semana de anticipación.

¿Qué se canta allí? Canciones de circunstancias, romanzas sentimentales, melodías finas y delicadas... pero, sobre todo *des chansons rosses,* según la poética designación del nuevo género. *Tenez, mes enfants,* como decía una cincuentona que ha visto en su vida el iris entero, en ésa y otras materias, *je suis encore trop jeune pour entendre ça.* Es cierto que de entrada os avisan que allí, sobre el diminuto tablado, reina una libertad de lenguaje envidiable; es cierto que el que va *aux tréteaux* sabe a qué atenerse, pero hay algunas canciones, como *la Pompe* y *Mon petit frêre,* cuyo tenor nunca me atrevería a indicaros ni aun someramente, oh, señoras que me léeis, sintiendo espolear malsanamente vuestra curiosidad que, cantadas en un cuarto de guardia de un cuartel de veteranos, harían decir a algún sargento más baqueteado que un cuero: *Tais toi donc, cochon!*

Felizmente, cuando el *chansonnier rosse* deja la escena, es Fragerolles con su *Sphinx* en el *Chat Noir;* es Delmet en el *Chien Noir:* es Méfisto en los *tréteaux,* con su *Mort de Pierrot,* que nos traen la nota artística y nos levantan el espíritu.

Se me ocurre, dejando de lado, bien entendido, todas las porquerías cantadas o habladas, que nuestro público, ni alto ni bajo, soportaría que entre nosotros pueda hacerse una tentativa feliz de ese género. Aquí, en París, esos teatrejos minúsculos, pero concurridos por gente que forma

parte del *élite* que crea reputaciones, han hecho salir de la sombra a muchos hombres de talento y han llevado el pan cuotidiano a muchos hogares de poetas sinceros, pero más inhábiles que los pájaros del monte para encontrar alimento a sus pequeños.

Buenos Aires es una ciudad enorme, sin más diversiones que sus teatros; hay por lo menos diez mil personas que se entregan noche a noche a la tarea de embrutecerse en los espectáculos por sección. El que menos de esos veteranos tiene veinte *Tambores de granaderos* en el cuerpo, sin contar el sinnúmero de *Verbenas* que lo han extenuado. Ese hombre acudiría con placer a cualquier atractivo nuevo que se le ofreciera; pero si ya no puede arrancarse a la obsesión de la zarzuela, hay gente de sobra que poco o nunca va al teatro.

¿Artistas, autores, cantantes? Pocos sospechan la cantidad de muchachos de talento que hay en Buenos Aires y que pasan su juventud escribiendo cosas que meten en un cajón; sacudidlos, dadles un tema, que en general la política o los incidentes sociales ofrecen, hacedles tomar el hábito de la producción y veréis cómo mi teatrejo será realmente entretenido.

Entrego generosamente la idea a un empresario que la comprenda bien; no se trata de un teatro de lujo, no se trata de gastos, ni de adornos, ni de dorados. Un buen sótano, amplio, en la Avenida de Mayo; en un extremo, una pequeña escena, con el sitio suficiente, en el fondo, para tender una pequeña tela blanca sobre la que la linterna mágica haga desfilar las figurillas recortadas sobre el dibujo de uno de nuestros jóvenes artistas. Abajo, un piano, y al lado, un muchacho de buena voz, que sepa decir y nos narre las viejas

epopeyas patrias, o nos diga canciones sobre los ministerios, más fugaces que la flor de la noche, más tenaces que el perro sobre el hueso, más impopulares que el Papa en Londres. Luego, un centenar de sillas y cinco o seis pesos de entrada, para que no se le ocurra a todo pasante entrar donde no le llaman.

A l'Epatant

Salgo de un espectáculo admirable que me sugiere también, como tantas otras cosas que veo por estos mundos, la idea de buscar su imitación en Buenos Aires.

Algún día hablaré a ustedes de los clubs y círculos sociales de París. Por el momento baste saber que el Cercle de l'Union Artistique es el más vivo, más animado y más concurrido de París. Tiene más de dos mil miembros, y si bien todos éstos no pertenecen a los más encumbrados centros de París, la mayor parte de los socios del Jockey, de la Rue Royale, de l'Union, des Pommes de Terre, etc., lo son también del Epatant, como se llama a l'Union Artistique en la jerga especial que designa a los clubs. La instalación en un viejo palacio con gran aire señorial, admirablemente situado en el mejor punto de París, es soberbia, magna, amplia y con todas las comodidades deseables. El salón de honor, en cuyo fondo hay un teatro bastante grande, puede contener más de quinientas personas sentadas. Casi todas las semanas hay un concierto exclusivamente para los socios, y cuatro o seis veces al

año grandes representaciones, dramas, óperas, ballets, revistas, pantomimas, a cuyo ensayo general (la verdadera *première*) asisten sólo los socios, y las familias de éstos a la segunda. Hay, además, un salón anual, en el que se exponen cuadros y estatuas originales de los miembros del Cercle, entre los que se cuentan los primeros artistas de Francia. Las comisiones de literatura, de pintura y de música están compuestas de artistas distinguidísimos.

El espectáculo de anoche lo componían el tercer acto de la *Vestal* de Spontini, no representada en Europa desde hace más de cincuenta años, y del tercer acto del *ballet* "Coppelia", de Délibes, inédito hasta hoy, pues en la Opera sólo se representan los dos primeros. Cantaba la *Vestal* Mme. Caron, la admirable Caron, la creadora de *Sigurd*, de *Salambô* y de la triste *Hellé*, que se va extinguiendo penosamente. Caron conserva poca voz; pero a las artistas de canto sucede algo de lo que nos pasa a nosotros, que sólo sabemos emplear bien nuestros recursos cuando éstos empiezan a escasear. Acompañaban a Caron los tres primeros cantantes de la Opera: el tenor Alvarez, el barítono Renaud y el bajo Delmas. Pero ella sola, soberbia, llevó el peso de la obra. El tercer acto de la *Vestal* tiene mucha analogía dramática con el último de *Norma*, pero es más poderoso, más *empoignant*. Su música es lo mejor que escribió el seco Spontini; se siente que la situación ha levantado su espíritu y mantenido su inspiración con robusto soplo. Respecto al éxito de Caron baste decir que los quinientos espectadores, *clubmen* endurecidos, para quienes la emoción es ridícula y el *m'en fichisme* sagrado, batían las manos frenéticamente, y de pie, aclamaban a la

artista que había hecho pasar sobre sus almas aletargadas una ráfaga divina.

El *ballet* es delicioso; es el mismo tema del de *Las horas* de *Gioconda,* pero compuesto con un arte acabado. La fina y delicada música de Délibes está a la altura de las mejores páginas de ese espíritu exquisito, de una inspiración siempre fresca y elegante que, si no ascendió a las alturas soberanas o no bajó a los abismos insondables, se impregnó de la sonriente primavera de la tierra y supo interpretarla con la gracia juvenil de los griegos.

En cuanto a las bailarinas: *oh! mes enfants!,* como dice un refrán de canción del *Chat Noir.* Lo más fresquito, lo más granado, lo más escultural del cuerpo de baile de la Opera. Estaban allí en familia: los aplausos que cada pirueta bien hecha arrancaba, parecían dirigirse, más que a la danzante, a algún miembro del Cercle, que seguía con emoción los *entrechat* y los *points* de su protegida y que recibía las felicitaciones con modestia satisfecha. Hay allí una media docena de sílfides que... pero están ustedes muy lejos para que les hable de esas cosas.

La hermosa casa del Jockey Club de Buenos Aires va a terminarse en breve, y, según tengo entendido, será, a pesar de sus defectos serios de distribución, un edificio que no sólo hará honor a la distinguida asociación sino también a nuestra capital. No hay en ella, sin duda, un salón como el del *Epatant;* los techos son deplorablemente bajos. Pero con todo, en alguna de sus grandes salas pueden caber trescientas personas. La comisión debería organizar fiestas teatrales cada dos o tres meses, para hacer conocer las artistas más notables que pasen por Buenos Aires.

dar comedias, ballets antiguos, *pavanes, minuets,* etc.

¡Un poco de distracción, por Dios, para nuestras lindas mujeres, a las que hemos hecho una vida imposible, reducidas a ver de lejos a los hombres en la Opera... y a esperar seis o siete meses para poder hablarles en Mar del Plata!

París, mayo 1896.

NOTAS SOCIALES

EL ANGEL GABRIEL.—LA SOLITARIA.—LOS RAYOS X

A José M. Ramos Mejía.

El ángel Gabriel

Sí, mis amigos, es extraordinario cómo el griego más culto del tiempo de Pericles, el romano más ilustrado de los que esperaban el despertar de Augusto, o comían en casa de Mecenas, el italiano más sutil y fino de la corte de León X, el inglés más brillante del tiempo de Isabel, el español más audaz de los ejércitos de Carlos V o el francés más incrédulo del círculo del Regente, deben haberse parecido, apenas escarbada un poco la superficie, al parisiense del día, que no cree ni en Cristo ni en Mahoma, ni en la vida inmortal ni en Dios, pero que vuela desalado así que oye decir que un ser humano está poseído por un espíritu superior y que predice el porvenir.

Es en vano que el uso constante de nuestra razón en toda la conducta de la vida determine esa tiranía del buen sentido que va imperando en todas las sociedades humanas, hasta el punto de extirpar los grandes sueños, las grandes locuras que en otros tiempos hicieron amable la existencia y noble el hombre. Es en vano; así que

se toca esa cuerda maravillosamente sensible, que podría llamarse el ansia de lo desconocido, la sed del infinito, todas las ideas fundamentales, las convicciones científicas, todo el escepticismo definitivo desaparece y volvemos a ser los eternos niños que en los grandes dolores miramos al cielo, buscando en las nubes o en los astros la revelación de un ser divino, fuerte y protector, que nos alivie en nuestras miserias...

Lo que acaba de pasar en París no es más que la repetición de la escena que constantemente se desenvuelve en una aldea rusa de la Uchrania, en un pueblo de nuestras pampas, en un caserío de la Calabria. Una Mlle. Couédon, que parece honesta, hija de honrados burgueses comerciantes, en plena salud, con toda tranquilidad, se declara poseída por el ángel (creo que es arcángel) Gabriel, y con los ojos abiertos, con una voz que no es la suya, así que se interroga al personaje divino, predice el porvenir. Al principio, la cosa pasaba en familia; luego fueron atraídos dos o tres periodistas en boga, que lanzaron el asunto, y la casa se llenó de cuanto más granado cuenta la sociedad de París en el clero, la aristocracia, la banca, las artes, las letras y la política.

¡Hubo día en que la *Vidente* tuvo más de ochocientas visitas! Los vecinos se quejaron, el propietario intentó un proceso de desalojo al padre de la profetisa, como si ésta fuera una simple *belle Otero,* e inmediatamente el feliz progenitor del prodigio recibió un sinúmero de ofertas gratuitas, de apartamentos y locales idóneos para el tranquilo ejercicio de los dones adivinatorios de su hija.

Lo curioso es que hasta ahora no se ha des-

cubierto, ni en los padres, ni en la hija, ningún propósito de lucro, pues no han querido recibir un centavo de sus infinitos visitantes. Pero en el fondo, diréis, ¿qué es lo que predice? *Mon Dieu*, tomen ustedes un almanaque cualquiera, o, más simplemente, los dísticos con profecías que, bien arrollados, suelen servir de carozo a las almendras azucaradas. Cosas vagas, desgracias para la Europa entera, días de prueba para la Francia, abatimiento del orgullo inglés, etc. Nada preciso, nada concreto. Todo en forma de melopea, una especie de verso blanco o libre, con consonancias aproximativas y monótonas. Y eso hace correr todo París, y de eso se ocupan todos los diarios, desde los más serios hasta los más alegres.

La Solitaria

A propósito de este *emballement*, me vienen a la memoria las escenas pintorescas a que dió lugar, ahora seis o siete años, en Madrid, la llegada de un joven médico mejicano, que anunció a la coronada villa y al mundo, que la mayor parte de las enfermedades que afligían a la humanidad provenían de la lombriz solitaria, muchísimo más esparcida de lo que se creía, y contra la cual, él, el único, tenía un remedio de una eficacia absoluta. Hasta aquí, la cosa no pasaba de un aviso de cuarta página, insertado por un charlatán cualquiera. Pero el joven americano anunciaba al mismo tiempo que en el estudio de esa enfermedad había adquirido tal práctica, que

le bastaba la expresión de la mirada de cualquier hombre (y mujer, se entiende), para diagnosticar, sin error, la presencia del incómodo huésped intestinal. Como nunca falta algún infeliz, que teniendo definitivamente descompuesta una cuerda interna, después de haber fatigado inútilmente a todos los esculapios a su alcance, se echa desesperadamente en brazos de los compositores de específicos y panaceas, uno de ellos hombre conocido en la buena sociedad, a través de la cual paseaba hacía cinco años una gastritis que le iba dejando como un hilo, tuvo la idea de ir a consultar al médico de las lombrices. Al primer golpe de vista, el mejicano se echó para atrás, asegurándole que sus ojos le indicaban que tenía dentro del cuerpo, no digo una solitaria, una serpiente boa, cuyo tamaño la obligaba a invadir la región torácica para buscar buen acomodo. Le dió el remedio que debía tomar a la noche, y cita para la mañana siguiente, a fin de constatar él mismo la expulsión. ¿Llevaba nuestro hombre una lombriz hábilmente disimulada dentro del puño de la camisa, o realmente el titular de la gastritis poseía una formidable? El hecho es que la operación dió un resultado completo y el paciente, con la buena y generosa ayuda de la imaginación, se sintió más aliviado. A pesar de lo escabroso del tema, cediendo a la invariable manía de los enfermos, contó gozoso su aventura en salones y clubs, y bien pronto la casa del médico fué chica para recibir visitantes. El consejo de higiene se mezcló en el asunto y le persiguió por ejercicio ilegal de la profesión. El mejicano orilló el código, asociándose a un médico diplomado y sin clientela, y la empresa tomó proporciones colosales. Daba citas con ocho días

de anticipación y recibía a la gente por grupos de quince personas, que formaba en círculo, en cuyo centro se colocaba, para echar luego sus ojos de águila sobre la cara de cada paciente. Naturalmente, en la baraúnda de hombres y mujeres que acudían a su consulta, no podía recordar bien las fisonomías. Así, un día que nos aburríamos en el club, alguien que tenía una cita para tres o cuatro personas, nos invitó, y pronto, a fuerza de codos, trepamos la escalera atestada del ilustre extirpador y penetramos en el salón, donde formamos gravemente el círculo con los compañeros que el azar nos deparó. El mediquillo mejicano era muy joven y tenía un *toupet* superior a sus años. Con gran sencillez, fué mirando uno por uno a los hombres que le rodeaban y distribuyendo lombrices que era un encanto. Llegado mi turno, apenas echó una mirada sobre mí, me acordó, con una generosidad que me conmovió, una soberbia solitaria, que por el aire con que me la anunció, debía ser una *devastatrix* formidable. Declaro que, a pesar de mi respeto profundo por la ciencia azteca, sintiéndome bien de salud y temeroso de que la ruptura de mis hasta entonces buenas relaciones con la lombriz me fuera fatal, resolví conservarla cuidadosamente. Pero las caras de mis convecinos habían sido tan curiosas y el espectáculo tan lleno de interés que, cuando quince días más tarde, un nuevo grupo de amigos me invitó a ir nuevamente a la consulta, acepté con gusto, y una vez más me ví formando parte del grupo ansioso. Cuando mi hombre me enfrentó y echó sobre mí su mirada cansada e indiferente, comprendí que no me había reconocido. Me miró

bien y pasó a otro, diciéndome simplemente: "Usted no tiene nada, señor."

La farsa duró un mes y terminó por la rápida desaparición del mejicano, cuya bolsa se había hinchado mucho más de lo que él osara esperar.

¿Por qué me ha venido el recuerdo del médico de las lombrices, a propósito del ángel Gabriel? Es que también había, para la imaginación de las gentes, algo de sobrenatural en la manera con que el charlatán descubría, por la expresión de los ojos, la presencia de la solitaria. Y mientras persista la humanidad, a pesar de todos los progresos de la ciencia (que acaban de declarar en bancarrota aquellos que esperaban de ella la revelación de las causas finales), tendrán siempre éxito los dulcamaras, las videntes, los nigrománticos, los mediums, los ocultistas, las adivinas y toda la tribu que vive del rico filón de la credulidad humana.

Los rayos X.

Y, sin embargo, ¿qué mago babilónico o egipcio, qué astrólogo medioeval, qué Mesmer, qué Cagliostro, ni qué Hume, qué fakir indio, apelando a todos sus recursos de taumaturgia, pudo nunca llegar, ¡qué digo! soñar con las estupendas maravillas que a cada instante la investigación científica descubre?

Los rayos X, por ejemplo, del profesor Roentgen, tienen en este momento convulsionado el mundo de la ciencia. Los resultados de la semana pasada son ya hechos remotos que sólo se re-

cuerdan como antecedentes. Cada hora, cada minuto, trae un nuevo perfeccionamiento en los procederes de ejecución, y mientras escribo estas líneas, miles de sabios, encerrados en sus laboratorios, siguen con ojos ávidos los fenómenos inexplicados de la luz catódica en el tubo de Crookes y buscan las leyes de gestación y acción de esos rayos X, que han venido a dar por tierra con todos los fundamentos, hasta ha poco creídos inconmovibles, de la óptica.

Declaro que, sin pertenecer, por desgracia, a ese élito humano, me siento arrebatado por una curiosidad invencible que me llevaría, si estuviera preparado, a pasar mis días enteros espiando las luces fluorescentes que se agitan, como un reflejo del otro mundo, en el vacío del tubo maravilloso. Pensad que no sólo todas las teorías aceptadas, sino los hechos reales, positivos, que hemos constatado desde que tenemos conciencia, y que parecían resultado de leyes inmutables, han desaparecido a la luz de fenómenos tan reales como ellos, que los contradicen y que nadie puede explicar. Ante los rayos X, por ejemplo, la madera, la seda, el cuero, el cartón, son de una transparencia etérea, y el vidrio, sobre todo el cristal, son absolutamente opacos. Pensad también que la luz catódica, es decir, la que se desprende del polo negativo en el vacío de la ampolla, no tiene nada que ver con los rayos X, aunque los determina; éstos parecen formarse al exterior del tubo, en plena atmósfera, es decir, atravesando, para tomar vida, las paredes de cristal que encierran la luz catódica, cristal que jamás podrán volver a atravesar!

Hace pocos días entré a un subterráneo donde se daba explicaciones de la fotografía de lo invi-

sible; allí, delante de la bobina de Rumkorf, adaptada al tubo de Gessler o de Crookes, un joven francés explicaba, si no la causa, la manera de producirse de los fenómenos. Para las gentes ignorantes, como yo, siempre hay una gran dificultad, a veces insuperable, para darse cuenta de fenómenos cuya comprensión exige estudios previos y datos adquiridos. Pero mientras el joven hablaba, con la precisión, la claridad y la lógica que el genio de la raza ha impreso a su idioma admirable, pensaba en todo lo que la humanidad debe a esta Francia luminosa. El haz de su foco, como de lo alto de un mástil, recorre y escudriña el mundo entero; allí donde descubre una idea que se agita informe en las tinieblas, una teoría filosófica alemana, un drama escandinavo, una pesadilla eslava, allí se fija, allí irradia poderosa, y bien pronto los hombres, a la plena luz del día, aumentan su caudal intelectual con un tesoro hasta entonces oculto en la sombra.

Recordaréis que hace dos meses, en los primeros ensayos, el tiempo de *pose* necesario para obtener una fotografía por medio de los rayos X, era de dos o más horas. A ese respecto, ha habido un verdadero steeple-chasse en los laboratorios europeos, especialmente en los de París. Cada día, la duración de la *pose* disminuía, y la última fotografía que he visto, un espléndido collar de diamantes de Sandoz, en el que las piedras finas, de una transparencia absoluta para los rayos X, habían desaparecido, no quedando sino la montura en oro y dos piedras falsas puestas a propósito, ha sido obtenida en poco menos de dos minutos. Tengo la seguridad de que cuando esta carta llegue a Buenos Aires el telégrafo os habrá

anunciado ya haberse conseguido fotografías instantáneas de lo invisible.

Pero eso es simple cuestión de habilidad técnica, como las aplicaciones, más o menos humanitarias, que pueden hacerse del descubrimiento, es cuestión utilitaria. Para mí, lo que me sacude, lo que me abre horizontes que dan vértigo a mi razón, es el fenómeno en sí mismo, son esos rayos, esas emanaciones que me cuesta llamar luminosas, esa nueva forma inconcebible de la materia, que nuestro chato vocabulario no puede expresar, que aparece de pronto, sin antecedentes ni analogías científicas.

Las conquistas más estupendas del entendimiento humano, los trabajos de un Newton, de un Pasteur, fueron el resultado de la observación tenaz, hecha fecunda por la extraordinaria fuerza cerebral del observador. Pero el fenómeno actual no procede de la observación: el azar lo ha revelado, por fortuna, a un hombre que ha sabido verlo. Las leyes de la gravitación, las de la fermentación, una vez constatadas, se explican por sí mismas, en su admirable claridad de leyes necesarias. Pero la naturaleza, el origen, la formación de los rayos X, la ley de su acción, son misterios tan impenetrables aún como el del origen de la vida.

Y mañana, otro silencioso obrero de laboratorio se encontrará de pronto ante un fenómeno más inesperado y más trascendental aún, y así seguiremos esta ascensión infinita, sin más término posible que el estallido de nuestro globo en el espacio!

¡Pobre ángel Gabriel!

———

Nota circulatoria

A Francisco Beazley.

En uno de los últimos diarios que he recibido de Buenos Aires he leído una noticia estupenda: la jefatura de policía preparaba un edicto derogando todas las disposiciones vigentes sobre vialidad y devolviendo a los carreros, cocheros y demás automedontes de la heroica ciudad, la amplia, completa y absoluta libertad, por la que, según afirma la historia, pelearon nuestros padres. En una palabra, el famoso decreto de Rochefort: "Artículo 1o. Ya no existe nada. Art. 2o. Nadie está encargado de la ejecución del presente decreto." En adelante, pues, los carros, coches, jardineras y otros vehículos, podrán ir, cuando puedan ir, a la derecha, a la izquierda, estacionarse de a tres de frente y diez de fondo, por el tiempo y a la hora que les plazca, andar a escape, negarle la izquierda hasta al tramway y hacer una pepitoria de todos los viandantes que se atrevan a arriesgarse en las calles frecuentadas por esos nuevos carros de *Jagenautt*, cuyo recuerdo está fresco en la memoria de todos los que estudiamos geografía por el libro de Smith.

Iba a indignarme, cuando recordé que Beazley

era jefe de policía. Una suave tranquilidad descendió a mi ánimo, y me afirmé más y más en la convicción de que ese puesto, entre todos los de la jerarquía administrativa, es el que más necesita ser ocupado por un hombre de espíritu. Se me dirá que Beazley no es responsable de ese edicto, simple cumplimiento policial de una resolución de la Intendencia; el argumento no tiene peso. Un jefe de policía vulgar, antes de cumplir la orden municipal, habría observado que la desaparición de toda disciplina en las calles iba a producir trastornos de tal naturaleza, que su deber era indicarlos a la Intendencia.

Pero Beazley no razona nunca vulgarmente; desde aquí, me parece leer su pensamiento: "Si yo observo que las calles se van a convertir en un baile de negros, una de dos, o me harán caso o no. Si me hacen caso y derogan la nueva disposición, las cosas quedarán en el estado actual, que, a la verdad, es difícil empeorar. Si no me hacen caso... Sólo los imbéciles piden algo a las mujeres antes de estar seguros de obtenerlo." Adelante, pues, con los faroles.

Fuera de todas las razones que irritan en el alma de un hombre bien nacido el deseo de volver a la patria, obra hoy sobre la mía, impetuoso como ninguno, el de presenciar los primeros efectos del decreto libertador. ¡Qué nudo formidable! ¡Qué vociferaciones, qué injurias, qué compadradas, qué serie de casos de enajenación fulminante en vigilantes y comisarios! Y Beazley, en una esquina, de brazos cruzados, sin lira, porque no le da por ahí, contemplando, como Nerón arder Roma, ese reflejo caótico de las primeras épocas de la formación terráquea, y esperando que, como del caos salió la luz (sea

mos ortodoxos), de ese escándalo diario, de esa estagnación de todo movimiento, salga la ordenanza razonable y salvadora que reglamente la circulación urbana en nuestra deforme ciudad.

Al mismo tiempo que esa cuestión va a preocupar los espíritus entre nosotros con la exigencia de lo insoportable, está en París a la orden del día. Para nadie que conozca esta ciudad, será un misterio que, en materia de transportes urbanos, está en un atraso indecible. Con más de dos millones de habitantes y con una densidad de población casi tres veces mayor que la de Londres, se encuentra, como medios de transporte, en el mismo estado que en tiempo de Luis Felipe. Con su sistema de líneas de *ómnibus,* monstruosos catafalcos que recuerdan los aparatos para la guerra de sitio que usaban los antiguos, y que para transportar treinta pasajeros aplastan otros tantos peatones, con sus pequeños fiacres, que en horas determinadas (precisamente aquellas en que se desea llegar pronto a su casa o a sus negocios) se aglomeran, se estrechan, se paralizan unos a otros, la ciudad de París presenta hoy el espectáculo más curioso que es posible contemplar. Las casillas de los ómnibus se ven siempre sitiadas por una ola de mujeres y niños, que, con esa santa paciencia de los franceses para formar *la cola*, esperan el turno de obtener un número de orden, para subir al carromato... que pasa siempre lleno. El hombre que ha concluído su trabajo en el barrio de la Magdalena, por ejemplo, y que quiere volver a su casa, allá por la Bastilla, sabiendo que es inútil aspirar al ómnibus, hace seña a un fiacre. El cochero, cuya insolencia se ha elevado al cubo desde que posee boleta de elector, señala con el látigo, sin dete-

ner su caballo, el rumbo hacia el que él va, hacia el que le conviene ir; si no coincide con el del viajero, le echa una mirada de desprecio y sigue tranquilamente su camino.

Los domingos, como es sabido, toda la laboriosa población de París, en la buena estación, se va a pasar el día en familia bajo las arboledas de Boulogne o de Vincennes. Pero esos puntos están lejos del centro y son precisamente los pequeños mercaderes de las estrechas calles centrales, sus mujeres y sus hijos, los que más necesitan de ese baño de aire puro. Sin medios de transporte económico, los veis pasar las fortificaciones, la madre, como un tomate, el padre en mangas de camisa, con un muchacho, embrutecido por el sol, colgado de cada brazo. Y el extranjero que ha corrido un poco el mundo, recuerda a Londres y las ciudades americanas, donde las pobres gentes se trasladan con una rapidez y un baratura increíbles.

En cifras redondas, hay en París 15.000 coches particulares, 1.500 entre ómnibus y tramways y 15.000 coches de alquiler. Hay 16.000 vehículos destinados al transporte de mercaderías y otros servicios, lo que hace un total de 46.000 coches que alimentan la circulación en París. El número de caballos empleados alcanza a 80.000.

¿No os parece todo eso miserable, si, para daros cuenta de las necesidades de la circulación en estas enormes ciudades modernas, recordáis que el solo movimiento de pasajeros en los tramways de Buenos Aires, pasa de ochenta millones por año? No tengo en este momento presente la cifra de la circulación en el *Undergound* de Londres, pero su enormidad basta para dar una idea de los servicios que presta.

Hace 15 años está en cuestión la construcción del ferrocarril subterráneo en París, el famoso Metropolitano, que, como la reconstrucción de la Opera Cómica o la restauración de la Porte Saint Denis, sólo ha servido para tema de espirituales escenas de revista. La exposición está encima y el Metropolitano duerme el sueño de los justos, porque parece que no se han podido entender sobre el trazado de la línea. Cuando se empezaron a construir los grandes ferrocarriles rusos, ni el comité nombrado, ni las empresas, ni las municipalidades del aspirado trayecto, pudieron ponerse de acuerdo sobre el trazado de la línea de Moscou a Petersburgo. Las cosas parecían eternizarse, cuando una buena mañana, el Czar Nicolás I pidió una carta geográfica del imperio, aplicó una regla entre las dos ciudades, tiró con un lápiz una fuerte raya, e hizo decir a los constructores que ésa era la traza que había fijado. Todo el mundo se quedó con la boca abierta, porque la línea corría por espacios desiertos. Pero el ferrocarril se hizo en poco tiempo y los desiertos se poblaron. El "tirano amable", tan suspirado por Renán, tiene mucho de bueno.

Muerto el Metropolitano, M. Lépine, el actual prefecto de policía, comprendiendo que este estado de cosas no podía continuar, resolvió reemplazarlo por algo más factible, más práctico y más eficaz. Y en un esfuerzo gigantesco, que debe haber rendido su cerebro, acaba de inventar... el bastón para los vigilantes! No aquel palo duro, férreo, de los *policemen* ingleses que lo mismo detiene un coche que parte un cráneo, no; un bastón cortito, coqueto, panzón en el centro y pintado de blanco y rojo. El objeto del bastón. (cuyo uso, por otra parte, acaba de ser

abandonado en Inglaterra) es aumentar la autoridad del *sergent de ville*, que hasta la fecha, de pie en los refugios de las bocacalles, levantaba en vano su mano, sus dos brazos, como Moisés en la batalla, para detener o interrumpir una fila de fiacres y ómnibus y facilitar el paso a los náufragos de la "Medusa" aglomerados sobre el estrecho espacio del *refuge*. Pienso que la base del invento es que el bastón, sin duda por sus colores, debe hipnotizar a los cocheros. Milagros de la ciencia.

Pero es tal la desesperación de los parisienses por las dificultades siempre crecientes de la circulación urbana, que todos los diarios han aplaudido la tardía invención de Mr. Lépine, que por lo menos demuestra cierto deseo de buscar soluciones al problema.

Hace tiempo tengo pensado para mis adentros, que el verdadero intendente municipal de una ciudad, en la parte que toca a la vida urbana propiamente dicha, es el jefe de policía. Y creo que en ningún país es eso más exacto que en Buenos Aires. Dentro de uno o dos años, los volúmenes de "códigos y leyes usuales" serán breviarios al lado del Digesto Municipal; pero por más que se acumulen ordenanzas sobre ordenanzas, que se ponga al frente de la Municipalidad un hombre que al empuje de Alvear una el buen gusto de Alphand, a más de una gran actividad e inteligencia administrativa, nada bueno podrá hacer, si no cuenta con toda la voluntad y la decidida cooperación del jefe de policía. No hay una medida de los inspectores municipales que no pueda ser contrariada por la simple inercia de los comisarios de policía. Nunca habrá disciplina en las calles mientras los vigilantes no

se penetren de la idea, que es la base del deber para los *policemen* ingleses, que deben hacer cumplir en todo momento las ordenanzas municipales, hacer tomar siempre la izquierda a los vehículos, evitar la aglomeración y descompostura de los changadores en las esquinas, impedir que se transite con bultos por las veredas, reducir a prisión a los que profieran a gritos palabras obscenas (que es una de las vergüenzas de nuestras calles), aplicar multa a los cocheros que para mortificar a la gente se entretienen en producir chasquidos estridentes e inútiles con el látigo, evitar el largo estacionamiento de los carros de carga, interrumpir las filas de coches para abrir paso a las mujeres y los niños, tomar el número de los conductores de tramways compadres que tocan milongas con la corneta y requiebran a las pasajeras, reglar la velocidad a que deben ir los coches por las calles, todo lo que constituye, en fin, el mecanismo que hace posible la vida en común en los grandes centros humanos. ¿Cumplen con ese programa nuestros infelices vigilantes, plantados como postes incómodos en las esquinas, listos a trenzarse con el primer ladrón que les caiga a la mano, guapos, pero ineptos?

Se me dirá que el jefe de policía que se diera el inmenso trabajo de educar en ese sentido al personal a sus órdenes trabajaría únicamente para el rey de Prusia, o sea para la gloria del Intendente municipal. En efecto, así puede pensar un jefe de policía vulgar; pero un hombre que, como Beazley, tiene un brillante porvenir por delante, que va a recorrer con la facilidad que dan no sólo la inteligencia y la preparación, sino esas envidiables facultades de carácter, de irradiante simpatía, esas condiciones de calma y de-

cisión, que distinguen a aquellos que están llamados a ir arriba, un hombre de esa talla no puede pensar así. Donde él esté estará la cabecera, y su acción, cuando la haga sentir, hará conocer a todos de dónde viene.

Casi todos los diarios de Buenos Aires, especialmente *La Prensa,* se han preocupado constantemente del problema de la circulación urbana. Es necesario que no dejen de mano el tema; que machaquen con una monotonía tal, que el clavo penetre hasta lastimar, hasta despertar a los que duermen perezosamente en vez de ponerse a la obra como hombres. Todo es fácil, cuando se emprende con energía y se prosigue con perseverancia. Había en Buenos Aires calles centrales, recorridas por líneas de tramways que llevaban señoras y niños a nuestro paseo, ocupadas completamente por casas infectas de repelente aspecto. La rutina burocrática tenía establecido que era inútil intentar el desalojo de esas Suburras: bastó una voluntad, una orden y una media docena de carros para limpiar en una noche esos bajos fondos.

Con una orden semejante, estrictamente cumplida, prohibiendo a los carros, en la parte central de la ciudad, hacer operaciones de carga y descarga después de las 12 del día, el problema de la circulación está por mitad resuelto. Lo demás vendrá más tarde, cuando todos esos almacenes *por mayor* de las calles Victoria, Rivadavia, Bolívar, Maipú, etc., se vayan al puerto o a los suburbios, dejando el sitio para las casas de menudeo. Eso lo traerá la población, que dentro de diez años, a estar a los datos de la admirable demografía del Dr. Martínez (que muestro en Europa con orgullo) alcanzará a poco menos de millón y medio de habitantes. Entonces se hará

también nuestro Metropolitano, una de las mejores concesiones que ha hecho el Congreso, a pesar de la tibieza de los ingleses para dar los fondos necesarios a la obra (1).

En fin, consolémonos en nuestros nietos; dentro de cien años los ojos de nuestro espíritu, si flotan como los de Lumen en las ondas luminosas que ascienden eternamente en el espacio, no verán en pie una sola casa, un solo ladrillo de los que hoy forman esa mole sin arte, sin perspectiva, sin belleza y sin carácter, que se llama Buenos Aires. ¿Cómo será la nueva ciudad? ¿Cuáles serán los rasgos étnicos del argentino del siglo XXV o XXX, cuando terminada la corriente inmigratoria la fusión haya concluído y la raza tomado su rasgo distintivo?... Todo eso está muy lejos; por el momento, a la obra, que es el deber.

París, Agosto 1896.

---

(1) De los dos Metropolitanos a que se refiere esta nota, escrita hace más de cuatro años, el de París, que parecía entonces abandonado, es hoy un hecho, — que ha traído un aporte considerable a la solución del problema de la circulación urbana en París. El otro, el de Buenos Aires, caducó por no haberse encontrado los capitales necesarios. Pienso que las concesiones hechas el año 1899, de líneas urbanas subterráneas, caducarán por la misma razón. El problema, entre nosotros, no se solucionará hasta que esas líneas sean un hecho.

El extranjero en París

A Lorenzo Anadón.

Cuando Atenas estaba en su apogeo y que sus academias atraían a todos los sabios y aspirantes a sofistas del mundo helénico, sus templos, sus estatuas y sus pórticos a todos aquellos a quienes llegaba un eco de esas bellezas inmortales, sus juegos y sus hetairas a todos los que poseían un cuerpo vigoroso en las costas e islas del mar tirreno, el extranjero, el bárbaro, también era admitido, sobre todo si su bolsa llena de oro le permitía la fastuosidad de la vida, que cimentaba el bienestar y la gloria de la gran ciudad. En cuanto a mezclarse en la vida nacional, a confundirse con el pueblo en el *Pnix,* a compartir con el ateniense la ristra de ajos sobre la grada de piedra, jamás. El bárbaro era simplemente tolerado.

París, la Atenas moderna, el ojo, el cerebro, el corazón, la imagen sexuada de la gloria occidental, si bien de día en día va perdiendo los rasgos estéticos, los cultos artísticos que parecían destinarla a perpetuar la función civilizadora de la ciudad de Pallas, ha querido, por lo menos, imitarla en la manera de apreciar al extranjero que

viene a abrigarse bajo sus muros encantados. Y deliberadamente, ha tendido una línea que coincide con el curso del Sena y que divide la enorme ciudad en dos grandes secciones, casi diría, por la cintura. Arriba, a la izquierda, el cerebro, el corazón, los brazos, esto es, la inteligencia, la voluntad, el sentimiento y la acción; a la derecha, el vientre y demás órganos, que, de la cintura abajo, completan la bestia humana. Aquí, en esta última región, el extranjero es el hermano, es el ilustre huésped, es el noble viajero, es el amigo de la Francia.

Para él todo el brillo de los boulevares, para él el arte exquisito y único de los cocineros franceses, para él las carnes más sabrosas de Normandía, los vinos más generosos del Mediodía y la Champagne, las frutas primorosas, las aves opulentas, todos los excitantes, todos los sueños, hechos manjar, de la más delirante gastronomía. Para él las escenas teatrales pobladas de bailarinas, mimas, comediantes, bellas y frescas, prontas a despojarse de los velos que cubren su desnudez escultural; para él, en fin, las mercaderes de amor, con su arte refinado, para delicia del cuerpo, y sus mansiones soberbias para encanto de la vanidad. "Venid a mí, hermanos que habitáis los más sombríos y tristes villorrios de la tierra o pasáis vuestra vida viendo vuestras vacas y ovejas reproducirse, vuestros negocios prosperar, sin más distracción que el cumplimiento del monótono deber conyugal. Venid a mí, llenas las manos de oro, y seréis tratados como reyes".

Pero allá, en las lejanas regiones donde el Instituto levanta su cúpula, la Sorbona su mole orgullosa, el colegio de Francia sus salas austeras y el Odeón sus galerías, abrigo y amparo de cerebros juveniles, marchitados por la ambición y la

impotencia, las cosas pasan de otra manera. El extranjero es admitido, las puertas del templo de la ciencia se le entreabren, pero estrictamente lo necesario para hacer de él un propagandista de la gloria francesa. En cuanto a abrirle los brazos, a decirle: "ésta es tu tierra, ésta es la patria de todos los hombres de buena voluntad que habitan el globo, venid a mí, estudiad, formáos una carrera, vivid entre nosotros y prosperad", eso no.

M. Rambaud, actual ministro de Instrucción Pública, un intelectual, el ilustre historiador del Bajo Imperio y de la Rusia, acaba de dar forma, en un decreto oficial, a ese sentimiento contrario al extranjero, que venía agitando el mundo de las escuelas en el barrio latino.

Ya en las escuelas especiales del Estado, la Escuela Normal, la Escuela Central, la Politécnica, etc., el extranjero era difícilmente admitido y eso en condiciones de absoluta inferioridad, respecto al valor del diploma final. Ahora ha tocado el turno a la Escuela de Medicina. Bajo pretexto de que el extranjero, una vez concluídos sus estudios medicales y obtenido su diploma de doctorado, solía radicarse en Francia, haciendo así una competencia perjudicial a los intereses de los médicos franceses (el decreto no se refiere para nada a los intereses de la población), M. Rambaud, usando de esa autoridad administrativa que suele dejarnos estupefactos a los que estamos un poco familiarizados con el régimen constitucional y que vemos a un ministro de Estado, en Francia, tomar resoluciones para las que nuestro presidente necesita el concurso del Congreso, mientras que el presidente de la República Francesa tiene, en cierto sentido, menores facultades que un teniente alcalde entre nosotros, M. Rambaud,

repito, acaba de decretar que en adelante la Facultad de Medicina otorgará a los estudiantes extranjeros que hayan terminado en ella sus estudios, un diploma especial, que acredite su competencia... de exportación, pues no le autorizará para ejercer su profesión en Francia. Es cierto que los extranjeros podrán obtener el diploma que les dé esa autorización; pero será rindiendo, antes de su inscripción en la Facultad de Medicina, los exámenes correspondientes a los bachilleratos de ciencias y letras. Volver a tomar los estudios secundarios desde el A B C y prepararse a la prueba embrutecedora del bachillerato francés, según los programas existentes es tan absurdo como volver a mamar cuando se tiene todos los dientes. M. Rambaud, sabe bien, pues, lo que hace y está seguro de que ningún extranjero tendrá el valor sobrehumano de presentarse a esa prueba. ¿Se presentarán a la Facultad, con el único objeto de obtener el diploma de exportación? No lo creo, ese diploma ha nacido enfermo. Su obtención, por su misma naturaleza, será fácil y acabará por confundirse con los específicos que la industria francesa fabrica para el comercio exterior. Será la cinta roja del Cristo de Portugal que usan los que quieren hacerse pasar por caballero de la Legión de Honor.

En estos momentos en que las escuelas científicas alemanas, italianas, inglesas, empiezan a abrir brecha en el viejo monopolio de la enseñanza francesa, hasta el punto de que los estudiantes extranjeros se resuelven a dedicar un año a aprender el inglés o el alemán, para seguir los cursos de Viena, Berlín o Londres, los que amamos de veras la Francia nos preguntamos

qué resultado dará la medida estrecha y mezquina tomada por M. Rambaud.

Los franceses olvidan a menudo, hoy más que nunca, que estos grandes centros de civilización, estos focos de cultura, como París, son el producto de la humanidad entera, el símbolo vivo de su solidaridad. A la riqueza, a la gloria, al brillo incomparable de la Francia, ha contribuído y contribuye el mundo todo. Ella transforma, ella da claridad y luz a lo que le llega de afuera; pero ha sido esa comunidad del aporte extranjero y del genio de la raza lo que ha creado y mantiene la gran corriente del cariño humano que la rodea.

¿Qué determina, pues, este singular olvido de su tradición? ¿Es acaso el mismo sentimiento que ha originado una oposición tal a la proyectada exposición de 1900, como no se recuerda otra análoga en los certámenes anteriores?

El hecho es que el pueblo francés se reconcentra cada día más sobre sí mismo. La amargura que han dejado en su alma las desilusiones de sus veleidades humanitarias del pasado, el recuerdo siempre punzante del abandono en que la Europa le dejó en 1870, la envidia y la codicia de sus riquezas, que cree leer en los ojos de sus vecinos, lo empujan irresistiblemente a buscar la línea de conducta de su vida nacional, dentro de las reglas del más estrecho egoísmo de raza.

Entre las personas distinguidas con quienes me ha sido dado conversar sobre la situación general de la Francia se cuenta: uno de los directores de la política internacional francesa, y mi manícura, una excelente mujer de unos 45 años, viuda o abandonada por su marido, empeñada en educar bien y formar una dote a sus dos hijas y perteneciente, por su cuna y su educación,

a esa buena burguesía de provincia, que forma el fondo sólido de este pueblo admirable. Ya veis que la distancia entre mis interlocutores no puede ser mayor. Veréis cómo sus ideas fundamentales no se separan tanto.

Con el hombre de Estado nos engolfamos en una discusión asimptota, como llamo a aquellas en que nunca llegan a confundirse las opiniones, sobre el imperante proteccionismo francés y sus consecuencias probables.

"Está bien, le decía yo contestando a sus argumentos: las medidas proteccionistas actuales, que gravan los cereales y las carnes extranjeras hasta el punto de imposibilitar las entradas en Francia, han levantado transitoriamente la agricultura francesa y los 18 ó 20 millones de paisanos electores que labran la tierra tienen motivos de estar contentos de que sus trigos se vendan a 22 francos los 100 kilos, en vez de 14, que es el precio a que nosotros los argentinos los ofrecemos. ¿Pero cree usted que esto va a durar? ¿Cree usted que se puede ir impunemente contra la ley que empuja a los hombres a nutrirse lo mejor y lo más barato que puedan? ¿No comprende usted que cuando esta boga del proteccionismo se disipe ante los clamores del comercio, que ya aturden hasta a los sordos, la masa del pueblo francés se va a dar cuenta del absurdo de pagar una libra de pan, o una pierna de carnero, el doble de lo que valen, por el simple hecho de haberse producido en suelo francés? ¿No se da usted cuenta exacta de que los países que producen granos y carnes a precios ínfimos van a alejarse del mercado francés y buscar en otra parte los artículos que les son necesarios?

A mi juicio, lo que salvará a la Francia en el porvenir, cuando haya hecho su evolución com-

pleta esta formidable revolución económica producida por la entrada en escena de las vastas y fértiles comarcas americanas y australianas, será el comercio, será la industria, perfeccionada por el genio de la raza''. Por ese estilo y en esa nota seguí un rato, que no debió ser corto, porque estoy hasta el cuello repleto de ese tema, y cuando se produce un espiche el chorro no para.

Mi interlocutor me contestó con el acento tranquilo con que se enuncian las ideas arraigadas: ''Estamos hartos de ser las víctimas de las teorías y principios generosos, que proclamados por la Francia en momentos de entusiasmo, han enriquecido al extranjero en nuestro perjuicio. Lo que yo veo en el porvenir es la disminución, casi diría la cesación absoluta, del intercambio internacional. Cada país se bastará a sí mismo; nosotros los franceses nos beberemos nuestros vinos (y bastará abolir el derecho de octroi a la entrada de las ciudades de Francia para que el vino reemplace a los aguardientes, bastando entonces apenas la producción total al consumo), ustedes se comerán su trigo y su carne y los yankees sus cerdos. En ese encastillamiento económico de los pueblos, la Francia no llevará la peor parte, porque siempre que la humanidad necesite producciones artísticas, artículos elegantes, vinos exquisitos o dinero, vendrá aquí, porque ningún país tiene ni tendrá las facultades que el nuestro: su genio, su buen gusto o su potencia de ahorro. En cuanto a que el extranjero cese de visitarnos y de venir a vaciar su bolsa en París, no olvide que estamos hablando del porvenir y que dentro de ochenta o cien años cada capital incluso la que ustedes no han fundado aún en la Patagonia,

tendrá los encantos suficientes para retener a sus hijos. Así, pues, la gran palabra del futuro es el "egoísmo de raza" y el corte de los pueblos del siglo XXI o XXII, será el del Paraguay del doctor Francia. Es sensible que la filosofía griega, la civilización romana, la influencia del cristianismo, las luchas religiosas, el esfuerzo de los enciclopedistas, la sacudida de 89, la filosofía positiva y, por fin, el culto absoluto de la ciencia, hayan conducido a la humanidad a ese triste resultado.

Pero ese porvenir lo vemos claro y nos vamos preparando a afrontarlo".

Empecé entonces a comprender el aire de familia que tienen las leyes Méline y el decreto Rambaud.

Mi manícura fué más sencilla, pero más apocalíptica. A sus ojos, el comercio va bien (¡es claro, las uñas crecen siempre!). Pero precisamente eso prueba la realidad del peligro que teme. "Mire usted, señor, me decía, la Francia es demasiado bella, su clima delicioso, sus campos admirables, sus productos sin igual, su arte, sus vinos, sus mujeres incomparables. Pero este esfuerzo para alcanzar la perfección ha aniquilado la raza: ya no nos reproducimos y, por más leyes que se dicten, no nos reproduciremos, porque para que nuestros hijos sean tan felices como nosotros es necesario que sean pocos, para educar bien a nuestros varones y para poder casar a nuestras mujeres. Entretanto, los pueblos que nos rodean y que viven en áridas llanuras o duras montañas, se multiplican con exceso, porque no tienen otra cosa que hacer en su miseria y su fastidio. Un día, tal vez no lejano, se van a poner de acuerdo y van a caer como un torrente, empujados por la

envidia y la avidez, sobre el suelo de la Francia. Nuestra raza desaparecerá; felizmente yo ya no estaré entre los vivos''.

Y la manícura, con un suspiro, extendió delicadamente una capa de polvo rosado sobre mis uñas, atónitas del agasajo, y las frotó con energía.

París, 1896.

Notas sueltas

A Mariano de Vedia.

No creáis que invento ni exagero. Copio textualmente, traduciendo, el siguiente suelto del *Journal de l'Oise*, que se publica en Beauvais, correspondiente al 29 de octubre próximo pasado:

"¡Esta sí que es buena!

"El Gobierno de la República Argentina acaba de promulgar una ley prohibiendo a las mujeres *andar en bicicleta en público.*

"¿Qué dicen ustedes de esto? Y nosotros que nos quejamos del desgraciado impuesto de diez francos sobre nuestras máquinas y de la obligación que se nos impone de colgar en la guía un inocente cascabel...

"Pero lo más precioso es la razón dada por los legisladores argentinos para justificar la interdicción.

"¿Os figuraréis, amigos lectores, que la Cámara de Diputados de por allá está compuesta en su mayoría de pudibundos ancianos que temen, para los ojos de sus hijos, la exhibición de pantorrillas rechonchas, dentro de medias sugestivas?

"Nada de eso. El motivo del ostracismo en cuestión es diferente; se ha prohibido a las lindas argentinas — y aun a las feas — hacer uso

del velocípedo, *con el objeto de proteger los intereses de los propietarios de coches públicos.*

"¡Esta es la más gorda de todas! ¡Pero qué homenaje rendido a nuestra querida *rodadora,* cuya difusión formidable inquieta a los propietarios de mancarrones y carromatos!"

No creáis que invento tampoco, copio textualmente lo que sigue, del número del 17 de octubre del corriente año, de la *Revue Encyclopédique*:

"La Inglaterra pensiona un poeta laureado. La República Argentina, si no me engaño, mantiene un poeta del Gobierno, que figura en las ceremonias públicas bajo una larga capa negra, por lo que se le compara con nuestros maestros de ceremonias fúnebres. La Francia, mucho más liberal de lo que se pretende, deja el campo abierto al genio privado de sus ciudadanos y a sus libres instituciones históricas. Sería curioso comparar qué frutos han dado en Londres y en Buenos Aires, por una parte, y en París, por otra, estos dos regímenes enemigos: la intervención del Estado o la libertad individual de la poesía".

Este suelto continúa un rato diciendo tonterías y está firmado por un señor Charles Maurras.

Los americanos hemos adquirido ya una dulce filosofía respecto a estos disparates; como siempre, el record de todas las insanidades, absurdos, incongruencias e ignorancias geográficas, lo conservan los franceses. Un momento, hace veinticinco años, bajo el golpe de rudas desgracias, prometieron enmendarse, estudiar, aprender lenguas extranjeras, saber dónde estaban situados los otros países, hablar lo menos posible de lo que no sabían, empeñarse, en fin, por darse cuenta exacta del estado social y económico de los pueblos que no citan a Corneille y que no dis-

tribuyen palmas académicas. Eso duró un poco; lentamente los buenos propósitos se fueron desvaneciendo y hoy ha vuelto el francés, desde que cuenta con la Rusia para conquistar de nuevo la tierra, no sólo a pensar que el sol sale exclusivamente para iluminar la cúpula de los Inválidos, sino que todas las otras agrupaciones humanas que por una condescendencia galante de su parte habitan el orbe, no tienen más destino que servir de plastrón al ático espíritu del boulevard, tan bien representado por M. Maurras.

Dejando de lado la pavada de la bicicleta y, como dirían en lenguaje clásico nuestros jóvenes hablistas, el macanazo del poeta, nada me ha hecho más gracia que la acusación del escritor francés a la Inglaterra, de ahogar, por la intervención oficial, la iniciativa individual. ¡Un francés que vive colgado mientras vive de la urbe fiscal, a quien el maire le tira de la pierna desde que nace para ayudarle a salir, cuyo primer traje son las mangas de lustrina burocráticas que le convertirán en un rond de cuir toda su vida, acusar a un inglés de vivir al amparo del Estado!

Y ¿qué decir del momento elegido para criticar la vieja e inofensiva institución del poeta laureado, precisamente cuando el gobierno francés destaca cuatro poetas académicos para acribillar de estrofas al Czar, Claretie en el Teatro Francés, Coppée en la academia, Heredia en el puente y Sully Prudhomme en Versailles?

Y es tal el horror que la tutela del Estado sobre la poesía causa a esta gente, que tengo noticia de haber recibido la legación argentina varias cartas de ciudadanos franceses preguntando si los extranjeros pueden aspirar al puesto de poeta laureado entre nosotros y qué sueldo tiene.

———

Desde hace cuatro o cinco meses, con el solo respiro de la visita del Czar, las revistas francesas, algunas extranjeras y muchos diarios de París, han emprendido un verdadero steeple-chasse para conseguir algunas cartas inéditas de la eterna, inagotable y, en el fondo, fastidiosa correspondencia de Alfredo de Musset y Jorge Sand. A medida que van viendo la luz pública cartas íntimas de los dos amantes, sus restos de familia respectiva se han alarmado, y la hermana de Musset por un lado, y por el otro la nieta, creo, del autor de Mauprat, han formalmente manifestado su decidida voluntad de prohibir esas publicaciones, lo que no ha impedido que mucha ropa sucia haya salido al sol.

¿Ropa sucia, he dicho? No, son las eternas intimidades humanas, vistas en toda su desnudez, cuando la galería, el público, la gloriola y la vanidad, dejan de imponer la pose convencional.

¡Cuánto hemos soñado, de muchachos, con esos amores sublimes del gran poeta y de la incomparable mujer que supo dar a la lengua francesa la armonía no oída entre los hombres desde que la muerte quebró la pluma de Rousseau! ¡Cuántas veces nos hemos paseado con el pensamiento por esos canales de Venecia donde la pareja divina se amó y cantó, en medio del paisaje delicioso de las lagunas! Luego los libros misteriosos que excitaban aún más nuestra imaginación: *Elle, Lui, Elle et Lui*... ¡todas esas semi-confidencias que aguzaban la curiosidad sin satisfacerla! Los velos van cayendo: parece, en efecto, que Jorge Sand y Alfredo de Musset se fueron a pasar una temporada en Venecia, como hace cualquier mortal que habiendo tenido la suerte de encontrar una manzanita sazonada, fresca y sabrosa, se va a comérsela a un rincón apartado, lejos de

los boulevares y de las miradas concupiscentes del vecino. Pero el diablo, que no duerme, hizo que se alojaran en una casa donde vivía un médico Pagello, uno de esos italianos edificados a lo Hércules, y que, indudablemente, para lo que iba buscando Jorge Sand en Venecia, hacía mejor su negocio que el neurasténico romántico y tal vez poco entonado poeta de las Noches. Lo que había de suceder sucedió; Alfredo tomó a mal las cosas, se vino a París y de allí empezó a escribir a Jorge Sand una serie de cartas que se diría no tenían otro objeto que suscitar respuestas. Y lo pienso así por el curioso hallazgo que ha hecho Claretie con motivo de las últimas publicaciones de fragmentos de esa correspondencia.

La humanidad joven ha creído, durante medio siglo, que el estado de alma de Alfredo de Musset, después de la ruptura, debía ser una de esas desesperaciones negras y sin remedio, que cuando enlutan el espíritu de una modista dan con ella en el Sena, pero que en el de un poeta se traducen en estrofas amargas y sublimes, en *Rolla*, en la *Nuit d'Octobre*, en las *Confesiones del hijo del siglo*.

Les plus désesperés sont les chants les plus beaux
Et j'en sais d'inmortels qui sont des purs sanglots!

Ahora veréis cómo el dolor, la angustia del engaño y la separación, no impedía al poeta andar a la pesca de perlas, aun donde menos debía buscarlas, para adornar su literatura. De regreso a París (esto pasaba en 1834), Musset se puso a escribir su delicioso proverbio: *On ne badine pas avec l'amour*, que publicó a fines del mismo año, que sólo se representó en 1861 y que ha quedado

y quedará en el repertorio del Teatro Francés como una maravilla de prosa alada.

Ahora bien, Claretie ha comparado un párrafo de una de las cartas publicadas de Jorge Sand con otro que Musset pone en boca de Perdican en la pieza arriba citada y ha encontrado lo siguiente:

Carta de Jorge Sand a Musset.

Venecia, 12 de Mayo de 1834.

...No, no mates tu corazón, a fin de que un día puedas *mirar hacia atrás* y decir como yo:

"He sufrido á menudo, me he engañado algunas veces, pero he amado. Soy yo quien ha vivido y no un ser facticio creado por mi orgullo y mi fastidio."

On ne badine pas avec l'amour.—Comedia de Musset (1834):

Somos a menudo engañados en amor, pero amamos y cuando sobre el borde de la tumba nos volvemos *para mirar hacia atrás*, podemos decir:

"He sufrido a menudo, me he engañado algunas veces, pero he amado. Soy yo quien ha vivido y no un ser facticio creado por mi orgullo y mi fastidio."

Todo hombre que sabe leer y escribir, a menos que haya sido o un monstruo o un infeliz dejado de la mano de Dios, tiene entre sus papeles de juventud, que generalmente no relee nunca, una serie de cartas de mujer, las que, bien entendido, prometió mil veces destruir. En realidad, si la mujer era inteligente y el hombre, allá en sus últimos años, se ha metido a hacer prosa, me explico y justifico que, en busca de expresiones que no halla, de sentimientos que ya no tiene, vaya a buscarlos en esas cartas descoloridas, vibrantes en otro tiempo de pasión y de ternura. Pero que, en el momento mismo en que a uno se la pegan con un médico italiano sin clientela, se eche mano

de las cartas de la *traidora* para sazonar su propia prosa es algo que me hace creer que Alfredo de Musset no tuvo en la vida más pasión real que él mismo y que Jorge Sand hizo muy bien en aprovechar de todos los robustos *gaillards* que encontró en su camino.

En esto de los amores de los grandes hombres de letras, oh, jóvenes que me leeis, necesito calmaros un poco la imaginación. Todos habéis leído libros de escritores que no nombro, porque viven, verdaderamente demoníacos, en los que las mujeres turbadoras, de belleza satánica e irresistible pululan. Esos hombres deben vivir, pensáis, una vida encantada y apurar la copa de los placeres hasta las heces. Y bien: puedo afirmaros que he encontrado a muchos de ellos y de los más famosos, no una, sino muchas veces, acompañados por mujeres cuyo tipo, toilette y maneras, corresponde exactamente a lo que vosotros llamáis, en vuestro lenguaje poético, barriletes de primera y que no embestiríais sino después de una permanencia forzada de tres meses en el Chaco.

No quiere esto decir que Jorge Sand fuera una pandorga; los retratos que he visto de ella me la representan como una mujer hermosa, robusta y de una complexión completamente inadecuada a las exigencias románticas de la época.

La pobre tuvo que seguir, intelectualmente, al menos, la corriente general y escribir sus libros en la atmósfera del dolor convencional que embargaba entonces el alma humana, no sin predecir que vendría un momento en que los hombres se reirían de esos quejidos en el vacío. Pero la fatalidad del cuerpo la dominaba, como a no sé qué personaje de Pailleron, y Jules Sandeau, Musset, Chopin, sin contar con los Pagellos encontrados en el camino, ni con los platónicos como

Gustave Planche y Saint-Beuve, ni con M. Dudevant, que al fin y al cabo era el marido, podrían haber atestiguado la energía del temperamento de la ilustre escritora.

¡Duerma en paz la pecadora! No hizo mal a nadie sobre la tierra y esparció un poco de luz sobre este mundo opaco; lo demás no vale nada.

Coquelin, en una destartalada campaña que está haciendo en la Porte Saint-Martin, acaba de exhumar un viejo drama, *Don César de Bazán,* que nunca había dado en París, pero que en sus correrías representó con frecuencia, especialmente en Buenos Aires. El drama es un disparate romántico, inspirado por un personaje episódico delicioso que Víctor Hugo introdujo en el Ruy Blas. Se hizo famoso por la manera cómo lo interpretó Federico Lemaitre, que dicen estaba admirable en él. Coquelin está detestable. Don Cézar de Bazán, como recordaréis, es un bohemio de alta cuna, que vive en la abyección del vicio, conservando su conciencia, su altivez y sus nobles maneras de hidalgo castellano. Coquelin es un Sganarelle, un Frontin, un criado disfrazado de señor, y cuando se yergue ante el rey de España, ahueca la voz y toma una actitud de pavo real, no se concibe cómo el rey no se echa a reir y le da un puntapié en donde mejor puede aplicarse.

Pero si les hablo de este fracaso de Coquelin es porque la representación del inepto drama me ha hecho pensar nuevamente en el profundo respeto que ha quedado por la España, en la conciencia europea, desde la época de su grandeza. Los poetas buscan generalmente en las tradicio-

nes de su propia patria los elementos para componer un héroe. Pero cuando se trata de diseñar un carácter de perfecta nobleza, en el que la lealtad, el valor, la altivez, el desprendimiento, todo lo que dignifica al hombre, se confunden en una armonía soberana, la primera idea que ocurre a un Corneille, a un Schiller, a un Hugo, sin contar a todos los que les han imitado, es ir a buscarlo a España. Es un homenaje a nuestra raza, que no deja de ser curioso.

A la verdad también que el cuadro que presenta España en estos momentos, acentúa, si es posible, el respeto instintivo que su nombre inspira. Ni la Inglaterra, ni la Francia, en sus épocas de mayor poderío, han hecho un esfuerzo semejante al que España está realizando, sin ayuda de nadie y sacando fuerzas de su propia flaqueza. Ha enviado a Cuba y Filipinas, en menos de un año, más de doscientos mil hombres, que ha transportado en barcos españoles. Sus cajas están exhaustas y es al pueblo español mismo, que vive casi en la miseria, que el gobierno se dirige pidiendo fondos. Las aldeas, las ciudades, las campañas se conmueven, y desde el gran señor al labriego, todos, como han dado su sangre, dan su dinero. Hay algo de salvaje en ese patriotismo irracional, si queréis; pero bendigo a la Providencia que ha hecho correr en mis venas la sangre de un pueblo rudo, áspero, sin gramática ni retórica, pero para el cual el amor del suelo en que vive y de su dignidad nacional es la ley suprema, que no discute, que no examina, por la que se bate y muere.

Sí, ha sido un crimen que la historia castigará con su veredicto implacable, el prurito de los hombres de Estado en España, que durante medio siglo han predicado al pueblo español y le

han convencido de que la cuestión de Cuba era para él una cuestión de honor. La ceguedad política de esos hombres, que les ha impedido ver que la ley natural traería tarde o temprano la independencia de la Gran Antilla y preparar, por tanto, la solución honorable del conflicto inevitable, ha traído la desesperada situación presente. Triunfe al fin temporalmente España, para recomenzar dentro de diez años con mayor ferocidad la lucha fratricida, o salga Cuba libre de la contienda, la sangre derramada, los tesoros gastados y los odios sembrados serán una fuente de profunda debilidad para los dos países.

Pero el dado está tirado; el español se bate por su honor y el cubano por su libertad. El mundo entero está contemplando la lucha heroica y en el corazón de todo hombre bien nacido se levanta un sentimiento de admiración por los dos combatientes.

París, Noviembre 1896.

Los príncipes de la ciencia

A José M. Escalier.

La Comedia Francesa acaba de estrenar una pieza de M. Briéux, *La Evasión*, bien escrita, un poco obscura en el tema, llena de incidentes bien traídos y bien ejecutados, que ha tenido bastante éxito. La pieza entera es una sátira contra los médicos, tales como los ha hecho en las grandes capitales y especialmente en París, este fin de siglo, cuyo resultado más apreciable es haber puesto de manifiesto, de una manera implacable, la eterna imbecilidad humana, complicada, en nuestros tiempos, con el snobismo, la *pose*, la vanidad en estado agudo y el deseo anhelante, la rabia de figuración que arrastra a todas las clases. Tengo para mí que el éxito relativo de *La Evasión* no consiste en el mérito intrínseco de la obra, ni en las conclusiones del autor, que combate generosamente la fatalidad pretendida de las leyes del atavismo y de la herencia, sino en la pintura exacta, a veces cruel, siempre justa, de los grandes oráculos de la ciencia médica que llevan la batuta de las Academias, las Facultades y los salones de este absurdo París. De ellos quiero hablar a mi vez, porque si para mí es un culto la gratitud que debo y conservo para aquellos "médicos amigos" de nuestra tierra que comparten con uno todos los dolores y las ansiedades que la enfermedad introduce en el hogar, que

cuidan a nuestros hijos y a nosotros mismos con un cariño y una solicitud que ningún oro pagaría, si ellos no se contentaran con un poco de afecto en cambio de sus esfuerzos, porque, repito, si esos hombres son para mí los que más honran a la especie humana, nada hay ni nadie existe sobre la tierra que excite más mi indignación que el gran especialista francés para quien la ciencia es un oficio, la notoriedad un instrumento de engaño, y la fortuna y los vanos honores el único objetivo de la vida.

Han trabajado en su juventud, indudablemente, y se han distinguido por sus facultades naturales sobre la turba de estudiantes adocenados a quienes el destino reserva la existencia dura y estrecha del médico de campaña. Pero al par que llevaban de frente sus estudios, cultivaban otro arte más útil, el de adular al maestro llegado a los honores, seguir sus pasos servilmente, insinuarse en la alta sociedad que aquél frecuenta, entrar tras él en los salones que dan reputación, cultivar la relación de los periodistas, cuidar con esmero la publicidad de todos sus actos y gestos, y, por fin, decidir a algún pariente o a algún amigo a comanditar la empresa. He dicho bien, porque es una comandita el anticipo de fondos para la lujosa instalación en un barrio aristocrático, con muebles suntuarios, objetos de arte, fotografías de notabilidades con dedicatoria, tierras cocidas de estatuarios en boga, y sobre la mesa del salón, como al azar, un volumen reluciente de biografías de médicos célebres, en el que, naturalmente, la del dueño de casa ocupa el sitio de honor. He dicho bien, porque es una empresa industrial, basada en nuestra estupidez, la que el médico, armado de esas armas que acarician la va-

nidad o dan esperanza al sufrimiento, emprende con una habilidad que el hábito bien pronto hace orgánica. El hombre está lanzado; nada le detiene ya. Desde la una a las cinco de la tarde su salón está constantemente lleno; el *valet de pied* que introduce al paciente (y que, como los mozos en algunos restaurants de París, paga a su patrón cinco o seis mil francos anuales por ocupar el lucrativo puesto), severo, enigmático, recibiendo siempre, no prometiendo nunca, va apilando en el salón a todos los desgraciados que creen en el *deus loci*.

Es inaudita la paciencia que tiene para la espera un hombre, sobre todo una mujer, que sufre. Como me ha tocado, y no pocas veces, la mala suerte de esperar, he podido observar esa maravillosa fuerza de voluntad que alienta a estarse sentado, quieto, sin leer, sin hablar, dos, tres y hasta cinco horas. Ese es el *menu frétin*; los peces de marca, los personajes, entran también al salón; pero el doctor les ha dado una cita y es él mismo que viene al salón, entreabre la puerta, sin arriesgarse mucho, por temor de que algún desesperado le eche mano, y con el aire suelto de un hombre de mundo, avezado a tratar con grandezas, dice en voz alta; "¿Quiere usted venir, princesa?" o "a usted, señor duque" o aun, "señor embajador, a usted le toca". La princesa, el duque o el embajador, que realmente tienen una nana que les incomoda, atraviesan el salón un tanto fastidiados por esa publicidad de jerarquía bajo las miradas de envidia y consideración que se escapan de todos los ojos. Nadie se habla; pero el médico ha dado un golpe de primer orden, haciendo que todas esas imaginaciones, en la indolencia de la espera, se echen por esos

campos a divagar y a forjarse ilusiones sobre los méritos infalibles de ese hombre de ciencia a quien tan altas personalidades consultan.

Al fin, la puerta se abre para el infeliz mortal que espera y helo ahí delante del juez terrible de su destino. Ese hombre — o esa mujer — viene generalmente a consultar al eminente especialista, después de haber perdido la fe en su médico ordinario, en aquel que conoce a fondo su enfermedad, su organismo, su idiosincrasia fisiológica. El ilustre sabio tiene aún en el oído el último potin político que le ha contado el embajador, la reciente historieta de club que le ha servido el duque, o saborea en silencio las delicias de una invitación a comer que, con el último apretón de manos, le ha hecho la princesa.

El paciente entra a la narración de su mal, se explaya, se detiene en detalles inútiles, se confunde, se hace obscuro, por falta de un guía experimentado que le dirija en su propio laberinto. Cuando el distinguido académico juzga que el tiempo empleado por el enfermo en hablar de sí mismo vale 40 francos, le detiene, le dirige una pregunta, toma su libro, apunta nombre y dirección, da una receta, impone un régimen, igual para las neuralgias como para las cistitis, (evitar excitaciones, manjares sencillos, no tomar licores, agua mineral, vino blanco, vino de Coca Mariani, si es amigo de este ilustre charlatán, y "vuelva usted a verme la semana que viene"). Sobre una mesa, bien visible, hay una bandeja llena de luises de oro y a veces de billetes de cien francos, por si algún tímido se equivoca. Si el paciente es novicio, pregunta cuánto debe; el ilustre sabio, con acento condescendiente, dice: 40 francos; el dolorido se ejecuta y a otro.

Esa es la consulta; la visita a domicilio toma otras proporciones. Porque no hay escape; si sufrimos y tenemos algunos luises en el bolsillo, por más arraigada que sea nuestra convicción de que, en ciertos casos, tanto sabe un médico cualquiera como el más encumbrado príncipe de la ciencia, así que el dolor aprieta, la necesidad del gran especialista se impone como una obsesión. Yo tengo mi serie de *dolamas* como cualquier mortal, aunque, a la verdad, me parece que en el reparto, se le ha ido la mano al que hace esas distribuciones y la ha cargado un poco a mi respecto. Entre la variedad de las perturbaciones de mi pobre organismo, poseo una que, si bien muy incómoda, no ofrece ninguna novedad patológica.

La primera vez que me visitó el mal, me atendió un médico amigo, que me dió todas las drogas que juzgó conveniente, lo que no impidió que pasara unos veinte días en la cama, sufriendo como un condenado. Tres o cuatro años después otro ataque; me encontraba aquí, en París. Me acordé del tratamiento del médico de mi tierra y me lo apliqué. Como la danza siguiera, llamé al médico más próximo, al del quartier, que me dió exactamente los mismos remedios que estaba tomando. Pero aquello no cedía y mi joven esculapio me propuso llamar en consulta al gran, al primer especialista en la materia. Un hombre que está boca arriba en una cama, retorciéndose en el dolor, por más ilustrado que se pretenda, aceptará hasta que le cuelguen del pescuezo una uña de perro negro, si la más imbécil mujer del campo sostiene que puede aliviarle.

Vino, pues, mi especialista; el tipo general, gran cabeza, cara afeitada, pelo blanco y largo, echado hacia atrás, grandes cuellos cómodos, en-

cerrando un pescuezo robusto y gordo, enorme levita negra, maneras pausadas y solemnes, gestos sacerdotales. Me preguntó tres tonterías, luego se sentó a la mesa de escribir y me redactó un régimen de tres carillas. El mediquillo, que lo miraba derramar la ciencia sobre el papel punto menos que de rodillas, se me acercó, me murmuró al oído "cien francos"; me ejecuté, y mi grande hombre salió con igual solemnidad acompañado hasta la calle por el astuto principiante. En el papel me indicaba exactamente la misma medicamentación del médico de mi tierra, y dos páginas de un régimen angelical, para cuya observancia el ejercicio constante de las siete virtudes teologales y el respeto de los diez mandamientos no habrían seguramente bastado. Naturalmente, mi mal se fué cuando le dió la gana.

Me noto acerbo al escribir; es que, casi involuntariamente, estoy dando salida a un viejo fondo de rencor que, cada vez que toco este punto, comienza a bullir a borbotones en lo más hondo de mi alma. Hace algunos años, me encontraba en Buenos Aires y había dejado en París, educándose, una criatura que era para mí más querida que el universo entero. A mi regreso encontré mi casa en la desolación; uno de los oídos del niño había comenzado a supurar ligeramente. Consultado un médico, manifestó la necesidad de llevar al niño a que le viera uno de los grandes especialistas de París. Así se hizo y a los cinco minutos de examen el pontífice declaró que aquello era muy grave, que había un hueso cariado, imponiéndose una muy seria operación, so pena de complicaciones próximas cuyos resultados podían ser fatales. Alarmadas, desesperadas con ese diagnóstico, las personas de la familia preguntaron si no habría otro especialista de igual peso;

lo había, naturalmente, y se le consultó, pero cometiéndose la imprudencia de informarle de la opinión de su colega. En el acto la compartió y describió la operación necesaria, que, por la cantidad de tajos, serruchadas, extirpaciones de caries y otras dulzuras, debería costar por lo menos diez mil francos. Pero yo estaba en camino, felizmente, y se determinó esperarme para que yo resolviera. A mi llegada, el niño salió corriendo a recibirme, comió conmigo en un restaurant y a la noche nos fuimos como dos buenos amigos a ver la *Pata de Cabra*, en el Chatelet. Ni un momento le noté fiebre ni desazón. No pudiendo explicarme cómo, sin esos síntomas, podía tener esa afección tan grave, resolví al día siguiente ir con el muchacho a consultar un médico a quien no conocía, pero de cuya honestidad a toda prueba me había hablado un amigo.

Esperé mi turno pacientemente, entré a mi vez y sin alarma, sin hablarle de las consultas anteriores, le rogué que examinara el oído del niño. Lo hizo con atención y luego me dijo: "Eso no es nada; hágale usted hacer tres veces al día una inyección de te claro y tibio. Si persiste la supuración, vuelva a verme; si no, es inútil". A los dos días, el niño estaba sano y bueno, y desde hace diez años no ha vuelto a sentir la menor incomodidad en el oído. Fué tal la indignación que me causó la conducta de los dos grandes especialistas, que un momento tuve la idea de denunciar públicamente, bajo mi firma, esa infame y criminal explotación. Un amigo, periodista, haciéndome ver las molestias y sinsabores, sin contar los gastos, que me traería el proceso que sin duda me intentarían los médicos aludidos, me hizo desistir. Sin embargo, ¡cuántas desgracias, tal vez, habría evitado, y cuántos dolores!

¿Es acaso posible atribuir a la ignorancia, al error humano, ese diagnóstico tan exactamente establecido por dos hombres que han dedicado su vida al estudio de un solo órgano fisiológico y a sus perturbaciones? No; es que lo que más produce en la profesión es la operación quirúrgica, sobre todo cuando se hace sobre el cuerpo de un extranjero, cuya bolsa se reputa llena y que en breve retornará a su país a entenderse como pueda con las consecuencias del bisturí.

¿Ignorancia? Uno de mis amigos pasó un año de su vida recorriendo la Europa para consultar a todas las celebridades en dermatología sobre una afección cutánea que le molestaba. Uno le sostuvo que provenía de una dilatación del hígado y lo mandó a Carlsbad; otro, que era de origen gástrico, y lo tuvo tres meses a leche por toda alimentación; el tercero, que aquello venía de una perturbación en los centros nerviosos, y le aplicó una cura eléctrica que le extenuó. El cuarto, que la circulación de la sangre se hacía mal; fricciones y hasta una cura de agua helada en Divonne. El quinto prescribió grandes ejercicios al aire libre, mucha fatiga, y le mandó a Suiza, donde el paciente pasó dos meses ascendiendo cuanto pico de montaña se le presentaba a la vista. El sexto, ante la persistencia del mal, condenó todo aquello e impuso un reposo absoluto, hasta sin ruido de coches que molestara y envió al dolorido a Venecia, porque allí no había carros ni caballos, ni adoquines ni tramways. Agotada la paciencia y el bolsillo de mi amigo, tomó un buen día el vapor y se fué a la tierra. Al mes de estar allí, una buena mañana el mal desapareció por completo y para siempre.

¿Indiferencia, ligereza? No hace mucho, la sociedad de Buenos Aires ha llorado la muerte pre-

matura de un hombre joven y querido, hijo de un buen servidor del país, que después de haber perdido la fe en los médicos argentinos, vino a Europa a consultar a los príncipes de la ciencia. Un médico amigo le acompañaba por azar; su persistente diagnóstico de una profunda perturbación del hígado, fué refutado en la primer consulta de los grandes especialistas que, después de un examen a la carrera, declararon que el mal era un resto insignificante de fiebre palúdica y que no había gravedad alguna. El telégrafo comunicó a la tierra la grata nueva y con ella renació la esperanza y la alegría general. Dos meses después el mal reapareció terrible, implacable, los grandes especialistas fueron de nuevo convocados y, ante los síntomas irrefutables que se presentaban, y que daban razón al médico amigo sobre el origen de la afección, empezó la escena más bochornosa de recriminaciones entre aquellos hombres, que están a la cabeza de la ciencia moderna. El joven murió; el médico de la tierra, más que el médico, el amigo, porque el afecto ilumina y la indiferencia ofusca, había visto claro.

¿Quiero decir acaso que esas celebridades han usurpado en absoluto su reputación científica? No; no se surge así hasta el primer plano sin méritos reales. Lo que sostengo es que, en general, haciendo el debido honor a las raras excepciones que se encuentran, la honestidad no está, en ellos, a la altura de la competencia. La honestidad, para un médico, no consiste sólo en no entregarse a maniobras abortivas o en abstenerse de envenenar al paciente. Es el alto sentimiento de respeto a sí mismo y a la ciencia, que impone no formular una opinión sino en plena conciencia, no proceder a una operación sino en el caso demos-

trado de ser indispensable, y no disponer del tiempo y la fortuna del paciente sino en tanto que las necesidades del tratamiento lo exijan.

No he cargado la mano, porque he pasado por alto la asociación de la celebridad con los médicos de pueblos de baños, asociación que determina la dirección que tomará el paciente en el verano, con completa independencia de las virtudes de las aguas. No he hablado de esos escándalos que estallan de tiempo en tiempo, como el proceso actual a los doctores Boisleux y la Jarrigue. No me refiero al médico de teatro, al médico *cabotin*, ni al político, ni a los grandes especialistas de las benévolas damas que tanto realce dan a la vida de París y tanto elevan el presupuesto del extranjero.

He querido simplemente decir la verdad a mis compatriotas, para recomendarles, en el caso desgraciado de verse obligados a emprender un viaje a Europa por motivos de salud, de estudiar muy a fondo la cuestión del médico cuyos cuidados van a pedir, no sólo desde el punto de vista de la competencia, sino también y principalmente de la honestidad.

Un viaje a Europa siempre hace bien a la salud; la animación y la alegría que la resolución de emprenderlo determinan, empieza la cura. Luego el incomparable mes de mar, el aire sano, robusto y puro del Océano, el régimen forzado de a bordo, calafatean al hombre y le hacen desembarcar vigoroso.

Aquí, distracciones por todos lados, ausencia absoluta de preocupaciones, vencimientos, enfermos en la familia, agitaciones políticas, encuentros desagradables en la calle, chismes y cuentos. Una buena estación de aguas, generalmente en un país hermoso, con paseos, casino, teatros, etc., completa la

transformación. Otro mes de mar al regreso y el individuo desembarca en la dársena desconocido. Naturalmente, se le pregunta qué médico ha hecho el milagro, y él, con cierta vanidad satisfecha, nombra a un príncipe de la ciencia, mientras la naturaleza sigue serena su marcha inmortal, perdonando la ingratitud de sus criaturas.

París, Diciembre 1896.

Barro, acero, bronce

A Roque Sáenz Peña.

De nuevo el barro salpica el rostro de esta sociedad política que, por más que no aspire a la consideración y al respeto, como diría M. Bergeret, empieza a necesitar un poco de prudencia en sus vergüenza. El tumor infecto del canal de Panamá ha vuelto a abrirse. Arton, desde su prisión, se ha hecho el Justicia Mayor de Francia, y un Juez de Instrucción implacable, sin miramientos por las glorias muertas, ni por las influencias vivas, prestando oído a las denuncias del gran corruptor, ha sentado en el banco de los acusados a senadores, diputados y antiguos ministros. La sesión de la Cámara de Diputados, en la que se discutió el pedido de suspensión de la inmunidad parlamentaria de los miembros de la misma, Boyer, Maret y Naquet, y en la que, en un discurso admirable, el antiguo Presidente del Consejo, Rouvier, se defendió contra las acusaciones en que su nombre estaba envuelto fué para mí como un reflejo de aquellas tenidas tempestuosas de la Convención, en las que el Terror predominaba. Un momento creímos que de nuevo iban a proponerse leyes contra los sospechosos y que, movida por el miedo, la mitad de la Cámara devoraría a la otra. Felizmente, dos palabras sensatas de M. Méline y una intervención enérgica de M. Poincaré, serenaron y alentaron a la insensata asamblea.

El punto más doloroso del proceso es la igno-

minia arrojada por Arton sobre la memoria respetada de Burdeau, ese hombre superior, muerto en plena juventud y en plena gloria, al que la Francia decretó funerales nacionales y a quien Arton denuncia hoy de haber sido el jefe del sindicato de Panamá y de haber recibido 75.000 francos por la redacción del informe favorable a la emisión de bonos. Los tutores de los hijos de Burdeau, huérfanos hoy, pues la madre (una chilena) murió hace un año, salen a la defensa del amigo y producen una carta íntima de Burdeau, dirigida a su mujer y que la piedad de ésta conservó, escrita en la noche que precedió al duelo a que Burdeau retó a Paul de Cassagnac y en el que aquél creyó perder la vida. Esa carta, fechada algunos meses después de la época en que se acusa a Burdeau de haber vendido su conciencia, revela su estado de absoluta pobreza. Cassagnac, con una saña iracunda, rara vez igualada, acusa a Burdeau de haber hecho una comedia, pues sabía, cuando escribió esa carta, que él, Cassagnac, había rehusado con desprecio el duelo y que, por tanto, no había peligro. Los tutores rectifican las fechas de Cassagnac y éste se limita a contestar que, aunque así fuera, en un año podía muy bien Burdeau haber gastado los 75.000 francos y encontrarse pobre. La delicadeza exquisita de los diarios del boulevard se ejercita con este motivo y algunos llegan a proponer un Panteón provisorio, donde los grandes hombres serían enterrados hasta tanto que se pudiera ver claro en los manejos de sus vidas.

Repito que pocas veces me ha sido dado contemplar un espectáculo más repugnante. Por una trabazón de ideas bien natural, pienso en nuestra época amarga, en aquellos días ingratos que siguieron a la revolución del 90 y en los que la opinión pública, fácilmente excitada, como la de todas las

masas humanas, pedía procesos, cárceles y hasta horcas, contra todos aquellos a quienes se acusaba de haber labrado grandes fortunas en los años de ficticia prosperidad que habían pasado. Nunca aplaudiré bastante a aquellos cuya enérgica intervención evitó esa vergüenza inútil a nuestro país. Los acusados de entonces, culpables o no, están hoy en la miseria o — lo que es peor — agobiados por un tal desprecio público, que me es difícil comprender cómo pueden soportar la vida.

Entonces, entre nosotros, como hoy en Francia, no era justo, ni lo es, hacer pesar la responsabilidad exclusiva de las bajezas cometidas, sobre los hombres débiles que no hallaron en sí mismos elementos suficientes para resistir a la tentación. Nosotros, aquellos que estamos moralmente organizados de tal manera, que sabemos sernos tan imposible meter la mano en una bolsa ajena como volar por los aires, debemos, en homenaje a ese privilegiado temple nativo, estudiar con calma las causas que perturban las conciencias débiles y dar a cada uno lo que le corresponde en el reparto justiciero. La marcha vertiginosa del país, la alegría de la vida, la abundancia de placeres, la improvisación rápida de fortunas, habían incandecido la atmósfera social. Las mujeres pedían trapos lujosos, coches y palcos, los hijos jugaban a las carreras y en los clubs; y el pobre padre, de escasos recursos, cedía a la tentación de hacer gozar a los suyos y caía en manos del corruptor que husmeaba sus pasos. Eso pasó entre nosotros, eso pasó en Francia, como ha pasado en Alemania (asunto de las pólvoras), como ha pasado en Italia (asunto de los bancos) y como pasa a chorro continuo en Inglaterra, sin hablar de la famosa municipalidad de Nueva York.

Pasado el mal momento hay que olvidarlo. Para

ver bien el camino hay que mirar adelante, y la enseñanza moral que se pretende sacar del castigo de viejas faltas es nimia al lado de los miasmas con que se envenena la atmósfera social, removiendo escombros que yacen en el lodo.

Lo que es bueno mirar y admirar, empapar los ojos en su aspecto y el espíritu en sus actos, es a un hombre. Uno acaba de pasar tres días en París; le han agasajado, festejado, banqueteado; pero él parecía tan ajeno a este mundo y a este medio como si viniera de un astro lejano. Mi sensación personal, contemplando a Nansen, era bien rara, absurda si queréis, pero no podía dominarla. Viéndole tomar la palabra en el anfiteatro del Trocadero, pronunciar un brindis en el banquete del Gran Hotel o ser recibido en la estación por el director de la compañía y el ingeniero de la línea, sentía el encogimieneto, el malestar que nos invadiría si viéramos a una mujer querida y respetada hacer piruetas en un ballet o a un hombre de altura moral recitar el soneto a Urania en un salón de *bas-bleus*.

Todos vosotros habéis leído, sin duda, con una emoción bien superior a la que alcanzan a suscitar los relatos de imaginación, la narración de los trabajos de Nansen. La maravillosa concepción de transformar en auxiliar el eterno enemigo de las exploraciones árticas, de confiarse a él, en vez de combatirlo, esa idea de librar al hielo su suerte, su vida y su esperanza y arrastrado por la inmensa mole, como la tierra nos arrastra a través del espacio, insensiblemente para nosotros, llegar al Polo, parece provenir directamenete del cerebro de Edgar Poë. Pero aquel que la enunciaba no vi-

vía en la región de la poesía especulativa; para él el poema era la acción y la acción propia, personal, el ejercicio de los tesoros de energía incontrastable que sentía dentro de sí mismo. El pueblo cree en él, el dinero acude, el *Fram* se hace, ese barco admirable y fuerte como el carácter del que le concibió; dentro de sus flancos robustos se acumula cuanto el arte y la ciencia han inventado para aumentar la potencia humana, y una docena de hombres de corazón de acero dan la espalda, siguiendo a su jefe, al mundo de los vivos, y se hunden en lo desconocido. Pronto llegan a las regiones de las seculares catástrofes; las montañas de hielo se acumulan, la luz huye de los cielos y los costados de la cáscara de nuez, en la que la audacia del hombre pretende luchar contra la naturaleza, empiezan a crujir bajo la presión ciclópea de la piedra helada. Todo el porvenir es una noche sin fin; allí, en la obscuridad, en la más espantosa soledad que se puede imaginar, bajo una temperatura como jamás resistieron los mortales, aquellos hombres cuentan los estremecimientos del navío y calculan el momento del estallido. Pero el *Fram* triunfa soberbio; en el instante crítico surge intacto de su prisión de hielo y se asienta en la superficie, como si tuviera conciencia de su destino. La predicción de Nansen se cumple; la inmensa llanura helada se mueve, marcha insensiblementee, arrastrando con ella su prisionero. Así, en aquella obscura soledad, pasan los largos días de un año eterno. De pronto, la línea de derivación varía; la mole, que se ha acercado al polo, cambia su marcha y empieza a alejarse del rumbo soñado. El *Fram* ha llegado a un punto jamás alcanzado por embarcación alguna. Pero eso no basta a Nansen; el hilo de su sueño magnífico se rompe, y antes de que la

desesperanza llegue se lanza a la tremenda aventura. El *Fram* seguirá su marcha fatal, mientras él, con un compañero, de igual temple que el suyo, marcharán recto al Norte. Y allá van, por aquellas espantosas soledades, en medio de un silencio cuya sola idea aterra el alma, bajo cincuenta grados de frío, entre vientos glaciales, trepando montañas de hielo, salvando esas inmensas rajaduras que parecen prolongarse hasta las entrañas de la tierra. ¿La vuelta, la esperanza, las dulzuras de la vida, los seres queridos? Un sólo instante que el pensamiento acaricie esas suaves visiones y están perdidos. No, adelante. Y así marchan largos meses; los perros fieles van desapareciendo uno a uno, los víveres se agotan, la caza de focas se enrarece y ellos van, impulsados por una fuerza irresistible. Han llegado a donde jamás el hombre puso el pie, y el polo, el polo sombrío que nos atrae con su eterno misterio, parece ser ya su presa. De pronto, las fuerzas humanas se agotan ante el obstáculo invencible que opone la naturaleza. Enormes montañas, divididas y separadas por abismos sin fin, cruzan la ruta. Todas las tentativas son inútiles; pero si el éxito completo no ha coronado el esfuerzo soberano, los hechos han consagrado la alta concepción de la mente. Hay que pensar en la vuelta: de nuevo a cruzar los espacios sin fin, de nuevo el hambre, el frío mortal y la extensión, la muda extensión helada por delante, de nuevo largos meses de lucha y, por fin, el destino, vencido por ese heroísmo sin igual, depara a esos hombres el encuentro de una expedición ártica invernando en los hielos, que los recoge y los devuelve al mundo de los vivos así que el sol libra a los mares de su prisión de hielo. Poco después el *Fram* hace su entrada triunfal en un puerto europeo, donde recibe la noticia de la salvación de Nansen y su compa-

ñero. El barco echa al viento sus banderas y gallardetes y un inmenso grito de júbilo, profundo como una oración de gracias, sale del pecho de los nobles compañeros del explorador. ¡La aventura ha durado *tres* años! No han perdido un hombre, no ha habido una riña a bordo, nadie ha flaqueado un instante.

Tal fué la campaña polar de Nansen; no conozco en los anales de los hombres una página más gloriosa.

Hace diez y seis años, tomé pasaje a bordo del vapor *Ville de St. Nazaire,* que debía partir del puerto de St. Nazaire con rumbo al Mar Caribe. Dos días antes de la partida un accidente en la máquina hizo que se cambiara el buque y partimos en el *Ville de Brest,* hermano gemelo del anterior y como éste, ya entonces, un abominable cascajo, con largos años de servicio, con pleno derecho al retiro. Ese mismo *Ville de St. Nazaire* acaba de naufragar a la altura de Terranova, y el siniestro ha tomado proporciones tales, como no se recuerdan en las catástrofes de la historia del mar. Una *épave,* un resto de barco encontrado entre dos aguas, produjo un rumbo que determinó el hundimiento en poco tiempo. Los botes se echaron al mar y los cuatro primeros se hicieron pedazos contra los flancos del navío. En los otros cuatro se atestaron la tripulación y los pasajeros.

El comandante Jaguenau, que abandonó el último el barco, tomó el mando de un bote; el capitán Nicolai, el Dr. Maise y un oficial, el de los otros tres. Cada uno contenía cuarenta personas, más o menos, negros en su mayor parte. Se vieron durante algunas horas, y en la noche el mar los separó.

Aquí empieza la terrible odisea; durante cuatro días y cuatro noches, los niños primero, luego las mujeres, en seguida los negros y, por fin, los blancos, fueron sucumbiendo, más que al hambre y a la sed, al frío y a la locura. Los que quedaban reunían sus fuerzas para arrojar al mar los cadáveres de los que habían cesado de sufrir. De pronto la alucinación se apoderaba de uno de ellos; los peces que bogaban casi en la superficie de las aguas transparentes, se reflejaban en las nubes en formas fantásticas, en las que aquellos hombres exhaustos creían ver mujeres de sobrenatural belleza, que les extendían los brazos y les llamaban a placeres infinitos. Con un grito de júbilo se precipitaban al mar y la inmensa tumba ondulaba silenciosa.

Cinco o seis seres humanos vivían aún en el bote del capitán Nicolai que, ayudado por un negro fiel, había mantenido el timón, amarrado a los locos, alentando a todos, cuando, al final del cuarto día, un buque apareció en el horizonte. A las señales desesperadas de los náufragos el buque se dirigió hacia ellos, se acercó hasta una milla, detuvo un instante su marcha y luego, ante aquellos miserables estremecidos en el espanto de la suprema esperanza, se alejó de nuevo. Todos cayeron en el fondo del bote para no levantarse más; ¡todos, menos el hombre de alma de bronce, Nicolai, que en medio de su desesperanza y de su angustia infinita, levantó su voz en tono alegre y anunció la salvación, porque ese abandono significaba que se encontraban tan cerca de la costa que no valía la pena prestar ayuda!

No se sabe aún el nombre del buque ni del infame que lo mandaba; pero mientras va cruzando los mares con destino a su puerto, el grito de indignación que el mundo entero ha lanzado le prepara un castigo implacable.

Los botes de Jaguenau y de Maise sufrieron iguales tormentos que el de Nicolai; salvados los tres milagrosamente, se ignora aún la suerte del cuarto. A la profunda sensación de horror por el naufragio, ha sucedido un ímpetu de admiración colosal por esos tres hombres que, después de haber cumplido heroicamente su deber, han publicado su relación oficial, maravilla de sobriedad y de sencillez. La opinión pública pide la legión de honor para esos héroes humildes que, honrando a la Francia, honran a la humanidad entera.

Y yo pienso en el mar sombrío, monótono y triste, que nunca amé, en mis numerosas travesías, durante las cuales, más de una vez, mientras rugía la tormenta y rechinaban los flancos del navío, huido el sueño de los párpados y herido el oído por los ayes de las mujeres, yo limpiaba tranquilamente mi revólver, el buen amigo para el supremo momento. ¿Tres, cuatro, diez días, aterido, helado, dentro de un bote, sediento, enloquecido, viendo en el ala de una gaviota la blanca vela del salvador y en las nubes del cielo la ilusión de la dicha, para morir al fin, como un reptil? ¡Ah, no! Prefiero mil veces ser hombre hasta el último momento y, en la tranquilidad de mi resolución, conducirme como tal. Y cuando ya no hay esperanza ninguna, un buen recuerdo a los seres queridos, una amplia y firme mirada a los cielos y a los mares, como un adiós al escenario, y un segundo, tal vez duro, de firmeza.

París, Abril 1897.

———

Un escándalo de calibre

A Rufino Varela Ortiz.

Debéis estar tan fatigados como yo, de oir hablar de la aventura de la ex princesa de Chimay, hija del millonario americano M. Ward, la que, después de varios años de matrimonio y de haber visto bendecida su unión por el nacimiento de una hija, que parece es deliciosa, no pudo resistir a los encantos del bigote a la tinta china y de las pantorrillas como damajuanas del violinista *tzigane* Rigo, y una buena mañana abandonó nombre, posición, hasta la hija, para huir con el inmundo guarango que le había excitado la piel. El caso ha sido de tal volumen, que hasta esta sociedad europea, hablo de la más elevada, cuya epidermis tiene la impermeabilidad de la del hipopótamo para todas estas curiosidades morales, ha sentido en su conciencia un encogimiento inusitado. Para mí el caso es puramente patológico; como hay hombres que han nacido criminales y sobre los cuales la educación más profiláctica no tiene influencia alguna, como el indio que educamos en nuestras ciudades durante diez años apenas sale al campo roba un caballo y se va, hay mujeres que han nacido puramente destinadas a la vida de placer. Si esta americana no hubiera venido al mundo en cuna de regia opulencia es probable que a los 18 años se habría lanzado a la noble carrera que generalmente termina en el hospital. Su fortuna obstaculizó, por algún tiempo, el libre ejercicio de sus facultades

naturales. Como la pobreza, los millones tienen a veces el inconveniente de coartar las vocaciones más pronunciadas.

En fin, hablemos de ella lo menos posible, porque, en realidad, ironía aparte, me repugna. Tengo aún en los ojos y el olfato la figura de ese Rigo (porque todos estos bohemios, por más que se laven, huelen a mono), cuando, destacándose a pasos lentos de la orquesta que dirigía en Armenonville, se acercaba a la mesa en que me encontraba, imprimiendo a su arco vibraciones análogas a las que Dalmiro daba a las teclas de su piano, y mostrando sus dientes y sus ojos como huevos duros cuando le deslizaba la moneda de la propina. ¡Pouah! ¡qué porquería!

El pobre príncipe de Chimay, tan duramente castigado por haber querido redorar su blasón un poco desteñido, no tuvo más remedio que pedir a Bélgica, su país, el divorcio, que le fué acordado en el acto y completamente a su favor. Pero a la americana no le bastó ese escándalo; después de haber recorrido media Europa, empezando por Venecia, naturalmente, con su delicioso Rigo, dándose en espectáculo a todos los turistas aburridos, meditó un golpe de mayor empuje y se trasladó a Berlín, donde se contrató para cantar o figurar en un *Orpheum* o café-concierto. La familia hizo rogar al Emperador que le evitara esa vergüenza, y un simple signo de arriba desbarató los planes de la Ward. Entonces pensó en París, se vino aquí con su Rigo y se contrató con el director de *Folies-Bergéres* para dar una serie de representaciones de *poses plastiques*.

Ya en otras cartas os he hablado hasta qué punto se ha llegado en los teatros de París en lo que llaman el culto de la pura estética griega; es cier-

to, los griegos amaban la desnudez y confundían en su admiración las esbeltas formas de un efebo triunfante con las curvas armoniosas de un cuerpo de mujer. Pero a ninguno de ellos se le ocurría hacer desnudar lentamente a una hetaira y seguirla con la esmeralda cóncava o el trozo de cristal de roca, mientras dejaba caer el vestido, el corsé, o la faja, que lo valía, la camisa y hasta la camiseta, si no hacía frío. Pero aquí se entiende el helenismo de una manera especial, para cañonearlo en el mar Egeo y para deshonrarlo tomando su nombre como justificativo de las más repugnantes obscenidades.

Hace algunos años, cuando una cortesana (seamos cultos) a pesar de sus éxitos puramente profesionales, comprendía que la consagración del teatro le era necesaria para elevar un poco la tarifa merced al prestigio que rodea a las mujeres que excitan la turba, se limitaba a aparecer en un circo, mediante algunas lecciones de equitación, o a exhibir, completamente amaestrados, algunos conejos sabios o algunas palomas adiestradas a venir a comer en sus labios. Hoy, si son simplemente bonitas de cara, como Liane de Pougy, se hacen escribir a propósito una pantomima en la que el rostro y el traje reemplazan al arte; o, si son bien hechas, *en avant les poses plastiques*, esto es, las actitudes más o menos elegantes, desde la virgen en oración hasta Leda esperando al cisne. Fué este último género de *performance* el que excitó la emulación de la ex princesa. Marchand, el director de *Folies Bergéres*, que es un hombre muy hábil en su oficio y que anda a la pesca, por todos los rincones de la Europa, de *números* sensacionales que mantengan la boga de su teatro y el nivel de sus honestos beneficios, acogió a la dulce compañera de Rigo con entusiasmo, y para dar más picante

a la aventura anunció su debut para el jueves santo. Ya podéis imaginaros el asalto que sufrió la boletería; los palcos y butacas se vendían a precio de oro. En los salones y en los clubs no se hablaba de otra cosa y hasta un movimiento inusitado en los mercados dejaba presentir que el reino vegetal tomaría una parte considerable en la fiesta. Un grupo de amigos, en el club, habíamos organizado ya una manera un tanto subrepticia de tomar posesión del palco que el club posee en ese teatro, con una anticipación tal que habría sido necesario llevar vituallas para resistir la espera, cuando supimos que otros dos grupos tenían la misma intención. Cambiamos de plan y nos reposamos en la ingeniosidad del medio encontrado. Algunos americanos, de paso por París, habían pagado miles de francos por un palco y se decía que varios de entre ellos habían hecho confeccionar trajes de *tzigane* a los conejos que pensaban presentar en homenaje a su ilustre compatriota. Uno de mis amigos, que tiene sus entradas en *Folies Bergéres*, consiguió asistir a un ensayo y nos narró su triste impresión. La ex princesa, buena moza de cara, está ya muy metida en carnes, con las que el mármol tiene un parentesco lejano. Pero en fin, en ese punto, con un poco de condescendencia y mucho corsé, se puede salir del paso. Lo grave, lo irreparable, es que la princesa tiene las piernas mal hechas. Me diréis que se pueden arreglar las piernas; no, mis amigos, no lo creáis. Cuando se está habituado a ver, noche a noche, piernas esculturales, el menor algodón de refuerzo hace lanzar alaridos. Por lo demás, la princesa cree tener piernas de Diana y se apoya en la opinión de Rigo.

Podéis, pues, calcular lo que aquello iba a ser, despojada esa mujer hasta de los medios de defen-

sa de Phryné, cuya historia se cuenta, para gran placer de los ojos, en un ballet en la misma afortunada escena de *Folies Bergéres*, para exhibir una linda muchacha que Marchand descubrió en el Havre.

Yo había apostado a que el escándalo no se consumaría; no podía concebir que se permitiera ese insulto, no ya a la moral, sino al decoro público, a las conveniencias sociales, a la familia, a la maternidad, a todo lo que, si no es respetado ya, hace tantos siglos estamos habituados a considerar como respetable. Sí, pero ¿cómo se impedía sin cometer una arbitrariedad? Esa mujer es libre, pretende ejercer una industria lícita y el derecho común la ampara. Aquí las cosas no pueden hacerse, por desgracia en la especie, como en Berlín. ¿Cómo salir del paso?

Y aquí la teoría que tuve el honor de expresar a ustedes hace algún tiempo, respecto a la imprescindible necesidad de que el puesto de jefe de policía fuera desempeñado por un hombre de espíritu, recibió la más brillante confirmación. El prefecto de policía actual, M. Lépine, sabe no sólo donde le aprieta el zapato, sino, lo que es más esencial, dónde aprieta a los otros. Llamó a M. Marchand y se dice que conversó con él en estos términos:

—Me dicen que va usted a dar una representación sumamente interesante en su teatro. Como pienso asistir, le pido no olvide reservarme una buena localidad.

— Señor prefecto, encantado.

— ¿Parece que es muy buena moza la ex princesa?

— Sí... y sobre todo el atractivo de la novedad...

— ¿Y siempre bien los negocios en el teatro?

— No mal, señor prefecto, no mal. Se trabaja mucho, pero con algún resultado.

— Tanto mejor, tanto mejor.

— ¿Y usted no tiene, señor prefecto, inconveniente ninguno que oponer a las representaciones de madame Ward?

— De ninguna clase, señor director, encantado a mi vez de pasar una buena soirée. Porque espero que esos ruidos que corren con insistencia de que se prepara un gran escándalo, tal vez con luchas en el interior del teatro, ruptura de bancos y picos de luz, en fin, toda la cohorte del *boucan,* son falsos, ¿no es verdad?

— Así lo creo, señor prefecto; por lo demás, tomaré mis precauciones...

— Sí, tómelas usted, porque, amigo mío, si el escándalo se produce, estoy resuelto a cerrar el teatro de *Folies Bergéres,* indefinidamente.

— ¿Cómo?

— In-de-fi-ni-da-men-te. Y usted sabe que yo cumplo lo que prometo. Conque, hasta pasado mañana. Vamos a pasar una buena noche.

Marchand se despidió del prefecto, se rascó la punta de la nariz... y a la mañana siguiente apareció en los diarios un certificado médico anunciando que Mrs. Ward estaba enferma y no podía debutar. M. Lépine, a pesar de la grave enfermedad que impedía a la ex princesa salir de su cuarto, la hizo venir a su gabinete, y, en el temor de que algún empresario arruinado la contratara para dar el golpe una noche y después Dios dirá, la habló en términos tales, que cuentan las crónicas que las escamas cayeron de los ojos de la pecadora, que prometió no insistir más en su intento.

¿De qué habló M. Lépine? Tengo para mí que su principal argumento fué una deliciosa ley de 3 de Diciembre de 1849, vigente aún, que autoriza

al Ministro del Interior — y en los departamentos de frontera a los prefectos — por simple medida policial a expulsar del territorio francés a todo extranjero viajando o residiendo en Francia.

Es la ley más cómoda y más útil que conozco. Me diréis que es poco hospitalaria, que no condice con los principios de fraternidad universal de que se jacta el liberalismo moderno, que está en oposición con las declaraciones de derechos y garantías de nuestra Constitución, que destruye la igualdad civil y otras paparruchas por el estilo. Los verdaderos y únicos principios de gobierno consisten en armonizar el orden con la libertad, y es muy duro que el poder público, que demasiado tiene que hacer con los caprichos, veleidades y pasiones de los ciudadanos, se encuentre desarmado frente al extranjero que elige al país como teatro de sus agitaciones y de sus escándalos. La ley le alcanza si comete un delito, como al ciudadano, indudablemente; pero hay muchos actos que no son delitos, que escapan a la ley y que no por eso son menos perjudiciales a la sociedad. La propaganda anarquista, la befa y la injuria a los poderes constituídos de países amigos, la prédica de la revolución contra los mismos, el escándalo irritante, el desafío a la moral y a las buenas costumbres, orillando al código, son actos que, en general, no tienen sanción penal. En Francia, un decreto de expulsión y la conducción hasta la frontera próxima, teniendo humanamente en cuenta las afinidades de raza o idioma del expulsado, arregla todo en el acto.

En Inglaterra, donde esas cuestiones de libertad individual no son temas declamatorios, sino sangre y carne del pueblo, la opinión pública empieza a pedir al Parlamento un *bill* autorizando la expul-

sión del extranjero. El motivo que ha determinado ese movimiento es la progresión constante de inmigrantes sin recursos de ningún género ni aptitud de trabajo, que han tomado la metrópoli inglesa, ya azotada por la atroz miseria de sus propias clases pobres, como un refugio supremo. El número de vagabundos extranjeros, recogidos en las calles de Londres durante el último año, ha superado en ocho mil la cifra de los que fueron asilados en el año anterior.

En los Estados Unidos los mendigos son rechazados en los puertos.

En Suiza, en ciertos casos, el Consejo Federal puede poner al extranjero en las fronteras del territorio.

Muchas veces me he preguntado, en algunas ocasiones ocupando puestos que me hacían palpar la necesidad de una medida semejante, si hay algún país de la tierra que la requiera con mayor urgencia. Con los Estados Unidos, nuestra tierra es la de inmigración por excelencia, y en la ola que arrastra a todos aquellos para quienes el porvenir, en Europa, se presenta aterrador, van envueltos muchos desesperados y, lo que es peor, muchos desequilibrados.

Esos hombres están destinados o a poblar nuestras prisiones o a ser un veneno lento para nuestra sociedad. Nada hay más legítimo que la defensa, y la única manera de defendernos es expulsando del territorio, como hace la Francia, la Italia y la Alemania y el resto de la Europa a los que amenazan nuestra tranquilidad (1)

---

(1) Consecuente con esa idea, tuve el honor de presentar un proyecto sobre la materia, en el Senado, en 1899. Lo fundé en un estudio de legislación comparada que ilustró el punto con los precedentes extranjeros. El P. E. N. ha aceptado el fondo del proyecto, que espero se convertirá brevemente en ley.

Y a propósito de expulsión de extranjeros del territorio francés, es bueno que se sepa que algunos argentinos han sido objeto de medidas de ese género. Me refiero a esos desgraciados que vienen a Europa conduciendo ganado en pie. Hace algún tiempo se descubrió con indignación que algunos empresarios de transportes abandonaban a los cuidadores argentinos, una vez terminado el viaje, a la más espantosa miseria. Hoy no creo que se cometa ese abuso, por las medidas tomadas y la publicidad que se ha dado de esa práctica infame.

Lo que pasa es lo siguiente: los cuidadores de ganado son generalmente muchachos de 15 a 20 años, que por primera vez han salido de la tierra, pero movedizos y de espíritu vagabundo. Una vez en el Havre o en Dunkerque, así que saben encontrarse a pocas horas de París, les entra una picazón invencible por venir a ver la gran ciudad, con los atractivos especiales de que tanto han oído hablar a la gente de a bordo. Toman el tren, caen en este infierno con algunos francos en el bolsillo y, una vez agotado todo recurso, lo que no tarda, algunos van a golpear las puertas de la legación o del consulado, pidiendo ser repatriados, y otros empiezan a vagar por las calles, reventando de hambre y durmiendo en los bancos de los paseos o bajo los arcos de los puentes.

En la legación o el consulado no se puede hacer nada, porque el gobierno ha prohibido — con toda razón — que se expidan pasajes oficiales, que sólo servirían para aumentar el número de atolondrados. El ministro, el cónsul o los secretarios, según el que encuentran, les da un poco de dinero (bien poco, porque eso se repite a menudo) para que vuelvan al Havre y traten allí de embarcarse para Buenos Aires, sirviendo a bordo por el pasaje.

Otros, cuando se encuentran desprovistos de todo recurso en París, piensan en irse... a España, o a Marsella, o a Italia, buscando trabajo, según dicen, como de estancia en estancia. Preguntan por el camino, y muy sueltos de cuerpo se largan a pié. Dos o tres han sido recogidos por la policía, conducidos a Lyon, condenados, como vagabundos, a ocho o diez días de prisión y luego expulsados por decreto del prefecto. A los que hablan español, los llevan a la frontera de España, por humanidad. Pero como necesitan hacer un lote, muchas veces están presos uno y dos meses antes de partir.

Es conveniente que la prensa sepa estas cosas, para que las repita en todos los tonos, a fin de que esos aturdidos conozcan la suerte que les espera, si no resisten a la tentación de correr mundo por estas tierras, menos hospitalarias que la nuestra y duras y ásperas para el pobre.

París, Abril 1897.

Luz y sombra

A Enrique Acebal.

Toda la filosofía que se adquiere en el largo y áspero contacto de los hombres suele por momentos ser insuficiente para mantener y conservar la tranquilidad moral, que es el más precioso objetivo que debemos perseguir sobre la tierra, ante ciertos cuadros de miserias profundas que nos sacuden hasta lo más hondo de nuestro ser. La conducta de la Europa en toda esta tragedia de Oriente es uno de ellos.

La pequeña Grecia, fuerte en la justicia de su causa, contando con el valor de sus hijos y pensando compensar la inferioridad numérica con la mayor preparación, se lanza a la guerra en nombre de los principios que debieron armar a la Europa entera. En los campos de batalla se ha encontrado, no sólo con el valor y el fanatismo del soldado turco, que había descontado, sino con lo terrible e inesperado: con un plan estratégico fríamente concebido y preparado en Berlín y que un estado mayor completo de oficiales alemanes realizaba sobre el terreno.

El ejército griego, a pesar de su valiente resistencia, fué deshecho, y al fin, como en el horrible día de Sedán, el pánico y la desesperación se introdujeron en sus filas y de nuevo el cuadro de la fuga desatentada presentó todos sus horrores. En tanto el Sultán, el asesino de un pueblo entero, consolidado en su trono, recibe las felicitaciones de

los monarcas europeos, y los *clubmen* de París se refriegan las manos y hacen *mots d'esprit* sobre la *raclée* formidable que han recibido los griegos.

Una invencible repugnancia moral me hace apartar los ojos de ese mundo de bajezas, de torpezas y de miedos; y como un consuelo y un reconforte los vuelvo a la naturaleza, que acaba de entonar su soberano himno primaveral, estallando en París en un canto de vida, de color y de alegría incomparable.

Es curioso que durante la juventud pasemos con una indiferencia relativa delante de ese fenómeno de la renovación universal y que sólo sintamos profundamente su encanto cuando ya las hojas de nuestra alma no reverdecen. Es que en los buenos años la naturaleza, en el momento primaveral, se pone al diapasón de nosotros mismos; más tarde envejecemos, y ella, la eterna joven, nos trae el recuerdo de lo que fuimos. Y como el clarín para el viejo caballo de batalla, la primera explosión de la sávia en la seca rama del árbol, el primer cielo sereno y azul, la primera luz tranquila que convierte la atmósfera en un quieto cristal transparente, nos hace subir al cerebro y al corazón ecos de cantos perdidos, veleidades de rimas, románticos ensueños de encuentros fortuitos, soñados triunfos y nobles sacrificios. Al primer enfriamiento de la temperatura toda la deliciosa bandada se disipa, es cierto, y a la silueta vagamente perfilada de la mujer entrevista en la ilusión, a la sonora estrofa que estaba a punto de tomar forma, al campo de combate en que nos veíamos arrebatando banderas al enemigo, sucede el dardo agudo y sutil de un dolor reumático que nos hace ganar la cabaña en busca de la franela.

Pero no, esos fríos ya no volverán; no hay que

pensar en ellos; el invierno está lejos, y de aquí a entonces quién sabe si la tenue cola de un cometa no envuelve nuestra atmósfera y deja en ella calor suficiente para tres inviernos.

El bosque de castaños dentro del que está edificado París, está todo en flor; los blancos conos se destacan sobre sus verdes hojas y las más obscuras de los plátanos que parecen mirar con envidia a sus vecinas. Los Campos Elíseos y el bosque de Boulogne son un sueño por la mañana; durante una hora, de 11 a 12, porque las parisienses son perezosas, y esas exquisitas *toilettes* matinales, de una sencillez adorable, exigen un arte consumado y un vestir lento y pausado, durante una hora la Avenida de las Acacias presenta un cuadro que no tiene igual en el mundo entero.

En primer lugar, como emanaciones propias del suelo, una nube de ciclistas, mujeres, hombres, viejos, niños e inglesas metidas en años, seres misteriosos que escapan a toda clasificación por sexos. Es el único momento del día en que se permite a los adeptos del pedal el acceso a las Acacias y lo aprovechan de una manera abusiva. Aquí cruza el honrado matrimonio burgués, el marido con el rostro cejijunto y pronto a la ira, como para detener, con su aspecto feroz, la sonrisa que, tiene conciencia, va a dibujarse en los labios del espectador al paso de su dulce compañera. Esta, cuarentona o algo peor, si es que lo hay, se sobra, se derrama, se difunde, se esparce sobre la bicicleta, mientras sus pantorrillas, gordas, repletas de arriba a abajo, se mueven como el poderoso pistón de un émbolo. Una cocotita principiante, con su atrevida y desgraciada bombacha, se desliza miroteando a todos lados *quaerens quem devoret*, metiendo las ruedas de su velocípedo entre las patas de los caballos. Más

allá cruza, rápida y serena, recta sobre la silleta, una mujer de raza elegante dentro de su saya que sólo deja ver la punta de un pie fino y nervioso. Luego, el mundo de vehículos, victorias, *broughams, dockarts, charrettes, paniers, tonneax,* cochecillos minúsculos arrastrados por caballos liliputienses. A un lado, los jinetes y amazonas que ponen al paso sus monturas para gozar de ese cuadro curioso.

El suelo regado, el aire tranquilo, el cielo transparente y los árboles dejando caer una sombra perfumada de sus frescas hojas. Casi todo el mundo se conoce; son las actrices más en boga de los teatros de género, bailarinas de la Opera y, sobre todo, el élito, la flor de las en otro tiempo sagradas criaturas, que no tienen más misión sobre la tierra que ser bellas, elegantes y alegres. La naturaleza no les ha dado las formas esculturales de algunas mujeres del Norte, ni esas facciones de impecable pureza, que, en nuestro país, obligan a seguir, como a una aparición, a una adorable criatura que pasa con su andar tranquilo. Pero tienen la gracia suprema, el *charme,* que vale todas las bellezas de la tierra... Un momento antes de la partida casi todas descienden de sus coches y en grupos pintorescos, charlan, ríen, atraen, se citan y, por fin, a las doce, la bandada (la *manga,* diría algún criollo práctico y dolorido) toma su vuelo turbulento y ¡ay de aquel que no guía con mano segura su caballo en el torbellino de la avenida del Bosque! Y, sin embargo, nadie corre: es el número de carruajes el que dificulta el tránsito y no la velocidad de su marcha. No se ve, por cierto, en París, aquel espectáculo, resto de la barbarie de las pampas, reminiscencia atávica del *pato,* que presenta entre nosotros un regreso de Palermo: el cochero, echado

para adelante, patilludo, por supuesto, con las patillas y la levita flotantes, animando con la voz y el látigo a los caballos tendidos a escape y mirando de rabo de ojo al chino de lo de fulano o al gringo cochero de zutano, para no dejarse pasar, y en el landó abierto, las mamás, prendidas y asustadas en la trasera, mientras las niñas, pálidas, sujetan con trabajo el sombrero y se ahogan dentro de una nube de polvo. No, la acrobacia y el desprecio de la vida no han llegado a esa perfección en París; aquí nadie tiene trotadores para ir al paseo. El lujo consiste en tener caballos de raza, de buena estampa, armónicos en su talla, formas y marcha y en estar tan tranquilo dentro de su coche como en un palco de la Opera. El que quiere hacer trotar un caballo se va a una avenida desierta, como el que quiere jinetear se hace miembro de un club de Polo...

Esa es la mañana del mundo privilegiado y holgazán de París; el otro, la masa profunda que trabaja, no tiene más que un día por semana para gozar de la naturaleza. Emerson dice en alguna parte que si sólo fuera dado al hombre contemplar una vez cada diez años el espectáculo incomparable de un cielo estrellado, la humanidad entera esperaría de rodillas esa noche bendecida. El bourgeois de París, su mujer y sus hijas, que pasan la semana entera detrás de un mostrador, dentro de una trastienda donde el aire y la luz entran con parsimonia; el bravo obrero que trabaja diez horas al día; el *potache* que, entre las cuatro paredes de un colegio palidece, por incrustarse en el cerebro la lista cronológica de los reyes de Francia; todo ese mundo espera el domingo primaveral con la inquieta ansiedad de la esperanza. Así, desde temprano, más de un millón de almas abandona

París y gana los alrededores, especialmente el bosque de Boulogne. Podéis recorrer éste en todas direcciones, como suelo hacerlo yo con frecuencia. No hay un rincón, por más apartado que esté, aun aquellos desde los que no se puede divisar un sólo coche de lujo camino de Longchamps, que no presente el eterno cuadro del campamento de familia; el padre, en mangas de camisa, tendido en el césped, la mujer preparando el almuerzo, y las hijas, grandes y chicas, corriendo, saltando, cantando como pájaros en el monte. Y en las sendas más sombrías donde el sol no penetra y en las que la fresca sombra cariñosa presta su discreto asilo, la pareja juvenil, entrelazada, en el eterno coloquio apasionado que la primavera hace subir a los labios como la savia a los árboles...

Interrumpo bruscamente estas líneas en las que, por una ironía suprema, trataba de reflejar el efluvio de vida intensa que la primavera arrojaba sobre París, porque en este instante me llega la noticia del espantoso siniestro de la rue Jean Goujon. ¿Dónde ir? ¿Dónde saber? El corazón se me aprieta pensando en tantas señoras amigas, de la sociedad francesa, y en tantas jóvenes compatriotas, tan habituadas a esa clase de fiestas, de caridad. Corro a mi club, donde la noticia acaba de llegar. Los hombres empalidecen y salen desesperados. Alguien llega jadeante; el Bazar, levantado con tablas de pino y telas, sobre un terreno baldío, ha ardido en quince minutos. Había dentro mil doscientos personas, lo más conocido y brillante de la alta sociedad francesa. No había sino una puerta de salida; a los primeros gritos de alarma un centenar de lacayos que se encontraban fuera se precipitaron hacia el interior y formaron, los desgraciados, a quienes movía un buen sentimien-

to, una muralla de cuerpos contra la que vino a estrellarse la ola desatentada de las víctimas... Otro miembro del Club llega con el espanto en el rostro; ha visto pilas de cadáveres calcinados, inconocibles; ya suenan algunos nombres y de los más altos; la duquesa de Alençon, la de Uzes, madama de Galliffet. Un hombre que acaba de llegar al Club se acerca al grupo en que oímos los detalles que nos da el que habla; su figura se descompone; da un grito y sale como loco. Es el conde de Chevilly, que tiene sus dos hijas en el Bazar. ¡Infeliz!: ambas han sucumbido.

Y así, de minuto en minuto, el espanto crece, el horror se esparce por todo París; cada uno de nosotros sube en un coche o manda sus criados a tomar noticias en las casas amigas. A las diez de la noche, desde las cinco de la tarde, estamos aún en movimiento; cuando volvemos al Club, todos, extenuados, con el cuerpo como apaleado, nos echamos en un sofá, como embrutecidos por la impresión. Algunos se deciden a ir al Palacio de la Industria, donde, iluminados por antorchas, se pueden ver los cadáveres carbonizados, en la esperanza de que alguno los reconozca por las joyas que llevan. Yo no tengo valor para ir; pero pienso constantemente en mis argentinitas, una docena de criaturas de 15 a 20 años que veo en el bosque y en los paseos, radiantes en su juventud y en su belleza. ¡Dios sea loado! Ninguna estaba allí. La señora de Domínguez, primer secretario de la legación argentina, debía vender en uno de los *comptoirs* más cruelmente herido; un duelo reciente le impidió asistir.

La catástrofe que acaba de enlutar a París y de la que no doy detalles (115 muertos hasta ahora y 20 ó 30 heridos), porque el telégrafo los habrá

transmitido con profusión, no ha sorprendido a nadie. A pesar de la terrible lección del incendio de la Opera Cómica no conozco, ni en las ciudades de cuarto orden, una tolerancia más criminal que la de las autoridades municipales de París, respecto a los teatros de la capital. Puedo afirmar que en caso de incendio (y es sabido que todo teatro está destinado a quemarse tarde o temprano), el 90 por ciento de los espectadores perecerían en Varietés, Palais-Royal, Renaissance, Bouffes Parisiens y en el Odeón mismo, que es enorme, pero que, aunque teatro oficial, no tiene más que dos pequeñas puertas de salida. En los demás teatros, que no nombro, el número de víctimas podría tal vez no pasar de 50 por ciento. Y en esas condiciones es como se vive en París. Las salas de espectáculos están repletas, noche a noche, y se juega con la vida de millares de mujeres y niños, a favor de la interesada complicidad de la prensa, generalmente ganada por los directores de teatro...

Hay una tristeza sombría en la atmósfera; todas las brillantes fiestas de primavera se han suspendido. Pienso en los padres desolados que han perdido sus hijitas... y no puedo continuar.

París, Mayo 1897.

La bestia hombre

A José C. Paz.

Es una obsesión; fingimos seguir la vida ordinaria, hablar de otra cosa, de la muerte del duque de Aumale, por ejemplo, que acaba de presentar las armas a la niveladora, después de una existencia pura y sin mancha, de la mediación en Oriente, de la pieza nueva, de los proyectos de verano; todo es inútil. A cualquier hora del día y, sobre todo, en las largas horas del insomnio, las tenemos presentes, las vemos y nos parece oir sus ayes desgarradores. No he conocido jamás una impresión igual. Cuando ese dolor mudo y lancinante empezaba a debilitarse, un detalle atroz lo reaviva y así, de día en día, se prolonga este martirio.

El sumario judicial se está formando de una manera seria y severa. La responsabilidad es de todos y de nadie; pero de ese cuadro de horror empieza a desprenderse un hecho talmente infame, hasta tal punto vergonzoso e inmundo, que la prensa toda de París y la Francia, y lo que es peor, la sociedad entera, comienza a comentarlo con pasión, casi diría con un ímpetu de cólera irresistible. ¿Y los hombres? ¿No había acaso hombres en el Bazar de Caridad, en el momento del siniestro? ¿Qué han hecho esos hombres? ¿Qué han hecho los *comisarios* de la venta, reclutados entre los jóvenes de la más alta aristocracia francesa? ¿Cómo se explica que entre los 120 cadáveres encontrados, sólo dos o tres sean de hombres? Y primero

como un rumor sordo que nadie se atrevía a repetir, luego como una pesadilla que se quisiera desvanecer y, por fin, en un estallido de indignación, de asco, se ha sabido que sí, que había hombres allí que no sólo fueron los primeros en salvarse sino que, a golpes de puño y de bastón, se abrieron paso por entre los grupos de mujeres y niñas enloquecidas por el espanto. Sí, entre las mil doscientas personas que, según *l'enquête*, es el número más probable de las que se encontraban dentro de la siniestra barraca en el momento de la catástrofe, había, por lo menos, ciento cincuenta hombres. No eran indiferentes, como los que asisten a un teatro, sin vínculo ninguno con el resto de los espectadores; estaban allí en su mundo, casi diría en su familia. La mayor parte venían a corresponder, por invitación, con la limosna obligada, a las atenciones, comidas, bailes, garden-parties, recibidas durante el año de esas mismas damas a quienes sonreían la *bouche en coeur*. Estaban allí las niñas con las que habían bailado durante el invierno, estaban tal vez sus novias, sus prometidas. Y bien, hasta ahora sólo de dos muertos y un vivo se sabe que hayan cumplido con su deber; los muertos, el general Munier y el doctor Feulard; el vivo, el teniente Jacquin, que puso en salvo a sus dos hermanas y a una amiga y luego volvió a la hoguera e intentó el salvataje, hasta que el fuego y el humo le ahogaron y le obligaron a desistir. ¿Y el resto de los hombres? No se les ha visto: parece que se hubieran desvanecido en la atmósfera candente o que, como la salamandra de la leyenda, hubieran trepado por una lengua de fuego. Se concibe el pánico y es difícil poder afirmar la conducta que en ese momento habríamos observado; quiero aceptar que, en el primer instante, el instinto

de conservación (¡el más bajo, más inmundo y más ridículo de los instintos humanos, porque al fin, bonito es lo que tiende a conservar!) haya impulsado a esos miserables a huir, a huir como locos, como los pastores griegos cuando oían el grito de Pan. Pero ¿y luego, cuando se vieron salvos, unos en el terreno baldío y otros en la calle? ¿No tenían ahí, delante de los ojos, el ejemplo radiante de esos obreros que pasando por azar, oyen alaridos de mujeres, alaridos de duquesas y de millonarias, la clase odiada, y sin oir más que el impulso generoso de su alma, se lanzan a la hoguera y salvan, salvan hasta que ellos mismos empiezan a arder? ¿No tenían el ejemplo de Piquet, de Desjardins y del cochero Jorge? ¿No veían un lacayo de madame de Grefulhe, un muchacho de 20 años, tomar a su señora en sus brazos, cubierta la cabeza y el busto con el sayo y atravesar así un infierno de llamas, hasta ponerla en salvo? No, no veían sino el espanto de sus propios actos y huían, perseguidos aún por la última mirada de sus tristes víctimas. Hay señoras, según afirman algunos diarios de París, entre las salvadas, que tienen en la cara, no sólo marcas de los bastonazos recibidos de aquellos miserables, sino hasta señales del taco de sus botas. Y muchas los conocen, podrían nombrarlos, y el juez de instrucción no desespera de arrancarles esos nombres, para, como único castigo, lanzarlos a la execración universal y al desprecio de las mujeres. Se dice *sotto voce*, en los clubs, que una de las damas más indignadas, la duquesa d'Uzés, que es *une maitresse femme*, decía al día siguiente del siniestro: "En los suburbios, habrían salvado a las mujeres!" Se agrega que es una de las más empeñosas en que se haga la luz completa, para que esos miserables no se puedan ca-

sar!... A mí también me apura el saber; la idea de que en el club o en un salón voy a estrechar la mano a un hombre que a bastonazos y puntapiés se ha abierto un camino entre mujeres, niñas, hermanas de caridad que le tendían los brazos pidiéndole amparo y socorro, me produce náuseas. Es un estado intolerable del que tenemos que salir cuanto antes; ya empiezan a susurrarse, muy bajo, algunos nombres. Dentro de dos o tres días espero el estallido (1).

Hace dos o tres meses los dibujantes de una gran fábrica de encajes en el *Marais* anunciaron una huelga general si el propietario de la fábrica no despedía a tres o cuatro mujeres a las que había dado trabajo de la misma clase. Se trataba de *dentelles,* de esos caprichosos arabescos en los que el gusto y la delicadeza femenina encuentran ancho campo. Los señores dibujantes declararon que si las mujeres *s'en melaient* la retribución de la mano de obra bajaría, y pusieron en un conflicto al fabricante. Felizmente éste era un hombre de corazón y de carácter; indignado, declaró que cerraría la fábrica antes que acceder a la vergonzosa exigencia que se le imponía. Su ejemplo entonó al sindicato de fabricantes, que se coaligaron y se mantuvieron firmes.

Hace tres días la Escuela de Bellas Artes ha sido teatro de una de las escenas más repugnantes que conozco. A fuerza de instancias de la opinión y después de mucho batallar, el gobierno,

---

(1) Estas líneas fueron escritas bajo la violenta impresión del momento; no las modifico, porque reflejan exactamente el estado de ánimo de la sociedad francesa al día siguiente de la catástrofe. El sumario, contra lo esperado, no arrojó la luz deseada, sea porque los cargos hechos eran exagerados, sea, lo que es más plausible y lo que se creyó, generalmente, que el juez de instrucción creyera más conveniente echar un velo sobre las responsabilidades de aquel día de horror.

o mejor dicho, el ministro de Bellas Artes, porque aquí cada ministro es omnipotente en su departamento, resolvió que se abriera una clase especial de dibujo para niñas. Centenares de jóvenes de 18 a 20 años acudieron, buscando en esa instrucción un medio de vida para el futuro. En el momento actual un buen dibujante tiene su porvenir asegurado, no ya en la región del arte, donde sólo los excepcionalmente dotados encuentran compensación, sino en la industria, que necesita renovarse cada día. Los alumnos de la Escuela de Bellas Artes tomaron a mal la cosa, declararon que las mujeres les harían una competencia desastrosa y esos jóvenes de 20 a 25 años que se preparan al sacerdocio del arte y dicen haber consagrado su vida al ideal, sitiaron a esas desgraciadas en la clase, hicieron un escándalo enorme, las aterraron, pidiéndoles a gritos y en medio de insultos soeces, que abandonaran la partida, llegando su infame actitud hasta hacer necesaria la intervención de la policía para proteger la salida de esas tristes criaturas que sollozaban.

¿Qué es esto?—me pregunto. ¿Es éste el fruto decantado de la civilización? ¡Los descendientes de los antiguos caballeros que morían por su Dios y por su dama, pisotean y hieren mujeres para salvarse de un peligro! Los artistas no les van en zaga y las amenazan e insultan para quitarles el pan de la boca. Por fin, más abajo, el obrero, el hombre del pueblo, sigue a su vez el movimiento y pretende casi excluirlas de la vida! ¿Qué es esto?—repito. ¿Dieciocho siglos de cristianismo nos han conducido a este abismo de degradación o el ejemplo brutal e implacable de la naturaleza, que no tiene entrañas y que sólo reconoce la legitimidad de la fuerza, ha concluído por persuadir

a los hombres de que este mundo moral que hemos creado, precisamente para contrarrestar su horrible indiferencia, es una aspiración absurda que hay que abandonar?

Nada más ridículo, a mis ojos, que el movimiento feminista de nuestra época. Por curiosidad, más de una vez he asistido a las reuniones de propaganda reivindicatoria de los derechos femeniles. Generalmente los apóstoles del credo y del sexo son frutos secos de la especie, solteronas sin caderas y sin senos, incapaces de alojar un ser viviente en sus flancos y menos de nutrirlo. Esas mujeres, que no lo son, por lo menos en el vigoroso concepto natural, cuando sostienen y reclaman la igualdad de derechos políticos con el hombre, buscan sólo una compensación al adiós eterno que han dado — y con razón — a las funciones normales que debieron corresponderles, esto es, amar, procrear y educar. Me recuerdan a los viejos usados hasta la médula y a los que no queda, perdidos ya los medios de realizarlos, ni los deseos, y que sostienen que la vejez ofrece horas deliciosas, incomparablemente superiores a las mejores de la juventud.

No, no soy partidario de las reivindicaciones políticas de las mujeres y pienso que en aquellos estados de la Unión Americana donde han triunfado esas ideas, las cosas han de andar de tal manera que el absurdo y el ridículo en breve las enderezarán. Reconozco, sí, sobre todo en las sociedades europeas, la legitimidad de las reclamaciones en el terreno civil, y creo que no hay nada más abusivo que privar a la mujer de estos dos derechos: la libre administración de sus bienes y la libre disposición del fruto de su trabajo.

Pero si tiramos tanto de la cuerda y las cos-

tumbres no suavizan la rudeza de la "ley del hombre", a la verdad que el decantado orgullo con que hacemos valer la situación de la mujer en nuestro mundo occidental tendrá bien poco en qué fundarse. Si en los trances de peligro abandonamos a la mujer a sus tristes fuerzas, más aún, si abusamos de las nuestras para asegurar nuestra salvación, si nos sindicamos y nos unimos para cerrarle el paso a toda carrera, a todo trabajo que pueda traerle la independencia y la dignidad, es mil veces preferible volver a las costumbres de Oriente y encerrarla en el *harem* mahometano o en el *terem* de la vieja Rusia, mueble de lujo destinado a nuestros placeres y a nuestros caprichos.

Cuando pienso que la mayor parte de los comisarios del Bazar de Caridad, de esos "caballeros de la gardenia", como los llama un diario, los de la huída totalmente veloz, que no se ha encontrado, entre los despojos del incendio, ni un *lorgnon,* ni un bastón, ni un sombrero de hombre, cuando pienso que esos individuos están en la plena y vigorosa juventud, mi asombro crece y se hace cada vez más profundo. Y al mismo tiempo me admira la fuerza poderosa de esta educación de fin de siglo, la influencia de las ideas ambientes de egoísmo, de *m'en fichisme,* capaces, en tan poco tiempo (seis o siete años; de los 18 a los 25) de aplastar, de ahogar, de matar todos los impulsos generosos de la juventud, todas las santas y frescas aspiraciones que en esa edad nos empujan al sacrificio y a la abnegación. ¡Qué lejos estamos de aquellos tiempos en que d'Orsay abofeteaba, en pleno café, a un tertuliano que había hablado mal de la Virgen María, defendiéndola sólo porque era mujer!

Sí, mis jóvenes amigos, el ideal, aun con sus puntas de ridículo, es necesario, es indispensable en la vida. No ahoguéis, por Dios, por prurito de modernismo, por *pose* de hombres prácticos, por snobismo de espíritus secos y positivos, los ímpetus generosos que os mueven a arrojaros a la cabeza de un caballo desbocado, a las llamas de un incendio, al socorro de un hombre que se ahoga, a arrancar un niño de entre las ruedas de un tramway.

Recuerdo un incidente que tiene sus ribetes ridículos, de cuando yo tenía 20 ó 21 años. En esa época, que, aunque no se toca con la mano, no está todavía a una distancia sideral, no teníamos aún idea de este modo moderno de la juventud, de este desprendimiento de todo, excepto de lo que nos interesa. Eramos unos vulgarísimos jóvenes que nos divertíamos franca y alegremente, como correspondía a nuestra edad, tal vez con escasa compostura, pero seguramente con menos *morgue*. En ese tiempo había unas inundaciones periódicas en Buenos Aires, que parecían diluvios universales. Estábamos habituados: así que empezaba a llover y la cosa apretaba y seguía y seguía, con ese tesón y ese ímpetu con que cae el agua entre nosotros, ya sabíamos lo que había que hacer. Nos juntábamos dos o tres, nos echábamos a la calle y en el primer carro de mudanza que encontrábamos (todos salían a la calle en la ocasión, como arcas de Noé) nos dirigíamos a los barrios cruzados por *terceros*, aquellos arroyos urbanos e inmundos—desaparecidos hoy por fortuna — y que se hacían torrentes. Allí empezaba un salvataje desesperado; ancianos, mujeres, niños, todos de la clase social más pobre y desamparada, al carro, al carro, y vuelta a sacar más. ¿Nos guiaba la caridad, la filantropía? Un poco,

la curiosidad, si queréis, pero sobre todo la juventud, la ardiente sangre pidiendo acción y la nobleza del objetivo, adivinada en un clarear del corazón. Luego, de vuelta a casa, el resfriado colosal, las fricciones y regaños de la madre alarmada, eran nada al lado del recuerdo de ciertos bracitos de niños pegados a nuestros cuellos, de ciertas bendiciones de madres sollozantes y ciertos acentos profundos de gratitud de viejos desamparados.

¿Incendios? Era nuestra especialidad; en primera línea, allí, al lado del comisario y del bombero, a veces estorbando más que sirviendo, pero entrando donde no hacía frío, animando y dando el ejemplo. No olvidaré la indignación de una hermosísima niña, de nuestra alta clase social, que desde el balcón de su casa nos vió regresar a un grupo de amigos de un incendio voraz que había consumido gran parte de los almacenes de la aduana nueva de la calle Balcarce. Habíamos acudido, como de costumbre, y poco a poco nos habíamos calentado al juego y al fuego, de tal manera que al final nos habíamos chamuscado por salvar pipas y fardos. "Si se tratara de salvar gente, se explica", decía la niña. Y tenía mil veces razón, y nosotros mismos nos encontrábamos ridículos, lo que no impedía que a los pocos días empezáramos de nuevo.

¡Qué héroes! diréis, con esa sonrisita irónica que habéis adoptado, acompasada y fría, para que no turbe ni la armonía de vuestros trajes ni de vuestras ideas.

No; decid ¡qué jóvenes! y estaréis en la verdad, ¡oh, ancianos prematuros! ¿Créeis que os considero incapaces de hacer eso y mucho más? ¡Pero si vosotros sois nosotros, sois nuestra carne, nuestra sangre y nuestro corazón! Lo que os pido

es que seáis jóvenes, simplemente jóvenes, y que no cerréis vuestros oídos a la voz de la buena sirena que os habla de cariño, de entusiasmo y de abnegación. Oidla y seguidla: ella os dirá que hay que amar a la patria con furor e intransigencia y que, en cada mujer que se encuentra en el camino de la vida, hay donde fijar un culto, desde el inmaculado, puro y sin mancha que se profesa a las mujeres del hogar, hasta el alto y digno sentimiento que mueve a levantar hasta vosotros la pobre mujer caída, en vez de rebajaros hasta ella.

¡Chocheces, lirismos de viejo! De ellas ha vivido el mundo durante miles de años, y al fin si la humanidad tiene un patrimonio de gloria no lo conquistaron por cierto el egoismo, el cálculo frío, ni la cobardía. Fueron estos gérmenes de nobleza, que en los buenos momentos sentimos dentro de nosotros y que, en resumidas cuentas, son los únicos que pueden, vaga y remotamente, justificar nuestra pretensión a un origen divino.

París, mayo 1897.

¡A prisa, a prisa!

Automóviles y turbinas

A Carlos Doncel.

¿Empiezan ya a invadiros los automóviles? ¿Están ya vuestros ojos, como los nuestros en París, condenados a ese espectáculo desgraciado, de un coche sin caballos, moviéndose sin gracia, como un cuerpo humano amputado, que se arrastra hábil y desairadamente? ¿Tenéis ya en los oídos ese ruido característico de *ferraille*, ese jadear mecánico de la caldera, esa trepidación constante, mientras el aire que rodea al vehículo está impregnado de nafta?

La invasión en París se acentúa cada día; hace seis u ocho meses apenas si se veía uno que otro carromato de la especie, curiosamente observado por el pasante; hoy no sólo los boulevares y las calles están llenas del coche mecánico, sino que los paseos mismos, la Avenida de las Acacias, tan deliciosa por la mañana, empieza a cubrirse del estruendoso aparato de transporte. Por fin, no está lejano el día de su consagración práctica, pues M. Bixio, el director de la Compañía General de coches de alquiler, acaba de anunciar que en breve empezarán los ensayos con objeto de transformar todo su material, en el sentido de la supresión del caballo.

Creo que indudablemente — y lo creo con tris-

teza — el automóvil es el vehículo del porvenir. Como la bicicleta, que no come, que no se enferma, que no ocupa sitio, que no necesita cochero, ha vencido definitivamente al caballo de silla, el coche semoviente suprimirá la tracción de sangre. Falta aún mucho para dar con el tipo ideal, como forma y como fuerza impulsiva. Como forma hasta hoy se ha conservado el aspecto del coche común, que no puede ser más desgraciado, si se mira sin los caballos que lo complementan. La dirección de los almacenes del Louvre acaba de abrir un concurso, con una fuerte prima, para el mejor tipo de coche-automóvil; de los presentados, ninguno ha obtenido el premio. Debe ejercer una influencia invencible en el espíritu de los inventores la persistencia, atávica, diría, de no concebir un mueble de transporte, sino bajo la forma del coche eterno: cuatro ruedas, una caja y un pescante. Un crítico de arte, con motivo de ese fracaso del concurso, propone simplemente volver a la forma de los trineos de los siglos XVI y XVII, forma elegante, si las hay, en la que la disposición triangular del vehículo, destinado a ser empujado de atrás, puede encontrar una feliz adaptación en el automóvil. Me consta que se trabaja desesperadamente, y no es muy aventurado suponer que muy pronto, en este pueblo de la inventiva y del buen gusto, se encontrará la solución deseada. Hasta tanto, el automóvil será un horror; en vano lindas mujeres, en lujosas toilettes, lo ocuparán. Mientras no cambie de forma, su aspecto producirá una impresión penosa.

La cuestión de la fuerza motriz es más grave; el vapor ha sido abandonado, desde luego, por el espacio que requieren la hoguera y las calderas. El petróleo reina por el momento, pero todo

el mundo comprende, constructores y público, que el éxito definitivo sólo se alcanzará el día que se consiga hacer una aplicación práctica de la electricidad. Como motor, nada comparable por la limpieza, el silencio y la pequeñez del espacio empleado. El ideal de motor para un tramway, por ejemplo, es la fuerza eléctrica acumulada, empleada hace tiempo por una o dos líneas de París. Los coches se deslizan suavemente, sin ruido; no hay olores desagradables y el manejo se hace con toda facilidad: Al lado de ese sistema, el del alambre superior de contacto y aun el del contacto por el riel, son bárbaros y primitivos. Sí, pero eso está muy bueno para las pequeñas distancias. Es indispensable tener estaciones escalonadas con depósito de acumuladores; si no, se corre el riesgo de quedarse con el vehículo varado en plena vía. M. Bixio, de quien he hablado ya, no cree que la transformación de los fiacres actuales en automóviles tenga completo éxito, hasta tanto que se encuentre el medio de subsanar los inconvenientes que la aplicación de la electricidad presenta por ahora. Sin embargo, va a ensayar algunos fiacres eléctricos, con acumuladores, que podrán renovarse en estaciones instaladas en varios puntos de la ciudad. Al mismo tiempo pondrá en movimiento una docena de fiacres a petróleo, para estudiar el resultado de las dos clases; pero, en el fondo, su esperanza está en que, durante el tiempo de los ensayos, se encuentre un tipo nuevo, con una aplicación más práctica de la electricidad.

La cuestión grave es la integridad personal del sinnúmero de viandantes que cruzan las calles de París, sometidos a la dura prueba de los automóviles. Ya he hablado de la dificultad, cada vez creciente, de la circulación en esta ciu-

dad. En estos últimos días, en que se han reunido varias fiestas romanas, como llamo a aquellas en las que la muchedumbre acude innumerable, esto es, los *grands prix* d'Auteuil y de París, la cantidad de accidentes de carruajes ha pasado a toda previsión. El cochero de fiacre parisiense posee, en general, una naturaleza moral amargada por las luchas de la vida, y su misantropía, no pudiendo traducirse en elegías sentimentales, busca un alivio en las emociones fuertes y en las ideas robustas, expresadas con energía. Así, el *engueleument* con que hacen preceder y seguir el aplastamiento del mísero pedestre que encuentran en su caminó, no tiene igual en ningún otro vocabulario humano. Contestar a un cochero de fiacre es tan insano como acometer a un coracero con un junco. Contra los cocheros de coches particulares, que son a veces menos filántropos aun que los de fiacre, hay un pequeño medio de defensa que, si no os da la victoria, os hace por lo menos saborear la venganza; consiste en lanzarles una sola palabra, con aire despreciativo y mirándoles de lado: *¡Jardinier!* Si es realmente un cochero de gran casa, estalla. La injuria radica en que las familias, en la campaña, para ir a misa o hacer pequeñas excursiones, suelen hacer trepar al jardinero al pescante. Un cochero de alcurnia no puede tolerar que se le confunda con el bípedo híbrido que cuida las coles por la mañana y se transforma por la tarde en automedonte chambón.

Pero el único aliado, el único ser compasivo que auxilia al peatón en su desamparo — y que evita al dueño de un coche de lujo los gastos de compostura — es el caballo de fiacre. Con su instinto ve, o adivina, los obstáculos que su conductor no sospecha, se insinúa flexible por entre

los intersticios de la masa de vehículos que cubre los boulevares, se detiene a tiempo, *motu proprio*, para evitar un choque, acelera su marcha para salvar una colisión, y en los momentos en que el cochero duerme u, ocupado en una lucha homérica de apóstrofes con un colega de lengua bien templada, se olvida de mirar hacia adelante, avanza prudente y salva las dificultades.

Con los automóviles que van a ser dirigidos por esos mismos cocheros, tigres cebados para los que la carne humana tiene atractivos irresistibles, los accidentes van a tomar proporciones tales, que la Liga para la repoblación de la Francia va a alarmarse de ese nuevo elemento de destrucción de la especie, que no había tomado en cuenta. El encuentro de los automóviles, chocándose en medio de la carrera, las calderas saltando, los *foguistas*, como se llaman ya esos conductores, volando por los aires, seccionados según las reglas de una autopsia un tanto brutal, será un cuadro no desprovisto de encanto para los que se quejan de la chata monotonía de esta vida parisiense.

Es que el siglo apura y hay que andar ligero. Las grandes invenciones de nuestro tiempo, en materia de locomoción, han quedado relativamente estacionarias, si se comparan con otros hallazgos científicos en los que se ha llegado a resultados casi maravillosos. Desde hace cincuenta años los progresos de la mecánica son insignificantes, por ejemplo, frente a los de la química orgánica.

El vapor se ha mostrado rebelde a todas las tentativas de transformar su fuerza en velocidad. Los trenes andan, es cierto, un poco más ligero que *ab initio*; pero esa rapidez se obtiene por mejoramientos mecánicos del aparato y no por apli-

cación nueva de la fuerza motriz. Así, en el primer viaje que hice a Europa, hace veintisiete años, empleé 25 ó 26 días; hoy, generalmente, empleamos 21 ó 22. Es un progreso miserable. Los grandes y nuevos barcos que cruzan el Atlántico, de Nueva York a Inglaterra, dan una marcha de más de veinte millas por hora; pero todo el mundo comprende que en esa vía no se podrá seguir, no sólo por la erogación que el enorme consumo de carbón exige, sino porque todo el espacio del buque habrá de ser sacrificado a la maquinaria y carboneras, como sucede ya en las torpederas, en las que no queda sitio sino para tres o cuatro hombres encorvados, incapaces de resistir más de algunas horas en esa insoportable posición. No; hay que buscar otra cosa. Y los espíritus se aguzan y las frentes de los ingenieros palidecen en las largas veladas de estudio.

Hace poco se anunció como una solución el *bateau-rouleur* de M. Bazin. El barco, en vez de reposar directamente sobre las aguas, se apoyaba en una serie de enormes ruedas huecas, a los costados que, al par de sostenerlo, le daban impulsión por su rotación. Los ensayos en el Sena fueron satisfactorios; pero, aunque se guarda mucha reserva al respecto, tengo motivos para creer que los que se han hecho en la Mancha han enfriado mucho el entusiasmo. A este propósito me viene el recuerdo de una escena, que si no la cuento ahora no tendré jamás mejor ocasión.

Allá por 1870, uno de nuestros compatriotas, correntino, don Juan José Méndez, hombre de fortuna, un tanto original, empacado y caprichoso, se echó a pensar sobre este problema grave de la navegación a vapor. La primera idea que se le ocurrió, no teniendo elementos ni preparación

para analizarla y criticarla, le pareció invulnerable.

Juntó unos pesos, se vino a Europa, se hizo hacer un plan de buque según su idea, en un astillero de Glasgow, y la construcción del barco empezó en seguida. Yo fuí su compañero de viaje; joven y con poca mecánica adquirida, era el confidente ideal para sus largas exposiciones. Me prometía regresar a Buenos Aires en diez días, sin apurar. Yo consentía en todo, lo que me valió ser invitado oportunamente a presenciar la prueba del buque. La idea de Méndez era de una sencillez encantadora, guaranítica. ¿Qué es una helice? se había dicho. Simplemente una sección del tornillo de Arquímedes. Y ¿por qué esas cicaterías de secciones? Cosas de gringo, economías de cabo de vela. Si una pequeña sección hace mover un barco, haciéndole colita, como a los carneros, ¿qué no hará el tornillo entero? Sí, pero ¿cómo se coloca, debajo del barco, todo el tornillo? Méndez dió vuelta a la dificultad disponiendo el fondo de su barco en dos quillas, en vez de una; el tornillo de Arquímedes, de una sola pieza y del largo casi del buque, corría entre ambas, girando sobre sí mismo.

¿Qué pensaron los ingenieros ingleses del astillero, de este hallazgo? No lo supe nunca; probablemente sólo vieron un beneficio de cinco o seis mil libras para la casa y un ensayo curioso, que en nada comprometía su responsabilidad. El buque se hizo; exteriormente tenía un aspecto normal; era debajo donde estaba el gusano. Debía ser oficialmente ensayado, lo recuerdo bien, un martes a mediodía. El lunes, por la mañana, Méndez, sigilosamente, me hizo una seña, tomamos un coche y nos fuimos a la orilla del Clyde,

en cuyas aguas el *Arquímedes* (naturalmente) se mecía muy tranquilo. Llegamos a bordo y ví que todo estaba preparado para un ensayo privado que debía preceder al público. Méndez estaba nervioso, inquieto y yo no las tenía todas conmigo; tenía una vaga sensación de que todo aquello iba a volar. Méndez hizo una seña, los maquinistas descendieron, quedamos los dos sólos sobre el puente y se levantaron las anclas. De pronto sentimos en las entrañas del buque bufar la máquina y el casco todo de la embarcación empezó a trepidar con violencia.

Méndez me miraba con los ojos muy abiertos, muy pálido. El barco se sacudía, pero no avanzaba una línea. "Pero, ¿qué están haciendo? Dígales que pongan en movimiento el tornillo", me dijo Méndez, que no hablaba el inglés. Llegué a la máquina y transmití la orden al ingeniero. *But he turn as a top*! (¡pero si gira como un trompo!) me contestó el mecánico, con una gana de reir que apenas podía dominar. Entre tanto, Méndez me había seguido; cuando vió realmente a toda la máquina en movimiento y sintió que a medida que se aceleraba la rotación del tornillo, el barco se estremecía como un epiléptico, sin avanzar un paso, su palidez aumentó. Volvimos sobre cubierta, donde encontramos a los ocho o diez hombres de la tripulación con las caras inquietas ya, porque la zarabanda no cesaba y aquello podía tomar mal cariz. Méndez hizo una seña, la máquina paró y respiramos. Luego se dió vuelta hacia mí, que estaba silencioso a su lado y realmente triste, — porque nada hay más duro que ver a un hombre perder la ilusión de su vida — y me dijo, articulando con energía cada sílaba; "Esto es una porquería. Vámonos."

Los ensayos oficiales no tuvieron lugar y al-

gunos años más tarde ví al *Arquímedes,* al que habían sacado el tornillo y sustituídolo por dos hélices, sirviendo de modesto remolcador en las aguas del Paraná.

Así, mi sorpresa fué grande al leer, días pasados, la noticia de un invento de M. Parsons, las hélices múltiples, aplicadas a la navegación.

"Ultimamente, M. Sasnowski, ingeniero, (dice M. de Mausonty en una revista científica) dirigía a la Sociedad de Fomento de la industria nacional una comunicación sobre las ruedas y turbinas a vapor, esos curiosos motores, en los que el movimiento alternativo del pistón de las máquinas es reemplazado por un movimiento circular continuo. Al principio no se quería creer. Esas turbinas que giran, arrastrando su árbol, a razón de 3.000 vueltas por minuto, desconcertaban a los mecánicos. Ha sido necesario, sin embargo, rendirse a la evidencia y clasificarlas en turbinas a reacción, a acción, radiales, axiales, centrífugas y centrípetas. En el momento actual la descripción de sus modelos más diversos llena ya un volumen... Bastaba, pues, bajo el punto de vista práctico, que alguien empezara, hiciera un ensayo, se atreviera a lanzar una corriente de vapor sobre una turbina o sobre una rueda a paletas, como si se proyectara un chorro de agua para hacerla girar; el papel del iniciador ha sido, una vez más, mayor de lo que se puede imaginar."

La más reciente y una de las más curiosas aplicaciones (continúa M. de Mausonty, a quien sigo traduciendo, porque no sabría describir con mayor sobriedad el nuevo invento) que hayan sido hechas de este sistema, es la propulsión de los navíos, por medio de un motor de este género. M. Parsons ha aplicado a la turbina a va-

por que lleva su nombre, a un pequeño navío de 30 metros de largo y 2 m. 70 de manga, de 44 y ½ toneladas, al que ha dado el nombre sugestivo de "Turbinia". En vez de un solo árbol, con una hélice única, M. Parsons adapta tres a su buque; cada árbol lleva tres hélices y depende de una turbina a vapor especial, que lo hace girar a la coqueta velocidad de 2.400 vueltas por minuto.

¿Qué sucede? Que la fuerza utilizable, dividida entre varios motores, se regla mejor y que su rendimiento es mayor. Además, se puede realizar así velocidades de rotación de hélice, incompatibles con los sistemas actuales de un solo árbol con una sola hélice. La gran velocidad impresa, en efecto, a una hélice única, da por resultado *pneumatizarla,* es decir, que ella crea, alrededor de sí misma, en el agua, una especie de cavidad, llena de aire aspirado o extraído del líquido; al cabo de cierto tiempo la hélice gira locamente en esa cavidad sin producir efecto alguno, y cuanto más se aumenta su velocidad menos rendimiento se obtiene, porque se pneumatiza más y más.

"Con las hélices múltiples de M. Parsons, enfiladas sobre su árbol, como riñones en una *brochette* (séanos permitida esta vulgar pero exacta comparación) la *pneumatización* es imposible; basta reglar bien el movimiento relativo de las hélices, para que una despneumatice la otra.

"Así, la "Turbinia", en los primeros días de Abril último, ha realizado velocidades de 31.01 nudos y aun 32 y ¾ nudos por hora, o sea 57 y medio y 60 y medio kilómetros por hora. Son buenas velocidades de tren expreso. Fueron realizadas desarrollando en el pequeño na-

vío una potencia motriz de 946 a 1576 caballos.

"El autor no ha quedado ahí y anuncia que, después de haber reglado bien sus hélices, alcanzará velocidades superiores aún."

Hasta ahora ningún sistema ha dado mayores esperanzas que el de Parsons. Teniendo en cuenta que la pequeñez del barco en que ha hecho los primeros ensayos no permite el empleo de grandes fuerzas, es lógico suponer que un trasatlántico construído sobre el mismo plan podrá alcanzar una velocidad de 40 nudos por hora. Si eso se consigue se podrá hacer fácil la travesía de Lisboa a Buenos Aires, contando las escalas indispensables para hacer carbón, en menos de ocho días. ¡Felices nuestros hijos! diremos, como habrán dicho nuestros padres al ver surcar las aguas el primer buque a vapor, recordando sus travesías a Europa, en buques de vela, de tres y cuatro meses, sin contar las odiseas que solían costarles un año de carne salada y porotos secos!

¡A prisa, a prisa! La vida se acorta, el mundo se estrecha y en el orden moral los vagos e indefinidos horizontes del pasado desaparecen; agitémonos en este movimiento febril, para tener, por lo menos, la ilusión de marchar hacia un objetivo!

París, Junio 1897.

El águila humana

A Luis García.

—¿El Polo? ¡Pero si está en casa!, decía últimamente el rey Oscar de Suecia y Noruega a un periodista francés que le hablaba de la expedición Nansen. En efecto, los paisajes del norte de la Noruega, durante los meses de invierno, se parecen hasta confundirse con los que Nansen ha descripto en el libro admirable que acaba de publicar y cuya lectura recomiendo a todo aquel que sienta la necesidad de confortar su conciencia de hombre, vulnerada por la miseria que le rodea, con el espectáculo soberbio de esa energía y de esa fortaleza. Así no es de extrañarse que la obsesión del Polo, amortiguada en Inglaterra, en Francia, en los Estados Unidos, por una serie de catástrofes que han apagado los entusiamos de otro tiempo, persista invencible en la región escandinava. Nansen concibe la idea portentosa de dejarse arrastrar por los hielos y, cuando la ruta fantástica se aleja de su objetivo ideal, no vacila un segundo y se lanza en el desierto desamparado y marcha al norte hasta donde las fuerzas humanas puedan alcanzar: un milagro le devuelve al mundo de los vivos y pisa de nuevo el suelo de la patria, con el orgullo y la gloria

de haber sido el hombre que más se ha acercado al misterioso punto matemático del globo, en cuya conquista sueñan desde hace siglos millares de cerebros y que tantas vidas ha recibido en holocausto (1). .

Mientras el noruego Nansen organiza su expedición, su medio compatriota el sueco Andrée persigue también la realización de su idea no menos original. El Polo se defiende tras las dificultades insuperables de la ruta terrestre; él irá a su conquista por los aires. Es tiempo ya que la aerostación, científicamente transformada desde los tiempos, casi fabulosos hoy, en que Montgolfier lanzó al espacio su primer globo, empiece a servir los intereses de la humanidad, en vez de ver limitadas sus aplicaciones al arte de destruirla. Si la pólvora y la dinamita producen la muerte en el campo de batalla, también sirven para hacer saltar las rocas, allanar los caminos y abrir las minas que ocultan los tesoros de la tierra. Hasta tanto que no se resuelva el problema de su dirección, los globos no sirven sino para espiar el movimiento de tropas y hacer más eficaces los elementos de destrucción. Andrée pretendió rehabilitar el ingenioso aparato y anunció su plan. Partiendo del Spitzberg en medio del verano y aprovechando los vientos del sud y del sudeste que en aquella región reinan a veces por semanas enteras, cruzaría la corteza

---

(1) En la reciente y soberbia expedición polar del duque de los Abruzzos, de la que tan legítimamente se enorgulleció la Italia, el capitán Cagni y sus bravos compañeros han alcanzado una latitud algunos segundos más al Norte que aquella a que llegaron Nansen y Johansen. Sin disminuir en lo mínimo el mérito de ese esfuerzo glorioso, pienso que, aun cuando se llegue al Polo, el hercúleo trabajo inicial de Nansen no perderá el brillo incomparable ni la fascinación que ejerce y que ejercerá sobre la imaginación de los hombres por los siglos de los siglos.

terrestre justamente encima del Polo, determinaría exactamente su posición, vería si es un sueño o es realidad la leyenda del mar libre, y despejaría, por fin, la incógnita que obsede al espíritu humano. ¿La vuelta? A su juicio, no había peligro; los mismos vientos que le habrían llevado le traerían; es raro que la fuerte brisa del sud persista más de una semana, pues generalmente cede ante un fuerte viento del norte, que el aeronauta aprovecharía. En todo caso, si la impulsión del sud persistía, todo lo que podría pasarle sería buscar su descenso en las regiones de la Siberia Oriental, de la América rusa o del Canadá.

Cuando esos hombres del Norte conciben una idea, lo hacen con tal fuerza, que imponen la convicción a los menos entusiastas. Como Nansen, Andrée encontró apoyo en el Rey Oscar, en las sociedades científicas y en ricos particulares que abrieron generosamente la bolsa. Toda la cuestión consistía, como se habrá comprendido, en la naturaleza del aerostato, y su construcción era el problema esencial. Andrée abrió un concurso internacional y al fin se decidió, a pesar de los precios más elevados, por la Francia, cuyos fabricantes le proponían un globo que, defendido por su triple cubierta de seda, podría resistir durante muchos días no sólo a los ataques de la atmósfera exterior, sino también a la dilatación del gas cautivo. Los preparativos, construcción del globo y de la máquina productora del gas que debía ser transportada al Spitzberg, de los instrumentos científicos de aluminio, hechos de acuerdo con las exigencias especiales de su destino, el estudio profundo de todos los datos que se tienen sobre la topografía de las regiones polares, la elección de los dos compañeros y, por fin, la difusión por mi-

llares de una circular lanzada por los gobiernos de Rusia, del Canadá y de los Estados Unidos, a fin de que los pobladores de los últimos puntos habitados de la tierra tuvieran conocimiento de la expedición, perdieran el miedo al monstruo que vieran bajar de los aires y prestaran a sus tripulantes socorro y ayuda; los preparativos, repito, duraron un par de años, y en la primavera de 1896 estaban ya Andrée y sus compañeros acampados en una punta del Spitzberg, donde habían instalado un galpón para abrigar el globo y la máquina productora del gas. Allí esperaron; el término que se habían fijado, como extremo posible, para la partida, era el 15 de Julio. Hasta los últimos días de Junio, antes de que el globo estuviera listo, reinaron fuertes ráfagas del sud, que henchían de esperanza el pecho de los audaces viajeros. De pronto, en Julio, cuando todo estaba ya en orden para la partida, el régimen del viento cambió y una fuerte brisa del norte imperó. La Europa entera tenía sus ojos fijos en el aeronauta, que no vivía, en la expectativa de un cambio. Todo fué inútil; el 15 de Julio llegó y los vientos no habían cambiado. Un aventurero, un desesperado, un Erostrato buscando la gloria póstuma en su ruidosa muerte, se habría lanzado al espacio por temor al ridículo. Andrée era hombre de otro temple. Como Cavour, después de la inesperada paz de Villafranca, dijo simplemente: "hay que empezar de nuevo". Deshinchó su globo, lo empaquetó cuidadosamente, desmontó la máquina y tomó el camino de Suecia, anunciando su partida tan noble y sencillamente que selló la burla en los labios de los *snobs* del boulevard.

La primavera de este año le vió nuevamente instalado en un brumoso rincón de Spitzberg, don-

de en breve levantó su casilla y el abrigo de su globo y maquinaria. Allí esperó de nuevo y con él todos nosotros, hasta que una mañana, hace pocos días, al abrir los diarios, fuimos violentamente sorprendidos con la noticia de que Andrée había partido el 11 de Julio. Desde ese momento no sabemos una palabra del destino que haya cabido a los exploradores. Cuando estas líneas se publiquen es posible y aun probable que el telégrafo os haya dado cuenta del fin de la aventura, y quiera el cielo que la nueva sea feliz. Hasta ahora no hemos tenido sino una falsa alerta, una paloma viajera encontrada moribunda por un barco de pescadores, en los hielos vecinos de la región polar, con un anillo en una pata en el que se lee la siguiente inscripción: "Polo norte, 142". Esa cifra obscura, que no parece referirse a la latitud, que es lo esencial, hizo dudar de que la paloma viniera del globo de Andrée. Más tarde un diario sueco anunció que las palomas de Andrée debían tener una marca que no era ésa, y por fin se ha descubierto que la marca "Polo norte" pertenece a una sociedad colombófila de Hamburgo. ¡Es idea, en estos momentos de angustiosa expectativa, conservar esa marca y soltar palomas desde la región polar!

Antes de partir, Andrée, en una conversación con un amigo francés, que la ha publicado, ha declarado tener una completa seguridad en el éxito de su empresa. No piensa ni nunca tuvo la idea de descender en el Polo; se limitará a pasar por encima de él, lo más cerca que le sea posible, y a escribir en el acto lo que vea, en un papel que será colocado dentro de un aparato insumergible, coronado por una gran bandera sueca y que arrojará a los mares o a las soledades, en caso de verse perdido, para que la humanidad no

pierda el fruto de su audacia y su sacrificio no sea estéril.

Allá va, pues, en los momentos en que escribo y se necesitaría no tener entrañas de hombre para no seguirle con ansiosa emoción. Se ha publicado una somera entrevista con Nansen, en la que éste, sin que el repórter dé las razones en que se funda, manifiesta su poca confianza en el éxito de la expedición de Andrée. A la verdad que nadie está en mejor situación que Nansen para juzgar la empresa. Pero quiero creer que el reportaje no es auténtico y persisto en esperar el triunfo del bravo Andrée.

Su plan puede ser criticable; para muchos no se trata de *ver* el Polo, sino de pisarlo, de tocarlo, por decir así. Para otros, los más razonables, la esperanza de *verlo* es muy remota y recuerdan los largos viajes y estadías de los astrónomos que desde el fondo del Asia esperaban el paso de Venus sobre el sol y en el momento preciso el cielo se cubrió de espesas nubes. Pero hay algo, desde luego, que es incuestionable y que, probado por el esfuerzo sobrehumano de Nansen, da razón a Andrée: al Polo no se llegará por tierra. Es imposible encontrar dos hombres más animosos, mejor preparados y pertrechados que Nansen y Johansen. Con el último impulso, con el último aliento, llegaron hasta donde es posible llegar: más allá, desde un *hammock* elevado, Nansen, que se encontraba del Polo a una distancia igual a la que separa Marsella de París, sólo vió, hacia el Norte, montañas de hielo, vastas *crevasses*, placas de agua que desaparecían por momentos en el cambiar de sitio de la inmensa mole que cruje, se levanta y se hunde en medio de estrépitos colosales que resuenan en aquellas infinitas soledades en ecos como jamás escuchó el oído humano. ¿Có-

mo seguir adelante? Los últimos perros habían sucumbido y, además, aun viva la jauría entera, ¿cómo arrastrar el trineo y la ligera embarcación por las *crevasses,* los canales, a veces anchos de cien metros, que se forman a cada instante? Que si aumentáis el número de los exploradores mayor será la *impedimenta* y mayores las exigencias del regreso, por desaliento o enfermedad de algunos de ellos. No: por tierra, y frente a frente, a pecho abierto como Nansen, no es posible. Tal vez dejando aprisionar por el hielo dos o tres barcos construídos por el plan del *Fram* y situados en diversos puntos, pueda alguno de ellos pasar tan cerca del Polo, que al fin sea posible pisar el punto misterioso. Y al fin, ¿qué va a encontrarse allí? ¿No es casi seguro, según todas las probabilidades, que ese punto, que sólo podrá ser determinado matemáticamente, no se diferencia de los que le rodean? ¿Por qué el Polo no ha de ser igual a la región que visitó Nansen, por los 87° y medio y que nos ha descripto con su pluma sobria y vigorosa? Comprendo que la determinación exacta del Polo magnético de la tierra tenga importancia científica, aunque, a la verdad, el error, si lo hay, no ha de ser considerable. ¿Pero el Polo real? A eso contestaré que los hombres se fatigan y a veces rinden la vida en la ascensión de las altas cumbres de la tierra, cuando tan fácil es elevarse en globo a mayores alturas, relativamente sin peligro. A ese respecto, sólo una catástrofe inesperada puede comprometer la existencia de Andrée y sus compañeros, la rotura del globo, su ascensión excesiva o la violencia del descenso. Pero la tela del aerostato parece hecha a toda prueba y la disposición mecánica de éste tan perfecta, que no son de temerse los acciden-

tes indicados. Se han hecho ya ascensiones a cerca de nueve mil metros y, aunque el frío es intensísimo y el aire irrespirable, los aeronautas han resistido, gracias al oxígeno respirado artificialmente. Andrée no tiene el propósito de buscar esas regiones rayanas de los límites atmosféricos; el *Aguila,* como ha bautizado a su globo, seguirá la corteza de la tierra lo más cerca que le sea posible. Nansen, él, creía que iba hacia la muerte, sin que esa expectativa ablandara su resolución ni disminuyera su energía; Andrée, por el contrario, piensa que el peligro es un factor remoto.

He dicho antes que las opiniones estaban divididas respecto a las probabilidades de éxito de Andrée; pero debo confesar que la inmensa mayoría es pesimista. Así, dos hombres competentes, el doctor Neumayer, del almirantazgo de Berlín, y el geógrafo Reichtofen, se limitan a pensar que, dada la circunstancia que en esta estación el sol, en la región polar, está siempre encima del horizonte, lo que determina una temperatura relativamente constante y por lo menos evita los cambios bruscos, lo que hará que el gas del globo no sufra grandes variaciones de volumen, los sabios indicados, repito, creen que Andrée puede salvarse. Pero otros que estudian el régimen de los vientos recuerdan que los excesivos calores atmosféricos del Ecuador, determinando los vientos alíseos, determinan también la corriente contraria, en las regiones superiores, llamada contra-alíseos y que ésta se extiende, aproximándose a la superficie de la tierra, hasta cerca del Polo. Allí baja más aún y vuelve a las regiones templadas, siguiendo un camino opuesto al que habían llevado. "El viento reinante en la tierra, agregan los que saben esas cosas (y no hago más que copiar, para que podáis daros cuenta del problema), sería, pues, del nor-

deste en el hemisferio boreal, si no encontrara, a medida que se aproxima a los trópicos, la corriente inferior del sudoeste. Este encuentro determina la zona de los vientos irregulares, comprendida entre los 40° y 60° norte. Al sud de esta zona el viento dominante viene del sudoeste y al norte del nordeste. El Spitzberg, punto de partida de la expedición Andrée, se encuentra en esta última región, de lo que se desprende que, teóricamente, el viento debe serle contrario. Pero aun admitiendo que sople de una dirección favorable, no quiere esto decir que Andrée tenga éxito, a causa de la débil intensidad del viento en esas regiones. Su velocidad media en el Spitzberg, durante el mes de Julio, es de 15 kilómetros por hora, velocidad que sería la de la marcha del globo, si Andrée no tuviese la intención de servirse de *guías-ropes* y de *conos-anclas,* para no pasar de 150 metros de altura; el frotamiento contra el suelo o en el mar reduce la velocidad de dos tercios, o sea de 6 kilómetros por hora.

Por consiguiente necesitará, para recorrer la distancia de 3.600 kilómetros en *línea recta* que separa el Spitzberg de la punta extrema de Alaska, pasando por el Polo, veinticinco días de marcha continua. El más largo de los viajes aéreos efectuados hasta hoy no ha alcanzado a veinticuatro horas.

Eso dicen los que entienden esas cosas; pero yo me digo que Andrée las entiende tanto como ellos, que las ha de haber medido y pesado, porque jugaba la piel, y que cuando se ha puesto en viaje bien sabidas las tendría. Además... Sí, pero los días pasan y el silencio se prolonga. Escribo estas líneas el 28 de Julio; hace, pues, dieciocho días que Andrée partió del Spitzberg. ¿Reposará con sus compañeros envuelto en la gla-

cial mortaja, en la helada región que trató de conquistar? ¿O la cobertura de su *Aguila*, firme y resistente como el corazón de los que lleva a la estupenda aventura, se habrá mantenido íntegra a través del espacio y llevado a los heroicos viajeros a alguna región desierta en los extremos del mundo conocido? Si es así, la ausencia de noticias se explica, porque antes de alcanzar un punto habitado, únicamente auxiliados con sus patines, que son los solos medios de transporte que llevan, Andrée y sus compañeros tendrán que hacer un penoso viaje de uno o más meses.

¡Que las fuerzas de la naturaleza, de las que forma parte el impulso viril de sus corazones, les sean favorables, y que en breve vuelvan a recibir el tributo de nuestra profunda admiración esos hombres que son el honor de nuestra especie, aunque el siniestro Polo, una vez más, se mantenga en el inaccesible misterio que lo rodea! (1).

París, Julio 1897.

---

(1) Más de dos años han corrido desde la partida de Andrée y las pocas boyas, lanzadas desde el *Aguila*, que han podido recogerse, destruídas y sin contener informaciones precisas, así como el resultado negativo de las numerosas expediciones de exploración y socorro, desautorizan hasta la más remota esperanza de salvación. La ciencia, pues, cuenta con tres mártires más en su larga lista—y no de los menos nobles e intrépidos. .. 1901.

NOTAS POLÍTICAS

La ola roja

A Juan Balestra.

Hace algunos años reímos un poco, en Buenos Aires, bajo los bigotes, bien entendido, de una pequeña y sencilla medida tomada por un jefe de policía. Se le avisó que en tal sitio debía tener lugar una reunión de anarquistas o socialistas; mandó un comisario y cuatro agentes y metió preso a cuanto regenerador le cayó a mano

Siendo la cuestión social — y sus manifestaciones en la política activa — el nudo más complicado del mundo moderno, no se puede negar. en justicia, a ese sistema el mismo valor, merecedor de igual renombre, que el famoso sablazo de Alejandro, que al fin no fué sino un movimiento de impaciencia, sin proyecciones en el futuro.

A más, cuando se estudian todas las tentativas hechas, en el terreno legal, por dar satisfacción y desarmar el elemento socialista que bulle en el seno de las sociedades actuales, como un fermento pronto a estallar así que se alivie la compresión, cuando se constata tristemente que todas las concesiones hechas no han servido sino para excitar apetitos en vez de calmar dolores, el espíritu se inclina instintivamente a la solución del

referido jefe de policía, que en el fondo es la misma que emplearon Casimiro Périer en 1840 y monsieur Thiers en 1871, sin contar con la aplicación invariable que de ella se ha hecho en Rusia y Austria.

Es un sistema como cualquier otro, con la ventaja de ser éste definido y claro. ¿Está más de acuerdo con los principios reinantes en la triunfal democracia que inspira las instituciones generales del día?

Tal vez no; pero el autor del sistema puede sostener, en su defensa, que cuando se promulgaron las leyes que garantizan entre nosotros la libertad de reunión, de la prensa y otros excesos, no se pudo tener en vista el anarquismo, el socialismo, el colectivismo y demás plantas nuevas, por la sencilla razón de que esa moderna flora no existía.

Pero ¿cómo se las compondría un jefe de policía para proceder de igual manera, en estos momentos, en París? El Presidente de la República, acompañado por el Presidente del Consejo de Ministros y algunos miembros del mismo, acaba de recorrer el rojo mediodía de la Francia, siendo recibido en todas partes por estruendosas aclamaciones, no ya al radicalismo, sino al socialismo, que por el momento es el triunfador. Las ideas más extremas tratan de convertirse en leyes, las hordas sociales, ante la sonrisa del Gobierno, gritan "abajo el Senado", último baluarte de resistencia a la invasión de abajo, y el viejo fantasma del impuesto sobre la renta reaparece con cierto aspecto de realidad y vigor.

Por primera vez en Francia y en Europa misma, fuera de los momentos álgidos de revolución, el partido radical neto ha sido llamado a la dirección de los negocios de Estado. Al principio pa-

réceme que las clases conservadoras, que bajo todos sus matices constituyen lo que en Francia vale por su ilustración, su preparación o su fortuna, han sonreído en la esperanza de ver cumplirse una vez más el viejo adagio que define como radical al que aspira y como conservador al radical *arrivé*. Pero los hombres que están en el poder se muestran resueltos a tomar a lo serio su programa y la inquietud se abre camino. Desde luego, el hecho de que el Emperador de Austria y el heredero del trono de Rusia, reciban y visiten al Presidente Faure, rodeado de su ministerio radical, es una novedad inaudita. Es sabido, desde los tiempos en que María Teresa de Austria escribía "ma chére amie" a Madame de Pompadour, que la razón de Estado, en materia internacional, no tiene entrañas.

Pero esta entrada en funciones, este reconocimiento oficial de la legitimidad de ideas que hasta ahora poco eran premiadas, precisamente en Austria y Rusia, con el *carcere duro* o la Siberia, es un síntoma de los más sugestivos de la época. Bien se sabe que este ministerio no puede durar; mas su existencia, por efímera que haya sido, revela la fuerza de las corrientes que le han levantado. Una disolución de la Cámara de Diputados puede afianzarlo por largo tiempo y si no tuviera mayoría, los elementos con que el socialismo radical contará en el nuevo Parlamento imposibilitarán la formación de todo Gabinete moderado.

Tal es la situación de la Francia en momentos en que pesan sobre sus hombros treinta y dos mil millones de francos de deuda pública y tres mil quinientos millones de presupuesto anual, en el que no hay cifra alguna seria destinada a la amortización de la deuda. ¡Sin contar con las pro-

babilidades de una guerra que podría ser el fin de todo!

Es como para preguntarse de qué manera el radicalismo gubernamental, permaneciendo fiel a sus ideas respecto a la organización del trabajo, a la repartición del impuesto y a la distribución de las cargas públicas, podría hacer frente a una situación semejante, únicamente sostenida por el fuerte organismo secular de la Francia y su admirable administración! Porque, al fin, en ese organismo y en esa administración está la verdadera fuerza de resistencia que ha permitido a este país maravilloso pasar, sin cataclismos fundamentales en su vida económica y social, del manso absolutismo del antiguo régimen a la anarquía directiva de la Revolución, a la autocracia férrea de Napoleón I, a la reacción insensata de la Restauración, al burguesismo de Luis Felipe, a la república platónica del 48, al estrecho torniquete del segundo imperio, al régimen mixto del 72 al 75, y por fin a esta república policrómica, en la que todos los colores han tenido su rayo de luz preponderante y en la que todas las ideas, desde los republicanos tironeados para atrás, como Thiers, Dufaure y en menor escala, Carnot mismo, Dupuy, Ribot, hasta los republicanos tironeados para adelante, como Brisson, Goblet, Bourgeois, etc., han tenido amplia y libre cabida. No se debe cambiar caballo en medio del río, decía el ilustre presidente americano; no es posible cambiar de mecanismo económico bajo un peso tan formidable como el que gravita sobre la Francia en estos momentos. Me río, pues, de discursos, de alocuciones fracmasónicas, de gritos frenéticos: o el gobierno actual mantiene todas las bases del mecanismo administrativo existente y entonces cae por falta de impulso, de valor para el salto a lo

desconocido, o reforma lo existente para reemplazarlo por combinaciones utópicas y cae también ante el grito desesperado del país, cuyo bolsillo, más sensible que el cerebro, sugerirá un movimiento más valiente que todos los que puede determinar la pasión política.

Desde luego, el impuesto *global* sobre la renta, rechazado por la mayoría de la comisión de la Cámara, en un informe un tanto difuso, pero que hace honor al miembro informante, M. Delhombre (y cuya lectura recomiendo a los aficionados a esos estudios entre nosotros — suplemento del *Temps* del 12 Marzo 1896) — rechazado por casi todas las cámaras sindicales de Francia, combatido por los agricultores y los industriales, no tiene más apoyo, en la prensa y en la opinión, que los órganos eternos del *disolutismo*, como debería llamarse a la doctrina de los Rochefort y comparsa.

Basta leer el proyecto presentado y sostenido por el actual gabinete (no ha querido ni retirarlo, ni modificarlo) para darse cuenta de las culebras que habrán tragado los honorables *ronds-de-cuir* de la administración general de impuestos, para haber formulado ese aparatoso absurdo que echa por tierra el secular mecanismo que les ha amamantado. Nada más arbitrario, nada más vejatorio, como dice el informe de la comisión; es una ley que parece calculada, entre otros propósitos, para alejar al extranjero rico del suelo francés — y agrego por mi parte — a atraer el proletario de los cuatro rumbos de Europa... No es posible pensar que el criterio de este pueblo, tan claro, tan luminoso, tan metódico, se perturbe, en sus representantes constitucionales, hasta el punto de sancionar una ley monstruosa, por el solo temor de privarse del primer gabinete ra-

dical que tiene en sus manos los destinos de la Francia.

Pero ¡bah! Que se les dé tiempo y asombrarán al mundo; acaban de negar la entrada en Francia a Kropotckine, el nihilista ruso, y ayer un representante del gabinete ha colgado del pecho del príncipe Enrique de Orleans, que viene de pasear por el Tibet y la Birmania, la cruz de la Legión de Honor...

Sin embargo, pienso que el gabinete caerá, no por sus actos, sino por sus omisiones. Está en el *do* de pecho, y todos sabemos que esa *tessitura,* grata a las masas populares, que se entusiasman de verdad y a los *m'en fichistes* de la galería, que admiran sonriendo *le geste, 's'il est beau,* todos sabemos que no puede durar. Apenas se llega al diapasón normal, que es la vida diaria, el público se enfría, el tenor se desacredita y las buenas comadres, frenéticas ayer, se retiran furiosas por el gasto de la entrada.

Esas reacciones son la mejor defensa contra la ola roja; lo malo es que suelen venir cuando aquélla, si no lo ha arrasado todo, ha arrasado algo.

No importa; pienso que el fin del siglo próximo ha de ser de un interés más excitante que el del actual, a pesar de esos rayos de Roentgen, que es de lo más maravilloso que se puede concebir. ¡Quién pudiera aplicarlos para ver, a través del opaco porvenir, la significación que en 1996 o en 2120 tendrán las palabras propiedad, democracia, parlamento!

París, Marzo 1896.

Visión oriental

A Norberto Quirno Costa.

Un sueño oriental. Pero de un Oriente fabuloso, perdido en la penumbra de la historia, un Oriente cuneiforme, estático, hierático, un mundo tan extraño a la óptica normal de nuestro espíritu, que las vibraciones del telégrafo que nos lo reflejan, parecen arrancar de ultratumba o dar forma y vida a las monstruosidades de un fantaseo en que reviven cosas desaparecidas.

De aquí, en pleno París, vemos lo que pasa en Moscou, como Heine veía, la noche de su llegada, en un teatro del boulevard, los horrores de un drama romántico, a través de la rosada gasa de un sombrero de mujer, que le interceptaba la escena. En el afán natural de este pueblo, aislado y acechado en medio del continente, por sentir contra su cuerpo el contacto del enorme cuerpo ruso, en esta desatentada y legítima aspiración a no sentirse solo, el pueblo francés ve todo lo que de Rusia viene, bajo un ángulo premeditadamente optimista, dentro de una atmósfera de simpatía creada y ennoblecida por el santo amor patrio. Para el extranjero, el fenómeno es curioso. El socialista — y tomo el tinte más suave de las horlas demoledoras que se agitan sobre la Europa —

que sale de su Club seccional, en el que acaba de glorificar la comuna y pedir la cabeza de todos los capitalistas, sus mujeres y sus hijos, — por poco que vea una bandera rusa, está dispuesto a gritar "¡viva el Czar!" con igual o mayor entusiasmo que el que empleaba hace un momento para exaltar la revolución social... Es que esta Francia ha pagado caro sus líricas simpatías del pasado, y el pueblo, con la violenta irrupción que ha hecho a las regiones donde se gobierna, ha acabado por comprender que se puede creer en principios, pensar, discutir ideas, dentro de las fronteras nacionales, pero que más allá no se debe escuchar sino una sola voz que no tiene entrañas, ni pasado, ni conciencia moral: la voz del interés de la raza.

Y esta raza quiere vivir. Su esfuerzo secular, su tradición intelectual, sus revoluciones, sus días épicos, verdaderos sueños vívidos, la han aniquilado. De todas partes, garras de fierro se tienden sobre ella, prontas a destrozar su cuerpo a la primer desfallecencia. Y de pronto, en esa noche desesperada, un hombre, el que está más arriba de los hombres de la tierra, un hombre que dispone de la fuerza, de la fortuna, de la vida y de la conciencia de un pueblo de ciento cincuenta millones de almas, alarga su mano amiga a la Francia, estrechada, inquieta del porvenir. ¿Cómo no explicarse este grito soberano de profunda gratitud que sale de las entrañas del pueblo francés? ¿Quién piensa en la Siberia, en el absurdo de la autocracia, quién recuerda haber hecho la revolución del 89, guillotinado a un rey, tumbado tres dinastías, implantado la democracia y la república, cuando suenan los acordes del himno ruso o se entona un coro de "La vida por el Czar"? Y a fe que tiene este pueblo razón;

si un peligro amenazara al mío y necesario fuera, no tendría inconveniente en hacerme musulmán o judío, en levantar con mis manos una estatua a Felipe II, en aceptar, en fin, todo cuanto repugna a mi conciencia. La idea de patria, reciente en el mundo, ha acabado por tomar sus contornos definitivos, rudos, ásperos, implacables; pero es ésa su única forma eficaz y por tanto legítima. Entenderla de otra manera, subordinar la política nacional a teorías o sistemas especulativos, detenerse (aquel que la dirige) ante palinodias, contradicciones, hasta apostasías mismas, buscar a la política de un pueblo reputación de honestidad que, en el lenguaje internacional, se traduce por tontería, es simplemente un crimen, más, una necedad que se paga cara.

Los franceses tienen, pues, razón. Pero a mí, que no soy francés, me será permitido divagar un poco sobre la coronación del soberano de todas las Rusias.

Creo que estaba aún en los bancos del colegio o hacía mis primeros años de derecho, cuando empecé a estudiar, con bastante curiosidad, el pasado y el presente del imperio de los czares. No alcancé, entonces, a comprender nunca, no diré ya la legitimidad de su régimen político, sino ni aun su posibilidad de existencia real. "En medio de la estepa infinita, el pueblo, una torre, el Czar." Tal es la forma neta, clara, precisa de la autocracia rusa, como la enunció Milutine y como es. Eso no tiene parecido en la historia de los pueblos occidentales, sobre los que ha pasado el soplo del cristianismo. En su lenta formación, la reyecía francesa, que a fines del siglo XVI renace de lo que se creía su tumba, no alcanza al absolutismo, sino después de los esfuerzos seculares de un Luis XI, de un Richelieu, de un

Luis XIV. Pero ese absolutismo es aún relativo, porque no puede destruir el pasado y la historia, con sus Estados Generales, ineptos si se quiere, sus parlamentos, emanación y delegación de la autoridad real, sus ciudades *de carta*, sus países *de Estado*, sus privilegios regionales, sus impuestos consentidos, presenta siempre una barrera a la voluntad del príncipe, que es difícil éste salve impunemente. Además, en esa larga serie de monarcas franceses, a contar desde Hugo Capeto hasta la revolución, ha habido siempre un hombre de primer orden cada dos generaciones por lo menos. Su acción individual, encajonada en una corriente constante e igual, explica su éxito, como la fragilidad de las bases explica la catástrofe final.

Pero en Rusia no ha habido nada análogo; desde los caciques tártaros, desde los grandes duques de Moscou, hasta el joven de veinte años que ayer ha consagrado su corona en la pompa teocrática de una escena antigua, el derecho ha sido uno, invulnerable o invulnerado. El credo religioso, la ley civil, el tributo de sangre, el monto y la repartición del impuesto, la propiedad misma, esas bases sobre las que el polvo de los siglos, aglomerado en granito, hace reposar a las sociedades modernas, todo eso desaparece en Rusia y se concentra, se uniforma, se personifica en la voluntad de un hombre. Por mayor que sea la obstinación intelectual que el atavismo, la educación y el medio ambiente produzcan en el espíritu de ese hombre, no es posible pensar que en nuestro tiempo las letras, los viajes, la contemplación del mundo moderno (y en la especie es el caso) hayan dejado de ejercer sobre su conciencia la influencia necesaria para traerle forzosamente a la sensación humana de su posición. Si es así, si el Czar de Rusia piensa por momentos, a solas, allá en las

largas horas de la noche silenciosa, como pensamos nosotros, como piensa cualquier hombre de nuestro tiempo, que ve con alguna claridad las necesidades humanas del presente, la idea sola de esos instantes de reflexión me llena de espanto el alma. Si ese hombre tiene un corazón dulce (¿y por qué no ha de tenerlo el Czar actual, si en los ojos de su madre se refleja un alma serena y pura?) ¿qué amargura, qué dolores no le reserva la repercusión de las amarguras y los dolores de un pueblo inmenso? Y si esas sensiblerías le son extrañas, acabará, como Iván el Terrible, por clavar en el suelo, con su estaca de acero, el pie del miserable mensajero de tristes noticias. El bullir de la sangre puede también llevar, a ese cerebro de veinte años, la ola roja de la ambición de la gloria, y una mañana de primavera, mientras el sol brilla y los árboles reverdecen, un úkase basta para poner en movimiento dos millones de hombres armados de todas piezas, lanzarlos a través de la Europa a la destrucción, al incendio y a la muerte. La voz irresistible de un fraile eslavo puede derramar en el oído imperial la intolerancia, el espíritu de la purificación por el fuego, y la Rusia entera, desde los confines del extremo oriente hasta los límites de la antigua Polonia, convertirse en una hoguera en que chisporroteen cuerpos de herejes.

Todo, pues, al azar y la ley única de la existencia de un pueblo enorme, es la ley íntima de la organización de un cerebro humano, ley caprichosa como las mil circunstancias que la determinan, ley oculta, desconocida, que apenas puede vislumbrarse por sus efectos.

¡Academias científicas, ferrocarriles, teléfonos, vapores, industrias, prensa, Tourguenieff, Dostoiewski, Tolstoi y el Czar! Para entender esas

cosas se necesita otro mecanismo cerebral que el nuestro. Pero existen, son ciertas, están ahí. El Czar se acaba de coronar en la iglesia de la Asunción con tal pompa, que en adelante cualquier empresario que quiera poner en escena *El Profeta* y coronar a Juan de Leyde al son de la marchita de Meyerbeer, pasará por insensato.

¡La coronación! ¡El sacre! Me vienen a la memoria algunas ceremonias análogas en la vieja historia francesa. ¡Qué emoción real, qué lágrimas celestes, qué frases de profunda e infinita gratitud debieron levantarse al cielo, entre las góticas arcadas de la catedral de Reims el día bendecido para este pueblo, en que la virgen sublime Juana de Arco, llevó a su rey a ungirlo en el altar de sus mayores! Casi un siglo de dominación extranjera, de miseria, de sufrimientos tales, que no se concibe que una nación los haya resistido. En ese día vino al mundo el germen confuso de la idea patria, que ha acabado por reemplazar, en el corazón de los hombres todas las creencias del pasado, todas las virtudes y todas las aspiraciones generosas.

Cuatro siglos más tarde, no ya en Reims, sino en pleno París, bajo las bóvedas impasibles de Notre Dame, un teniente de artillería, salido de una pequeña isla del Mediterráneo, se imponía a sí mismo la más espléndida corona imperial que haya brillado sobre la tierra desde los tiempos de Augusto y Carlo Magno. Con sus propias manos ceñía la diadema en la frente de su compañera una dulce criolla de la Martinica. ¡Y todo eso sucede y los hombres continúan asombrándose de algo!

¡Y por fin, la última escena de Reims, cuando Carlos X, ya alto el sol de nuestro siglo, bajaba su frente ante el óleo de la Santa Ampolla, mi-

lagrosamente encontrada intacta, cuando hasta las cenizas de los viejos reyes flotaban entre el polvo del camino!...

Para el Czar estático, el tiempo no pasa, y el mismo alarido de júbilo de los feroces moscovitas del siglo XIV se ha oído en la llanura de Kodynsky. Hacía tres días que medio millón de hombres, mujeres y niños, dormían al raso, para llegar a ver al Czar. Todo iba bien; de un gesto, de un latigazo, el gendarme apartaba, sometía al silencio la obediente turba. Pero se acercó la hora en que la bestia mal nutrida en el llano y en el bosque olió la carne, el don del Czar; ser casi esclavos de la gleba, trabajar una vida entera en la miseria para poder un día ver al soberano y aclamarlo; no pensar, no sentir, no querer, no tener esa conciencia de hombre que brilla en el solitario gaucho de nuestra pampa o en el rudo pionner del Far-West, todo eso está bien. Pero sentir, oler la carne ahí, al lado y esperar su turno, eso no. Dos mil cadáveres de mujeres y niños (los más débiles en la lucha, diría Darwin) sirvieron de puente a las hordas famélicas de moujicks, que todo destrozaron y arrasaron hasta conquistar la vitualla que iba a satisfacerles el estómago, el cerebro real de esa pobre gente...

Y la Emperatriz, blanca princesa alemana, nutrida el alma soñadora, de Schiller, de Ulhand y de Heine, inmóvil en sus vestiduras rígidas de cariátide oriental, ve, como un sacrificio colosal en homenaje a su coronación, dos mil cadáveres a sus pies.

París, Junio 1896.

Nota china

A Carlos Pellegrini.

El azar me ha hecho pasar todo el tiempo que duró la revista militar del 14 de Julio en París, al pie de la tribuna presidencial, muy cerca del héroe del día, el famoso virrey de Petchili, Li-Hung-Chang. Le ví llegar con mucho retardo, pues parece que había tenido que cambiarse una serie de trajes amarillos, rojos amapolas, ¡qué sé yo! de acuerdo con la jerarquía de los personajes oficiales a quienes tenía que visitar esa mañana. Es un anciano de setenta y cuatro años, bastante encorvado; usa anteojos que ocultan unos ojos chiquitos y cansados, en los que se refleja, a más de la natural laxitud de los años, una indiferencia absoluta por todo lo que ve o mira. Su fisonomía es la del chino viejo y puro. Han de pasar muchos siglos, todos los puertos y ciudades mediterráneas de la China se abrirán al comercio europeo, las señoras inglesas podrán pasearse en las calles de Pekín con igual seguridad que en Piccadilly, antes que ese tipo de la raza amarilla deje de ser para nosotros un contrasentido de la naturaleza, el esbozo grosero de un fabricante apurado. La cara de Li-Hung-Chang recuerda un rostro en otrora popular en-

tre nosotros, antes que los atractivos del Támesis hubieran retenido a su feliz propietario en sus orillas encantadas, rostro que unía, por rara coincidencia, a los rasgos fundamentales de la raza étnica americana, vagos reflejos de los tipos predilectos del pincel de Outoumayo, el genial japonés...

Todos los personajes presentes en la tribuna del Presidente, sudando a mares dentro de sus uniformes acolchados, bajo una temperatura de 35°, se pusieron de pie, incluso M. Faure, que estaba en primera fila. Li-Hung-Chang avanzó como quien entra a un cuarto oscuro, llevándose todo por delante, a pesar de la lentitud de su marcha, y a un codazo que le dió el intérprete, le acomodó una profunda reverencia... al embajador de España, que estaba al lado del Presidente. El efecto de esos errores minúsculos es inexplicable; hubo un momento de gene para todo el mundo; al fin el chino dió en el clavo y, después de apretar la mano presidencial, le colocaron en su silla de segunda fila, en la que se sentó tranquilamente, sin ánimo de ver ni mirar nada, lo que, por otra parte, le habría sido imposible, pues tenía por delante, de pie, al embajador de Alemania, que es un coloso. ¿Por qué en segunda fila, diréis? ¡Ah! entráis en terreno sagrado, en los secretos dogmas egipcios, en los misterios de Eleusis, en los arcanos de la *carrera*.

Li-Hung-Chang ha sido soberano casi independiente de un Estado más poblado que cualquiera nación de la Europa central; representa en este momento un pueblo de cuatrocientos millones de hombres; viene agobiado por los años, desde millares de leguas a saludar a la Europa triunfante... pero es embajador *extraordinario* y después de luchas más cruentas que las del *lutrin* de Boileau,

ha quedado establecido en las reglas del *protocolo* que los embajadores *ordinarios* tienen el paso sobre los *extraordinarios*, porque éstos son pasajeros y aquéllos son permanentes... Lo que más me encantó en el chino fué la absoluta indiferencia con que aceptó su colocación.

Había una baranda cerca de su silla, apoyó en ella el brazo, inclinó la cabeza, de manera que pude ver la parte superior de su bonete, en la que hay unos chiches muy bonitos de coral y de una piedra verde parecida a la esmeralda, pero sin reflejos; entrecerró los ojos y se echó a pensar, mientras la revista comenzaba. ¿Qué corriente seguían sus ideas? ¿En qué región vagaba el pensamiento de ese último de los orientales? ¿Ardía su alma en el desprecio secular de su raza por los pueblos bárbaros ajenos a la China? ¿Pensaba en Yagamata, en el Japón, en la amarga derrota? ¿Vislumbraba para el porvenir, por medio de los métodos europeos, la resurrección de su patria y allá en el fondo de su fantaseo, entreveía acaso innumerables ejércitos chinos invadiendo la Europa por las llanuras rusas, para venir a ahogar, bajo el peso de sus hordas, nuestra flamante civilización occidental?

Yo miraba con la más profunda atención aquella cara y he aquí lo que leí en aquella mirada que parecía buscar algo: aquel hombre aspiraba a un canapé, un diván, un sofá, cualquier mueble donde poder tenderse. Y eso lo leía tan claro, tan neto, tan elocuente en la cara de mi grande hombre que, por contagio o por movimiento reflejo, como diría Herbert Spencer, también mi alada fantasía empezó a soñar con un catre fresco, a la sombra, y con una buena almohada, un poco dura.

Sé que mi prosaísmo va a escandalizaros y que

tendréis compasión del chato espíritu que mientras contempla un cuadro capaz de sugerir las más poéticas y trascéndentales elucubraciones se deja dominar por la vil materia hasta el punto de formular íntimamente este aforismo sublime: ¡el ideal de la vida es una siesta!

No he sido feliz en mis encuentros fortuitos con los grandes hombres de mi siglo, aquellos que están destinados a vivir perennemente en la historia humana. Siendo muy joven, un día, en las calles de Milán, noté que los pasantes se agrupaban y saludaban con profundo respeto a un anciano que iba por la calle. *Es Manzoni,* oí decir. Figuráos la impresión de un aspirante a literato, de 20 años de edad, oyendo pronunciar uno de los nombres más gloriosos del glorioso ciclo intelectual italiano de la primer mitad de este siglo. La *Oda al 5 de Mayo, I Promessi Sposi, Los coros del Adelghi, Carmagnola,* la ráfaga entera de recuerdos cantó en mi memoria... y me puse a seguir al anciano. Abandonó la calle principal, tomó una de las laterales casi desierta y por fin entró a una confitería de mala muerte, compró unos caramelos, envolvió cuidadosamente el paquete en un pañuelo inmenso y de muchos colores que sacó del bolsillo, y se perdió con aire contento, en su suave trotecito, con dirección a un arrabal. Hoy reflexiono que lo que ese hombre hizo fué lo más natural del mundo, y que es muy probable que si Alejandro el Grande o Aníbal hubieran llegado a esa edad, habrían pensado, al pasar por una confitería, en sus nietos, si los tenían, o en los hijos de la portera. Pero entonces la desilusión fué completa y análoga a la que sufrían los jóvenes vates alemanes cuando en 1825 iban a visitar al olímpico Goethe.

Más tarde Bismarck, soplando como un fuelle,

apretado dentro del uniforme, con una fisonomía dura, espesa y por toda manifestación genial, bebiendo cerveza. Víctor Hugo, en su hotel de la avenida de su nombre, al lado de una chimenea hecha ascuas, en pleno mes de Septiembre, equivocándose en el nombre y profesión de las personas que recibía, hablando del porvenir de la Europa a un maestro de escuela que venía a pedirle una carta de recomendación y diciéndome, al despedirme, con aire conmovido y los ojos muertos, al tanteo: *dites a votre petite république que je l'aime bien!* Moltke, sordo como una tapia, paseándose como un oso en jaula por un rincón del salón y preguntándome las mismas cosas que cualquier médico de pueblo de baños... ¡y el viejo emperador alemán y los grandes artistas y las mujeres célebres! No, no he sido feliz en mis encuentros con los *representative men,* pero creo que mi desgracia consiste en el instrumento con que miro, más que en el objeto que observo.

Mi último hallazgo ha sido Li-Hung-Chang. Mientras dormita en su rincón, sin que el desfile del primer batallón de Francia, de un excelente batallón de cazadores, de una caballería mediocre y de una artillería muy buena, parezca interesarle ni poco ni mucho, yo me echo a pensar en qué ha venido a hacer ese chino viejo a Europa. Es indudable que nadie, en el celeste imperio, ha de haber sentido la vergüenza de la derrota con más violencia que Li-Hung-Chang. Chino de raza pura, sin un átomo de sangre mongólica en las venas, debe tener vivo e irritante el sentimiento de desprecio de su pueblo por el Japón. De ahí la picadura insoportable que debe haberle determinado a emplear los últimos años de su vida, no en venir a estudiar en Europa las artes de la guerra, que bien conoce desde los tiempos en que

al lado del noble Gordon supo apreciar lo que valen la disciplina militar y la cohesión de fuerzas bien armadas y bien mandadas. Lo que pienso que Li-Hung-Chang ha querido es forzar la mano del emperador y de las gentes que gobiernan la China, poniéndoles en contacto forzoso, por medio de su misión, con las gentes que gobiernan la Europa. Desde Pekín, Li-Hung-Chang sabía dónde se construyen los mejores cañones, cuál es el mejor ejército europeo y qué es lo que necesita la China para reaccionar. Pero desde allí no podía nada; sus instrucciones parecen ser muy limitadas y hasta ahora no se han traducido por ningún acto positivo, político o comercial. Pero es indudable que sus cartas, la relación de los honores que recibe, el lustre que refleja sobre su país la pompa con que en Europa se le rodea, han de influir poderosamente en una nueva corriente de ideas de aquel vasto y curioso mundo oriental.

En esto de la China pasa algo análogo a lo que sucede con el sufragio universal. Todos los pueblos de la Europa, a porfía, claman por que la China se abra al comercio universal, organice su ejército, proteja las artes, desenvuelva la industria, entre de lleno, en una palabra, en la marcha de la civilización occidental. Y, sin embargo, nadie duda, desde el emperador de Alemania, que ha empleado su lápiz de dibujante en traducir iconográficamente su temor de que el día en que la China ponga en marcha dos o tres ejércitos de un par de millones de hombres cada uno, armados de máuser, cañones Maxim, obuses de dinamita, etc., avanzarán más rápidamente en la conquista de la Europa que las hordas de Atila o Alarico.

Todos los publicistas, pensadores y gobernantes,

se afanan por predicar la pureza del sufragio universal, la libre y espontánea manifestación de la voluntad popular; ninguno de ellos duda, no obstante, que el día en que el sufragio universal se ejercite legítimamente, esto es, que las masas electorales sólo obedezcan a la voz de su conciencia y elijan como representantes a hombres que tengan sus mismas ideas sobre la organización social y el arte del gobierno, tendremos la revolución más formidable que registre la historia. Armar la China y abandonar al elector de los bajos fondos a su propia inspiración, nos llevarán a la misma solución, esto es, a la destrucción de lo que tantos siglos ha costado a la humanidad para construir, desde el noble esfuerzo griego, hasta el fuerte y constante esfuerzo actual. La China es una calamidad y una amenaza en la historia, como el sufragio universal lo es en las instituciones...

Corre en todas las vidrieras de Alemania una fotografía sacada en el momento de aparecer en el perron de la escalera de Friederichruhe, Bismark, teniendo de la manga a Li-Hung-Chang.

A pesar de los años hay en la erguida talla del canciller un reflejo de victoria, mientras las encorvadas espaldas del virrey parecen soportar el peso de la derrota. Los diarios de media Europa se han desvelado cavilando en lo que han podido decirse esos dos hombres enormes en la larga conferencia que celebraron. Algunos sostienen que el chino pidió al alemán la receta del éxito, no ya militar, sino político, no ya internacional, sino interno, y que Bismarck, dolorido aun del último porrazo, sintetizó sus *nanas* en este aforismo: "Es imposible para un súbdito luchar contra su emperador."

Para mí las cosas han pasado más simplemen-

te. Dos ancianos que se ven por primera vez, después de los cumplimientos obligados sobre su buen aspecto, empiezan a hablar de su salud. En ese momento los imperios pueden derrumbarse, los destinos humanos cambiar, la tierra estremecerse: los viejos se han de contar sus dolores, sus remedios, sus esperanzas. La primera como la última palabra de esa conferencia histórica, ha de haber sido un consejo de Bismarck para evitar los resfriados, generosamente retribuído por Li-Hung-Chang con alguna receta de alguna maravillosa untura contra los reumatismos.

Esta manera de comprender la historia no es nueva, por cierto, y Michelet, que cuando no se le convertía la burra en Pegaso solía dar en el clavo, explica la segunda parte del reinado de Luis XIV, con su beaterío, la renovación del edicto de Nantes, los jesuítas, etc., por una fístula en región incómoda. Por ahí, por ahí hay que buscar la verdad de la historia. Hay gente que explica la larga paz que la conformidad de la Francia ha dado a la Europa, por la edad avanzada de los generales que comandan el ejército francés. Llega aún la irreverencia de las tales gentes a un descaro mayor si cabe; sostienen que un reciente tratado de arbitraje, que no es bueno ni malo, porque los tratados no son ni pueden ser buenos ni malos en sí mismos, que un reciente tratado de arbitraje, celebrado entre dos países sudamericanos, se explica perfectamente por el estado de salud de los hombres dirigentes, políticos y militares de uno de los estados contratantes .

¡En lo que hacen pensar los chinos!

París, Julio 1896.

El esperado

A Vicente L. Casares.

Toda la vida de este pueblo parece suspendida por una idea, por una expectativa: El va a venir, y la Francia entera se estremece como si de esa visita dependiera la vuelta de los antiguos días de esplendor, de la vieja influencia perdida y hasta en el sueño de muchos cerebros exaltados, el retorno a la patria de las dos provincias tan duramente arrancadas en 1871. El Czar va a venir y nada parece suficiente para hospedarle; se establecen nuevas vías de hierro, se abaten árboles en los paseos públicos, se improvisan estaciones de ferrocarril, se suspenden todos los trabajos de restauración en los viejos monumentos públicos y los andamios caen como por encanto, se adornan las calles y plazas, se limpian los museos, Versalles sacude su sueño secular y se esfuerza en volver a los tiempos del gran Rey; el Presidente de la República, por fin, en acuerdo de ministros, discute y examina en sus mínimos detalles el programa de las fiestas de gala que se darán en la Opera y el Teatro Francés.

Cuando se lean estas líneas el telégrafo habrá ya informado a la prensa de Buenos Aires de

todos los detalles de la recepción, con esa prolijidad que hace que me encuentre casi ignorante de lo que pasa en el mundo, desde que salí de mi tierra. Habituado allí a saber, a las 8 de la mañana, todas las barbaridades que los hombres han hecho la víspera, desde el sudafricano hasta las regiones que tocan al círculo polar, me ha costado un poco resignarme a compartir esta ignorancia indiferente del público francés por todo lo que ocurre en el mundo.

No entraré, pues, en detalles de itinerario y programa, que ustedes conocen mejor que yo. Los tres días que esperan a la pareja imperial, pueden compararse, con alguna irreverencia, al gran *steeple-chasse* de París, prueba en la que se exige al caballo, animal no menos noble que el hombre, un esfuerzo de 6.500 metros, salpicados de obstáculos de todo género. Felizmente para ellos, están en *training,* y a más de su juventud tienen el hábito reciente de esas ceremonias que ocupan todas las horas del día, dejando apenas la libertad necesaria para el sueño.

La gente de mundo se pregunta si el Czar, que al fin y al cabo tiene 28 años, no habría deseado tener un día o una noche libre, para, con un buen compañero y un sombrero gacho, echarse por esas calles de París, meterse en los *guelants* más afamados, y como diría el barón de Gondremarck, de la *Vie Parisienne*: *présenter ses hommages a ces dames*. Pero todo el mundo también está persuadido de que eso es imposible; no es sólo la etiqueta, el augusto protocolo, que se oponen, sino que habría verdadero peligro en la escapada, tal vez no en el sentido de un atentado, pero seguramente sí, en el caso, sumamente probable, de ser reconocido.

La fisonomía del Czar es hoy más familiar a los

parisienses que la de Sarah Bernarhdt o la de Coquelin, gracias a los millones de fotografías que llenan todas las vitrinas. Si la muchedumbre reconociera al Czar, sería tal el empuje, el atropello para aclamarle, tocarle, besarle la ropa, que las escenas de la llanura de Kodinsky se renovarían quizá con mayor horror. No, el Czar seguirá su marcha de aguja de reloj y sólo respirará al quinto día, cuando metido en un vagón en viaje ya de regreso, pueda lanzar el *ouff!* más colosal que haya salido de pecho humano.

Ya en otra carta he hablado del delirio de este pueblo por todo lo que es ruso y he procurado explicar la legitimidad de este sentimiento, aun en sus excesos de manifestación. Pero lo que hay de realmente curioso es el papel que el destino ha reservado al heredero de Pedro el Grande, en la situación actual de la Europa. En vez de colocar el eje de los destinos humanos en el cerebro y el corazón de un viejo monarca, como el Emperador de Austria, adiestrado por el infortunio y la experiencia, en la filosofía profunda del Eclesiastes, desengañado por sus contrastes del falso esplendor de la gloria militar, la Providencia, como aun en este caso se verían obligados a llamarla los ortodoxos, ha puesto en manos de un autócrata joven, inexperimentado e irresponsable, el porvenir, no sólo de mil millones de hombres, sino el de toda la civilización. No está demás, en el momento en que el Czar de Rusia visita las naciones europeas, echar una mirada sobre las relaciones que vinculan a su acción los intereses de las mismas.

En primer lugar, la Alemania; la preponderancia absolutista germánica pareció en el primer momento sobrecoger a la Rusia, que sin duda tanteó sus fuerzas y se encontró impotente para resis-

tirla. Entró, pues, en el concierto de la nueva Santa Alianza, hasta que una infidencia irritante e inhábil del príncipe de Bismarck sublevó el alma estrecha, pero recta, del Czar Alejandro III. Era este autócrata un buen bourgeois, intelectualmente miope, pero con una retina admirable para conservar intactas las imágenes que una vez se grababan en ella. La felonía de Bismarck, en los asuntos búlgaros, que eran los que más le interesaban, le hizo tender la mano a la Francia aislada, desamparada; el día en que el Czar de Rusia, en la rada de Cronstadt, a bordo de un acorazado francés, oyó la *Marsellesa*, de pie y descubierto, una nueva página se abrió para la historia de Europa.

Alejandro III se proclamó el Czar de la paz, es decir, el mantenedor del equilibrio europeo existente. Por ello entendía no permitir a la Alemania nuevas excursiones sobre la rica tierra vecina, sea para llenar la bolsa extenuada, sea para detener la marcha de las masas hacia un socialismo inquietante. Al morir, el Czar de la paz dejó penetrados de su pensamiento, no sólo a su hijo y heredero, el Czar actual, sino también a su mujer, la emperatriz madre, por la que el soberano reinante tiene un culto profundo y que en realidad es la figura más imponente de la Rusia, por su influencia sobre el pueblo que la adora.

La Alemania, pues, en tanto que subsista la cuestión de la Alsacia-Lorena, considerará la alianza franco-rusa como el más serio peligro para su política. ¿Hasta dónde irá esa alianza? ¿Cómo respondería el imperio ruso en el momento en que la Francia presentara *la carte á payer*, no sólo de sus innumerables manifestaciones bulliciosas de simpatía, sino de los diez mil millones de francos franceses que campean hoy por sus respetos dentro

de los límites de los dominios del Czar? En primer lugar, pienso que los hombres de mi generación, aun los longevos, morirán sin ver la conflagración europea, que los *amateurs de la beauté du geste* anhelan sin confesarlo. En el caso de que, contra mis previsiones, ese acto de barbarie suprema se llevara a cabo y viera la humanidad presente un cuadro más salvaje del que fué dado contemplar al mundo romano del siglo IV, esto es, diez millones de hombres (3 rusos, 2 alemanes, 2 franceses, 2 austro-húngaros, 1 italiano) armados unos contra otros, la Rusia, como en 1808, 1812, 1815, 1853, 1878, seguirá invariablemente el programa que se atribuye a Pedro el Grande con la misma legitimidad con que se atribuiría a un director de hipódromo la velocidad de los caballos.

La cuestión está, pues, en que, en el momento del conflicto, la Rusia tenga un interés vital que satisfacer y necesite de la Francia para realizarlo. Pero como todas las probabilidades están por que las cosas pasen así, se comprende el interés que tiene la Alemania en seguir con atención los pasos y los síntomas de pensamiento político del Czar de Rusia.

En cuanto a Austria, su situación, frente al imperio moscovita es más inquietante aún. La Bohemia es eslava, más rusa mil veces que alemana; la Hungría es madgiar, fríamente ligada al Austria y ardiente enemiga de la Rusia. Entre los dos imperios, los Balkanes son la manzana de discordia: la sola idea de que la Rusia llegue un día a Constantinopla estremece al Austria, y sus sacrificios en hombres y dinero para hacer gran figura en la triple alianza sólo responden a esa preocupación. Allí, en la Hof-Burg, más que en ninguna parte, se estudia con la cautelosa perse-

verancia austriaca la personalidad del joven emperador ruso.

La Inglaterra se toca en toda el Asia con la Rusia, y basta enunciar esa vecindad para comprender que hoy, menos que nunca, el elefante y la ballena tienen que mirarse con buenos ojos. Como, por otra parte, la Rusia marcha de acuerdo con la Francia en todas las cuestiones coloniales especialmente en la de Egipto, escamoteo inglés que los franceses no han digerido aún, erróneamente, a mi juicio, porque al fin y al cabo el Egipto se ha transformado bajo la acción inglesa, el gabinete de St. James, como se decía a principios del siglo, ve también en el autócrata ruso el eje y la llave de la política europea.

Hasta Italia, la desventurada Italia, que parece haber agotado y fatigado la victoria en su época romana, tiene un órgano enfermo, del que quizá el Czar podría ser el único médico. Menelik, inexpugnable en sus salvajes valles del Choa, fuerte con los preciosos rehenes que conserva, sólo a una influencia podría obedecer: a la palabra del Czar.

Otro coloso, allá en el mundo americano, se toca también con el vasto imperio eslavo; los Estados Unidos conservan, en la tradición de su política, el principio del acuerdo con la Rusia.

De manera que todo el mundo occidental gira hoy alrededor de un hombre que tiene en su mano la paz y la guerra. Ese hombre, colocado por un capricho del destino en esa posición que estremece a los que tienen un poco de práctica de la experiencia del poder, sale apenas de la infancia. Un entusiasmo, un rasguño de amor propio, el cansancio de la eterna y cautelosa vigilancia en que vive, pueden determinar en él el deseo de una aventura colosal, cuyas consecuencias variarían el rumbo de la historia hu-

mana. Su figura absorbe hoy la atención del mundo entero, porque su nombre es tan conocido en tierra africana y asiática, como en las cancillerías europeas.

Entretanto, la locura de París, en la expectativa de su llegada, sigue en aumento y amenaza llegar al paroxismo. Lo que va a pasar aquí, dentro de dos o tres días, va a ser estupendo. Desde hace una semana es materialmente imposible circular por los boulevares; los ferrocarriles, como caños de tormenta, derraman sobre esta ciudad olas de mezcladas muchedumbres. Se calcula en dos millones de almas el aumento transitorio de la población de París. Si se piensa que en épocas normales apenas se puede circular por estas calles—y eso teniendo libre todo el espacio habitualmente destinado al público—y se considera no sólo ese exceso colosal de habitantes, sino que la mayor parte de los puntos donde la muchedumbre va a concentrarse estarán guardados y ocupados por tropas, el temor de una catástrofe quizá peor que la de Moscou se presenta al espíritu.

El engalanamiento de París no podrá juzgarse sino por el conjunto; los preparativos para la iluminación hacen un efecto deplorable durante el día, pero hay que esperar el resultado. Los diarios, con un sentimiento de decoro, poco habitual en esta prensa, han hecho campaña para que no se hable de lo que las fiestas de recepción costarán al Estado y a la ciudad; de algunos cientos de millones han de pasar, pero una suma mayor, salida del bolsillo de los dos millones de curiosos que empiezan a hacer verdaderamente intransitables las primeras calles de París, vendrá pronto a llenar el hueco, por el impuesto, en las cajas fiscales.

De todas las fiestas que se preparan en honor del Czar, la función de gala en la Opera es la que ha despertado mayor curiosidad y mayor anhelo por concurrir. Las embajadas y legaciones han recibido millares de solicitudes, y hay gente, inútilmente práctica en esta ocasión, que ha hecho avanzar la gruesa artillería y ha pretendido obtener con billetes de banco lo que no conseguía por influencias. Todo ha sido inútil; fuera del mundo estrictamente oficial, y no completo, pues los diputados y senadores no podrán asistir todos, no habrá un solo sitio para el público. Ni aun los secretarios de legación han sido invitados; sólo los jefes de misión, que en general prefieren acostarse a las 9, muy metidos dentro de sus uniformes, serán llamados al honor de contemplar el augusto rostro de SS. MM., mientras Rosita Mauri, con 50 años a la cola, hace piruetas juveniles.

En tanto, el Czar hace una hecatombe de ciervos y *coqs de bruyère* en Escocia, en compañía de sus tíos, primos y parientes de todo grado. Por aquí la parentela va a escasear; a falta de sangre azul, estos hombres que no pueden sustraerse a la preocupación aristocrática, tan secularmente arraigada en la historia social de Europa, que se ha convertido en un instinto natural, echan mano de las ilustraciones de que pueden disponer y nombran ayudantes de campo de los soberanos al hijo de Carnot, al de Mac-Mahon y otros oficiales con papás presentables...

Vengo de la calle a cerrar esta carta; es una *douce folie* lo que está pasando. El interés anhelante con que 500 personas contemplan el agu-

jero en que se va a colocar un mástil para gallardete, los rasgos artísticos que la muchedumbre descubre en cada linterna de papel pintado o en cada globo de gas, están arriba de toda descripción.

Vientos de delirio empiezan a mover la atmósfera; ¿qué va a pasar aquí?

París, Octubre 1896.

Después del loquero

A Vicente J. Domínguez.

¿Qué va a pasar aquí? me preguntaba la víspera de la llegada del Czar, ante el estremecimiento de la muchedumbre, que nada parecía poder contener. El sueño que ha vivido la Francia durante cuatro días no tiene antecedente en la historia humana. Un pueblo entero ha simbolizado, en la visita de los soberanos rusos, su vuelta a la vida y a la esperanza, y en sus aclamaciones vibrantes ha acusado el retorno a la conciencia de su fuerza. La muchedumbre se ha contenido ella misma; es necesario tener el corazón seco como una esponja para no rendir un tributo de admiración a este pueblo, al que la perseverancia parece tan difícil y que durante veinticinco años ha perseverado, sin omitir un sacrificio, sin desmayar un instante, en la obra de su reorganización, creando todo de nuevo, desde sus armas de combate hasta sus instituciones políticas. Ayer ha tenido la primer recompensa y la Europa, al saludar el *risorgimento* definitivo de la Francia, comprende la importancia capital de un acontecimiento que ha de influir sobre el porvenir con extraordinaria eficacia.

Extensos telegramas y no menos largas trans-

cripciones de diarios habrán tenido al corriente a mis compatriotas de lo que ha pasado en París, el adorno de las calles, las olas humanas contenidas más que por la policía por su esfuerzo propio, los árboles, por un simple *truc* artístico, volviendo a tomar su aspecto primaveral, las iluminaciones sin precedente, el entusiasmo conmovido y profundo, el ímpetu del corazón de un pueblo hacia los soberanos huéspedes, las idas y venidas de la pareja imperial, toda esta fantasmagoría a la que un grupo de jefes árabes, admirablemente montados y vestidos, agregaba la nota oriental, como para acercarla más a la región de las cosas soñadas.

No volveré, pues, sobre lo que otros han hecho antes que yo y mejor de lo que yo lo haría. Quisiera charlar sobre los pequeños aspectos de la gran ceremonia, para tratar de reflejar—suprema dificultad—la impresión del cuadro y dar la sensación real de lo que ha pasado.

La travesía de la Mancha fué muy dura; las olas que rodean la fiera isla británica fueron, para los soberanos, menos galantes que el dulce cielo francés, que tomó sus mejores colores para sonreir a los huéspedes queridos. El Czar se mareó como el más simple de los mortales; en ese estado pasó la revista de la escuadra, asistió a un banquete de gala, sufrió más de quinientas presentaciones, pasó la noche en camino de hierro, hizo su entrada triunfal en París, almorzó en la embajada, fué a la iglesia rusa, hizo su visita al Elíseo, volvió a la embajada para recibir al presidente, fué al Palacio Borbón y al Luxemburgo a dejar su tarjeta a los presidente de las Cámaras, asistió a un banquete en el Elíseo y a las 10 y media de la noche le vimos entrar a la *soirée* de gala de la Opera, pálido, extenuado, sin fuerzas

para hablar, para aplaudir, ni para sonreir. La impresión fué penosa, a no dudarlo: no parecía de hielo, porque el hielo se derrite ante el calor, y el de la concurrencia habría hecho estallar un termómetro de horno, sino de madera, de madera tosca, incombustible e inerte. A su lado, la joven emperatriz, que más que hermosa es fina, distinguidísima y tímida, parecía haber soportado mejor el esfuerzo hecho. Ni ante el himno ruso, cantado por los primeros artistas de la Opera con un ímpetu de entusiasmo admirable, ni ante el segundo acto de *Sigurd,* ni ante las piruetas de Rosita Mauri, ni ante la *Marsellesa,* el rostro inmóvil del joven autócrata perdió la expresión de cansancio y fastidio que extinguía la voz en la garganta de los aclamadores y producía un indescriptible malestar en la sala. Esa impresión penosa subió de punto cuando a la salida (en medio del *ballet,* que se interrumpió) vimos a M. Faure dar el brazo a la emperatriz, mientras el Czar, que tenía a su derecha a madame Faure, se retiraba a su vez, sin ofrecerla el brazo, ni hacer la menor atención a su presencia. Parece que las cosas habían sido así arregladas por el *protocolo* francés, para quien la esposa del jefe del Estado no tiene rango en las ceremonias oficiales. A mis ojos, el absurdo del protocolo no tiene nombre; si la mujer del presidente no tiene rango oficial, no debe asistir a las ceremonias, como sucede entre nosotros, donde a ningún presidente se le ha ocurrido jamás llevar a su mujer al palco oficial en un día de gala; pero si va, por invitación especial o por otra razón, su rango es y debe ser el mismo de su marido.

Eso es más que culto y cortés, es cristiano. Además, ¡qué protocolo, ni qué niño muerto! El Czar debió reirse de esas prescripciones de una etique-

ta que no podía obligarle, y viendo a su lado una señora, nada menos que la del jefe del pueblo que lo aclamaba, debió darle el brazo y tratarla con el mismo respeto con que el presidente trataba a la suya. Pero esa noche el joven soberano no estaba en estado de pensar; más tarde reaccionó y en otras ceremonias, como en Versalles, por ejemplo, borró su falta de cortesía, ofreciendo a madame Faure, que es una excelente mujer, que hace cuanto puede para ocupar su puesto con dignidad y caridad, su brazo imperial, con toda galantería.

Yo pienso que el embajador, los dos primeros días, no sólo estaba enfermo sino extrañado, desconfiado, sorprendido; esas aclamaciones constantes, a las que no está habituado, parecían sugerirle dudas respecto de su carácter. ¿No habría un poco de farsa en la cosa, de *coup monté?* ¿No sería una palabra de orden pasada hasta las más ínfimas capas sociales y obedecida por un sentimiento patriótico? Poco a poco el calor popular le fué penetrando y la sinceridad del entusiasmo, de la pasión, podría decirse, se le presentó en toda su irradiante verdad. No cesó por eso de ser el hombre taciturno, frío y reflexivo, tal como la naturaleza previsora le ha hecho; pero su rostro perdió su adusta gravedad, una que otra sonrisa se dibujó en sus labios y hasta se dice que sus ojos se humedecieron cuando, en un momento de la revista de Chalons, cuatro mil oficiales franceses, salidos de las filas, le aclamaban frenéticamente. Sus palabras mismas, sin perder su calculada mesura, empezaron a responder a la nota de la situación; su brindis de Chalons, como el telegrama de despedida, dirigido de la frontera al presidente Faure han sido, más que palabras, actos po-

líticos que han revelado a los estadistas europeos más recalcitrantes la verdad de las cosas.

Esa verdad es la alianza estrecha y positiva de la Francia y la Rusia, alianza defensiva, si se quiere, pero al fin unidad de miras absoluta entre dos naciones que, uniendo sus fuerzas, pueden hacer frente a cualquier coalición europea. Esa alianza no hará por el momento recuperar a la Francia sus provincias perdidas; pero tendrá en jaque constantemente a Alemania y permitirá a este pueblo vivir en la tranquilidad del porvenir, sin tener sus ojos, su espíritu, su corazón y sus nervios fijos en la frontera del Este, en el temor incesante de una agresión irresistible. Esa alianza tendrá a la Inglaterra aislada, sola e impotente, hasta tanto que no abandone el Egipto, que amenaza convertirse para ella en lo que es Cuba para España. Esa alianza, por fin, mantendrá, contra todo sentimiento humano, el *statu quo* en Turquía y permitirá al gran asesino, como ha llamado Gladstone al sultán actual, mantenerse en el trono hasta que llegue el momento de reemplazar, sobre la cúpula de Santa Sofía, la media luna por el águila moscovita. ¿Traerá esa realización del eterno sueño ruso una guerra con la Inglaterra? Empiezo a dudarlo; esa cuestión armenia, que está produciendo en el seno de los partidos ingleses, por la frecuencia con que se presenta, una verdadera descomposición, empieza a hacerse intolerable. Pronto hará un siglo que la Europa entera ensaya, por el consejo y por la fuerza, hacer del imperio turco un país normal, civilizado y culto; el resultado ha sido el mismo que hemos obtenido en nuestros esfuerzos por civilizar las tribus de indios salvajes. Mientras dura el aguardiente y la yeguada (esto es, para los turcos, los empréstitos) se están tranquilos; luego,

el fondo bárbaro predomina y el incendio, el asesinato y la violencia reaparecen en escena.

La Inglaterra, por la voz de sus hombres de Estado y de su prensa formidable, se extenúa por probar y convencer a la Europa que no la mueve ningún sentimiento egoísta en su deseo de acción común sobre Turquía, sino su deber de gran potencia cristiana y civilizada, que no puede consentir, como espectador impasible, en la impunidad de los crímenes que el sultán comete contra su propio pueblo. En otro tiempo la Francia se hubiese estremecido y, movida por el canto de sus poetas y los discursos de sus oradores, habría hecho por los armenios lo que hizo por los griegos. Pero ya no hay poetas ni oradores, sino hombres reflexivos, a quienes la Rusia, que jamás se dejó guiar por esa clase de sentimientos (¿no recordáis que fué ella la que facilitó casi todos los barcos necesarios a Fernando VII para organizar la expedición de Morillo que debía convertirnos en pepitoria?), indica la conducta a seguir. Esa conducta es simplemente dejar a los armenios y turcos cocerse en su propio jugo y esperar con calma el momento en que la situación del imperio otomano se haga tan intolerable para la Europa y el mundo, que hasta la Inglaterra acabe por desear que los rusos se apoderen de esa desventurada comarca.

Una vez que el Czar ha partido, la tregua impuesta por su presencia ha cesado, y de nuevo sobre temas de circunstancias empieza a oirse la odiosa, banal y chabacana riña de los partidos. Eso no me toca, felizmente, y la privación de ese espectáculo deprimente es una de las pocas indemnizaciones que el *destierro* voluntario ofrece. Empieza también a establecerse las cuentas, y a este respecto no puedo resistir a la tentación de

reirme un poco de M. d'Haussonville, miembro de la Academia Francesa, S. V. P., a quien la docta corporación encargó la confección de un trabajo, para ser leído y ofrecido en homenaje a los soberanos rusos, con ocasión de la visita de éstos. M. d'Haussonville eligió o se le impuso, no lo sé, como tema, la visita de Pedro el Grande en 1717 a París. Corren por ahí unas páginas de Saint-Simon que pienso han dicho todo lo que había que decir sobre el asunto. Pero el académico, a la luz de nuevos documentos, según la frase consagrada, produjo su artículo que, naturalmente, no fué leído en la visita de los soberanos y que acaba de aparecer en la revista que Buloz supo hacer tan pesada y Brunetière tan antipática. El artículo, para decir verdad, no está mal hecho; hacer un artículo de revista es otro talento esencialmente francés. Son pocos los escritores de este país que escriben tan mal un artículo, que se note. Se leen, como se mira un cuadro del Salón; no dicen nada, pero no chocan.

El único punto nuevo quizá del estudio de M. d'Haussonville (a quien se ve le han traído documentos de todos lados, extractos, resúmenes, citas, etc.) es el que se refiere al motivo por el cual no se hizo el tratado de alianza que venía buscando Pedro el Grande.

Porque el gran Czar quería la alianza francesa, comprendiendo que rara vez los intereses de ambos países se encontrarían y que, por tanto, las probabilidades de amistad perpetua eran mayores. Su razonamiento era muy sencillo: "Ustedes han sido los aliados de la Suecia, porque la Suecia era una cuña en el cuerpo de la Alemania. La Suecia no existe ya: yo me la he comido. Propongo, pues, reemplazarla, *en todo y por todo*". Esta última cláusula importaba sencillamente seis-

cientas mil libras anuales, que era la subvención, pensión o auxilio, que la Francia pagaba anualmente al rey de Suecia, con muy cortos intervalos de suspensión, si mis recuerdos no me engañan (y no vale la pena verificar), desde los últimos tiempos de la guerra de treinta años.

El viejo mariscal de Huxelles, que dirigía la negociación por la Francia, por intermedio del mariscal de Tessé, un hombre de gran valor ése, no tenía la menor confianza ni en Pedro el Grande, ni en los imperios semi-bárbaros, ni en los beneficios que la Francia podría reportar de la alianza rusa. Ese soberano de faz negra y adusta, que se reía de la etiqueta (de una mirada habría reducido a polvo al ridículo protocolo) hasta el punto de saltar de su coche en Versalles y en vez de saludar ceremoniosamente al rey de siete años que salía a recibirle, echárselo al hombro, cubrirle de besos y trepar la escalera con él cargado, no podía ofrecer seguridades. M. de Huxelles era un hombre de protocolo. Pidió, en caso de guerra, diversión en vez de conjunción y Pedro I, que estaba ya ligado con el rey de Prusia, quiso consultarle; en fin, el tratado fracasó. Más tarde, cuando la guerra de siete años, se hizo uno, pero no como se pudo hacer en 1717.

Ahora bien, ¿qué venía buscando Pedro el Grande con esa visita a Francia? En Poltawa no sólo había dado en tierra con el efímero poder militar de la Suecia, sino que en la actualidad le había quitado la Finlandia y la mayor parte de sus posesiones continentales; la Turquía había recibido también un recio golpe y por ese lado podía dormir tranquilo. El emperador de Alemania no tenía, por cierto, la menor idea de atacarle y el rey de Prusia era su aliado. ¿Qué buscaba, pues, el Czar en París? M. d'Haussonville, con la tris-

te sinceridad de nuestro historiador nacional constatando la pobre figura y la mezquina actuación de San Martín en el Perú, confiesa que venía buscando... dinero. Si el tema fuera posible, ¡qué delicioso acto de *revue* de fin de año podría hacerse con la visita de Pedro el Grande en 1717, aleccionando, por medio de un teléfono ideal, a su tataranieto de 1896! Pero del mismo modo que este pueblo que contaba entre sus páginas gloriosas el *¡Vive la Pologne, Monsieur!*, de M. Floquet, haría trizas al que hoy se acordara que existió en la historia, y hoy en el dolor y el recuerdo, una nacionalidad de ese nombre, del mismo modo, repito, destruiría el teatro en cuya escena se dibujara una sonrisa sobre esta locura rusófila.

¡Y me quedo pensando en la colosal figura de ese Czar de Moscou, surgiendo con un ímpetu de tormenta de su noche medioeval, más larga y más negra que la del resto de Europa, y no sólo creando su país, con sus potentes manos, sino señalándole los rumbos definitivos de su destino! Figúraseme que no ha de transcurrir tanto tiempo como el que nos separa de aquel en que vivió Moisés, para que la parte eslava de la humanidad considere a Pedro el Grande como los griegos a Cadmo, los romanos a Rómulo y los indios peruanos a Manco. Pedro el Grande, por una intuición genial, porque debía andar un poco atrasado en materia de historia, ha comprendido que los grandes imperios no se mantienen sino mientras se expanden; sin saber la historia de Roma, que así que fijó sus fronteras definitivas se vino al suelo, guiándose por su instinto oriental, fijó a su patria la ruta a seguir, marcándole la profundidad del Asia de un lado y del otro la gran presa, el imperio robado, la Turquía. Pero como planes de ese calibre imponen esfuerzos y sacrificios que

a veces es difícil afrontar, el Moisés moscovita pensó en todo y con el mismo tono con que el legislador hebreo describía el país de Chanaam, dejó dicho, en sus papeles, a su familia:

"Hay en la tierra un pueblo sensible, entusiasta, lleno de sí mismo, amable como nación, un poco insoportable en sus individuos, que se paga mucho de palabras. De tiempo en tiempo es conveniente que sus vecinos, a quienes trata por arriba del hombro, le peguen una paliza que lo calme y lo haga prudente. Pero no lo dejéis extenuar ni aniquilar nunca, no porque ese pueblo sea una necesidad para el progreso del espíritu humano, como él dice, punto de vista que en mi calidad de Czar de Rusia me deja frío, sino porque ese pueblo posee la única bolsa inagotable que conozco. Conque, hijos míos, por Asia, a la India; por Europa, a Constantinopla, y en los momentos de apuro a París!"

Y, a pesar del anacronismo, hay quien asegura que existen documentos de la mano de Pedro el Grande, en que habla de la Marsellesa, de Cronstadt y de Tolon!

París, octubre 1896.

Esta República

A Francisco L. García.

La vi nacer, aquel 4 de septiembre de 1870, en medio de las angustias más profundas que pueden agitar el corazón de un pueblo. Allá íbamos todos, franceses y extranjeros, desatentados, frenéticos de exaltación, hacia el Hotel de Ville, de donde debía surgir el reino de la libertad sobre la tierra. Tenía yo entonces 20 años y en el ardor de mi pasión juvenil, de mi odio contra la tiranía, empapada el alma en los versos vengadores de Hugo, la noción de la nacionalidad desaparecía de mi espíritu. Además, ¿no era acaso la Francia la patria ideal de todo hombre libre, y el alma irradiante de esa nación, foco de luz y de cultura, no se reflejaba sobre la de todos los pueblos que aspiraban a ascender? Allá íbamos, pues, roncos, enardecidos, estrujados por la implacable muchedumbre; en ese momento, más que a la luz de todos los libros de historia, comprendí la Revolución Francesa, sus entusiasmos sinceros y casi pueriles del principio, sus horrores y sus crímenes de más tarde. Aquella ola humana no podía ser detenida por nada ni por nadie, pero sí dirigida, con una sorprendente facilidad, por el primer hombre hábil y de sangre fría, que, con una palabra que res-

pondiera a ese estado patológico, hubiera encauzado el torrente y explotado su fuerza en provecho de sus propósitos...

Ha pasado más de un cuarto de siglo sobre ese momento histórico, que muchos juzgaron efímero y transitorio como todos los caprichos de este pueblo movedizo, y la República persiste en Francia, sin que ningún síntoma asome en el horizonte que importe un peligro, en el sentido de la reacción, contra su existencia. Por el contrario, las ideas han ido ensanchando los canales por los que al principio se deslizaban con dificultad, las aspiraciones de ayer son hoy casi vetustas tradiciones, y la iracunda virgen que en otro tiempo descendía de los suburbios con los ojos inflamados, la cabellera suelta y el bonete frigio, es hoy una tranquila matrona que detesta el ruido y que sólo pide se la deje en paz, al lado del fuego, mover la rueda de su rueca. Dejando a un lado lo que a las instituciones políticas se refiere, así como a las agitaciones socialistas que son el peligro del porvenir, más de una vez nos hemos preguntado todos los que seguimos con interés la marcha de este pueblo curioso, qué pasa en sus entrañas, qué ideas generales predominan en la mayoría, en esa inmensa y compacta *burguesía*, que al fin y al cabo es el nervio de la Francia y su expresión más genuina.

Anatole France acaba de contestar a esa pregunta, en un libro luminoso, que es una revelación y que ha tenido un éxito que el tiempo está llamado a aumentar de una manera tan considerable, que *L'orme du Mail* quedará, entre los pocos libros que salvarán los límites del siglo, como la pintura más exacta del estado social del pueblo francés en un momento determinado.

Anatole France es el primer escritor contemporáneo. Nadie, después de Renan, ha manejado

la lengua francesa con esa maestría incomparable, dándole la flexibilidad elegante y acerada que requiere la ironía más fina y más profunda. Como en el espíritu de Renan, de quien France es el único, más que discípulo, hijo intelectual digno del padre, las ideas filosóficas más sombrías, aquellas que sólo presentan como solución definitiva de todos los problemas que agitan el alma humana, el aniquilamiento final, un *nirvana* sin esperanza, en vez de producir en él el desencanto y la desesperación que traen el despego de todo, han originado una dulce indulgencia, nacida de un encogimiento de hombros y de una sonrisa, a través de la cual las pasiones, los vicios, los crímenes y hasta las bajezas de los hombres, sólo se ven como movimientos instintivos sin importancia y sin responsabilidad. Hay en toda la obra de Anatole France una incomparable unidad, desde aquel *Silvestre Bonnard* hasta *M. Bergeret*, el personaje típico de su último libro. La inalterable y también implacable filosofía que la informa, tiene su apóstol que, incrustado ya en el cuadro de las figuras representativas de nuestro siglo, pasará a la posteridad: el abate Coignard, el héroe de la *Rotisserie de la Reine Pédauque*, la creación más inimitable de nuestro tiempo. Todos los otros libros de France, como he dicho, obras maestras de ironía, responden a la misma concepción de la vida, desde los cuentos deliciosos del *Etui de nacre, Le puits de Ste. Claire, Balthazar, Le livre de mon ami*, hasta sus obras de más aliento como *Thais, Les opinions de M. Jerôme Coignard, Le lys rouge*. Lo mismo puede decirse de su crítica, tal cual la conocemos en los cuatro volúmenes de *La vie littéraire*, aunque tengo para mí que las opiniones íntimas del abate Coignard... perdón, de M. France, en materia literaria, y sobre todo, su juicio so-

bre las producciones contemporáneas, ha de ser bien diferente de las consignadas en las charlas hebdomadarias publicadas en el *Temps* y en las que se deja ver la influencia de las convenciones sociales, las consideraciones de camaradería y tal vez, allá en el fondo, los guiños de la Academia (1).

Pero ese desprendimiento de toda pasión, esa tolerancia indulgente y mansa que sólo ve en los errores de los hombres síntomas de su imperfección, deficiencias de un organismo incompleto, es una actitud intelectual admirable para ver y pintar las cosas de la vida. Con la misma lucidez y la misma información minuciosa con que France, que es un erudito considerable, resucita las sociedades muertas y nos hace vivir, con *Thais*, la vida de aquella curiosa Alejandría que vió coexistir en su seno los restos aun amables del paganismo y las austeridades ascéticas de los primeros cristianos, *L'orme du Mail* nos hace penetrar en los pliegues más íntimos de la sociedad francesa de nuestros días. Abandonando París, donde la repercusión de la vida del mundo entero se sobrepone a la concreta nota francesa y la adultera, France ha dirigido su objetivo a una ciudad de provincia de segunda clase, como hay centenares en Francia, y nos ha presentado, dentro de sus muros, el cuadro de las corrientes encontradas de opinión, la desesperanza de los hombres aun amarrados al pasado, la inquieta satisfacción de los que viven al día, y cerniéndose sobre el conjunto, la platitud, la pesadez niveladora de la atmósfera ambiente. No hay un personaje que no sea un ente representativo.

---

(1) *La vie littéraire*, o mejor dicho, los artículos que componen esa obra, fueron escritos mucho antes de ingresar M. France a la Academia.

El prefecto Worms-Clavelin, judío bautizado, espíritu burocrático y positivo, sin ideal, sin fe, maniobrando su pequeña barca en el chato mar de la política de sospechas, de reticencias que es su medio normal, con cierta habilidad grosera. El cardenal-arzobispo monseñor Charlot, prelado *arrivé,* con horror de la lucha, bien incrustado en su prebenda, hombre de espíritu, burlándose finamente de todos los excesos, pero en el fondo un epicureo de la buena escuela. El abate Gintrel, profesor de elocuencia sagrada en el Seminario, inteligente, astuto, ambicioso, en buena e íntima relación con el prefecto y sobre todo con la prefecta, pequeña judía nacida tras un mostrador, activa, movediza y capaz de llevar a su marido a todos los honores, y al abate Gintrel (que le proporciona viejas casullas y ornamentos de iglesia, compradas a vil precio a los curas de campaña, para hacer *pouffs,* asientos de sillas, pantallas, etc.) hasta la primer poltrona episcopal vacante. Y sobre todas esas figuras admirablemente dibujadas, del general Cartier de Chalmot, del presidente Pélloux, "pequeño procurador normando que a consecuencia de un turbio negocio de terrenos, tuvo que dar su dimisión y fué nombrado juez en la época en que la República depuraba su magistratura", sobre todas esas figuras, repito, se destacan las del abate Lantaigne y de M. Bergeret, director el primero del Seminario, *maître de conferences* el segundo de la Facultad de Letras. Nada más opuesto que la concepción de la vida y las ideas generales de cada uno de esos hombres; todo los separa y son los únicos que en ese pequeño mundo se buscan y viven en la alta región de la comunidad intelectual. El abate Lantaigne es el hombre del pasado, el prototipo de la disciplina, del orden, de la armonía en la fe y en la observancia.

M. Bergeret "pasaba por un espíritu distinguido, pero raro. M. Lantaigne le perdonaba su excepticismo y conversaba gustoso con él cuando le encontraba bajo los olmos del paseo. M. Bergeret, por su parte, se interesaba en el estudio del alma de un sacerdote inteligente. Ambos sabían que sus conversaciones sobre un banco del paseo, desagradaban igualmente al decano de la Facultad y al arzobispo. Pero el abate Lantaigne ignoraba la prudencia humana y M. Bergeret, muy cansado, desalentado y amargado, renunciaba a observar inútiles miramientos. Irreligioso con decencia y buen gusto, las devociones frecuentes de su mujer y los interminables catecismos de sus hijas, le habían valido nota de clerical en las oficinas del ministerio, mientras que ciertas palabras que se le atribuían eran explotadas contra él por los católicos de sentimiento y los patriotas de profesión. Frustrado en sus ambiciones, pretendía, por lo menos, vivir a su gusto, y no habiendo sabido agradar, se ensayaba discretamente en ser desagradable".

Todo el libro sirve de cuadro a las conversaciones de esos dos hombres, de igual fuerza intelectual, ágiles en la dialéctica, bien pertrechados en el estudio y habituados a la generalización. Ellos van a darnos el juicio definitivo, por el momento, sobre esta República, tal cual la han hecho las circunstancias y tal cual es en la actualidad. El abate Lantaigne representará el pasado, con todos sus rencores, pero con toda su sinceridad. M. Bergeret es el frío observador del presente, desencantado ya de sus entusiasmos de la primera hora, sin ilusiones, sin odios, a lo sumo con desprecios, porque comprende que los hombres son sólo instrumentos generalmente irresponsables.

Traduzco con encanto esas fuertes ideas, ver-

tidas en la prosa más elegante y flexible que sea posible encontrar en el cuadro de la literatura contemporánea.

"... El abate Lantaigne, superior del gran Seminario, pasaba, con su breviario en la mano, por la gran avenida del Mail. M. Bergeret se levantó para ofrecer al sacerdote, sobre el banco, el sitio a la sombra. M. Lantaigne le ocupó sin prisa, con esa dignidad sacerdotal que no le abandonaba nunca y que era, en él, la suprema sencillez. M. Bergeret se sentó cerca de él, en el lugar donde la sombra caía mezclada con la luz que penetraba por el extremo de las ramas rarificadas, de manera que su traje negro se cubrió de discos de oro y sus ojos deslumbrados comenzaron a parpadear.

"Presentó sus cumplimientos a M. Lantaigne en estos términos:

—"Señor abate, se dice en general que seréis elegido para el obispado de Tourcoing.

J' en accepte l'augure et j' ose l'espérer.

Pero esa elección es demasiado buena para no ser dudosa. Os creen monarquista y eso os perjudica. ¿No sois republicano como el Papa?

M. Lantaigne. — Soy republicano como el Papa. Es decir, que estoy en paz y no en guerra con el gobierno de la República. Pero la paz no es el amor. No amo la República.

M. Bergeret. — Adivino vuestras razones. Le reprocháis ser hostil al clero y librepensadora.

M. Lantaigne. — Seguramente, le reprocho ser impía y enemiga de los sacerdotes. Pero esa impiedad y esas enemistades no le son esenciales. Ellas provienen de los republicanos y no de la República. Ellas disminuyen o aumentan a todo cambio de personas. Son menores hoy que lo que eran ayer. Tal vez crezcan mañana. Tal vez llegue un tiempo en que no existan más de lo que

existían bajo el principado del mariscal de Mac-Mahon, o por lo menos en las primicias engañosas de ese principado y bajo el miraje del ministerio del 16 de mayo. Son hombres y no cosas. Pero, aun cuando fuese respetuosa de la religión y de sus ministros, detestaría la República.

M. Bergeret. — ¿Por qué?

M. Lantaigne. — Porque es la diversidad. Por ello, es esencialmente mala.

M. Bergeret. — No os comprendo bien, señor abate.

M. Lantaigne. — Eso proviene de que no tenéis el espíritu teológico. En otro tiempo, hasta los laicos recibían cierta impresión de ese espíritu. Sus cuadernos de colegio, que conservaban, les suministraban elementos de filosofía. Eso es principalmente exacto respecto de los hombres del siglo XVII. Entonces todos los que cultivaban las letras sabían razonar, hasta los poetas mismos. La doctrina de Port-Royal sostiene la *Fedra* de Racine. Pero hoy que la teología ha sido retirada de los seminarios, nadie sabe ya razonar y las gentes de la buena sociedad son casi tan tontas como los sabios y los poetas. ¿M. de Porremondre no me decía acaso ayer, aquí mismo, en el paseo, que la Iglesia y el Estado deben hacerse concesiones recíprocas? Ya no se sabe, ya no se piensa. Palabras vanas se cruzan en el aire. Estamos en Babel. Vos, M. Bergeret, habéis frecuentado mucho más a Voltaire que a Santo Tomás.

M. Bergeret. — Es cierto. ¿Pero no decíais, señor abate, que la República es la *diversidad* y que, por ello, era esencialmente mala? Es eso lo que os ruego me expliquéis. Tal vez alcance a comprenderos. Tengo más teología que la que me acordáis; he leído a Baronius con la pluma en la mano.

M. Lantaigne. — Baronius no es más que un

analista, pero el más grande de todos; estoy seguro que no habéis sabido sacar de él más que bagatelas históricas. Si tuviérais un ápice de teología, no os habría sorprendido ni desconcertado lo que acabo de decir.

La diversidad es detestable. El carácter del mal es ser diverso. Ese carácter se manifiesta en el gobierno de la República, que más que ningún otro se aleja de la unidad. Le falta, con la unidad, la independencia, la permanencia y la potencia. Le falta el conocimiento, y se puede decir de él que no sabe lo que hace. Aunque dure, para nuestro castigo, no tiene la duración. Porque la idea de duración implica la de identidad, y la República no es nunca un día lo que era la víspera.

Su fealdad misma y sus vicios no le pertenecen. Y habéis visto que éstos no la deshonraban. Vergüenzas, escándalos que hubiesen arruinado el imperio más poderoso, la han cubierto sin perjudicarla. No es destructible porque es la destrucción. Es la dispersión, es la discontinuidad, es la diversidad, es el mal.

M. Bergeret. — ¿Hablais de la República en general o solamente de la nuestra?

M. Lantaigne. — Evidentemente, no considero ni la República romana, ni la bátava, ni la helvética, sino solamente la francesa. Porque los gobiernos sólo tienen el nombre de común y no creeréis que les juzgo por la palabra con que se les llama, ni aun por la oposición que parecen ofrecer, unos y otros, a la monarquía, oposición que no es condenable en sí misma; pero la República en Francia, no es más que la falta de príncipe y la ausencia de autoridad. Y este pueblo era demasiado viejo en el momento de la amputación para no temer que muera de ella.

M. Bergeret. — Sin embargo, la Francia ha sobrevivido ya veintisiete años al imperio, cuarenta y ocho a la reyecía burguesa y setenta a la monarquía legítima.

M. Lantaigne. — Decid más bien que desde hace un siglo, la Francia, herida de muerte, arrastra, entre alternativas de furor y de abatimiento, un resto miserable de vida. Y no creais que adule el tiempo pasado y que contemple suspirando las imágenes engañosas de una edad de oro, que no existió jamás. La condición de los pueblos me es conocida. Los peligros marcan sus horas, las desgracias sus días. Es justo y necesario que así sea. Su vida, como la de los hombres, no se comprendería si estuviera exenta de pruebas. La historia antigua de la Francia está llena de crímenes y de expiaciones.

. . . . . .

M. Bergeret. — ¿Contáis sin duda entre las medidas vejatorias tomadas por la República, la expulsión de las congregaciones?

M. Lantaigne. — Es evidente que ella salió de un mal pensamiento y fué el resultado de un cálculo impío. Es exacto también que los religiosos expulsados no merecían un tratamiento semejante. Al herirlos, se creyó herir a la Iglesia. Pero el golpe, mal dirigido, afirmó el cuerpo que se quería sacudir y devolvió a las parroquias la autoridad y los recursos que se habían desviado de ellas. Nuestros enemigos no conocen a la Iglesia; su principal jefe de entonces, menos ignorante, pero más deseoso de satisfacerles que de destruirnos, nos hizo una guerra simulada y de mero aparato. Porque no considero como un ataque eficaz la expulsión de las congregaciones no autorizadas. Sin duda, venero las víctimas de esa inhábil persecución, pero pienso que el clero secular basta

a la Iglesia de Francia para gobernar y administrar las almas, sin el socorro de los regulares. Por desgracia, la República hizo a la Iglesia heridas más profundas y más ocultas. Conocéis demasiado las cuestiones de enseñanza, M. Bergeret, para no descubrir algunas de estas llagas; pero la más envenenada fué hecha al introducir en el episcopado sacerdotes imbéciles de espíritu o de carácter... He dicho lo bastante a ese respecto. Por lo menos, el cristiano se consuela y se tranquiliza, sabiendo que la Iglesia no perecerá. Pero ¿cuál será la consolación del patriota? Descubre que todos los miembros del Estado están gangrenados y putrefactos. En veinte años, ¡qué progresos en la descomposición! Un jefe de Estado cuya impotencia es la única virtud y que se convierte en criminal desde que se supone que obra o sólo que piensa; ministros sometidos a un Parlamento inepto, que se cree venal y cuyos miembros, de día en día más ignorantes, fueron escogidos, formados, designados en asambleas impías de franc-masones, para hacer un mal de que son hasta incapaces y que sobrepasan los males causados por la turbulenta inacción; un funcionarismo que se acrece sin cesar, inmenso, ávido, malefactor, en que la República cree asegurarse una clientela y que nutre para su ruina; una magistratura reclutada sin regla ni equidad y demasiado a menudo solicitada por el gobierno, para no ser sospechada de complacencia; un ejército al que penetra sin cesar, como a la nación entera, el espíritu funesto de independencia y de igualdad, y que arrojará en seguida, a esa misma nación entera, a las aldeas y a las campañas, viciado por el cuartel, impropio para las artes y los oficios y disgustado de todo trabajo; un cuerpo docente que tiene por misión enseñar el ateísmo y la inmoralidad; una diploma-

cia a la que faltan el tiempo y la autoridad y que abandona el cuidado de nuestra política exterior y la conclusión de nuestras alianzas a los despachantes de bebidas, a las modistas y a los periodistas; en fin, todos los poderes, el legislativo y el ejecutivo, el judicial, el militar y el civil, mezclados, confundidos, destruídos el uno por el otro; un reino ridículo que, en su debilidad destructora, ha dado a la sociedad los dos más poderosos instrumentos de muerte que la impiedad fabricara jamás; el divorcio y el malthusianismo! Y todos los males, de los que he hecho una rápida revista, pertenecen a la República y salen naturalmente de ella: la República es esencialmente mala. Es mala, al querer la libertad, que Dios no ha querido, puesto que es el amo y que ha delegado a los sacerdotes y a los reyes una parte de su autoridad; es mala al querer la igualdad, que Dios no ha querido, puesto que ha establecido la jerarquía de las dignidades en la tierra y en el cielo; es mala al instituir la tolerancia, que Dios no podría admitir, porque el mal es intolerable; es mala al consultar la voluntad del pueblo, como si la multitud de los ignorantes debiera prevalecer contra el pequeño número de aquellos que se conforman a la voluntad de Dios, la que se extiende sobre el gobierno y hasta sobre los detalles de la administración, como un principio cuyas consecuencias no se detienen; es mala, en fin, al declarar su indiferencia religiosa, es decir, su impiedad, su incredulidad, sus blasfemias de las que la menor es mortal, su adhesión a la diversidad, que es el mal y la muerte.

M. Bergeret. — ¿No decíais hace un momento, señor abate, que, republicano como el Papa, estábais resuelto a vivir en paz con la República?

M. Lantaigne. — Ciertamente, viviré con ella en la sumisión y la obediencia. Rebelándome con-

tra ella, obraría de acuerdo con su principio y contrariamente al mío. Sedicioso, me asemejaría a ella y no a mí mismo. . . . . .

"Los olmos del Mail empezaban a derramar su sombra hacia oriente. Una brisa fresca, venida de una tormenta lejana, pasó entre las hojas. Mientras una coccinela caminaba sobre la manga de su levita, M. Bergeret contestó en el tono más afable al abate Lantaigne:

—"Señor abate, acabáis de trazar, con una elocuencia que ya no se encuentra sino en vuestros labios, los caracteres del régimen democrático. Ese régimen es, con poca diferencia, tal como lo presentais. Y asimismo, es el que prefiero. Todos los vínculos, en él, son flojos, lo que debilita al Estado, pero anima a los individuos y procura cierta facilidad de vida y una libertad que, por desgracia, destruyen las tiranías locales. La corrupción, sin duda, aparece más grande que en las monarquías. Eso tiene por causa el número y la diversidad de gentes que son llevadas al poder. Pero esa corrupción sería menos visible, si el secreto fuera mejor guardado. La falta de secreto y la ausencia de todo espíritu de continuidad, imposibilitan toda empresa a la República democrática. Pero como las empresas de las monarquías han arruinado a menudo a los pueblos, estoy bastante satisfecho de vivir bajo un gobierno incapaz de grandes designios. Lo que me complace sobre todo en nuestra República, es su sincero deseo de no hacer la guerra en Europa. Le agrada ser militar, pero de ninguna manera belicosa. Al considerar las eventualidades de una guerra, los otros gobiernos no tienen más temor que la derrota. El nuestro teme igualmente, con justa razón, la victoria y la derrota. Este temor saludable nos asegura la paz, que es el mayor de los bienes.

"El peor defecto del régimen actual es el de costar muy caro. Tiene poca apariencia y no es fastuoso. No brilla ni en mujeres ni en caballos. Pero, bajo un humilde aspecto y un vestir descuidado, es gastador. Tiene demasiados parientes pobres, demasiados amigos que proveer. Es derrochador. Y lo peor es que vive sobre un país fatigado, cuyas fuerzas disminuyen y que no enriquece ya. Y el régimen tiene gran necesidad de dinero. Se apercibe ya que está incómodo y esas incomodidades son mayores que lo que él cree. El mal no es nuevo; es el mismo de que murió el antiguo régimen. Señor abate, os voy a decir una gran verdad: en tanto que el Estado se contenta con los recursos que le suministran los pobres, en tanto que le bastan los subsidios que le aseguran, con una regularidad mecánica, los que trabajan con sus manos, vive feliz, tranquilo y venerado. Los economistas y los financieros se complacen en reconocer su probidad. Pero así que ese desgraciado Estado, apurado por la necesidad, intenta pedir dinero a los que lo tienen y sacar de los ricos alguna débil contribución, en el acto se le hace sentir que comete un atentado odioso, viola todos los derechos, falta al respeto a la cosa sagrada, destruye el comercio y la industria y aplasta a los pobres, tocando a los ricos. Se le dice claramente que se deshonra. Y cae bajo el sincero desprecio de los buenos ciudadanos. Entretanto, la ruina viene lenta y segura. El Estado toca a la renta. Está perdido.

"Nuestros ministros se burlan de nosotros al hablar del peligro clerical o del peligro socialista; no hay más que un peligro, el peligro financiero. La República empieza a apercibirse de ello.

"La compadezco y la echaré de menos. Bajo el imperio, fuí amamantado en el amor de la Repú-

blica. "Es la justicia", me decía mi padre, profesor de retórica en el liceo de St. Omer. No la conocía. No, no es la justicia. Pero es la facilidad. Señor abate, si tuviérais el alma menos alta, menos grave y más accesible a las ideas risueñas, os confiaría que la República actual, la República de 1896, me agrada y me conmueve por su modestia. Consiente en no ser admirada. No exige sino muy poco respeto y hasta renuncia a la estimación. Le basta con vivir. Es ese todo su deseo y es legítimo. Los seres más humildes se apegan a la vida. Como el leñador del fabulista, como el boticario de Mántua, que tanto sorprendió a ese atrrdido de Romeo, teme a la muerte y es su solo ten or. Desconfía de los príncipes y de los militares. En peligro de muerte, sería perversa. El miedo la haría salir de quicio y la haría feroz. Sería una lástima. Pero en tanto que no se atente a su vida y que sólo se ataque su honor, es bonachona.

"Un gobierno de ese carácter me agrada y me tranquiliza. ¡Tantos otros fueron sin piedad por amor propio! ¡Tantos otros afirmaron por la crueldad su grandeza, sus derechos y su prosperidad! ¡Tantos otros derramaron sangre por su prerrogativa y su majestad! Ella, la República, no tiene amor propio, no tiene majestad. Feliz defecto, que nos la conserva inocente. Con tal de vivir, está contenta. Gobierna poco y estaría tentado a alabarla, por eso, más que por todo lo demás. Y, puesto que gobierna poco, le perdono gobernar mal. Sospecho que los hombres han exagerado siempre, y mucho, las necesidades de un gobierno y los beneficios de un poder fuerte. Seguramente, los poderes fuertes hacen a los pueblos grandes y prósperos. Pero los pueblos han sufrido tanto, a lo largo de los siglos, de su grandeza y de su prosperidad, que concibo que renuncien a ellas. La

gloria les ha costado demasiado cara para que no agradezca a nuestros señores actuales que sólo nos procuren gloria colonial. Si se descubriera, en fin, la inutilidad de todo gobierno, la República de M. Carnot habría preparado ese descubrimiento inapreciable, y le deberíamos algún reconocimiento. En resumidas cuentas, me siento muy apegado a nuestras instituciones.

"Así habló M. Bergeret.

"M. Lantaigne se levantó, sacó de su bolsillo su pañuelo de cuadros azules, lo pasó por sus labios, lo guardó, sonrió contra su costumbre, aseguró el breviario bajo su brazo y dijo: "Os expresáis agradablemente, M. Bergeret. De esa manera hablaban los retores en Roma, cuando Alarico entró con sus visigodos. Sin embargo, los retores del siglo V exparcían bajo los árboles del Esquilino, pensamientos menos vanos. Porque Roma entonces era cristiana. Ya no lo sois".

La pluma ha corrido, traduciendo, como corrían mis ojos en la primer lectura, empujados por el espíritu ávido.

Retened ese diálogo y no lo olvidéis, que si sois bastante jóvenes, día llegará en que le recordaréis con asombro.

París, Febrero 1897.

En tierra clásica

A Carlos Guido Spano.

Encontré ayer al embajador de Turquía en un salón de pocos atractivos, y como temía ser muy entrevistado, me invitó a ganar un rincón propicio para tomar la puerta media hora después, de una manera discreta. El embajador es un hombre joven, inteligente e ilustrado, pero turco de pura raza. Curioso de nuestras cosas americanas, que se agitan en una región moral antípoda de la de Constantinopla, varias veces me había hecho charlas sobre el aspecto físico de nuestras pampas, el funcionamiento de nuestro organismo político y la nota de nuestra sociabilidad. A mi vez, le interrogué sobre Creta. Hace quince días que las miradas del mundo civilizado están fijas en esa isla y en los momentos en que escribo faltan pocas horas para que la Grecia conteste al *ultimatum* de las potencias. Antes de cerrar esta carta, conoceremos esa respuesta, que nadie duda ya será negativa, y veremos entonces si el famoso acuerdo de las potencias está pegado con alfileres o si la política del miedo, que, no sin razón, impera soberana, será tan fuerte para mantenerlas unidas en las medidas de represión, como lo estuvieron en el período de amenazas. El embajador de Turquía me hizo una explicación de Creta que tenía mucho aire de imparcial. "El pueblo que habita la isla, me dijo, no es griego ni turco; es cretense y uno de los más bárbaros y malvados que existen sobre la tierra.

Los musulmanes son allí de idéntica raza que los cristianos, y entre los primeros no se encuentra uno solo que hable turco. No es, pues, cuestión de razas lo que determina esa lucha salvaje. ¿Es la religión? ¡Bah! Para ustedes, los cristianos de Occidente, el islamismo tiene caracteres tan profundamente distintos del cristianismo, que cuando piensan en él, sienten la misma impresión de un español entrando a una mezquita. Pero que para esas poblaciones de Oriente, de la misma raza y que viven confundidas desde hace siglos, entre Cristo y Mahoma, se han hecho concesiones recíprocas que han acercado mucho el culto, que es todo para esa gente.

"No, lo que allí impera es odio de aldea a aldea, de familia a familia, de tribu a tribu. El que se siente más fuerte invade al vecino, degüella, viola y cautiva cuanto puede, en medio de salvajes alaridos de júbilo. El vencido cuenta sus víctimas y el género de martirio que se le ha impuesto, y no vive desde entonces más que para la venganza. Así que ha recuperado sus fuerzas, se arma en sigilo, y de sorpresa cae sobre el enemigo y degüella, viola y cautiva hasta satisfacer a la Némesis tremenda que le inspira. Eso dura hace más de cuatrocientos años. Hoy que la ciencia posee medios de destrucción tan poderosos, sería un bien para la humanidad que se hiciera saltar todo ese islote maldito con dinamita. La solución de la cuestión de Oriente habría dado un gran paso".

No se me ocurrió por cierto rebatir a mi interlocutor: concebimos de una manera tan distinta las cosas de la vida, que nunca nos habríamos entendido. Toda esa cuestión tiene un aspecto tan miserable, como todas las que toman vida en los bajos fondos de la naturaleza humana, que no es posible mirarla con indiferencia. O se pone uno rectamen-

te del lado de la justicia y del derecho, o se inclina la cabeza y se aceptan las soluciones bastardas que intereses de grave peso imponen.

No quiero hacer la historia de esa cuestión que todo el mundo conoce; pero la existencia del imperio turco en Europa, es decir, de la última tribu, entre las hordas musulmanas, entronizada exclusivamente por sus victorias guerreras, pero incapaz en absoluto de seguir el desenvolvimiento moral o intelectual de la humanidad, estaba condenada desde fines del siglo pasado. Las combinaciones de la política hicieron que Napoleón obstara a la desaparición del poder turco; más tarde, cuando todo el mundo oía ya tocar a muerto por el eterno enfermo, la Inglaterra y la Alemania detuvieron a los rusos triunfantes a las puertas de Constantinopla.

¿Cómo ha pagado esa deuda de gratitud el Sultán actual? Desencadenando el fanatismo salvaje de su pueblo y ordenando el degüello de más de trescientos mil armenios, ante los ojos de la Europa, cuyos representantes, desconfiando unos de otros, han presenciado impasibles esa hecatombe sin igual. Al grito de indignación de la opinión pública, los gabinetes se alarmaron y empezó entonces esa farsa del acuerdo, en virtud del cual los embajadores europeos en Constantinopla, mientras se degollaba y se violaba en las mismas calles de la ciudad, como en los cuatro ámbitos del imperio, discutían con cómica gravedad el proyecto de reformas que debía imponerse al Sultán. Es lo mismo que querer domesticar un tigre y adiestrarlo para las apacibles labores de los campos. Pero entretanto, los degüellos recomienzan en Creta y entonces la Grecia entra en escena. Creta es griega, y griega pura, por más que digan todos

los embajadores turcos; que la Europa, mal inspirada, en el momento de la erección del reino helénico, haya retenido ese pedazo de la tierra sagrada para entregársela al Sultán de Byzancio, eso no cambia ni la historia ni el derecho. Recuerdo que Leopoldo, príncipe de Coburgo, el mismo que más tarde brilló sobre el trono de Bélgica — y padre del que allí reina actualmente, fué el primer candidato para Rey de los helenos; era entonces viudo de la princesa heredera de la corona de Inglaterra, que había perdido junto con el hijo, en el momento del parto. Leopoldo tenía poca gana de embarcarse en la aventura y tomó precisamente por pretexto, para negarse a aceptar la corona de Grecia, que Creta no formara parte del reino. Otón de Baviera fué elegido, pero no supo cimentarse y entonces fué llamado al trono el príncipe Jorge de Dinamarca, que hace más de treinta años lo ocupa dignamente. El Rey Jorge ha clamado hace veinte años por justicia ante la Europa; más de una vez ha dicho que veía el momento en que le sería imposible contener el estallido de su pueblo ante los sufrimientos de sus hermanos de Creta. La Europa no ha querido oirle y el momento solemne ha llegado. La Grecia ha enviado sus tropas y sus navíos a Creta, y hoy la Europa le intima, de una manera brutal, retirarse de allí, mientras emplea procederes de rara cortesía con la Turquía, ofreciendo en cambio para la isla una autonomía que es poco más o menos la que existe ahora y cuyos resultados han podido apreciarse plenamente. ¿Qué idea guía a la Europa? ¿Por qué, como primer castigo al Sultán por su barbarie, no dar pura y sencillamente la Creta a Grecia, devolver la hija a la madre? Porque eso sería tocar al

intangible, sacudir al podrido cuerpo otomano, que se caería a pedazos antes de que las potencias estuvieran de acuerdo para el reparto. Esa simple idea de que el imperio turco no tiene más vida que la que le da la dificultad de repartírselo en paz entre las potencias europeas, refleja sobre la cuestión de Oriente una luz incierta e inmoral que subleva el alma. Si se da Creta a la Grecia, se dice en las Cancillerías, la Servia y la Bulgaria querrán la Macedonia; al primer tiro de fusil, porque los turcos se batirán bien, como que es lo único que saben hacer, matar en paz o en guerra, el Austria, que quiere ir a Salónica, movilizará, la Rusia hará otro tanto, la Inglaterra cubrirá los mares con su flota, que a mis ojos puede medirse con la de la Europa entera, y la Alemania... Es preferible, pues, aplastar las legítimas aspiraciones del pueblo griego, negarle justicia y, sin ningún derecho en el fondo, imponerle la sumisión más degradante por la que pueda pasar una nación...

En este momento se hace pública la respuesta de la Grecia; su negativa de retirar sus tropas y naves de Creta es medida razonada pero firme. Prueba a mis ojos, de una manera palmaria, que la solución de las potencias no traerá remedio ni pondrá fin a las sangrientas convulsiones de la isla. Hace un llamado a la conciencia de la Europa, no ya para que se le entregue Creta, sino para que se deje a los cretenses que, por medio de un plebiscito, dispongan ellos mismos de su suerte. Y continúa armándose, llamando las reservas a las armas y enviando sus mejores batallones a la frontera de Tesalia, para resistir el primer empuje del turco, muy superior en fuerzas y listos a invadir.

¿Qué hará la Europa? Ustedes deben saberlo ya por el telégrafo; pero desde luego se puede ase-

gurar que, dado el carácter de la nota griega, que abre la puerta a nuevas negociaciones y el irresistible movimiento de la opinión pública que, aun en los países de gobierno absoluto o poco menos, no permitirá el aniquilamiento del pequeño y valiente pueblo griego, han de encontrarse nuevas combinaciones que no darán por completo satisfacción a los helenos, pero les permitirán retirarse con dignidad y esperar nuevos y mejores días.

La Europa no quiere la guerra, indudablemente, pero al mismo tiempo siente su conciencia oprimida por su actitud en la cuestión de Oriente; el grito de la justicia y del derecho se ha estrellado hasta ahora contra el temor de una conflagración general. Pero llega al alma de los pueblos, la agita con su fuerza irresistible, y los que gobiernan tienen que contar con ella. Ya el Emperador de Alemania, que pasa por el único sostenedor del Sultán, ha declarado que si la Grecia resiste, la Alemania no tomará parte en la coerción, no teniendo intereses inmediatos en Oriente, y se encerrará en una reserva absoluta.

En Francia, este gabinete, que vive, como todos los que le han precedido y le sucederán, de la vida efímera e incierta que le da una docena de votos de mayoría, caería como un castillo de cartas a la primera tentativa de emplear seriamente la fuerza contra la Grecia. En Inglaterra, la inmensa mayoría de que dispone el ministerio actual, una de las más formidables que registra la historia parlamentaria de ese país, no impediría que el gobierno y la Cámara misma fuera barrida por el huracán de la opinión pública desencadenada, si un barco o un regimiento inglés presentara combate a los griegos ocupados en defenderse de los turcos.

En Rusia la opinión pública no existe; lo que así se llama en San Petersburgo, es la manera de

pensar de la nobleza, de la finanza y del clero, es decir, de los tres cuerpos que viven codeando al trono, aspirando a esas distribuciones honoríficas, sutiles y mandarinescas, que tanta influencia tienen en la vida rusa. Pero debajo del grupo de privilegiados están las masas profundas del pueblo ignorante, fanático semi-salvaje, en cuyo cerebro no penetra ni puede penetrar ninguna idea política, que se bate como un león contra el enemigo de distinta raza y religión, pero que sería muy difícil al Czar mismo llevar en armas contra sus hermanos de Grecia, para ayudar al turco a aniquilarlos.

En Italia, que acabo de recorrer, de Sicilia a Venecia y de Bríndisi a Génova, hay una agitación tal en favor de la Grecia que, no digo el ministerio, hasta el Rey mismo jugaría su corona si quisiera violentar el sentimiento de su pueblo y llevarlo, después de la guerra absurda contra Abisinia, a la guerra vergonzosa contra Grecia.

Austria sería tal vez la nación en la que la acción del gobierno podría desenvolverse sin temer agitaciones graves en la opinión. El movedizo e inquieto Goluchowski que dirige hoy la política exterior, ha sido uno de los agentes más activos de la solución bastarda que ha querido darse a la cuestión cretense. Ese hombre, que tiene sobre sí el peso de las complicaciones internas e insolubles del imperio: la Hungría odiando el dualismo y aspirando a una independencia que no tardará en conquistar; la Bohemia, eslava hasta los huesos y perfilando ya su futura autonomía; ese hombre, repito, con su ansia de figuración, puede traer conflictos graves, si la prudencia y la mesura del Emperador Francisco José no lo contienen.

Pero si los veinticinco millones de españoles, los

tres y medio o cuatro de portugueses, los tres de suizos, los cinco de belgas, los tres de holandeses, los seis de suecos y noruegos, los dos de dinamarqueses y los cuatro o cinco de servios, rumanos, búlgaros y montenegrinos, no cuentan para nada en el concierto de las potencias, esos cincuenta millones de hombres diseminados en Europa, la mayor parte de ellos pertenecientes a países que están a la cabeza de la civilización, pesan y no poco en el movimiento general de la opinión de esta parte del mundo. Todos ellos, como los pueblos de las grandes potencias, ven en la Grecia la madre sagrada que ha hecho de nosotros, con el germen fecundo de su inimitable enseñanza, hombres libres, cultos y conscientes y comprenden que la deuda de gratitud que le debemos debe ser eterna.

No, las fuerzas europeas no destruirán la Grecia que en una hora bendecida sacaron de su sepulcro y devolvieron a la vida; los griegos lo saben y eso fortalece la conciencia de su derecho.

Otra de las curiosidades que presenta la Grecia es la situación de familia de su soberano y sus vinculaciones con las casas reinantes de Europa. Esas vinculaciones no tienen hoy importancia de ningún género y en el pasado mismo, en pocos casos se han hecho sentir eficazmente en la política. Una de las guerras más tenaces entre la Francia y la España, la guerra que vió Rocroy, Lens y Nordlingen, en la primera mitad del siglo XVII, se desarrolló mientras Felipe IV reinaba en la península y su hermana Ana de Austria era regente de Francia.

Pero si esas vinculaciones no determinan actos políticos ni modifican los planes de los gabinetes, en lo que a la Grecia se refiere, pueden tener gran importancia en un momento crítico y pueden ponerse en juego para salvar el trono al soberano.

El Rey Jorge de Grecia es hijo del Rey de Dinamarca y esposo de una gran duquesa rusa. Sus tres hermanas son: la princesa de Gales, la Emperatriz madre de Rusia (que es quien realmente gobierna hoy ese imperio) y la duquesa de Cumberland, que debió ser reina de Hanover. El duque de Esparta, hijo mayor del Rey Jorge y heredero del trono, es casado con una hermana del Emperador Guillermo II. Una hija del Rey de Suecia es casada con un hermano del Rey de Grecia y una princesa de Borbón-Orleans con otro hermano. El Rey de Dinamarca es el soberano que ha colocado mejor a sus hijos, tan bien, que quizá el menos favorecido es el príncipe heredero...

Las malas lenguas dicen que el Rey Jorge se ha lanzado a la aventura, porque tiene las espaldas bien guardadas por esa ilustre parentela. Otros espíritus no menos suspicaces sostienen que el Rey está harto de Atenas y de los griegos, y que ha aprovechado del ardiente entusiasmo que reina allí para tentar el golpe de audacia de resistir a la Europa, resuelto a abdicar como un mártir, cimentando así su dinastía, y venir a terminar su vida en París, con una buena renta, a la manera del Rey Milán de Servia, el más alegre vividor de los tiempos modernos...

Acaba de hacerse pública la respuesta de la Grecia a la nota conminatoria de las potencias. Es una negativa, pero las consideraciones en que se funda y el tono mismo de la actitud adoptada han hecho comprender a todo el mundo que la vía de las negociaciones queda abierta y que el peligro del conflicto se ha alejado. Lo creo así; pero esta cuestión de Oriente es un verdadero Proteo y me temo que, con los primeros deshielos, se presente bajo otra forma y de nuevo amenace la paz de la Europa. Esa cuestión no tiene más que una solución y la

dificultad no está en encontrarla, sino en ponerse de acuerdo para imponerla. El día en que la Turquía europea haya dejado de existir y se haga el reparto de acuerdo con las legítimas aspiraciones de raza no habrá ya cuestión de Oriente. Pero para que ese cielo se serene hace falta una tormenta que barra con todas las nieblas que lo obscurecen. Es esa tormenta la que se teme en toda Europa.

La diplomacia se mueve, las armas relucen, las amenazas se cruzan; pero, en el fondo, hay la conciencia general de que todo este ruido no pasará de palabras y que ningún cristiano de Occidente se atreverá jamás a desnudar la espada sacrílega contra la tierra que dió vida a aquel pueblo maravilloso que nos educó el alma y el espíritu y nos elevó a la dignidad de hombres (1).

París, Marzo 1897.

---

(1) Después de la guerra turco-helénica y sus deplorables resultados, un ministro diplomático griego, que se encontraba en París de paso y con quien jugaba al *poker* en un club, me explicaba la actitud de la Grecia, como un *bluff* o *campana*, que nunca se creyó en Atenas que los turcos *vieran*, por temor a la Europa. El Emperador de Alemania garantizó al Sultán la neutralidad de la Europa y facilitó así la azotaina a los pobres griegos. Ese monarca tiene también sobre la conciencia la destrucción de las dos repúblicas sud-africanas, pues sin su telegrama, cuando el fracaso del malón de Jameson, dirigido al Presidente Kruger, éste ni su pueblo se habrían atrevido jamás a jugar la existencia nacional, en una lucha absurda, solos, con la Inglaterra.

Una fechoría de Bismarck

A Amancio Alcorta.

El asunto del día, la preocupación, no sólo de toda la prensa europea, sino también de todos los centros en que se hace la política que mantiene en pie este complicado mecanismo de la paz general, es la bomba lanzada por un diario de Hamburgo, órgano personalísimo del príncipe de Bismarck, revelando la existencia por un largo período, durante el cual regían los tratados de la triple alianza, de un pacto especial entre la Rusia y la Alemania. Si en materia de política internacional la palabra infidencia tiene sentido, se puede asegurar que rara vez la historia presenta un caso de más acabada deslealtad. Se necesita que las pasiones del príncipe de Bismarck sean de una violencia extraordinaria, su odio y su rencor para los artífices de su caída bien profundos, para que se haya determinado, por una satisfacción de amor propio que compromete, según afirman sus adversarios, tanto su reputación moral como los intereses mismos de su país, a hacer pública una combinación diplomática que los antagonistas más decididos de la *triplice* no habrían soñado jamás poder esgrimir como un arma de combate.

Las estipulaciones precisas de la triple alianza, esto es, del acuerdo entre la Alemania, Austria-Hungría e Italia, no son conocidas. Pero por las publicaciones fragmentarias hechas por el mismo príncipe de Bismarck, en momentos en que esa pu-

blicidad le fué necesaria, así como por el carácter de la política seguida por las tres naciones y de los hechos que la misma ha determinado, las bases de ese pacto puede decirse que son del dominio público. La alianza, en la forma, tiene todo el carácter de defensiva. Cada una de las naciones se compromete a poner en movimiento sus fuerzas de mar y tierra — a cuyo efecto se establece el número de soldados que cada parte contratante está obligada a mantener en armas — en defensa de aquella nación aliada que sea atacada.

Así, si la Italia o la Alemania es atacada por la Francia, las otras dos naciones deben unir sus fuerzas a la que reciba el ataque del mismo modo que la Alemania y la Italia deben defender a Austria-Hungría, en caso de ser ésta atacada por la Rusia. Esa ha sido la base constante de la triple alianza; ahora bien, Bismarck acaba de revelar que, de 1884 a 1889, la Alemania y la Rusia han estado ligadas por un tratado secreto, en virtud del cual las dos naciones se comprometían a observar recíprocamente una neutralidad benévola o simpática, en caso de que una de ellas fuera atacada.

Naturalmente, ante semejante noticia, la prensa de Viena, a pesar de los esfuerzos oficiales por contenerla, estalló de indignación. El órgano de Bismarck, que había dado la noticia, sostuvo la legitimidad del pacto celebrado por éste, fundándose en que la Alemania no estaba comprometida a sostener al Austria sino en el caso de que ésta fuera atacada, y en manera alguna si ella fuera la agresora. Que, por lo tanto, había quedado con las manos libres para pactar la neutralidad con la Rusia, lo que le daba la ventaja enorme de tener la espalda guardada, en caso de un ataque de la Francia a la Alemania.

Nada más falso, nada más especioso que ese sis-

tema de defensa; si en las querellas particulares, generalmente el que provoca a duelo es el que ha sido ofendido, el que ha recibido en realidad un ataque a su honor o a su interés, el caso análogo es más frecuente aun entre las naciones. El hecho material tiene una importancia secundaria; la responsabilidad de la guerra la tiene el que la hace irremediable. Nadie sabe mejor que el príncipe de Bismarck esas cosas. Si su teoría hubiera sido exacta en la historia las naciones se habrían espiado, como los ciclistas que hacen un *match* y que se observan para ganarse el tirón. En una palabra, la declaración formal de guerra no habría existido nunca. La guerra franco-prusiana, resuelta indudablemente un instante en el ánimo del gobierno francés, había cesado de ser una amenaza en los primeros días de Julio de 1870; fué Bismarck quien la hizo forzosa con la falsificación del despacho de Ems.

A pesar, pues, de los términos literales del tratado de la *triplice,* el Austria reposaba tranquila en el espíritu de ese convenio, resuelta a poner sus fuerzas al servicio de la Alemania contra la Francia, en cambio del concurso de la Alemania en caso de un conflicto austro-ruso. Nada habría sido más fácil a Bismarck que determinar, bajo cuerda, al Austria a llevar la primera un ataque a la Rusia, sacar luego a luz su tratado con ésta y, una vez tranquilo por la lucha trabada entre sus vecinos del norte y del sud, caer él mismo con toda su fuerza sobre esta Francia que cometía el delito de levantarse después de la caída, mostrándole que los golpes de maza del tratado de Francfort no la habían herido de muerte.

¿Cómo la Rusia pudo firmar un tratado semejante, después de la actitud de la Alemania en el

Congreso de Berlín, en el que la primera fué despojada de todo el fruto legítimo de sus esfuerzos contra la Turquía y vió reducido a polvo el tratado de San Stefano? Es que la Rusia tenía entonces sobre la conciencia su fría actitud para con la Francia en 1871 y temía, con razón, que ésta se abstuviera de intervenir en caso de que la Alemania y el Austria-Hungría cayeran sobre ella unidas. El peligro era muy grande y el pacto secreto fué celebrado. Pero se dice que el Emperador actual de Alemania, una vez en el trono e informado de ese pacto, juzgó que su publicidad le enajenaría la amistad del Austria, más preciosa para él que la de la Rusia, y después de informar privadamente de la existencia de ese convenio al emperador Francisco José, con promesa de denunciarlo inmediatamente, desembarcó al príncipe de Bismarck con sin igual soltura y energía. Alejandro III de Rusia, por otra parte, convencido de la perfidia de Bismarck en los asuntos de los Balcanes, puesta en claro por la publicación de los documentos belgas, había resuelto no persistir en un convenio que, en el fondo, repugnaba a su naturaleza leal y franca.

Hoy, ante el éxito enorme de la alianza franco-rusa, que indudablemente ha cambiado el eje de la política europea, Bismarck, con la publicación del pacto secreto ruso-alemán, ha querido probar hasta qué punto velaba por los intereses del imperio germánico, y cuánto su caída y su reemplazo por Caprivi, a quien odia, ha sido fatal a los mismos.

El gobierno alemán se ha limitado a la publicación de una nota semi-oficiosa, escudándose, por decir así, tras el secreto profesional, pero de la que se desprende neta y claramente la existencia real de ese tratado. El Emperador salvó su decoro personal con la comunicación confidencial hecha al

soberano austriaco y condenó netamente también esa política, separando a Bismarck de la dirección de los negocios públicos.

Además, se dice que el gobierno alemán ha hecho advertir a Bismarck que si continúa haciendo semejante uso de los documentos reservados que indebidamente tiene en su poder se verá obligado a ordenar una pesquisición en su domicilio, a fin de recuperar el archivo secreto de que el canciller se proveyó en el momento de su caída.

Tal es hoy el estado de las cosas. ¿Qué efecto ha producido el acto de Bismarck en Alemania y en Europa?

Descartemos desde luego la opinión de la Europa, que en este caso no tiene ni puede tener ningún valor. En el fondo, la mayor parte de las naciones europeas tienen viejos y secretos rencores contra el gran canciller de hierro. Sin hablar de la Francia, la Rusia desde el tratado de Berlín, el Austria desde Sadowa, Dinamarca desde la guerra del 64, la Inglaterra misma, que nunca vió con buenos ojos el crecimiento extraordinario de una nueva potencia con la que fatalmente tendría que encontrarse en el campo de sus conquistas coloniales. Así, franceses, rusos, austriacos, ingleses, dinamarqueses, hasta los españoles mismos, que están en un momento de efusión simpática hacia la Francia,—porque ésta, hábilmente, para tener las espaldas de los Pirineos guardadas en caso de guerra, ha abrazado decididamente la causa española en Cuba—todos condenan, en nombre de una moral que recuerdan sólo para juzgar los actos ajenos, el proceder del príncipe de Bismarck.

¿Pero en Alemania? Las exigencias de la política interior y de la lucha de los partidos puede determinar a algunos diarios, socialistas unos, órganos oficiales u oficiosos otros, a emprender una

campaña violenta contra la diplomacia del canciller. Dudo que esa actitud encuentre eco en el corazón del pueblo germánico. Para éste, Bismarck es el creador de la unidad nacional, el hombre que ha dado a Alemania, la dignidad, la fuerza y la gloria. Desmenuzar sus procedimientos, analizar a la luz de una regla moral inflexible los recursos de que ha echado mano para llegar a su maravilloso resultado, no entra en la cabeza de ningún alemán que ame a su patria. Arístides, aconsejando al pueblo ateniense el abandono de un proyecto de destrucción de la flota enemiga, porque no era leal ni caballeresco, pasa, entre los escolares alenes que estudian la historia griega, por un tilingo rematado.

Bien consideradas las cosas, no veo motivo por qué la convención humana (y todo es convención en el mundo, incluso la moral) ha de permitir que cuando los pueblos están en guerra, los buques cambien de bandera para engañar al adversario, se fusilen diez habitantes de una aldea porque a un habitante de ésta se le ha ocurrido derribar a un soldado enemigo desde un granero, arrasar las campañas para que los niños, los viejos y las mujeres se mueran de hambre, cubrir de obuses de melinita una ciudad llena de inocentes, esconderse en un pliegue de terreno para asesinar a mansalva a las gentes de un convoy; no me explico, repito, que todas esas atrocidades sean aceptadas y se pretenda juzgar con severidad actos diplomáticos que tienden o a evitar esos horrores o a asegurar la victoria en caso de tener que afrontarlos.

Todo eso ha sido y es hipocresía; Maquiavelo, sin cinismo de ninguna clase, porque no lo había en formular las ideas corrientes y aceptadas de la época, ha trazado con toda sinceridad las reglas

que deben observarse en las relaciones de los pueblos, en tanto que la guerra sea una institución humana. La ley suprema es la salvación, el triunfo, la ventaja de la raza, de la nación, de la ciudad, de la familia. La lucha trae esas consecuencias forzosas; no debe lucharse sino para vencer y para aprovechar la victoria. El cristianismo ideal, que es una forma de la moral más constantemente aceptada por todos los filósofos en el tiempo y el espacio, tiene indudablemente otros principios, aunque sus representantes oficiales en la tierra han aplicado siempre los primeros. Pero hoy los pueblos no son ni cristianos, ni mahometanos, ni budistas; son agrupaciones que corren tras el bienestar: la riqueza, la tranquilidad, los goces del espíritu y del cuerpo y que conceptúan esos beneficios como el ideal de la aspiración humana.

Dejémonos, pues, de lirismos: Carlos Guido y Spano, allá en 1874, erguido como un compañero del rey Arturo, acariciando el anacrónico tahalí del que pendía su espada, estaba en la lógica de su alma de poeta, protestando de que le hicieran madrugar para sorprender al enemigo, al que, a su juicio, se le debía dar cita en campo abierto y hora determinada. Carlos Guido no hubiera jamás falsificado el telegrama de Ems, pero tampoco habría hecho la unidad alemana...

Bismarck no es simpático, indudablemente, y la historia, especialmente la que se escriba fuera de las fronteras de la nación que creó, acudirá al viejo arsenal de los preceptos evangélicos para juzgar su acción con la severidad que la hipocresía humana exige. Pero todo aquel que sienta en su corazón vibrar vigoroso el amor patrio ha de aspirar con toda su fuerza a que la Providencia envíe a su pueblo directores de ese calibre. Sully, el duro hu-

gonote de Enrique IV y Richelieu, no era tampoco simpático, como no lo fué Colbert, como no lo han sido la mayor parte de los hombres de Estado que han abierto surco profundo en la historia. La simpatía irradia de aquellos en quienes se siente o se adivina un corazón lleno de amor por la especie humana, y tengo para mí que no se puede guiar el rebaño, amoldarlo y reprimirlo sino cuando se tiene por él lo que el vulgo llamaría desprecio, pero que, bien considerado, no es sino la conciencia de la superioridad.

Bismarck la tiene, tal vez exaltada hasta la ilusión. Para él, Caprivi era un comparsa, Hohenlohe un reblandecido, y el mismo Emperador, que no le oye y obra a su antojo, un impulsivo peligroso, sin la menor aptitud para continuar su obra.

De todas maneras, el duelo supremo ha empezado; nada ha podido impedirlo, ni las visitas imperiales a Friederichsruhe, ni las atenciones más solícitas, ni los homenajes más significativos. Bismarck no perdona. Figuráos cuál será el estado de alma del joven Emperador, mil veces más autócrata por naturaleza que el Czar de Rusia, penetrado, no sólo de su misión providencial, sino de su genio político, ante el resultado que sus avances y genuflexiones ante el solitario canciller han producido. Lo más probable es que las amenazas veladas que ha lanzado contra éste no se lleven a efecto. Es una partida muy gorda, porque la Alemania entera, la opinión alemana que acompaña al Emperador, mejor dicho, y que es la única de que él se preocupa, protestaría de una manera formidable. Bismarck ha entrado en la historia y es una tontería batirse contra la leyenda. No: probablemente el duelo lo resolverá la muerte, la buena y eterna solución que todo lo arregla. Anda por

ahí, hace años, rondando entre las espesas arboledas de Friederichsruhe y una de estas mañanas echará mano a su presa.

¿Quién habría dicho, hace veinte años, que ante esa noticia, el ¡ouff! de mayor alivio saldría del pecho del Emperador de Alemania?

París, Noviembre 1896.

Un ocaso sereno y una aurora inquieta

A Estanislao S. Zeballos.

La Reina Victoria acaba de celebrar su jubileo. El pueblo inglés ha tomado por pretexto el aniversario de los sesenta años de reinado de su soberana, para tributarse a sí mismo, a su propio esfuerzo y a su propia gloria, el homenaje magnífico de que la ciudad de Londres ha sido teatro. Ha sido un verdadero triunfo romano; como en los cortejos estupendos de la Roma imperial los reyes y príncipes del Asia seguían el carro del triunfador, ayer, tras la carroza de la Reina de Inglaterra, todas las dinastías y todos los gobiernos del mundo estaban representados.

A la verdad, en los tiempos modernos, el pueblo inglés parece ser el heredero directo del pueblo romano. Las otras naciones europeas han tenido sus momentos de supremacía y de gloria, como en la antigüedad brillaron un instante la Grecia, más tarde Cartago o aquellos imperios efímeros como Palmira. Así la España, la Francia, la Holanda misma y hoy la Alemania, han tenido sus horas de embriaguez, en las cuales el sueño de la dominación universal ha acariciado el corazón y el cerebro de sus hijos. Pero a todas ha faltado ese conjunto de circunstancias y virtudes, esa educación especial, esa tensión constante hacia el objetivo único, esa unidad en el esfuerzo, esa profunda sabiduría que aconseja perfeccionar el instrumento antes de emplearlo, esa paz interior perenne que

deja libre el brazo para la acción externa, que ha distinguido al pueblo inglés en los dos últimos siglos. Cuando se estudia aquella Inglaterra de Carlos II, enervada por su esfuerzo de 1640, olvidada ya de los días de fuerza y gloria que Cromwell la hiciera conocer, deprimida bajo la voluntad de Luis XIV,—cifra insignificante en el cuadro de la Europa—y se la compara con la Inglaterra de hoy, fuerte y rica como jamás pueblo alguno de la tierra lo fué, admirable de orgullo y dignidad dentro de su aislamiento soberbio, arrostrando tranquila las iras del mundo entero, dominadora de Asia y del Africa, señora de los mares, dueña de todos los pasajes obligados en las grandes rutas humanas, con un pie en cada región del mundo habitado donde su previsión le hace ver un baluarte para la defensa de sus intereses; cuando se contempla ese cuadro, repito, un sentimiento de estupor se apodera del espíritu. Paréceme que, tras el correr de los tiempos, cuando el pastor de Macaulay, cuidando su rebaño en las praderas que allá en el remoto pasado ocupó la metrópoli británica, contemple las ruinas de San Pablo, no será la admiración por el durar eterno de la Iglesia Católica la que llenará su alma, sino el asombro sagrado, la veneración por los altos hechos del pueblo inglés.

Son bravos, son rudos, son egoístas, son romanos. El ideal, para ellos, no es la concepción vaporosa que vive en las regiones puras del espíritu; es la marcha real hacia adelante, la dominación, el triunfo, y tras éste el fruto noble de la victoria, la organización de los pueblos vencidos, su transformación en fuerza productiva y, lentamente, su encaminamiento a la libertad. No hacen flotar su bandera sobre los mares y los desiertos como un

símbolo de redención, pero allí donde ella flamea algún día imperará el bienestar, el orden, reinando sobre hombres y no sobre esclavos.

No son simpáticos, porque son ásperos, egoístas y porque la conciencia de su superioridad como raza, les imprime ese sello de prepotencia que es insoportable al latino. Saben que el día del descenso y la caída un grito de júbilo va a salir del pecho de todos los hombres que no tienen sangre anglo-sajona en las venas. Por eso tratan de cubrir el mundo con su raza para que, si en el correr de los tiempos, la estrecha isla soberana, fatigada, exhausta de su esfuerzo secular, decae en su fuerza y en su acción, una nueva metrópoli surja al otro lado del océano y recoja de la vacilante mano de la madre moribunda el cetro de la dominación.

Jamás pueblo alguno dió a su civilización un carácter más personal y a todos sus sistemas y métodos un sello más exclusivo. Han dado a la humanidad el gran ejemplo del gobierno libre, pero jamás se les ha ocurrido hacer de su régimen político un tema de propaganda. ¿Es indiferencia? Un tanto; pero sobre todo, es la noción consciente de la incapacidad extraña para gozar de sus beneficios.

Los triunfos no les embriagan, ni los desastres les deprimen. Siguen su ruta con ánimo implacable de seguirla, y si poco les importa el afecto humano, tienen en mucho los sentimientos a que aspiran y que saben imponer: el respeto y la admiración.

Mientras la anciana Reina, rodeada del amor de su pueblo, se aproxima lenta y gloriosamente al reposo eterno, en otro rincón de Europa acaba de

venir al mundo un ser que era esperado con ansiedad, porque podía ser el heredero de uno de los mayores tronos de la tierra. La Emperatriz de Rusia, aquella Czarina fina y distinguida que vimos cruzar París como una visión oriental, acaba de dar a luz su segundo hijo. Las esperanzas han sido defraudadas, y en vez del príncipe deseado, ha sido una nueva gran-duquesita la que ha venido a hacer compañía a la pequeña Olga, tan popular en Francia durante el inolvidable viaje del Czar.

No vayáis a pensar que los hijos de esa laya nacen con la misma sencillez que los hijos de los humildes mortales, como nosotros. El procedimiento fisiológico es idéntico, indudablemente y, según la tradición consagrada, vienen al mundo bajo la misma *choux* que los vástagos de un carbonero. Pero el aparato, las precauciones que se toman son tan curiosas, que me vienen deseos de contaros el nacimiento del actual Rey de España, S. M. Alfonso XIII, que ha entrado ya en sus doce años de edad y que no tardará en sentarse en el trono que tan digna y cuidadosamente le ha conservado su augusta madre.

La situación era la siguiente: a la muerte de Alfonso XII la Reina Cristina quedó en cinta. Tenía dos hijas, la mayor de siete años y la segunda de cinco. La primera llevaba el título de princesa de Asturias, como heredera del trono. En la espera del alumbramiento, la opinión estaba dividida entre todos los españoles que formaban parte de los partidos monárquicos. Unos deseaban que el vástago esperado fuera varón; pero la mayoría hacía votos porque fuera mujer. El razonamiento de los últimos, que eran indudablemente los más, se fundaba en que el nacimiento de una princesa, consagrando definitivamente los derechos de la princesa de Asturias, que contaba siete años, acortaba de otros

tantos la duración de la regencia, que veían llena de peligros para el porvenir de la institución monárquica. Los otros sostenían que la experiencia en España del último reinado femenino había sido desastrosa; que el pueblo español amaba ser mandado por un hombre y, por fin, que el tacto y la prudencia de la Reina Regente eran una garantía que tranquilizaba respecto a la larga duración de la regencia.

Entre tanto, el tiempo corría y la Reina empezaba a estar fuera de cuenta, como dicen las mujeres de nuestra tierra, que se equivocan siempre en la única operación matemática que tienen que hacer. Todas las precauciones habían sido tomadas y las personas designadas para asistir al acto debidamente advertidas que debían encontrarse listas al primer llamado. Los ministros del gabinete, los presidentes de las cámaras y de los altos tribunales, los embajadores, los ministros plenipotenciarios, los capitanes generales, el obispo, ¡qué se yo cuántos otros personajes! debían dormir sólo con un ojo, teniendo el otro fijo en el uniforme que al pie de la cama esperaba la señal. Tengo todos estos detalles de un hombre cuya posición le obligaba a estar a la expectativa.

Generalmente ese gran misterio de la venida al mundo de un ser humano ocurre de noche. Pero la Reina, llevando al extremo su inagotable bondad, sintió los primeros síntomas a las diez de la mañana y un cuarto de hora más tarde los ujieres de palacio se esparcieron por todo Madrid, llamando a cada puerta de las indicadas y pronunciando la frase consagrada: "S. M. la Reina, que Dios guarde, ha sentido los primeros dolores". El uniforme, un coche y a escape a palacio. Todos los llamados se encontraban en un salón contiguo al cuarto de

la Reina. Se hablaba en voz baja, porque se oían de tiempo en tiempo los quejidos de la noble señora en su trabajo sagrado. Había una expectativa inmensa y angustiosa, que se reflejaba en los rostros inquietos de los viejos generales, de los hombres de Estado, y hasta de los jóvenes militares y gentilhombres que hacían el servicio de honor. Sólo los diplomáticos ostentaban ese aspecto impasible, que el vulgo atribuye a elevación de pensamiento y dominio de la vida, y que no es, ciento una vez por ciento, sino la traducción plástica de un vacío inmenso y desolado dentro del cerebro y de una sequedad de yesca al sol dentro del corazón. Así se esperó durante dos horas, hasta que un grito desgarrador anunció que el drama concluía. Un silencio imponente se hizo; a poco, la pálida y cetrina cabeza de Sagasta, presidente del consejo entonces, apareció entreabriendo la cortina del cuarto de la Reina. Se quedó algunos segundos mirando a la concurrencia, como si no encontrara la fórmula deseada para dar la noticia. Al fin dijo, simplemente: "Rey, señores", y agregó, siempre en voz baja: "¡Viva el Rey!". Todo el mundo contestó: "¡Viva el Rey!" en el mismo diapasón y los rostros se iluminaron. Aun aquellos que habían deseado una princesa, por las razones ya indicadas, se entregarn con júbilo al regocijo. Para esos hombres, en quienes el sentimiento monárquico, arraigado secularmente, es una especie de religión, así como para aquellos que sin tener esos sentimientos sólo ven posible la tranquilidad y el progreso de España bajo un trono constitucional, el nacimiento de aquel niño, último vástago, en tierra española, de las grandes razas que reinaban en la península desde los albores de la Reconquista, Borbon por el padre, Habsburgo por la madre, tenía algo de providencial. Algunos llegaban a creer que ese ni-

ño estaba llamado a resucitar la antigua grandeza de España y se entregaban con delicia al dulce sueño patriótico.

En tanto, el héroe de la fiesta había sido convenientemente lavado y suavemente colocado, en el traje somero en que acababa de hacer su entrada triunfal, en una coqueta canastilla acolchada, sostenida en brazos por la dama mayor de palacio. Todos los concurrentes habían hecho círculo cuando apareció el cortejo en la puerta del cuarto de la Reina. La dama mayor lo recorrió lentamente, dando tiempo a que se constatara bien el sexo y luego, con su augusta carga en brazos, hizo una majestuosa reverencia y desapareció. Entonces se oyeron gritos más entonados vivando al Rey y a la Reina. Un lunch estaba preparado, al que hicieron honor alegremente todos los concurrentes. Así vino al mundo S. M. Don Alfonso XIII, el único soberano, en la historia de Europa, que haya nacido Rey.

Hoy tiene doce años, como he dicho. Todo cuanto la vigilancia de una madre inteligente y amorosa puede idear en obsequio de la educación de un hijo, todo cuanto los hombres han inventado para nutrir el espíritu de los niños y fortalecer su cuerpo, todo se ha puesto en práctica para formar el carácter de esa criatura destinada a regir los destinos de más de veinte millones de hombres. No ha tenido, como el duque de Borgoña, el hijo del gran Delfín, un abuelo como Luis XIV, un ayo como el duque de Beauvilliers, ni un preceptor como Fenelón. Hombres de esa talla no nacen todos los días y cuando el destino quiere que se reunan para llevar a cabo una obra, como la educación de un príncipe, que puede influir en la marcha de la humanidad, un capricho de la suerte la esteriliza, arrebatando en plena juventud al objeto de tantos

cuidados, como sucedió con el heredero del trono de Francia.

El trono español parece firme por el momento, sostenido por la ruda lucha en que está empeñada la madre patria por mantener bajo su dominación las últimas colonias que le quedan, restos de su grandeza pasada. Pero aun tengo en el oído aquellas palabras salidas de los labios de Castelar, un día que el eminente tribuno había invitado a su mesa a uno de los hombres más expectables y distinguidos de la República Argentina: "la monarquía es necesaria durante la minoría... de la República". ¿Hasta cuándo durará esa minoría? En España ha pasado, respecto de las instituciones republicanas, algo parecido a lo que sucedió en Francia. El horror de los crímenes y excesos del 93 no sólo hizo posible el imperio y soportable la Restauración, sino que este acuerdo mató el segundo conato del 48 y facilitó la usurpación de Luis Napoleón. En España el primer ensayo de la República fué también salvaje y los crímenes de los cantonalistas no le fueron en zaga a los de los jacobinos. Pero si hay algún pueblo sobre la tierra organizado por la naturaleza y la historia en república federal, es España. Contra esas corrientes profundas no se puede luchar.

Así, mientras la soberana de Inglaterra, en el más soberbio ocaso que recuerdan los hombres, desciende a la tumba con la conciencia de que su pueblo seguirá su marcha ascendente, el niño Rey llega a la adolescencia en la aurora inquieta de un porvenir difícil y lleno de tormentas.

París, Junio 1897.

Demos en casa de Autokrator

A Adolfo E. Dávila.

Al fin, el vago rumor ha tomado formas y el viaje de M. Félix Faure, Presidente de la República Francesa, a San Petersburgo, para pagar la visita de la pareja imperial rusa el año pasado, se ha resuelto. Las Cámaras han sido consultadas, bajo la forma de un crédito suplementario de 500.000 francos para los gastos de viaje y, contra una oposición insignificante (a la que los socialistas, por función estaban obligados) han sancionado la ley y, por tanto, aprobado el acto del Presidente. Lo curioso es que ese proyecto de ley ha sido presentado a la Cámara, en la sesión siguiente a la que ha ocupado M. Jaurés, el *leader* socialista, en la exposición de sus ideas y del plan completo de reforma social a que éstas conducen. Yo creo poco en la sinceridad de todos los fanáticos en general, pero mi escepticismo está en razón directa de la fama intelectual de los mismos. Que un cura de campaña, confinado en una aldea durante treinta años, desde el día de su salida del triste y seco seminario provincial, poseedor de una inteligencia común y tranquila, transcurriendo la vida lejos de esos ambientes que excitan la curiosidad y empujan a la duda, permanezca sinceramente adicto a la fe completa, absoluta, redonda, de la doctrina que le han enseñado, que no vea un símbolo en ciertos pasajes de la escritura y en todos los mi-

lagros sin excepción, hechos tan plausibles como el nacimiento de la hierba en los campos o la caída de la lluvia, nada más natural. Que un infeliz de la última clase social, sin educación, sin lectura, incapaz de la más modesta generalización, viviendo en la miseria y penando para dar de comer a los suyos, sienta el odio y la envidia nacer en su alma a la vista de las fastuosidades que le rodean y crea en la panacea del dogma socialista, nada más lógico. Pero que el padre Secchi, después de recorrer los cielos con la alta mirada de su espíritu, crea sinceramente que ese mismo sol que acaba de estudiar fué detenido en su carrera ficticia, como cuenta la escritura, para dar tiempo a concluir no sé qué pequeño asunto humano; pero que M. Jaurés, que es una de las inteligencias más cultivadas, vivas y penetrantes con que se honra la generación que está actualmente en pleno vigor en Francia, crea, en la sinceridad de su alma, que la mayor suma de felicidad posible para los hombres reinará sobre la tierra el día en que, por una ley, las Cámaras decreten la expropiación de todas las tierras, capitales, fábricas, muebles, etc., que forman hoy la fortuna particular... ¡hum! son cosas que ultrapasan mi fondo de credulidad.

Entre repartir los bienes de los ricos entre los pobres y votar medio millón para que el Presidente de la República, representante de la odiada burguesía reinante, vaya a hacer genuflexiones ante el Czar de Rusia, que está tan en el polo opuesto del socialismo, que casi se confunde con él, hay una media tinta suficientemente marcada para que los oradores socialistas en el Parlamento y sus órganos en la prensa se hayan permitido algunas amenidades de grueso calibre, que afortunadamente no tienen importancia internacional. La opinión pú-

blica desea el viaje del Presidente; ¿es porque el entusiasmo por la alianza rusa dura con el ardor de los primeros días? No lo creo; la luna de miel ha pasado y los cónyuges empiezan a descubrirse rasgos de carácter que hacen ver una amenaza de seria incompatibilidad futura. Pero como el marido que advierte en la conducta de la mujer algo que le choca, le incomoda y le hiere ligeramente, pero que no deja traslucir nada de su impresión, en consideración o a los hijos, o a la fortuna, o a la influencia y valimiento de la familia de su mitad, así la Francia, esta Mademoiselle Poirier que se ha casado con el marqués de Presles, empieza a notar que le será necesaria mucha calma, mucha dulzura y mucha condescendencia para no dar al traste con todo y hasta presentarse pidiendo divorcio. Que la Francia ha andado a remolque de la Rusia durante todo el último acto de la cuestión de Oriente, en que la Rusia, con una brutalidad tal vez escasamente disimulada, no ha tenido en cuenta para nada los sentimientos ni las tradiciones del pueblo francés, es algo que está en la conciencia de todos los hijos de este país, que reflexionan y pesan. Así, la fe en la alianza empieza a cubrirse de una tenue nube. Otro síntoma significativo es la admiración, casi diría la envidia, con que este pueblo ha mirado la magnífica apoteosis que la Inglaterra se ha discernido a sí misma bajo pretexto del jubileo de su Reina. Ese espectáculo de poder, de fuerza y de confianza, dado por una nación que tiene intereses antagónicos con todas las naciones de la tierra y que vive sola, soberbiamente aislada, sin buscar ni aceptar alianzas de ningún género, guiada sólo por el ideal de su grandeza, causa en los franceses refunfuñantes el mismo efecto que produce en el ánimo del desgraciado que conduce en el paseo, aferrada a su brazo una áspera y pun-

tiaguda mitad de cincuenta años, el encuentro de un antiguo amigo, libre, suelto y de juvenil aspecto, sin cadenas que le retengan al borde del placer.

No, no es, por el momento, el entusiasmo el que hace aprobar el viaje del Presidente: es la vanidad, la pura y simple vanidad. El jefe del Estado es el representante genuino, la encarnación de la clase dominante y gobernante en Francia, de la más completa, exclusiva y cerrada burguesía. Se ha hablado mucho de la burguesía de la monarquía de Julio; pero sin hacer comparaciones que podrían chocar y que saldrían del tono de mi pluma mesurada, desearía simplemente que el que estas líneas lee evocara con el pensamiento los nombres de los directores de la Francia bajo Luis Felipe, en el gobierno, la prensa, el Parlamento, las artes y las letras... y luego recordara los de aquellos que, de diez años atrás, llenan las mismas funciones en la Francia actual. Sí, quien reina es la burguesía, con la honestidad, la inteligencia, el criterio y el ideal burgueses. ¿Por qué dura? Porque tiene todos los manubrios de la máquina en la mano, porque las clases superiores están dislocadas, dispersas, sin cohesión, sin jefes, sin esperanzas; porque el pueblo verdadero, la masa, los paisanos que trabajan, y no las chusmas suburbanas donde se recluta el socialismo, saben por experiencia que todo cambio les cuesta caro, y que al fin y al cabo es más fácil que el hijo de un labrador llegue a ser prefecto o diputado republicano, que marqués del antiguo régimen o senador imperial.

La vanidad burguesa se infla, pues, ante la acariciada expectativa de ver a su representante alojado en Peterhof, agasajado, por el autócrata, tratado como un soberano. Y por eso, para que haga buena figura, sin meterse en locuras, le vota medio millón de francos. ¡Lo que habrá sonreído el jo-

ven Czar, dentro de su barba, ante esa suma que los burgueses han votado, tal vez con un gemido. Como es sabido, el Emperador de Rusia no tiene lista civil. El presupuesto se establece anualmente para las necesidades de la administración y como la contabilidad tiene también sus exigencias, allá al final hay un solo renglón que equilibra las columnas: *gastos de Su Majestad*, tanto. En esa cifra puede entrar la Rusia entera, las vidas y las haciendas de ciento treinta millones de hombres. Trataréis de absurdo ese régimen; es el único posible, por el momento.

Los quinientos mil francos de M. Faure no van, pues, a hacer mucha mella por aquellos mundos. Yo he visto a un conde polaco, a un Potocki, perder en el club, el mismo día, en dos sesiones de baccará, antes y después de comer, precisamente la suma que el Parlamento ha votado para gastos a M. Faure. Me diréis que este digno magistrado no va a Petersburgo con objeto de ponerse en banca; es cierto, como es cierto también que esa modesta suma puede pasar como un signo de austeridad republicana, aunque un poco lejos de las toscas medias de lana y de los zapatones de Franklin en la corte de Luis XVI, que bien valía como tono la de Nicolás II. Pero cuando se quiere hacer aparato de sobriedad democrática no se maniobra de manera a tener que ir a Petersburgo. Paréceme que habría sido bien fácil evitarse el voto de esa ridícula suma, que fácilmente se habría encontrado en los eventuales de un par de ministerios. Si lo que se quería era consultar la opinión de la Cámara, debió recordarse el antecedente de M. Carnot, que deseando ir a habitar, durante el verano, el castillo de Fontainebleau, hizo pedir a las Cámaras, a fin de repararlo con ese objeto, un crédito

de *mil* francos. El permiso de habitar Fontainebleau le fué acordado bajo esa forma.

El hecho es que ese puesto de Presidente de la República no enriquece, por cierto, al hombre que lo ocupa. Los hábitos de economía de M. Grévy, su antipatía por el fausto y las fiestas, le permitieron poner de lado una buena parte de sus sueldos, reserva que, unida a otros pequeños beneficios de un carácter más turbio, ha permitido a M. Wilson, el famoso yerno, llevar una vida de gran señor y presentarse repetidas veces a la diputación, con una cara de bronce sobre la que no parecen haber dejado rastros las ignominias pasadas.

M. Faure tiene un millón doscientos mil francos anuales, que como su predecesor gasta íntegros en la representación de su cargo, con un poco más que saca de su bolsillo. Su fortuna personal no es grande y quedará seguramente disminuída al dejar la presidencia. Este régimen republicano, que es el más caro de todos, tiene esas anomalías; hay tantas bocas que nutrir, tantas hambres que satisfacer, que las cabezas tienen que contentarse con la porción congrua.

Félix II le llaman las hojas socialistas, indignadas de las noticias que circulan sobre las precauciones del Presidente respecto a la elección de telas para la librea de su servidumbre, de carruajes y troncos de caballos. Triste soberano, por cierto. En el dominio de la política su acción es infinitamente más restringida que la del último y más reatado rey constitucional. Como influencia no puede ni aun decorar a un amigo, sin la complacencia de un ministro, quien por su parte, para hacer la misma operación, sólo tiene que presentar un decreto a la firma del Presidente. En cuanto a finanzas, ya lo hemos visto.

Un día, allá por 1770, Luis XV se paseaba en coche con su omnipotente ministro, el duque de Choiseul, el mismo que poco más tarde haría saltar la Dubarry. De pronto el rey se dirigió a Choiseul preguntándole cuánto creía que le había costado la carroza en que se encontraban. Choiseul, después de considerar el coche, contestó que éste podría valer cinco mil libras (francos), pero que como el rey hacía siempre las cosas en grande y no pagaba nunca al contado, el precio podía haber subido a ocho mil libras. Luis XV le contestó que se equivocaba en grande, que la carroza le costaba treinta mil libras, agregando, ante la indignación de Choiseul, que hablaba de poner un freno a esos despilfarros y a esos robos, que era cierto, que se robaba mucho, pero que era imposible poner remedio, porque muchos grandes personajes estaban interesados; que, por lo demás, siempre durarían las cosas tal como estaban, tanto como él. Era esa, por otra parte, la única preocupación del inmundo soberano, al que debió su raza la pérdida de uno de los tronos más brillantes de la Europa. El mismo Choiseul sostenía que Luis XV era el hombre más imbécil de Francia, y cuenta en sus memorias que habiendo hecho una apuesta al respecto con el príncipe de Soubise, creo, el rey se había encargado de hacérsela ganar, diciendo en pleno consejo no sé que estupidez de tal calibre que Soubise se rindió. Es el mismo soberano a quien el duque de Broglie, en sus estudios sobre "la diplomacia secreta de Luis XV" pretende hacer pasar como un genio político de primer orden... (1). El precio de la carroza del

(1) La existencia de una política oculta, generalmente opuesta a la oficial, es un hecho indiscutible. Lo curioso es que a veces un mismo embajador francés, como Breteuil en San Petersburgo, allá por 1760, correspondía con Berais o Choiseul, al

rey no era nada: Luis XV, según las cuentas de la intendencia de la casa real, bebía por año doscientas mil libras de café, horchata y chocolate; sus hijas, unas viejas solteronas, gastaban por año doscientas quince mil libras de bujías; una sola de entre ellas, Mme. Elisabeth, consumía anualmente por su cuenta 70.000 francos en carne y 30.000 en pescado!

El tren del modesto Félix I es mucho menos rumboso, como se ve. Sin embargo, se nota ya en él la preocupación de hacer buena figura en las orillas del Neva habituado a reflejar en sus aguas las pompas grandiosas que revisten las fiestas semi-orientales de aquella corte, en la que se vislumbra siempre cierto atavismo asiático.

Otro de los argumentos que ha hecho valer la oposición al viaje es la inconstitucionalidad del acto. Como es sabido, las leyes constitucionales que rigen actualmente el organismo político de la Francia, fabricadas a prisa y para salir de un mal paso, pasan generalmente por ser un modelo de imprevisión. Es a mis ojos su gran mérito; son el *mínimum* de legislación política posible. Jules Roche, un publicista de primer orden, observaba últimamente que las leyes constitucionales vigentes no hablan una palabra de los derechos inherentes a cada francés, y son mudas respecto a las declaraciones y garantías que no sólo formaban el *introito* obligado de todas las constituciones pasadas, sino que encabezan todas las de los países que las poseen en Europa y América. En el caso ocurrente la ley no dice una palabra sobre si el Presidente puede o no salir del territorio fran-

---

mismo tiempo que con los directores de la camarilla oculta de Luis XV, que eran los que hacían todo, y no el rey, perfectamente incapaz. El historiador polaco Walerewski ha puesto todo eso en claro.

cés. Como no ha instituído vice-presidente de la República ni designado el funcionario que debe reemplazarle en caso de impedimento, ausencia o muerte, se ha limitado a atribuir el ejercicio del P. E. al consejo de ministros, en caso de muerte del Presidente y hasta tanto el Congreso, que debe reunirse dentro de tercer día, designe su sucesor. Quien calla otorga, han dicho las Cámaras en la especie, y el Presidente irá a Petersburgo, a donde la valija diplomática (la famosa valija, generalmente repleta de sombreros de mujer, cintas y corsés) le llevará los documentos urgentes de firma indispensable.

Pienso que ese *mínimum* de legislación política, que permite moverse a los gobiernos y a la opinión con la libertad que las circunstancias imponen, es la suprema sabiduría en la materia. Ultimamente leía en *La Biblioteca,* de Groussac, un excelente artículo de Juan Antonio Argerich, en el que pone de manifiesto la enormidad y el absurdo de la constitución política de la provincia de Buenos Aires. Es un buen golpe de ariete dado a ese mecanismo que la experiencia ha condenado ya definitivamente. No soy por cierto partidario de las reformas constitucionales, no por conservatismo, sino porque pienso que las instituciones muy poco influyen sobre la marcha de los pueblos y que todos los esfuerzos deben tender a modificar y mejorar las ideas y las costumbres, únicos elementos realmente importantes en el problema. Pero aquí no se trata de una reforma sino de una pura y simple demolición, de echar al suelo a picazos un edificio malsano, aparatoso, caro, mal construído y nocivo...

Por fin, a los ojos de la exultante burguesía, la torre de granito de Milutine, soberbiamente plan-

tada en medio de la estepa silenciosa y de la turba reverente, va a abrir sus puertas al representante de un pueblo libre y soberano. El Czar va a recibir y a tratar de igual a igual a un Presidente de República, a un burgués, a un antiguo *curtidor*, a un miembro precisamente del vil gremio, mirado con profundo desprecio por los pueblos del Asia durante centenares de años. ¡Triunfo de las ideas!—exclaman, penetración forzosa del espíritu democrático que se enseñorea de la Europa! ¡Bah! ¿Era acaso también el triunfo de las ideas reinantes en la corte de Luis XV el que determinaba a la emperatriz María Teresa a encabezar con estas palabras una carta a la marquesa de Pompadour: "Mi querida amiga"? ¿Era acaso el liberalismo triunfante el que hacía mantener a la gran Catalina su correspondencia con Grimm, Voltaire y Diderot? ¿Fué acaso por amor al pueblo inglés que Felipe II bebió el famoso vaso de cerveza que debía abrirle el corazón de la reina de Inglaterra? ¿Y últimamente, fué en homenaje al cesarismo alemán que la escuadra francesa fué a dar brillo con su presencia a la inauguración del canal de Kiel?

Política, bien o mal entendida, pero política pura. París vale bien una misa, decía Enrique IV. Bien vale, para el Czar de Rusia, un apretón de manos a un hombre decente como M. Faure, que se las lava, en cambio del enorme apoyo que la Francia, con su tesoro formidable, su ejército y su escuadra, listos a moverse, a la primera señal venida de San Petersburgo, presta a la Rusia para el desenvolvimiento de su política en Oriente, que es la única que le interesa y la única que prosigue con un espíritu de unidad que data, no ya de Pedro el Grande y del famoso testamento que

nunca existió, sino de los primeros grandes duques de Moscou.

Ahora preparáos durante una semana a pasar media hora todas las mañanas leyendo los extensos telegramas que darán cuenta de la recepción del Presidente de la República en la corte rusa. Van a desfilar a vuestros ojos los cuadros, un tanto cargados, del bizantinismo oficial moscovita. Los palacios soberbios, profusamente iluminados; los uniformes agobiando, bajo el peso del oro, las espaldas de la interminable serie de funcionarios palatinos; los regimientos históricos, con el *Preobrajenski* a la cabeza, formando la guardia de honor y ostentando sus atléticos soldados, rígidos dentro de sus trajes de parada; las princesas rusas, llevando encima sendos millones de diamantes, y por fin las inacabables ceremonias de la iglesia ortodoxa, la atmósfera pesada de incienso y mirra, y allá en el fondo, deslumbrante aún a través de la espesa e incierta nube de perfumes, el *ícono* santo, la placa de oro cuajada de pedrería que rodea la imagen sagrada, y ante la cual se inclina hasta besar el suelo el *pope* oficiante, mientras a lo lejos suena el cañón y se oye el clamor robusto del pueblo que vitorea...

Será un sueño de media hora que os reposará el espíritu, como la lectura de un cuento azul. La corneta de un tramway os despertará a la vida, y con los ojos turbados aún por la visión oriental os encaminaréis tristemente a la Bolsa, al mercado de lanas o al escritorio.

París, julio 15, 1897.

———

¡Pax multa!

A Manuel A. Montes de Oca.

La gran jornada ha concluído, y en los momentos en que escribo, los tres navíos que llevaban la fortuna de la Francia a tentar la prodigiosa aventura en las orillas del Neva han levantado sus anclas y emprendido la ruta de regreso. Solo, en su cabina, aun saturada del vago perfume de las flores prodigadas en la última recepción, M. Félix Faure debe palparse, mirar su rostro al espejo y, lentamente, hacer esfuerzos para entrar de nuevo en el pleno goce de su conciencia. La aventura no tiene precedente en la historia. Muchos hombres se han elevado a las cumbres del poder y de la gloria, indudablemente y, a medida que el tiempo vela la figura de Napoleón, su vida parece confundirse con esas leyendas fabulosas que los pueblos aman imaginar en los albores de su existencia. Pero esos hombres, salidos de la masa profunda del pueblo, un Bonaparte, un Cromwell, un Wáshington, un Garibaldi mismo, ponían al servicio de su fortuna sus propias y extraordinarias condiciones intelectuales o morales, o los éxitos militares, siempre eficaces sobre la imaginación de la multitud. M. Félix Faure no es un hombre extraordinario ni ha pretendido jamás atribuir su vida venturosa a las combinaciones de su cerebro. Es simplemente un hombre feliz, que trata de hacerse digno de su fortuna, poniendo al

servicio de la elevada posición que ocupa todo su tiempo, todas sus facultades y toda su voluntad. Es indudable, la fuerza de las cosas, la corriente de las ideas y el dominante imperio de los intereses de dos grandes países, le han ayudado singularmente en su misión. Pero no es posible desconocer su parte de acción personal, la mesura, la prudencia, la grave *bonhomía,* por decir así, que ha desplegado durante su permanencia en Rusia y que le ha conquistado la simpatía y el respeto de la corte, del gobierno y del pueblo. Todo ha sido correcto en la ya histórica visita, y la sonriente estrella que parece velar sobre los destinos de M. Faure, le ha protegido, en el momento supremo, con más cariño que nunca.

No era cosa fácil; la etiqueta de la corte de Rusia, las ideas que predominan en el estrecho círculo que rodea al trono y que da a los personajes palaciegos cierta *morgue,* como si participaran de la autoridad absoluta del amo que sirven, exigían de un visitante, en las condiciones de M. Faure, un tacto extraordinario para no caer en la vulgaridad por el exceso de abandono, para no chocar por exceso de tiesura y al mismo tiempo reflejar en sus actos y palabras el sentimiento caluroso, sincero y entusiasta, de la democracia que representaba. No hay dos opiniones respecto a la manera cómo el presidente de la República ha salido del paso, y los jueces más difíciles, los diarios extranjeros, especialmente ingleses y alemanes, los últimos entre renglones, los embajadores con quienes he tenido ocasión de hablar y sobre todo los *clubmen* de París, gente escéptica, *gouailleuse* y reaccionaria, todo el mundo está de acuerdo en que M. Faure, desde su salida de Dunkerque hasta su vuelta triunfal al Elíseo, no ha cometido una falta.

Y lo curioso es que el peligro de algún *impar* se aumentaba por la cordialísima recepción que se le hacía en Rusia. A todos nos ha sorprendido la actitud del Czar, no porque dudáramos del resultado de la visita, ni de los sentimientos del pueblo ruso, sino porque recordábamos el empaque, la inquietud, la frialdad del joven soberano durante su permanencia en París. Más tarde, no sólo se ha sabido que había estado enfermo esos días, sino que en Inglaterra, de donde venía, le habían metido en la cabeza que un atentado contra su persona se fraguaba en Francia. En su patria, en su imperio, en su casa, Nicolás II era otro — no es posible imaginar nada más lleno de gracia y dignidad que la salida al encuentro del presidente, en la rada de Cronstadt y todos sus actos durante ese cuento de hadas de tres días, hasta el instante histórico del brindis del *Pothuau*. La emperatriz, los grandes duques y duquesas, que recibían el ejemplo de arriba, han rivalizado de atenciones hacia el huésped, con tal íntima cordialidad, que se dice que la soberana, apasionada por la fotografía, ha sacado ella misma el retrato de M. Faure en una sala de Peterhof. El pueblo, ese pueblo ruso tan callado, tan sumiso y tan tímido en sus manifestaciones, cuando ha visto que se daba puerta franca a los sentimientos de su corazón, ha estallado en un delirio de entusiasmo que poco ha tenido que envidiar a las más compactas vociferaciones parisienses, ni a los rasgos más conmovedores de la ingenuidad popular en Francia. Ese pueblo entiende poco de política y sabe que no debe ocuparse de ella, pero odia y teme un poco al alemán, el eterno parásito que durante tantos siglos ha vivido de su sudor, mientras el francés, en vez de explotarlo, le ayuda con su bolsa; detesta la guerra y ha notado que, en

cada contacto de la Francia y la Rusia, la palabra predominante ha sido *paz* y, por fin, ha oído a los millares de marineros rusos, de vuelta de los puertos franceses, la narración patética de la manera cómo fueron recibidos, el cariño del pueblo, el entusiasmo de todas las clases sociales y, sobre todo, aquella ola de intenso amor que envolvió a los oficiales del almirante Avellan. Así, después de M. Faure, el héroe de la jornada no ha sido ni el ministro Hanotaux, otro hombre afortunado que camina, como el Ruy Blas de Hugo, en un sueño estrellado; no ha sido el almirante Pervais, el que primero llevó a Rusia el saludo fraternal de la Francia, ni el general Boisdeffre, el representante genuino y autorizado del ejército francés, no; el héroe ha sido el simple marinero francés, el *mathurin*. Uno de los tres barcos de la escuadra presidencial, el *Surcouf*, pudo solo, merced a su poco calado, llegar hasta San Petersburgo, y fueron los marineros de ese crucero los que tuvieron licencia de bajar a tierra. En el acto, la muchedumbre los rodeó, los levantó en triunfo y durante tres días esos hombres han sido colmados de cuanto no pudieron nunca ni sospechar durante las largas fantasías de la hamaca en su monótona vida de mar. Naturalmente, en el momento de la partida, veintitantos faltaban a la lista de a bordo. Me parece verlos durmiendo una *turca* colosal en el cuarto de un *moujik*, que vela sobre su sueño como un perro fiel. Entre los marinos y el pueblo todo pasaba por señas, de manera que la escasez del vocabulario exigía su repetición. En esos casos, "¡Vive la Russie!" significa todo lo que se quiera. El Czar, en el momento de la separación, tuvo la buena idea de pedir a M. Faure que se levantaran todos los castigos que pu-

diera haberse acarreado la tripulación de la escuadra durante la visita. En estos momentos la policía busca a todos los retardados para repatriarlos. ¡Van a llegar a la rada de Tolon o de Brest refregándose aún los ojos!

Si el éxito representativo, plástico, por decir así, ha sido completo, y los ojos del mundo, como las infinitas placas fotográficas que se han consumido durante la visita, han recibido la impresión de un espectáculo hermoso y cordial, no es posible negar que el resultado político, bajo el punto de vista francés, ha sido de una importancia considerable. Como decía en una carta anterior, si en el corazón de muchos hijos de esta tierra, el culto de la alianza rusa empezaba a enfriarse, no era sólo por el duro aprendizaje de los últimos sucesos del Oriente, que la Rusia ha dirigido duramente, según su criterio exclusivo, arrastrando a su aliada, cuyos sentimientos y tradiciones no ha tenido para nada en cuenta. Lo que sobre todo mortificaba a los franceses era la ausencia completa y perseverante de una declaración *oficial* confirmando la existencia de la alianza. Cada vez que alguien iba a ver a Bismarck a Frederichsruhe, el viejo canciller le decía, moviendo la cabeza: "no hay alianza, no hay más que brindis", lo que daba la nota a toda la prensa alemana para sonreirse socarronamente de todas las manifestaciones bulliciosas que no ocultaban nada positivo. Los ingleses también se sonreían ante tanto Himno Ruso y tanta Marsellesa, y se asombraban de que el pueblo francés se contentara de esa faramalla. Aquí mismo, todos los partidos de oposición, con los radicales a la cabeza, clamaban por que les mostraran el *papelito*. Así, cuando vino el Czar a París, la razón funda-

mental de la febril expectativa era la esperanza de que saliera de sus labios la deseada palabra. Los brindis fueron graduándose en un *crescendo* de términos afectuosos, hasta que la nota más alta estalló en el Chalons, en el que el Czar habló de la *fraternidad de armas* de los ejércitos ruso y francés. No era lo esperado; pero *faute de grives*... el entusiasmo cubrió el vacío de la frase y la Francia, con su Parlamento a la cabeza, aceptó con perseverancia y sin límites las consecuencias de su amor moscovita.

M. Faure estaba o no en el secreto de lo que iba a buscar a Rusia; en ambos casos, nada más perfecto que su perfecta discreción al respecto, así como la de su gobierno. Pero el Presidente pisa el suelo aliado, y con los banquetes los *toasts* empiezan. Primero el de Peterhof; gratitud por la recepción en París, etc... agua bendita. "El Czar espera el banquete en la embajada de Francia", se decía la gente aquí, inquieta en el fondo, aunque desbordante de entusiasmo en palabras. La comida, en ficticio suelo francés, tiene lugar. El Emperador acentúa sus palabras amistosas, pero, en el fondo, nada de lo ansiado. "Se reserva para el lunch militar en Krasnoe-Zelo", se repite aquí, aferrándose a una última esperanza. Vienen los brindis esperados, más cordiales que nunca, los ejércitos se aclaman, fraternizan en realidad, pero, en el fondo, ni asomo de una declaración oficial. Entonces este pueblo, con una tenacidad que conmueve, porque es determinada por el más puro patriotismo, cambia de táctica ante la decepción. "¿Para qué se necesita esa declaración oficial tan deseada? Un contrato hecho ante un notario, en doble, ¿vale acaso ese impulso del corazón de ambos pueblos, que los estrecha, los

une y los confunde? ¡Vive la Russie!" El almuerzo en el acorazado francés *Pothuau* no estaba en el programa, como no estaba la salida del Emperador al encuentro de M. Faure en la rada de Cronstadt. De pronto se sabe aquí que no sólo el almuerzo va a tener lugar, sino que la Emperatriz misma ha manifestado el deseo de asistir a él, acompañada de las grandes-duquesas. El *Pothuau* está en revolución, como la Francia entera, al anuncio de la visita. El almuerzo finaliza, la música calla y el Czar de todas las Rusias levanta su copa y brinda por "nuestras naciones amigas y ALIADAS!" Los oficiales franceses que han presenciado la escena cuentan que, enmudecidos e inmovilizados por la etiqueta, sentían correr por sus mejillas las lágrimas más gozosas y ardientes que vertieran en su vida, mientras que, furtivamente, estrechaban, a destrozar, la mano del oficial ruso vecino. El efecto aquí fué hondo, profundo, casi silencioso de puro intenso. La gran palabra había sido lanzada. ¡Aliadas! ¡Aliados a una de las naciones más fuertes del mundo, a la de mayor porvenir tal vez, precisamente a aquella cuya posición geográfica hace más precioso el concurso, en el caso eventual, contra los enemigos de la Francia! ¡Aliados! Y el pueblo se repetía la palabra, se gargarizaba, se embriagaba con ella, mientras la prensa europea entera rendía las armas y reconocía la existencia del pacto. ¿Las condiciones de la alianza? ¿Meramente defensiva? ¿Unicamente destinada a observar e imponer la paz? Pero si eso es precisamente lo que este pueblo quiere y desea con toda su voluntad y toda su alma, hasta el punto de que no puedo expresar bien mi pensamiento a ese respecto, sino por esta paradoja: la única guerra que sería popular en

Francia sería la que se emprendiera para mantener la paz. La Alsacia, la Lorena... La estatua de Estraburgo está eternamente cubierta de flores, y las coronas que la adornan tristemente se renuevan en todos los días patrióticos. Pero el tiempo ha corrido y la generación que, habiendo sufrido los dolores del año terrible, conservaba en su corazón odio implacable y ansia de revancha, se ha ido alejando lentamente del escenario para bajar a la tumba o encerrarse en el retiro, blancos ya los cabellos. La que hoy manda y dirige ha apartado sus ojos del punto hipnótico de los Vosgos, y sólo ve en la perspectiva de una guerra el mayor cuadro de horror que pueda ofrecer la historia humana.

¿Acaso ese sentimiento es exclusivamente francés? No, por cierto, y la Alemania, — que jamás ha estado ni estará mejor preparada para la guerra que en este instante preciso, en que su Emperador, joven y vigoroso, es universalmente respetado, en el que todos los jefes de su ejército están en plena fuerza — la Alemania lo comparte, como el Austria, como la Italia, como la Inglaterra misma, porque la guerra no puede darle más de lo que le da la paz.

¿Cómo encarnar ese contento público por la risueña perspectiva de una paz prolongada? Por un movimiento espontáneo, hábilmente secundado por los diarios serios de París, el 31 de Agosto, día del regreso de M. Faure y día de San Ramón Nonato (dícese que los nonatos son particularmente felices... verdad que César, que lo era, tuvo al fin un mal momento bastante pronunciado... Pero, ¡bah! le evitó la vejez, que es lo peor que existe sobre la tierra), el 31 de Agosto,

pues, se eligió para celebrar la *fiesta de la alianza.*

La recepción de M. Faure ha sido una de las manifestaciones más entusiastas, cordiales y sinceras que he presenciado en París. El Presidente ha estado a la altura de su conducta en Rusia, lo que no es poco decir. Ni un instante ha abandonado ni su corrección ni su modestia habitual, no desprovista de la dignidad necesaria a su puesto. A la noche, mientras el pueblo vociferaba el himno ruso, revuelto con la Marsellesa, y en todos los *carrefours* de París se organizaban bailes, la mayor parte con un solo corneta a pistón por orquesta, mis amigos del club, que son todos, sin excepción, reaccionarios, legitimistas, bonapartistas, orleanistas, bajo su capa uniforme de *m'en fichistas,* decían unánimemente: "Si hoy M. Faure hubiera tenido un penacho y algo en el vientre, la *République était fichue!*" Es muy posible; pero lo que es seguro es que, si M. Faure usara un kepí en vez de un sombrero alto, los que organizan, impulsan y dirigen las manifestaciones populares se habrían abstenido como de poner la mano entre un riel y una rueda de locomotora.

¡La paz! Es lo mejor, pues, que puede suceder en el mejor de los mundos. Sea, como lo piensan algunos espíritus cavilosos y que tienen por profesión no chuparse el dedo, que el Emperador Guillermo, en su visita a San Petersburgo, movido por el mismo sincero amor de la paz, haya arreglado con el Czar hasta los detalles y palabras de la recepción del Presidente Faure, sea que, sin esa comedia clandestina, que no está ni en el carácter de Guillermo, ni de Nicolás II, la Rusia vea en el equilibrio de las fuerzas el mejor medio de evitar la guerra, el hecho es, salvo accidentes

de grueso calibre, más grueso aún que el del conflicto oriental, que no fué grajea, tan improbable que es excesivo temerlos, el horizonte de la Europa se ha clareado de singular manera. Aquí todo el mundo respira más libremente, y me ha parecido que, en los últimos días, los obreros que están demoliendo los últimos escombros del Palacio de la Industria, como los que están echando los cimientos del puente Alejandro III, sobre el Sena, trabajan con más empeño y cantan con más brío.

El pan está caro, el comercio francés disminuye, mientras el proteccionismo, como Jaggernaut, que requería muchas víctimas para su culto, se yergue impasible en el fondo de la iglesia estrecha y blindada que le han fabricado sus adoradores. Pero las consecuencias de esos errores sólo hacen doler a la larga; por el momento, la Exposición de 1900 está asegurada, la estación teatral y mundana se abre. Sara Bernhardt reintegrará en breve su buena ciudad de París. Folies-Bergère abriósc ayer, *la Dame Blanche* ha reaparecido en el cartel de la Opera Cómica, y por fin, se podrá discutir con tranquilidad la cuestión del ferrocarril metropolitano. ¡Vive la Russie!

París, Septiembre 1897.

Cláusulas, candados y otros instrumentos de tortura

A Enrique Berduc.

El acontecimiento del día, de tal importancia que alguien le ha llamado "un momento histórico", es la denuncia del tratado de comercio entre la Alemania y la Inglaterra, hecho por la última. Ese género de vinculaciones, muy común en la historia económica de la Europa, ha respondido generalmente a cambios, las más veces transitorios, en las ideas predominantes en algunos de los Estados contratantes, o a nuevos intereses creados por nuevas instituciones. Pero nunca un acto de esa naturaleza ha tenido la resonancia del que acaba de efectuar la Inglaterra, con esa decisión y ese aplomo imperturbable que caracteriza a sus hombres de Estado. ¿Así, el hogar invulnerable del libre cambio, el baluarte hasta hoy inexpugnable de las ideas liberales que han hecho su poderío y su grandeza, cede a su vez al soplo del momento y abre sus puertas a la corriente del proteccionismo? No lo creo así y trataré de probarlo más adelante; pero sí creo que la Inglaterra ha visto claro el peligro no lejano, y como hace cualquier hombre prudente en ese caso, si tiene las manos atadas se las desata para disponer de ellas libremente en el momento oportuno.

La razón determinante de la resolución adopta-

da por el gobierno inglés, es no sólo de carácter económico, sino de elevado orden político. Hasta hace un tiempo, las ideas proteccionistas imperantes en los Estados Unidos se habían infiltrado poderosamente en el Canadá. La gran colonia británica, si colonia puede llamarse un país que se rige por la más completa autonomía, erizó también sus fronteras con sus tarifas prohibitivas, hasta tanto que el triunfo del partido liberal que trajo el poder, como primer ministro, a Sir Wilfrid Laurier, (el mismo francés de raza pura, católico, que ha asistido al jubileo de la Reina y en este momento encanta a los franceses con la reverente confesión de su origen) determinó también el triunfo de las ideas libre-cambistas. La primera resolución de los liberales en el poder fué la inmediata reducción de las tarifas de aduana. Esa reducción era en beneficio, en primer término, como es de suponer, de la Inglaterra, y luego de todo país que acordara al Canadá ventajas equivalentes.

Aquí empezaron las dificultades; la Alemania, que tiene con la Inglaterra un tratado de comercio, juzgó que no necesitaba hacer concesiones al Canadá, para beneficiar de las ventajas de la nueva tarifa, puesto que la Inglaterra las adquiría. ¿No la ligaba a ésta la cláusula de la nación más favorecida? La Alemania entendía que toda reducción que obtuvieran en el Canadá los productos ingleses alcanzaba a los suyos, así como también cualquier privilegio que a su vez la Inglaterra otorgara a los artículos canadienses. Esa interpretación, a pérdida de vista, de la famosa cláusula, no tenía por cierto la claridad del agua cristalina. Pero, teniendo en cuenta las intrincadas y confusas cuestiones que suscita el régimen económico especial a que obedecen las relaciones

comerciales entre la metrópoli inglesa y sus colonias, no cabía duda que la discusión diplomática que se abriría entre la Inglaterra y la Alemania con este motivo, podría no sólo durar mucho tiempo, sino tomar un carácter de acritud no exento de peligro. La Inglaterra ha preferido, pura y simplemente, rindiendo así un homenaje a la preponderancia de sus propias ideas en la gran colonia, denunciar el tratado anglo-alemán y despejar el horizonte de dificultades de chicana. En adelante, pues, el Canadá podrá hacer las rebajas que quiera en sus tarifas de aduana, sin sufrir el perjuicio de verlas aprovechadas por países que se niegan a hacerle concesiones análogas. Es precisamente lo contrario de lo que pasa entre nosotros, donde, si no tenemos tratados de comercio propiamente dichos con las naciones europeas, nos ligan a ellas esos pactos de carácter general, llamados de paz, amistad y reconocimiento, que registran todos la cláusula de la nación más favorecida. Esa cláusula es simplemente el torniquete con que nos estamos ahorcando por nuestras propias manos. Vivimos a la merced de los caprichos de la legislación económica de la Europa entera, sin tener los medios de responder a la agresión por la agresión y al buen tratamiento por las buenas maneras. Si la Italia, por ejemplo, favorece la introducción de nuestros cereales, carnes, cueros y sebos, reduciendo las tarifas de aduana que los gravan, nada sería más justo, a nuestra vez, que reducir las que entre nosotros pesan sobre los vinos y aceites italianos. Pero la Francia y la España (como la Alemania en el caso del Canadá) reclamarían en el acto el mejor tratamiento concedido a Italia y eso sin concedernos a su vez absolutamente ninguna vantaja. Sería injus-

to, pero legal. Así, pues, como para la Italia misma, una concesión que aprovecharía a sus rivales, no sería tal para ella, y como, para nosotros, sería absurdo acordarla gratuitamente a la Francia y a la España, resulta que tenemos que renunciar a la situación ventajosa de abrir con Italia un intercambio de productos provechosos para nuestro país. Y donde he dicho Italia, léase Francia o España, o Alemania o Estados Unidos. Y a medida que nuestra producción aumente, cuando la plétora, no ya de azúcar, sino de trigo, de maíz, de lino, de manteca, de carne, etc., nos ahogue, en vano nos precipitaremos a todos los callejones que tomemos por salidas: todos estarán cerrados por la cláusula de la nación más favorecida.

Todo tiene su tiempo en este mundo y hasta los conventos aparentemente estériles de la Edad Media han sido un beneficio para la humanidad. Esa cláusula de la nación más favorecida figura en viejos tratados que celebramos, laboriosamente muchas veces, allá en los albores de nuestra organización política; su objetivo principal era nuestro reconocimiento como nación y, en la premura de ese postulado supremo, ni por un instante se tuvo en vista el porvenir económico del país. ¡El país! ¡Una llanura salvaje en la que vagaban grupos de vacas alzadas, de mucho cuerno y poca carne, que constituía, sin sal generalmente, el único alimento de los habitantes de la campaña. Los de las ciudades no iban ya a comprar zapatos y chaponas a Panamá o Puerto Cabello, como en los tiempos coloniales. Pero si querían pan hacían venir harina de Chile; azúcar, del Brasil o de Europa; manteca, de Holanda, como el queso; cer-

veza, de Inglaterra; vino, de Francia; hasta la sal misma, hasta la madera, que venía toda de los Estados Unidos o de Suecia; hasta la lana para los colchones, porque la nuestra era muy dura y muy sucia. ¿Qué importancia económica podía tener, en una situación semejante, la cláusula, que otorgábamos generosamente, de la nación más favorecida? Nos convenía, con ella, evitar las rivalidades entre los Estados europeos respecto a lo que se refería a nuestro comercio y eso era mucho para un país que apenas sentía fuerza en las piernas para tenerse de pie. Como a los perros (y no pido perdón por la comparación, porque siempre que comparo a alguien con un perro le honro) a los que se ha puesto, de chicos, un collar holgado y cómodo, pero que se les deja en el cuello tal cual, sin observar que han crecido y les va a ahogar, empezamos a sentir penetrar en las carnes el dogal de la cláusula famosa.

Así, por ejemplo, veamos los que nos pasa en Francia, en esta tierra que nos es tan querida y simpática, cuyo espíritu generoso y luminoso es una necesidad para la humanidad. Estamos a punto de interrumpir por completo y en absoluto nuestras relaciones comerciales con la Francia. Ni más ni menos: esas cosas no suceden en un día y aun correrá algún tiempo sin que el fenómeno, en todo su rigor, se produzca. No será por esto oficial, ni las cancillerías tendrán nada que ver en el asunto. Las legaciones recíprocas continuarán tranquilamente en sus respectivos puestos, pero el ministro argentino en París se hundirá el dedo en la sien para encontrar motivo a una nota, mientras el de Francia en Buenos Aires pasará su tiempo en leer el montón de *Figaros* del último paquete.

Entre tanto, los colores de la bandera francesa se irán olvidando en nuestros puertos. (1)

Con excepción de las lanas, que son una necesidad vital para su industria y que no podría comprar en otra parte, so pena de pagarlas más caras, los productos argentinos están hoy sistemáticamente excluídos de los mercados franceses. Las pocas carnes o bolsas de trigo o lino que aun llegan, afrontando las severidades de una tarifa aduanera de tal modo monstruosa, que un ministro de agricultura en Francia, M. Viger, proteccionista fanático, declaró que era imposible elevarla, los pocos productos de ese género, repito, que aún vienen, producen beneficios tan ilusorios, que pronto cesarán de ser enviados. Además, si por una mala cosecha que determine en Francia la suba del trigo, por ejemplo, nuestros productores se animan a hacer una fuerte expedición, ¡ay de ellos! La ley del *candado* les asecha, esa deliciosa ley, peregrina invención que ha echado a tierra, de una plumada, todas las paparruchas del pasado Parlamento, no retroactividad, garantías, etc. En virtud de ella, el gobierno, seamos correctos, el Poder Ejecutivo puede, por decreto, no sólo aumentar los derechos de aduana y sobre tal artículo, sino cobrarlos, según la nueva tarifa del decreto, desde el día de la promulgación de éste. ¿Y sabéis a qué artículo se refiere la última ley del candado sancionada por el Parlamento francés? A las *carnes*, los *cereales*, los *vinos*. No se necesita echarle agua, me parece. Es verdad que la resolución administrativa requiere la sanción legislativa y que, si el decreto no es aprobado por ley, hay que devolver el

(1) Escrito esto hace tres años, me asombra la rapidez con que la profecía se va cumpliendo.

aumento de derechos cobrados por el decreto. ¿A quién? Aquí estalla la hermosura del candado. Don Juan, de Buenos Aires, ha vendido a Monsieur Pierre, del Havre, mil quintales de trigo a 100, por ejemplo, el quintal. Monsieur Pierre ha comprado a 100, porque siendo los derechos de 75, piensa vender a 200. Pero el trigo ya en el puerto, el candado funciona y le aumentan 50 más de derecho. Naturalmente vende con alguna dificultad, pero vende, al fin, a 250, bien entendido, todo su trigo a todos los santos del almanaque, esto es, a los pequeños molineros, panaderos, etc., y éstos a su vez, aumentando un poquito, al noble vulgo, al bravo consumidor. Entretanto, el Congreso encuentra que el aumento de 50, decretado por el Poder Ejecutivo, es una barbaridad y lo desaprueba por ley. El P. E., pues, tiene que devolver el derecho cobrado. ¿A quién? repito. ¿Pero a quién ha de ser? A monsieur Pierre, pues, que lo ha pagado. ¡Pero si monsieur Pierre lo ha cobrado ya del consumidor! ¿Y cómo es posible devolver directamente al consumidor? Monsieur Pierre, que no produce, que no consume, que es el parásito, el intermediario, la rueda inútil por la que pugna en deshacerse el comercio moderno, come a dos carrillos y se pone panzón.

Todo país tiene el derecho de hacer de su capa un bonete, si piensa que el bonete le es más útil que la capa. La Francia ha puesto en un platillo de la balanza su comercio y su industria y en el otro su agricultura y su ganadería; ha creído ver que este último pesaba más y ha sacrificado completa y absolutamente al primero. Indudablemente, los países que, como el nuestro, ven cerradas las puertas francesas a sus productos, continuarán recibiendo de Francia los grandes *crûs* de Burdeos,

las buenas marcas de *champagne*, vestidos de Doucet, sombreros hechos por los dedos de hadas de la rue de la Paix y todas las gentilezas inimitables de este pueblo de amable espíritu y de exquisito gusto. Pero ¿y las telas de Roubaix y de toda la región textil? ¿Y los vinos comunes, y la loza, la porcelana, la mercería, la metalurgia, toda la industria, en una palabra? Nuestro país no produce ni exporta oro, sino cosas que lo valen; pagamos con nuestros productos los productos extraños que compramos y ésa es la ley común. Mientras impere en Francia el proteccionismo actual, tan cómodo como instrumento de gobierno, nuestra importación francesa irá en constante disminución (consúltense ya las estadísticas de cuatro o cinco años atrás) hasta su extinción casi completa. No tengo duda de que esta obsesión del proteccionismo pasará y que la Francia volverá algún día a las buenas y sanas ideas que hicieron su grandeza industrial y comercial. Pero corre el peligro de encontrar en ese momento deshabituados, por decir así, los mercados extranjeros, como el nuestro, a sus productos.

No es el interés primordial de nuestro comercio el que me inspira estas reflexiones; por el momento tenemos mercados suficientes y el mercado francés no nos es indispensable. Pero aparte de que en el porvenir serán necesarios nuevos *debouchés* a nuestra producción, pienso que necesitamos, como pueblo nuevo y en la tarea de hacer su propia cultura, tener relaciones constantes, cordiales y firmes, con la Francia, para que nos mande su instrucción, su ejemplo de labor patriótica, su tradición intelectual y artística, dentro de sus fardos de mercaderías.

¿Y por qué no ayudarla a ver claro en su pro-

pio destino, haciendo resaltar ante sus ojos los fenómenos que se están operando por la sola virtud de la ley de la balanza del comercio, como decía mos en la escuela? Denunciados todos los tratados que nos ligan y eliminada, por tanto la cláusula de la nación más favorecida, empezaremos a conversar, uno por uno, con estos señores de por acá. Llegado el turno a la Francia (y a todos los países que nos tratan como ella, inclusive los Estados Unidos y a éstos con más firmeza que a nadie (1), le diremos sencillamente: "de los artículos que ustedes producen este país necesita y consume tales y cuales. No tenemos inconveniente en imponerlos de manera que puedan ser vendidos con beneficio entre nosotros. Entretanto, como nosotros producimos carne y cereales, que podemos vender en Francia a mitad de precio de las que ustedes producen, necesitamos que nos hagan a esos artículos un tratamiento razonable. Si no, imposibilitaremos la entrada de los vuestros y compraremos los similares, que nos son necesarios, en un país que reciba nuestros artículos en las condiciones dichas".

Nada hay más convincente que esos argumentos, y la historia comercial de nuestro siglo lo prueba. Somos muy débiles aún, indudablemente, para que se nos oiga; pero, para probar la legitimidad de nuestra actitud y su eficacia, supongamos que la Inglaterra, que se ríe de esas cosas porque tiene por mercado el mundo entero además de sus cuatrocientos millones de súbditos, hablara en el mismo tono a la Francia. "¿Con qué proteccionismo, eh? Pues yo también voy a hacer un po-

(1) Véase Roque Sáenz Peña, los *Estados Unidos en Sud América*, en la *Biblioteca* de Junio, ideas sanas, justas y vigorosas, fuertemente expresadas y que hemos de hacer triunfar para bien de nuestro país.

co, a ver cómo salimos''. El comercio general de la Francia con la Iglaterra ha sido, en 1896, de 1544 millones y medio de francos, esto es, dada la cifra de 6495 millones que arroja el intercambio de la Francia, con todo el mundo, de 23.07 %. Pero si se descompone esa cifra de 1544 millones se ve que los ingleses han comprado a los franceses por valor de 1033 millones de productos, esto es, 33.81 % del total de las ventas francesas al extranjero. Los ingleses han vendido a los franceses sólo por 511 millones, esto es, 14.85 % de las importaciones totales francesas, que han ascendido, en 1896, a 3440 millones de francos. No es éste el lugar de estudiar las razones que hacen soportable a la Inglaterra (y ya he apuntado algunas) una situación tan anómala aparentemente. Pero si la Inglaterra, cuya escuela liberal ha creído hasta ahora que una nación puede enriquecerse, tanto vendiendo lo mejor posible sus productos como comprando lo más barato posible los ajenos, esto es, la antítesis de lo que se piensa en Francia hoy, tomara por punto de partida la denuncia del tratado de comercio con Alemania y adoptara una actitud análoga a la de Francia, ¿qué sería del comercio de ésta? Exactamente, en grande, lo que será en pequeño nuestra denuncia de la funesta cláusula de favor. Y cada país está obligado a defender sus intereses, sin arredrarse por la escasez de sus medios de defensa. Cumplamos nuestro deber y las generaciones que vengan no podrán acusarnos de haber comprometido, por negligencia, los intereses del país.

La galería universal está ya fatigada de aquellos enfáticos duelos entre el proteccionismo y el librecambio que nos maravillaban hace un cuarto de siglo; sólo en uno que otro Parlamento sud-

americano, muy desocupado, resuenan aún los ecos de ese género de elocuencia. Hoy, en esa materia, ningún hombre sensato es adepto de una escuela, ni nadie, en el poder, cree abdicar principios siendo alternativamente proteccionista o librecambista, siguiendo con oportuna flexibilidad las exigencias de la producción interna o las de las relaciones con otros países. Abrir las puertas a todo el mundo, como cerrarlas, es igualmente absurdo. Cada uno debe vivir en su casa, ocupándose de aquello que sabe y puede hacer, y haciéndolo bien y en abundancia para vender lo que le sobra y comprar lo que no produce.

Ultimamente (15 de julio), M. d'Estournelles ha publicado en la *Revue des Deux Mondes* un estudio económico que ha hecho una fuerte impresión, porque es un grito de alarma a la Francia. Recomiendo su lectura a todos los que se ocupan o deben ocuparse de estas cosas, esto es, a los que gobiernan y legislan o son susceptibles de gobernar o legislar. En ese trabajo está bien diseñada la aparición formidable de los dos nuevos mundos, la América y el Extremo Oriente, en el mercado industrial, así como el pasmoso y alarmante (para el resto de la Europa) desenvolvimiento manufacturero de la Alemania. Hasta hace diez años, cuando se hablaba del agotamiento que sería la consecuencia de la terrible paz armada en que viven estos pueblos, la Francia pasaba por vencer al fin a la Alemania en esa lucha de riqueza. Esa ilusión se ha desvanecido como tantas otras (1) y hoy el comercio general de Alemania es considerablemente superior al de Francia, mientras todo hace presumir que esa diferencia se acentuará más en el porvenir. Los productos

(1) Véanse los trabajos de M. Jules Roche.

alemanes luchan hoy, no ya en el extranjero sino en Francia misma, con los productos franceses, y ha tenido algo de cómica la irritación justa, por otra parte, que ha estallado en Inglaterra, cuando se ha descubierto que, desde hace tres o cuatro años, un 70 % de los productos de la fabricación inglesa Sheffield (cuchillos, instrumentos, armas, etcétera) que se vendían en Egipto, en todo Oriente y *hasta* en Londres mismo, era de genuino origen alemán, con marca falsificada, bien entendido. Porque parece que los laboriosos, tenaces e incansables alemanes no tienen ni una pizca de escrúpulo a ese respecto. En Inglaterra la denuncia del tratado angloalemán no se atribuye sólo a la cuestión de las tarifas canadienses sino, y sobre todo, al peligro de la concurrencia alemana y a la repugnancia por los medios que emplea.

La Inglaterra, que nos ha dado el ejemplo de la libertad política, acaba de darnos, con una oportunidad maravillosa, el método para alcanzar la libertad comercial.

Ahora pido perdón a los que leen con simpatías mis charlas descosidas, generalmente sobre temas más gratos; el de hoy es aburrido, pero ninguno más útil.

París, agosto 1897.

NOTAS DE VIAJE

Delicias suizas

A Nina.

Más que el calor, más que la fatiga del invierno y del martirio de las recepciones, comidas, bailes y *five o'clocks* de la primavera, lo que mueve a mucha gente a dejar París, así que el mes de julio ha entrado en su declive, es el deseo, que acaba por hacerse imperioso, de encontrarse en alguna parte un poco solo, con los codos francos, en la celeste seguridad de no verse estrujado a la salida de un teatro, de no tener que esperar tres horas el coche después de un baile, o de no someterse a la gimnasia de hacer tres visitas de digestión en el mismo día. La soledad, el aire fresco, el espacio, sonríen en la imaginación como una promesa deliciosa.

¿Dónde ir? La ruta para muchos está fisiológimente marcada; los riñones de éstos los empujan a Contrexéville o Vittel; el hígado de aquéllos a Carlsbad o Vichy; los reumatismos a Luchon o Aix-les-Bains; el estómago a Cauterets o Vals, la piel a Uriage o Dax, mientras que Marienbad o Luxeuil llaman a sí las recónditas dolencias femeninas. Pero además de que esas curas toman tres semanas a lo sumo y que está establecido que no

se puede entrar a París hasta los primeros días de septiembre, hay mucha gente que, o no tiene afecciones serias que atender, o, lo que es más común, posee un escepticismo acabado respecto de las virtudes miríficas de las aguas termales. Para ella, que cuenta en su falange los turistas del mundo entero, se han inventado los millares de sitios de baños, en los que se procura, con grandes gastos y con poco éxito, renovar las atracciones que París ofrece espontáneamente. Por medio de jiras más o menos artísticas, todas las *divettes* de los teatros de género de París pasan el verano entero en ferrocarril, saltando desde las playas de Normandía o Bretaña a las gargantas de los Pirineos, desde las boscosas colinas de los Vosgos a los valles saboyanos, desde el secular Vichy que arde en verano como un fogón en medio de la Francia, hasta las orillas que bañan las irritadas aguas del Cantábrico. Allá van todos esos desgraciados; un caro y estrecho cuarto de hotel les espera, una *table d'hôte*, para la mayor parte, que pone a prueba la eficacia medicinal de las aguas termales, un casino atestado de gente vulgar, que os codea para ocupar el mejor sitio durante la hora de la música en el parque, producida por una veintena de instrumentos, cada cual con un hombre pegado en uno de los extremos, encerrados en un quiosco de un chinesco que da gana de llorar!

Pero la palma se la lleva la Suiza, la clásica Suiza, especie de vasto hotel sin techo, en el que durante dos meses, se estruja, se aprieta la mitad de la Europa. No tengo la menor duda de que allá en los buenos tiempos del oso de las cavernas, o aun antes, cuando el *Pilatos* o el *Jungfrau* rompían una buena mañana la corteza de la tierra, para levantar sus cimas al cielo, cuando los lagos

se formaban en la cuenca de los valles y los torrentes azarados buscaban un camino para descender de las cumbres, no dudo que entonces la Suiza debía ser un país admirable, como debió ser el Niágara para el primer indio que llegó a su borde y atónito contempló el cuadro soberano. Hoy, la Suiza me ha traído a la memoria precisamente el recuerdo de mi impresión del Niágara, convertido en un telón de anuncios, en el que, mientras la catarata ruge, se disputan la primacía el chocolate Suchet o el Menier, en tanto que Holloway, Lanman y Kemp sostienen el pabellón americano

¡Oh, la Suiza! ¿Cómo un veterano como yo fué a embarcarse en esa galera? ¿Qué queréis? De esas tonterías se forma la trama de la vida. Cuando se tiene veinticinco años, que el mundo entero, abierto y sonriente, os brinda todo, se suelen pasar dos o tres en agrias disputas y en connubio deprimente con una mujer a quien se cree amar. Cuando se tiene por delante un verano, que bien empleado basta para reconocer la mayor parte de los rincones ignorados y deliciosos de la Europa, allí donde la tapa roja de un Bædeker no ha manchado jamás el fondo de un paisaje ni donde el paso mecánico de una caravana Cook se ha hecho oir, se pone la proa a Suiza, en la persistente ilusión que nada cura.

Me encontraba a un paso de Ginebra, entregado a la grata tarea de contemplar a dos rudos paisanos estrujarme el cuerpo, mientras me lo regaban con una agua nauseabunda; hacía dos semanas que no veía sino brumas y paraguas. La idea de respirar aire seco, bajo un sol atenuado por la altura, en las cumbres suizas, acabó por borrar de mi memoria la lejana e ingrata impresión de los hoteles banales y de los turistas más banales aún.

Ginebra continúa siendo el *specimen* de la ciudad del fastidio; los hoteles, desde hace veintidós años que vi por primera vez la apática cuna de Rousseau, se han multiplicado sobre las orillas del lago, que encierran en una palizada de edificios enormes, vulgares todos. Dentro, en las estrechas calles, la melancolía infinita, pero chata, rastro eterno de las pasiones agitadas por la imbecilidad humana. Más que en España, donde la intransigencia religiosa, brutal y despótica, hería de muerte y asolaba sin debate, aquí las horas negras de las luchas de conciencia han dejado un surco profundo y especial. Al indiferentismo, análogo en cierta manera al que impera hoy en el mundo, la Reforma, más que en otra parte en Ginebra, sustituyó una insoportable presión, una intolerancia más salvaje que la española, porque se ejercía en nombre de la libertad moral... El Ródano, desatentado, parece huir más rápido que nunca de los muros que vieron las tristes luchas burguesas y las hogueras de Calvino...

Llueve a cántaros. ¿Qué hacer? ¿Excursiones sobre el lago con impermeable y paragua, dentro de una nube húmeda, que no permite ver a tres pasos de distancia? ¡Ah, no! Hay una exposición de productos suizos, pronto agotada. ¿Quién ha metido en la cabeza de estos buenos helvéticos la idea de dar a los galpones de la exposición la forma de pagodas orientales? Es que aun dura la impresión de la exposición del 89 en París y la policromía, la más detestable forma del barroquismo moderno, domina todavía.

Pero ¡qué pagodas, *mes enfants,* y qué colores! Bajo pretexto de arcaísmo, unos frescos representando escenas suizas de la Edad Media, dibujados con la ingenuidad de un Boticelli que no supiera

dibujar, pintados como pintaría un inglés después de tres meses de *fogg* continuo, horripilan desde la entrada. Desisto de hablaros de los productos industriales, cueros, lanas, papel, relojes, muchos. muchos relojes. Lo que hay realmente admirable es la exposición militar. No creo que ningún país pueda presentar nada mejor ni como armamento, ni como servicio de intendencia, sanitario y telegráfico en campaña. Se siente que todos esos instrumentos responden a una organización real, bien hecha y eficaz.

Y cuando se recuerda la valiente historia de esta pequeña tribu, erguida en su fiereza desde los tiempos en que los pueblos de Europa apenas se atrevían a levantar sus ojos al rostro de sus amos, se reposa en la confianza de que este santuario de libertad encontrará en la hora del peligro corazones y brazos tan fuertes como las armas que esgrimen, para defenderlo contra el invasor... Luego dos o tres salas de relojes y el león de Lucerna, que hace su primera aparición, en mármol, en madera, en marfil, en pasta, en cuero, en metal y que nos perseguirá hasta los confines de la Suiza germánica.

Sigue lloviendo. El hotel está insoportable. Ayer hemos tenido un terceto tirolés que parecía una ametralladora. Una tirolesa metida en años, muy dotada de vientre, con un sombrerito como plato de café, allá en el último gajo, sacaba del cráneo y la nariz unas notas talmente estridentes, que no había medio material de aguantar en el *hall.*

Al día siguiente, una banda napolitana y un *funiculá* como para tirarse al lago. A estos sucedieron una de esas *troupes* de *tziganes,* que constituyen la más abominable invención moderna. ¡Bendito sea el océano profundo y amplio que nos

libra de esa canalla! Por allá, por Bohemia y Hungría, se cuenta que en las aldeas, cuando un muchacho tiene 10 ó 12 años, el padre le llama con solemnidad y presentándole un violín en una mano y una bolsa en la otra, le invita a elegir. Si echa mano a la bolsa su carrera está trazada: será ladrón. Si va al violín, *tzigane,* lo que no impide que más tarde acumule. ¿Dónde no se encuentra la abominable banda, vestida de mamarracho madgiar, con el director color aceituna, bigote de ébano y ojos en claro, que se acerca lentamente a la mesa en que coméis, estirando como goma de botín una melodía sobre las cuerdas del violín? No tocan mal, en general, ¡pero tocan *guarango,* insoportablemente *guarango!*

Hay que irse de aquí; tal vez en Interlaken haga mejor tiempo. Luego, el camino por el lago ¡es tan hermoso!

Je t' en fiche, de lago, de camino y de panorama! Cruzamos aquella vetusta Berna, la cuna de todas las virtudes y el limbo de todos los fastidios, la ciudad deformadora por excelencia (he oído decir que entre los diplomáticos no hay noticia de que un joven secretario haya escapado a la imbecilidad después de dos años de permanencia en Berna...; y lo peor del caso es que casi todos los jefes actuales de misión, en Europa, han hecho ese puesto), cruzamos la capital suiza bajo un torrente, costeamos el lindo lago de Thoune entre nieblas, y por fin llegamos a Interlaken, oculto en una atmósfera de espesa humedad, dentro de la que vagaban, como microbios en un opaco caldo de cultura, una cantidad inconmensurable de waterproofs, zapatos de goma, paraguas y capas impermeables, conteniendo cuerpos de ingleses de ambos sexos

Habíamos telegrafiado al hotel Victoria, el mejor de Interlaken y nos tenían cuartos reservados, en virtud de cuya buena fortuna fuí a dar con mi cuerpo en un cuartujo de criado, en el último piso y con la soberbia vista, en frente, a tres metros del paredón de una casa contigua, detrás de la que, cuando no había niebla, según me aseguraron, se veían el Jungfrau, el Monge y otros picos.

En casi todas las ciudades de Oriente, en un sitio apartado, hay el *caravanséral*, donde las recuas de camellos, mulas y gentes hacen noche, generalmente a la intemperie, sobre un blando suelo de barro, de una cuarta de espesor.

Faltaba el barro, pero también faltaba el cielo en el hotel Victoria. El salón, los comedores, el vestíbulo, las escaleras, todo estaba lleno. Se andaba a codazos y había que gritar para encontrarse. La parte juvenil de nuestra caravana tomó la cosa de buen humor, invadió el salón, se apoderó del piano y pronto un vals despejó el centro de la pieza. Las caras de las inglesas que palidecían descifrando el Bædeker y se veían forzadas a interrumpir su lectura, dejando el lente por señal, eran impagables.

Todos los hoteles del llano en Suiza, estaban igualmente atestados. Todo el mundo de la montaña, los millares de turistas que desde mediados de julio empiezan a trepar cumbres y a hacer la Suiza a pie, metódicamente, habían bajado al valle, huyendo del tiempo infernal, insoportable en las alturas. Los trenes llegaban repletos de todos lados y, mientras se alargaban las caras de los hoteleros de arriba, se hacían más insolentes las de los hoteleros de abajo.

Y yo soñaba con la delicia de los Campos Elí-

seos y del Bosque a la caída de la tarde en verano, en mi buena casa donde en una fresca sombra se puede trabajar durante el día y en la incomparable dulzura de las noches de estío junto al Sena. ¡Tan cadete, a mis años!

Gracias al valor de los compañeros, la lluvia continua no impidió una o dos excursiones; ¡mucha cascada y, sobre todo, mucho funicular! ¡El funicular, la pesadilla suiza! Tengo, tendré mucho tiempo en los oídos el ijadear estridente de la máquina empujando el tren sobre el riel de engranaje, aquel vaivén insoportable, aquel olor en los túneles que, por su inclinación, se convierten en tubos de chimenea para el humo de la máquina que va atrás.

¿Cómo queréis que cuando se llega a la cumbre de la Schynige Plate, del Righi, del Pilatos, en esas condiciones, aprensado entre burdos alemanes o ásperos ingleses de pipa en boca, se tengan ojos para contemplar paisajes? Un paisaje es un estado del alma, ha dicho Amiel con profunda verdad. ¿Será por eso que los soberbios panoramas que se extendían a mi vista me parecían de una abominable banalidad?

La lluvia continúa fina, tupida, y la niebla invade hasta el vestíbulo del hotel, que expele y absorbe Bœdekers, waterproof y paraguas como una bomba de doble juego. En mi grupo, hasta los muchachos de veinticinco años empezaban a sentir reumatismos. Después de un rápido consejo de guerra se resolvió ganar Lucerna a toda prisa. Los criados de la comitiva lanzaban alaridos de júbilo; como nosotros ocupábamos sus piezas, uno de ellos había dormido en una bañadera, otro a un kilómetro del hotel, Dios sabe dónde, y la de sexo delicado en un corredor, sobre una silla, en la que

saltaba a las 4 de la mañana, hora en que empezaban a lavar el piso como el del puente de un navío.

Las guías aseguran (y hasta Bœdeker toma aire sentimental) que el camino de Interlaken a Lucerna, atravesando el lago de Brienz en vapor, luego por funicular a Brünig, para bajar en seguida, en tren común, al lago de los 4 cantones, es uno de los más pintorescos de Europa. No lo pongo en duda; en cuanto a nosotros, acurrucados, paraguas en ristre, sobre una banqueta del vapor, estibados en un coche pequeño del funicular herméticamente cerrado, no pudimos ver de la ruta más que el eterno tono gris de la bruma, que nos acompañaba como una pesadilla.

Sólo un momento, al atravesar el lago, de Alpnach a Lucerna, la lluvia cesó, las nieblas se disiparon ligeramente y al través del celaje transparente que dejaban las nubes al elevarse, las orillas, las montañas y las caprichosas ensenadas del lago tomaron un aspecto delicioso que reanimó un segundo nuestros espíritus fatigados. Pronto el armisticio cesó y desembarcamos bajo el más violento aguacero de todos los que habíamos sufrido. Empapados, deshechos, hicimos a las 8.30 de la noche nuestra entrada triunfal al Gran Hall del Hotel Nacional, donde todos los impermeables se habían convertido en *smokings*, dentro de los cuales, la consabida nube de ingleses y alemanes oía extasiada... a la maldecida banda de napolitanos que en trajes de *Muta di Portici*, bramaban el *funiculá* con más ferocidad que nunca. El hall parecía una campana, los napolitanos un badajo epiléptico y nosotros, el público, moscas encerradas en el horrible recinto.

Lucerna es un hotel, ¿qué digo? La Suiza en-

tera es un hotel. Hace dos años, la estadística daba 7.653 hoteles en la poética Helvecia. Seguramente que han hecho pequeñuelos. Pero no ya hoteles como aquellos diminutos y exquisitos restaurants de París, aun de segundo orden, donde el propietario, la servilleta bajo el brazo, acoge y sonríe al cliente, visita la cocina, os adivina en la cara el menú de circunstancia; no, hoteles de sociedades anónimas, dirigidos por gentes a sueldo, indiferentes, para quienes el viajero es un bulto, que se saquea, es cierto, pero que se trata a empellones.

¿Qué me importa el lago delicioso, el Pilatos atormentado, rincón salvaje de mis Andes, perdido entre las convencionales cumbres de los Alpes? ¡El león de Lucerna me persigue en todas las vidrieras; acabo de verlo en carey y ese golpe me ha anonadado!

Allá, en el fondo de la Alemania, hay una ciudad perdida en su sueño medioeval y a su frente se yergue la colina sagrada, donde en bendecido día levantó Wagner su templo. Doy gozoso la espalda a la Suiza banal y dirijo mis pasos hacia donde brilla, pura y sin mancha, la luz del arte, el único consuelo de la vida.

París, septiembre 1896.

En Bayreuth

A Carlos y Narciso.

Se piensa en Europa, especialmente en París, que la mayoría de los asistentes a las representaciones de Bayreuth se compone de *snobs*, a quienes la tiranía de la moda impone la ruda tarea de soportar sobre una mala silla y en una sala obscura, cuatro audiciones consecutivas, de cuatro a cinco horas cada una, de una música pesada, monótona e incomprensible. Yo tengo el mayor respeto por los *snobs*, y su valor me ha inspirado siempre una admiración temerosa. Cuando les veo afrontar los dolores físicos dentro de un calzado estrecho, de un cuello alto y férreo o de un jacquet compresor; cuando les contemplo arrostrando impávidos el ridículo en calles y salones o, trepados en la alta y estrecha silleta de un bar, con los codos apoyados en el mostrador, fije la mirada, que simula un ensueño profundo, en el vaso de whisky que contemplan durante horas enteras, en una inmovilidad que envidiaría Simón el Estilita, no puede defenderme, lo repito, de un sentimiento de alta consideración por esos curiosos fenómenos de nuestra especie. Pero toda mi admiración no me lleva a atribuir al *snob*, que no entiende ni ama la mú

sica, el heroísmo necesario para resistir sin flaquear una serie de las *Niebelungen*.

No, no he visto *snobs* en Bayreuth; he visto un público tan heterogéneo como el que llenaba los palacios de la Exposición del 89, compuesto de gentes venidas de los cuatro rumbos de la tierra, surgido de todas las clases sociales, áspero, discordante, egoísta y hosco fuera del teatro, tomando las mesas por asalto, abriéndose paso a codazos, casi inculto en su traje, pero fundido en una maravillosa armonía dentro de la sala, una vez que las luces se extinguían junto con los últimos acordes de la *fanfare* que llama a los espectadores, diseñando en tres notas el motivo principal de la ópera que van a oir...

Ya me preguntaba yo durante las quince duras horas del viaje de Lucerna a Bayreuth, cambiando de tren a cada rato, disputando un sitio en un vagón como una banca de diputado allá en la juventud, qué figura podía hacer un *snob* entre aquellas espesas muchedumbres alemanas de que veíamos cuajadas las estaciones del tránsito. Rara vez he sentido más esa deplorable deficiencia de mi organismo, esa falta del vigor físico necesario para aplastar de un puñetazo a un cochero insolente, que en las estaciones de ferrocarril del antiguo sacro imperio germánico. ¡Con qué gusto habría hundido costillas, incrustado lentes en el cráneo, conmovido amplias y descoloridas dentaduras! ¡Oh, jóvenes! ¡Haced gimnasia, desenvolved el *biceps*, adiestráos en el arte de boxear, habituad vuestro cuerpo a la rigidez, a la brutalidad consciente, no sólo como una preparación para viajes futuros, sino como un *training* para la vida misma: el mundo marcha a la suprema grosería!

Nuremberg, o mejor dicho *Nurberg!* — aúlla el

guarda-tren. Antes que el espíritu haya tenido tiempo de hundirse en el pasado, recordando la historia de la vieja ciudad alemana, sus luchas de gremios, de oficios y cofradías, antes que se hayan perfilado Hans Sachs y los maestros cantores o que los juguetitos de madera de nuestra infancia, aquellos arbolitos verdes, que desteñían en la mano, hayan sonreído en la memoria, ya habéis recibido tres pisotones de los compañeros de vagón que se precipitan al cambio de tren, porque en Alemania se cambia tren para todas partes. En fin, dos largas horas mortales más y estamos en Bayreuth.

Parece que cuando se trazaron las grandes líneas férreas en Baviera, los habitantes de Bayreuth, dando prueba, si no de un modernismo delirante, por cierto, de un profundo amor a la tranquilidad de la vida, salieron de su sopor secular para conseguir, después de grandes trabajos, quedar fuera del trazado de dichas grandes líneas, aislados en su quietud medioeval. Pero si la concepción de hacer una China diminuta en medio de la Alemania, tenía su lado pintoresco, el resultado fué únicamente hacer resaltar el lado incómodo, pues pronto Bayreuth fué ligado a las líneas principales por medio de ramales que dificultan, alargan y hacen insoportable el viaje.

Por fin, se llega. Los dos mil extranjeros que acuden a Bayreuth para cada serie del ciclo, se alojan como pueden, pues los hoteles son escasos. A mi llegada se decía que la princesa de Gales, acompañada por lady de Grey, se había alojado en casa de un panadero, durante los días de la última serie.

Bayreuth es una necrópolis sin el aspecto pintoresco de algunas viejas ciudades alemanas, sin

la melancolía que suscita en otras su expresión *vieillotte*, Bayreuth es hosca, triste, sombría y banal. Wagner debe haber elegido, después de mucha reflexión, ese sitio en el que ningún halago, ningún atractivo podía presentarse a distraer la imaginación de sus fieles. En Bayreuth se come, se duerme, se oye música, se habla de ella; se compra retratos de Wagner, y nada más.

A las cuatro de la tarde, a pie, si el tiempo es hermoso, en *wagen* de un solo caballo, atado a uno de los lados de la lanza que generalmente sirve para dos, las gentes se ponen en marcha lenta hacia la colina donde se levanta el teatro, semejante, por su arquitectura y el color rojo del ladrillo, a una cervecería de segunda clase. Alrededor del teatro, un inmenso barracón de madera contiene un restaurant improvisado, en el que se sirve a la carrera, durante el entreacto, comidas, lunch, golosinas, vinos. El asalto es formidable; me apercibo de que uno de los caracteres fisiológicos de la buena música es su franca virtud aperitiva. Si ese fenómeno llega a ahondarse, tendremos, para las dispepsias, una cura wagneriana que reemplazará con ventaja todas las aguas mal olientes que la moda impone como remedio...

El teatro, al interior, de aspecto sencillo y severo, puede contener y las contiene siempre, mil cuatrocientas personas; no hay palcos, toda la platea es un inmenso anfiteatro, lleno de simples asientos que se levantan, sin brazos. En el fondo, en lo que llamamos la ochava, una galería, que se denomina *Fürstenloge*, o galería de los príncipes, en la que hay lugar para cincuenta personas. En el sitio habitual de la orquesta, un gran vacío, a medio cubrir por una especie de tambor, formando una caja armónica que suaviza y funde los sonidos

que surgen de abajo. La escena, a primera vista, parece pequeña: a poco de observar, se ve que tiene las dimensiones necesarias, ni más ni menos.

Las últimas notas del tercer toque de la *fanfare* se extinguen en el exterior, una granizada de pequeños petardos, el ruido seco de los asientos, al caer, se hace oir; los focos de la altura, que hasta hace un momento iluminaban el teatro, disminuyen lentamente, hasta convertirse en un vago y tenue resplandor, allá en el friso, que parece aumentar la obscuridad de abajo. Todo ruido humano ha cesado y sería en vano mirar la cara al vecino. ¿La emoción de ese momento? me preguntaréis.

Los adversarios de Wagner han sostenido, desde las primeras representaciones de Bayreuth — y recuerdo haberlo observado en un cuarto a espadas que eché ahora quince años sobre el ilustre maestro — que todos esos preparativos, esa trampa fisiológica, la obscuridad, el silencio, la orquesta invisible, el juego de luces en la escena, contribuían, más que la música misma, a la impresión especial y profunda que determinaban las representaciones de Bayreuth. Nunca he negado ese hábil aporte; pero además de que es preferible a la gente delicada, cuando tiene apetito, encontrar una mesa bien puesta, cristales limpios y claros, flores y manteles inmaculados, o cuando tiene sueño o algo por el estilo, un lecho blanco y cómodo, yo preguntaría, en toda la sinceridad de mi alma, si toda esa sabia preparación salvaría otras óperas de banalidad insoportable.

La impresión,—así que la enorme cortina que oculta la escena se abre silenciosamente y que el primer cuadro del *Oro del Rhin* deja ver a las hijas del viejo río jugueteando en el seno de las

aguas, saltando de roca en roca en las profundidades del cauce—la impresión, repito, a los primeros acordes de la orquesta, es la misma que siente el que tiene ojos y alma, ante cualquier obra maestra del arte humano... Dejemos, dejemos la música de lado: no es mi objeto ocuparme de ella. Mi asunto es el público.

Poca o ninguna *toilette*; no he visto un frac y el raro *smoking* deslizado entre los ternos grises de viaje y la gorra de tela que el inglés usa siempre *abroad*, hacía por cierto triste figura. Mucho francés (un amigo me hacía observar la presencia de tres o cuatro jóvenes abogados y *avoués* de una pequeña ciudad del interior de Francia), bastante inglés, americanos, muy pocos españoles y menos italianos. ¿Lo que llamamos gente distinguida? De todo; atravesando el lago de Constanza, mientras consumíamos sobre el vapor un almuerzo que parecía un sueño por lo intangible, teníamos frente a nosotros un joven *commis voyageur* francés, que no sólo se desesperaba de no poder hacerse entender, sino de no tener qué comer. Su traje, la camisa ausente disimulada por una corbata dudosa, revelaban una pobreza vecina de la miseria. Fué de los primeros que encontramos en Bayreuth. Había también algunas princesas alemanas, en *toilettes* lujosas y gritonas, que durante los entreactos eran rodeadas, casi hasta tocarlas, por el pueblo entero de Bayreuth que, como van a ver pasar el tren los habitantes de las amodorradas aldeas del interior de España, no tienen más distracción en el año que ver entrar y salir la gente del teatro.

Todo ese público heterogéneo, sin unidad aparente, se funde en la sala bajo una impresión común que lo armoniza. Es indudable: no es posible concebir condiciones externas más aparentes para

que la emoción de arte adquiera toda su intensidad. No es el público solamente, que en la obscuridad y el silencio oye, palpita, sueña; son los artistas para quienes la masa humana, a la que están habituados a dirigirse, desaparece por completo. La ilusión, esa curiosa e invencible ilusión del artista de raza, que a veces, aun bajo la luz intensa y la asistencia lujosa de un teatro ordinario, le hace creer que está viviendo el personaje que representa, en Baureuth se apodera de él de una manera irresistible.

Como *mise-en-scéne*, la *Walkyrie*, en París, ha sido indudablemente mejor montada. Pero la luz, que tiene el primer rango de importancia en la decoración teatral, es manejada de una manera incontestablemente superior en Bayreuth. Además, el arreglo, la composición de las diferentes escenas, es perfecta. Así, por ejemplo, la inmortal escena del tercer acto, cuando las *walkiries* van llegando a su nido de águilas, de vuelta de combatir sobre la tierra. La ficción de la *chevauchée* en las nubes, es superior en París, donde se hace por medio de proyecciones, mientras que en Bayreuth se ven cruzar unos tristes y escuálidos caballitos de cartón. Pero las *walkiries* han echado pie a tierra; en París las ocho artistas que la representan cantan bien, son buenas mozas y se mueven según las reglas de la coreografía más clásica. Pero no es eso; en Bayreuth, las artistas encargadas de esos papeles tan fugaces, de primer orden todas, tienen la inteligencia y el entusiasmo que falta a las *parisiennes*, se mueven, se ríen, trepan la abrupta roca, forman grupos menos armoniosos, pero más pintorescos: representan, en una palabra. Es la verdad, es la vida, y el espíritu, compenetrado de esa atmósfera, acaba por olvidar que está viviendo

en la leyenda y por interesarse en las vírgenes guerreras, en los gnomos, en las ninfas, en todo ese mundo de fantasía que acaba por tener una existencia real.

No olvidaré jamás, porque no creo que vuelva a ver un cuadro semejante, un amanecer allá al final del *Crepúsculo de los Dioses*; el feroz Hagen, el hijo del gnomo Albéric, que robó el oro del Rhin, vela de pie, silencioso e inmóvil como una figura de granito, en medio de las tinieblas. Echado a sus plantas, salido de la tierra con la que se confunde, el padre le habla ansioso, le incita a la venganza contra la raza maldita del Wottan. El guerrero, apoyado en la lanza, no oye, no siente, no responde. Pero la orquesta os dice todo lo que pasa en su alma sombría. Con un último quejido, que es un ruego, el gnomo Albéric se disipa; una vaga, tenue, imperceptible vislumbre se extiende sobre las aguas del Rhin, a cuyo borde vela Hagen, va aumentando en insensible graduación, las nieblas comienzan a disiparse, la luz se hace, los primeros reflejos del sol naciente doran las cumbres y, por fin, en un raudal de claridad de infinito esplendor, las aguas del río brillan en su azulada transparencia...

Todo eso está bien, pero ¿y la música?

Cuando se ha adquirido un poco de experiencia de la vida, único remedio capaz de atenuar en nosotros, y hasta vencer a los dos enemigos formidables que nos acompañan desde la cuna, la vanidad y el entusiasmo, se aprende a no hablar sobre muchas cosas, sino literalmente forzado, con el puñal en la garganta. La mujer que se quiere, las ideas filosóficas que se profesan, cuando se profesan algunas, el fin positivo que se persigue y las aficiones wagnerianas, son asuntos de los que no se debe ha-

blar ni sobre los que se debe aceptar discusión. Basta deciros que si alguna vez la opinión de Nietzsche (1) parece irrefutable, es después de una audición de Bayreuth. Nietzche sostenía que en el estado actual de la sociedad, sin Wagner, la música estaba condenada a perecer. El la ha salvado, él le ha dado las formas nuevas exigidas por el modo actual del entendimiento humano y si, según el mismo escritor, Wagner ha hecho la composición musical imposible a sus sucesores, haciendo producir a todos los recursos del oficio su máximum de expresión y de efecto, a la verdad que no veo motivo ni de queja ni de crítica, en la feliz coincidencia de haber cruzado sobre la tierra, en momentos en que la habitaba el más grande genio musical que haya existido.

El alma humana es la misma siempre, como siempre es idéntica la esencia de la luz; pero como ésta cambia según las variaciones de la atmósfera, el ángulo de reflexión y los míl incidentes que la modifican, así aquella varía en su expresión y sobre todo en su aspiración, a medida que el ambiente moral en el que se agita y vive, se transforma bajo el imperio de leyes que generalmente nos escapan. Ese fenómeno hirió de tal manera a Au-

---

(1) Hablo de la única opinión que de Nietzsche, en ésta como en otras materias, debe tenerse en cuenta, esto es, la opinión expresada antes de 1888, año en el que las facultades mentales del ilustre escritor sufrieron su primera conmoción. El *Caso Wagner, El Crepúsculo de los Idolos* y otras producciones análogas posteriores, son manifestaciones patológicas. Basta leerlas para asombrarse de cómo han podido ser tomadas en serio, hasta el momento en que el ruidoso derrumbe de la razón de Nietzsche proyectó triste pero clara luz sobre su obra.

Nietzsche quedará como uno de los escritores más originales y extraordinarios en nuestro siglo; pero no creo que la marcha general de las ideas humanas, se modifique en lo mínimo por su aporte. Paréceme ridículo asignarle, en el siglo XIX, la influencia de Descartes en el XVII, de Voltaire en el XVIII—o la que el porvenir asignará, en el nuestro, a Renan, en el terreno de la especulación, y a Pasteur en el de la ciencia.

gusto Comte, que al establecer la ley del desenvolvimiento del espíritu humano, según la veía en el curso de la historia, llegó hasta a relegar para siempre en el pasado la poesía, a la que no encontraba sitio en el porvenir de la humanidad. En efecto, en nuestro fin de siglo la poesía parece un cadáver al que afanosamente los últimos tristes rimadores pretenden dar color y calor.

Tal habría sido la suerte de la música, si el coloso no la hubiera modelado de nuevo en su cerebro soberbio... No lo veis? Ya uno de los enemigos asoma; el entusiasmo bulle y quiere abrirse camino. Conviene, con energía, reducirlo al silencio.

París, Septiembre 1896.

Fisiología monte-carlesca

A Emilio Mitre.

Estas costas del Mediterráneo, recortadas como una blonda sobre el azul de las aguas, cantadas por todos los poetas que las han visitado, desde el primer versista fóceo que animaba a los suyos en el combate contra los ligures, hasta el último decadente trasnochado de nuestros felices tiempos, gozan de una de las reputaciones más usurpadas de que lugar alguno de la tierra pueda vanagloriarse. La Europa entera admite, está convencida, de que en Cannes, Niza, Beaulieu, Monte-Carlo, Menton, hace calor en medio del invierno y que es una tontería proveerse de ropas abrigadas cuando se emprende viaje hacia esas regiones predilectas del sol. Eso es tan falso como la poesía de la Suiza, la salvaje melancolía de los Pirineos o, en otro orden de ideas, los encantos irresistibles de Trouville. Aquí, en Niza, de donde escribo, no hace calor, como no lo hace en ningún punto de Europa en invierno. Más de una vez, con la sangre helada, me he echado a buscar una temperatura humana por todos los rincones de este continente; aquí yo he tenido que andar de *pélisse* o de impermeable y paraguas. En Málaga, donde fuí a dar un año, el sol quema desde las 11 de la mañana a las 4 de la

tarde, hora en que la temperatura baja de golpe diez o doce grados y en que es necesario incrustarse en la chimenea, so pena de una pulmonía. Me diréis que en invierno tampoco se transpira en Buenos Aires; convenido, pero eso no me consuela.

Sea la convención, o lo que es más probable, que París, Londres, Berlín, son realmente insoportables en esta estación, el hecho es que hay por estos mundos una multitud de gente tal, que los casinos rebosan, los paseos negrean y los hoteleros jubilan. El rubio predomina, el rubio descolorido del norte, anuncio de un talle largo, chato y huesoso. Si no fuera *le petit trottin,* de Niza, que recuerda las *sartorelle* de las ciudades italianas, se creería uno en una ciudad secundaria de Inglaterra, que es lo más abominable que existe para el extranjero.

¿Y Monte Carlo? me diréis. Ahí está, inmutable, firme como la roca en que se asienta y como la imbecilidad humana que le sustenta. Los árboles de sus jardines han crecido, los palacios han brotado de su suelo con más profusión que las flores, pero el canon sagrado del ritual interno no ha variado un ápice. Al derredor de las mesas de ruleta el mismo personal de siempre; la vieja inglesa, teñida desastradamente, ocupa la silla al lado del *croupier* de la cabecera, con el lujoso *réticule* junto a ella, lleno de billetes de Banco y monedas de oro que pronto desaparecerán. Más allá, el matemático, con su libro de apuntes por delante y las tablas de probabilidades al alcance de la mano. Luego, el jugador de sistema, frío de aspecto, pero seriamente *embeté* de tener que arriesgar mil francos para rescatar el *louis* inicial perdido. En seguida el habituado, casi diría el abonado, que pasa todo el día en su asiento, permitiéndose cada hora la ca-

laverada de poner cinco francos al *passe* o *manque*. Rodeando la mesa, el escuadrón volante de ambos sexos, triturado en el *trente et quarente* o en otra mesa de ruleta y que viene a buscar en ésta una suspensión de hostilidades contra el *pato* que le persigue.

Una vez establecido, reconocido y aceptado, que el *cero* de la ruleta de Monte-Carlo da a la empresa un beneficio anual, después de cubrir todos los gastos, de dieciocho a veinte millones de francos, beneficio irremisible, fatal, irremediable, hay también que convenir que ningún casino de pueblo de baños ofrece las garantías de honestidad en el juego, que Monte Carlo. Sería una torpeza tan grande tratar de hacer *matufias* que, aun si fuera posible combinarlas, el interés de la casa impediría ponerlas en práctica. ¿Qué mayor *matufia*, fuera del cero, que la impasibilidad inerte de la banca, frente a la nerviosidad desorientada del perdedor, o la falta de estómago del ganador, o las inspiraciones supersticiosas del momento, desfavorables nueve veces sobre diez? No, no necesitan hacer trampas y no las hacen. Veinte millones de francos al año, sin contar los gastos, reemplazan allí la conciencia. ¡Los gastos! Precisamente en estos momentos, como me contaba en el tren un *abonado* de Monte Carlo, se trata de la renovación de la concesión, a pesar de que a la actual le quedan aun dieciocho años de vida. Las condiciones vigentes son conocidas; ningún habitante del principado de Mónaco paga un céntimo de impuesto. Las cargas públicas, esto es, los presupuestos edilicios, de la magistratura, de la gendarmería, del ejército, de los empleos palatinos, de todo, en fin, son cubiertas por la compañía, sin contar con un millón y medio de francos que el príncipe reinante recibe

por año como lista civil. Para la renovación del contrato, el príncipe no pide aumento de pensión, lo que es ya muy gentil de su parte; pero exige dos cosas: la primera, que la compañía haga un puerto en Mónaco, y la segunda, que sea él, en vez de la compañía, quien administre, emplee y distribuya la suma de dos millones de francos que se destina anualmente a lo que, por un eufemismo delicioso, se llama "gastos de publicidad". La compañía acuerda el puerto, pero *nega majorem*, esto es, piensa que si se desprende del arma que le permite tener a su disposición la prensa europea, quedará a la merced de cualquier plumitivo que encuentre más lucrativo emprender contra ella una campaña, que arriesgar diez francos a la transversal del 19. En eso están: se arreglarán, no hay duda, porque sin Monte Carlo el príncipe de Mónaco no tiene razón de ser, y sin el príncipe Monte Carlo estaría aún en el limbo. Para que esa escuálida y borrada familia de los Grimaldi haya subsistido como soberana a través de todas las revoluciones de los últimos siglos y de los sacudimientos a no dejar títere con cabeza de principios del presente, es necesario creer, como habría dicho Renan, que esa dinastía, "por un decreto nominativo de la Providencia", estaba destinada a hacer posible la existencia y prosperidad de la noble institución de Monte-Carlo.

¿Hay gente que gana en Monte-Carlo? La hay y no poca; si no, los beneficios se contarían por centenas de millones. Pero es raro, excepcional, aquel que, habiendo dado un buen golpe, no vuelve al día siguiente con la idea de alzarse hasta con las arañas de gas. Y si ese segundo día le prueba aún, la petulancia aumenta al tercero, se empieza a perder, se tiene fe en la suerte que volverá, pe-

ro que no vuelve, y al fin... la triste historia de siempre.

La suerte, he dicho. ¿Qué es la suerte? ¿Existe o es una especie de personificación meramente convencional, que creamos para condensar en ella las infinitas y variadas circunstancias, cuyo mayor número nos escapa, merced a las que se gana o se pierde en una partida de juego? Hace un momento el nombre de Renan ha salido de mi pluma; recuerdo que el ilustre escritor, en más de una ocasión, manifiesta su extrañeza y su sentimiento, de que el curioso fenómeno humano del *amor*, sin duda a causa de las ideas más o menos picarescas que suscita, no haya sido estudiado a fondo, científicamente, por los espíritus más penetrantes que han observado el organismo moral del hombre (1). Lo mismo podría yo decir de ese otro fenómeno, más curioso aún y más impenetrable, de la suerte o la desgracia en el juego o, — como los españoles dirían—del *pato* y del *faisán*. Vosotros, que erráis la casilla necesaria en el *chaquete*, que hacéis *pérdida* después de *billa*, que en el poker no ligáis jamás la tercera pierna o, con cuatro reyes en la mano, os estrelláis contra cuatro ases; o vosotros, que sacáis un solo de oros por ciento, o que, en las carreras jugáis siempre al caballo que no ganará *ese día;* o vosotros, por fin, que os empeñáis en los seis últimos números de la ruleta, mientras los seis primeros se hartan de salir, ¿cómo os explicáis la *guigne* negra que os acompaña? ¿Por qué, un día, tallando al *baccará*, ganáis con *uno*, los dos tableros, y al día siguiente si aba-

(1) Preocupado siempre con esa idea, Renan hablaba un día con Claude Bernard sobre la obscuridad y la trascendencia de ese fenómeno tan poco estudiado. El sabio meditó un momento y contestó práctica y sencillamente:

—No; el amor es una simple consecuencia de la nutrición.

tís *ocho*, os revientan con un *nueve* por costado? ¿Por qué hay semanas enteras en que se pierde siempre y semanas enteras en que siempre se gana, se juegue bien o mal en ambos casos? ¿Por qué, si estáis en la buena, todo error os aprovecha, y si en la mala, os perjudica? ¿Por qué un incidente, una cara nueva en la mesa, una carta mal dada, una bolilla que salta en la ruleta, interrumpen la *vena*, os trastornan y os dejan sin rumbo, al azar de la mala fortuna? Hay quien sostiene que la mala suerte proviene de que se juega mal; con argumentos no menos fuertes otros os probarán que se juega mal porque no se está en vena. En el fondo, es el mismo problema siempre insoluble. ¿Por qué Pascal, por ejemplo, me pregunto a menudo, en vez de emplear la asombrosa fuerza de penetración de su espíritu en el análisis de cuestiones de teología trascendental, que es lo mismo que hacer barcos con madera de ombú, no se ocupó de poner en claro ese misterio? Probablemente nos habría hecho un beneficio incalculable.

Luego viene la cuestión del *estómago*. Se llama así, en juego — y lo digo porque, aunque improbable, puede ser que alguno de los que estas líneas lea no haya jugado nunca, lo que no creo—el valor para aumentar las sumas que se arriesgan, a medida que se gana. A primera vista, parece lo más natural, y es precisamente lo contrario lo que sucede. Salvo las excepciones que, como tales, confirman la regla, el hombre que empieza por ganar algo disminuye la cantidad que arriesga: es que quiere *conservar*. El mismo, si pierde, aumenta la cantidad: es que quiere *recuperar*. Así, en la buena el beneficio es pequeño, y en la mala el *metejón* es de cuidado. Prueba al canto: los veinte mi-

llones anuales de Monte-Carlo y la *cagnotte* de los clubs.

Otro fenómeno, no menos curioso. Don Pedro llega a su club embarrado y mal comido, porque cuando se tienen vicios hay que economizar tramways y manjares. Don Pedro es más avaro que Harpagon; no hay privación de que se prive y le costaría una enfermedad dar diez céntimos a un pobre. Se sienta al *baccará* y empieza con cautela; pero pasa una vez y hace *parolí*, esto es, dobla la apuesta, gana y deja todo. Al cuarto golpe o le revientan y vuelve a empezar sin perturbarse o en cinco minutos hace un beneficio serio, que aumenta considerablemente por poco que la suerte le ayude. Don Pedro tiene estómago.

Carlos es otro tipo; tiene treinta años, tira el dinero a los cuatro vientos, los *maître d'hotel* de restaurant le saludan hasta el suelo, y las mujeres hablan de él como de una providencia. Si antes de entrar al club encuentra un pobre es capaz de vaciar su bolsa en sus manos. Se sienta con fruición a la mesa de *baccará*, echa mil francos, los gana, pero le pasa la idea de que es una tontería arriesgar de un golpe todo, y en vez de dos mil deja quinientos. Los gana, ¡pero el tercer golpe es tan difícil! Arriesga sólo, pues, doscientos cincuenta: pero, como vuelve a ganar, se dice que ha estado idiota, hace un esfuerzo y vuelve a la carga con *mil*. Los pierde; entonces aumenta y marcha con sus dos mil. El metejón se dibuja, se afirma y se ahonda sin cesar. Carlos no tiene *estómago*.

Y esos fenómenos suelen hacerse *reflejos*, como diría Spencer. Días pasados he visto una escena curiosa en una mesa de *trente-et-quarente* en Monte-Carlo. Había concluído mi tarea (la tarea para un hombre razonable y un tanto metido en

púas consiste en llevar poco dinero a Monte-Carlo y una vez perdido no jugar más) y como en aquella maldita casa, cuando no se juega, no hay nada que hacer, me había puesto a mirar jugar mientras llegaba la hora de mi tren. Tenía a mi lado dos *décavés*, una vieja, con una pamela desequilibrada por la emoción, y un hombre joven aun, con cara de no tener ni medio. Ambos seguían con avidez el juego de un inglés imberbe que estaba sentado a la mesa. Había empezado por tres mil francos, que, en dos golpes felices, se habían hecho doce mil, esto es, el *máximum* que se puede jugar. El inglés, con toda tranquilidad, dejó sus doce mil; la vieja, que debía tener un estómago de hormiga, se estremecía y se tapaba los ojos, como temiendo el vértigo, cuando el *croupier* echaba las cartas. Mi otro vecino seguía la lucha con igual avidez y hacía ver en su cara que poco le faltaba para gritar ¡bravo! El inglés tuvo la suerte de caer sobre una serie roja, que pasó ocho veces, lo que le hizo un beneficio de noventa y tres mil francos, menos los doce mil que perdió al noveno golpe, después del que se levantó sonriendo y se alejó. ¡Víctima ilustre, yo te saludo! Mañana volverás con igual brío y en vez de serie encontrarás un talla enloquecida, que acabará por dejarte sin más metálico que el necesario para telegrafiar pidiendo fondos.

He dicho que cuando no se juega no se sabe qué hacer en Monte-Carlo. Hay buenas representaciones y conciertos; pero, en primer lugar, toda la sala está abonada a la gente que va a vivir a Monte-Carlo buenamente por el sol, y en segundo, que cuando se está bajo la excitación del juego, ni la música, ni el drama, ni nada tienen fuerza para atraer. Las mujeres mismas, aquellas cuya fun

ción normal es agradar y seducir, pierden todo su encanto en aquella atmósfera; desencajadas, ásperas, su naturaleza primitiva de paisanas o su educación de costureras reaparece triunfante y borra en ellas hasta el último vestigio del barniz de cultura adquirido. Cuando se las invita a comer, llegan de un humor execrable, regañan a los mozos, encuentran todo malo, no hablan sino de cómo habían coronado el 17 y salió el 18, y antes de concluir ya están saltando por volver al infierno de la ruleta. En cuanto a otras funciones que les son habituales, mejor es no pensar en ellas...

Y con el horror con que huía de la Suiza banal para ir a refrescar mi alma en la colina de Bayreuth, mis ojos siguen con ansia el zig-zag de la vía férrea que serpentea en la costa y que en breve me llevará, por cortos días, a los rincones ignorados de la Toscana, donde se puede vivir en el pasado, lejos de estas muchedumbres regimentadas, de estas fiestas frías, de estos lujos chillones y de estos vicios raquíticos.

Niza, enero 1897.

En Bruselas, divagando

A Martín García Mérou.

De la dulce tierra de Italia, de aquella Toscana deliciosa donde he pasado quince días bajo un cielo transparente, acariciado por un sol que entibia y hace más ligero el aire, he tenido que atravesar de un salto la Europa central para ganar Bruselas, llamado por deberes profesionales. Así, la ilusión medioeval, que en Pisa, Siena y Florencia había saturado mi espíritu, se prolonga aún, modificada por el aspecto de estas regiones flamencas que, como las que baña el Arno, resplandecían por su riqueza y por su arte, en una época en que el resto de la Europa vivía en la pobreza y la obscuridad...

Amo este pueblo tranquilo, laborioso y callado. Ha tenido sus horas bien amargas en la historia y ha tardado muchos siglos en recuperar su independencia y su individualidad; la dominación extranjera ha pesado sobre él, casi sin interrupción, desde los primeros tiempos de la era cristiana, no sin esfuerzos por su parte para sacudirla. Vencido, cuando en el siglo XVI quiso sacudir el pesado yugo español, no tuvo la energía salvaje de los holandeses, que al fin salvaron la independencia y la libertad de las ruinas en que la he-

roica lucha convirtió al país. Los flamencos inclinaron la cabeza y de nuevo los españoles, los austriacos y los franceses dominaron, hasta que en el absurdo reparto de 1815 fueron adjudicados a la Holanda. Tres lustros más tarde, en un esfuerzo poderosamente ayudado por las circunstancias políticas de la Europa, nació la Bélgica. Pero como si una maldición pesara sobre su independencia, en medio de su riqueza, de su progreso y de su fuerza relativa, vive en la angustia del porvenir, porque siente sus flancos estrechados por los dos colosos que, con el odio en el alma, se asechan para el gran combate.

Hace pocos días, volviendo de Italia, por la línea del Gotardo, tomé el tren por la mañana en Basilea, para llegar a la tarde a París. La línea atraviesa el territorio perdido por la Francia en 1871; es la *trouée* de los Vosgos, que pudimos estudiar desde el tren. A ambos lados de la frontera, todos los puntos estratégicos que presenta el terreno han sido cuidadosamente utilizados por el genio militar, y los fuertes se suceden unos a otros en una continuidad tan estudiada, que la opinión general, salvo el caso de una sorpresa, es que sería imposible a un ejército alemán penetrar, por ahí, en Francia, como a uno francés en Alemania. Y no es admisible prever el caso de sorpresa, porque las guarniciones de los fuertes de los dos lados están en el pie constante de guerra, los efectivos completos y las provisiones y las municiones, como en la víspera del combate, al alcance de la mano.

El día, pues, en que este concierto europeo, que los cerebros han creado, pero que los corazones rechazan, se disloque, por la tensión misma de la voluntad que ha sido necesaria para crearlo, es más

que probable que las orillas del Rhin volverán a ver los encuentros de hombres que por tantos siglos las han ensangrentado. Pero como para la Alemania, como para la Francia, la cuestión será de vida o muerte, los belgas se dicen muy cuerdamente que ni su independencia de hecho y de derecho, ni las convenciones internacionales, detendrán un momento la invasión de su territorio por aquel de los ejércitos que, el primero, tenga la audacia de buscar su camino a tierra enemiga a través de las ricas llanuras de Flandes. La perspectiva les es conocida y hacen cuanto pueden para prepararse a encararla; el ejército belga es instruído, está bien armado y organizado y la idea que predomina es caer, con todas las fuerzas de la nación, que pueden llegar a 500.000 hombres, sobre aquel de los beligerantes que sea el primero en violar la neutralidad. ¿Pero si son ambos a la vez, como es lo más probable? Es muy cómodo tener un campo de batalla en tierra neutral: las cuestiones de derecho se arreglan después por notas, entre los gabinetes.

Esa perspectiva, que no deja de ser un tanto sombría, no impide por cierto a este pueblo trabajar con ahinco por sacar de su exiguo suelo los elementos necesarios para marchar en comercio, en industria y en arte, a la par de las naciones más cultas de la tierra. Sin hablar de Amberes, cuyo desenvolvimiento ha sido extraordinario, Bruselas, a la que no veía desde hace algunos años, me ha sorprendido por su vida, su movimiento y las transformaciones de sus viejos, obscuros y malsanos cuarteles o barrios. Es cierto, la higiene gana, el aire circula, la mortalidad disminuye y las humildes clases sociales viven más desahogadas; pero eso no impide que la invasión

de este americanismo que se traduce por anchas y largas avenidas, cruzadas por tramways, bordadas por edificios suntuosos y banales, inundadas por la luz de las vitrinas en que se exhibe todo el *rococó* moderno, esa abominable *camelotte* de los artículos vieneses en cuero y en pasta, pinturas sobre porcelana, estátuas en zinc, tierras cocidas... en hornos económicos, todo eso no impide, repito, que ante esta monotonía abrumadora que presenta el aspecto de las ciudades modernas, ante esta eterna Avenida de Mayo, echemos de menos, algunos maniáticos como yo, los rincones desaparecidos bajo el pico demoledor y en los que parecía revivir el pasado, en el original y generalmente bellísimo aspecto de sus vetustos odificios.

Se me ha ocurrido nombrar la Avenida de Mayo; es natural que la hayamos hecho, porque en Buenos Aires no tenemos nada que conservar y todo que destruir. Es natural, también, que, en nuestros tiempos, en que se hacen ciudades por decreto (como esa abominable Plata que cuando deje de ser campo será el triunfo de la banalidad) se hagan no ya bajo el modelo de Siena o Toledo, sino bajo el de Chicago o Filadelfia. ¡Me cuesta trabajo concebir el interés que, dentro de tres o cuatro siglos, puede inspirar la arquitectura del siglo XIX!

Hacemos bien, repito, en demoler esos montones de adobe que nuestros pobres padres levantaron, como tiendas de campaña, para abrigarse de la intemperie. El Intendente Alvear hizo muy bien en demoler aquella monstruosidad de la recoba, y es de sentirse que uno de sus sucesores, que a duras penas pudo echar por tierra el cuartel del Retiro, que era un foco de inmundicias, no consiguiera, a pesar de sus esfuerzos, hacer desaparecer esa cataplasma de la casa de Rosas en

Palermo... Nosotros estamos condenados por mucho tiempo a la banalidad y al mal gusto en arquitectura. Además de que el gusto de nuestro siglo en ese ramo del arte no es por cierto muy distinguido, en nuestra tierra parece que se han dado cita todos los malos estilos, todos los vicios, todos los sistemas espúreos de la Europa, sin contar con los maestros albañiles que, desde que saben hacer mezcla, se lanzan a edificar. Renan dice que en las entrañas de la Grecia estaba escrito su porvenir artístico; lo mismo puede decirse de la Toscana, donde el mármol y la piedra es tan abundante como en la Hellada. Pero el ladrillo es intratable; en algunos puntos de Italia, aliado con la piedra y empleado con gran parsimonia y gusto, hace aún buena figura. Pero solo, eternamente solo, debe matar la imaginación del artista, como en nosotros mata toda la idea de duración, de solidez y de grandiosidad... Mucho barro, mucho polvo y, por consiguiente, mucho ladrillo, son las características de nuestra tierra. No podemos modificarlas, amémolas, pues, hasta que los hijos de nuestros nietos sepan sacar partido de esos elementos, como han sabido hacerlo los holandeses con su barro blanco...

Demoler entre nosotros está bien, pues; pero en estas gloriosas ciudades cuyo aspecto es como la historia viva del espíritu humano! En Sevilla, por ejemplo, no sé qué edil moderno, inspirado por algún bolsista de Chicago, tuvo la idea de hacer una Avenida al gusto del día, muy ancha y muy larga. La trazó, puso dos columnas romanas a la entrada, encontradas no sé dónde, colocó en el centro su correspondiente tramway y la avenida de Hércules fué. Aquello es horrible; durante ocho meses del año, perro que se aventura a

cruzarla cae achicharrado, y se cuenta de un andaluz que murió de pulmonía por haberla cruzado una noche en pleno verano. En Florencia, en la adorada Florencia donde acabo de pasar cuatro días deliciosos sin hablar con nadie, si no es con Miguel Angel, Donatello y Benvenuto o con Fra Angélico, Luini o Boticelli, en Florencia había un barrio en el mismo centro de la ciudad, a dos pasos del Duomo y de la *loggia* de la Signoria, que se llamaba *il vecchio mercato* y que era una pocilga adorable. Calles estrechas y tortuosas, edificios enormes, con piedras descascaradas y avirueladas por los años y la humedad, pavimentos primitivos, sin veredas, y en las puertas mujeres con aquellas caras finas y pálidas, entre las que con tanta facilidad encontraban los prerrafaelistas los modelos para sus madonas. Todo eso no existe ya; hoy se levantan en aquel sitio, bordando una plaza bien cuadrada y bien banal, macizos cubos, hechos por compañías de seguros, que abrigan grandes almacenes del género del Bon Marché, depósitos de máquinas Singer, de velocípedos o de vinos por mayor. En un arco triunfal muy feo, que hay en un lado, se lee una inscripción que dice poco más o menos: "Este centro de la antigua ciudad, después de secular abandono, llamado ha sido a nueva vida". En el centro de la plaza hay una estatua de Víctor Manuel, que, salvo el respeto debido al ilustre *galantuomo,* es el mismísimo Sancho Panza vestido de general. ¡Y eso a cincuenta metros del Perseo, de Cellini, y en un suelo cuya arcilla parece modelarse por sí misma entre las manos del artista, para conservar la pureza tradicional!... He pasado más de una hora en el Ponte Vecchio, deteniéndome una por una en todas las casillas en que se vende esa jo-

yería de pueblo de campo, con mucho oro relumbrón y una que otra piedra falsa. El *puente viejo,* esa maravilla de carácter, debe estar ya condenado en el ánimo de algún edil florentino, a quien la visión de un arco metálico de un solo vuelo y con muchas traviesas, algo como una torre Eifel acostada, persigue en sus momentos de insomnio...

Bruselas, con su doble aspecto de ciudad vieja y emporio moderno, me ha echado en esas divagaciones. Bruselas, para quien no vive aquí y tiene sus hábitos establecidos, ofrece pocos recursos. En realidad, podría decir lo mismo de todas las ciudades de la tierra, incluso París mismo. No siendo posible *pilquenear,* como diría Sarmiento, todo el santo del día, sin contar la noche, generalmente afectada a ese género de ejercicios, el extranjero, después de un atracón de museos que le deja cefalálgico por un mes, se encuentra delante del arduo problema de hallar en qué emplear las horas entre el almuerzo y la comida. Felizmente, los hipódromos le tienden sus brazos y muchos de nuestros compatriotas, que jamás pusieron el pie en Palermo, van el domingo a Longchamp o Auteuil, el lunes a Vincennes, el martes a Maisons-Laffite, el miércoles a St. Ouen, el jueves de nuevo a Auteil, el viernes a Colombes y el sábado a algún otro suburbano poco católico y menos ortodoxo. Felizmente para mí, Bruselas tiene un museo donde se puede estudiar bien el arte holandés de los siglos XVI y XVII, especialmente del primero, pues posee telas capitales de los dos Van Lyck y de Quentin Matsys, y por la noche, la Opera. El teatro de la Moneda marcha a la cabeza de los de Europa, como iniciativa y audacia. Mientras la Opera de París consume sus maravillosos elementos en una rutina fatigante, la Moneda de Bruselas abre sus puertas a todas las

tentativas de renovaciones artísticas y acoge las obras de compositores que habrían pasado su vida golpeando en vano las puertas del monumento de Granier. Es aquí donde se han dado por primera vez, fuera de Alemania, las obras capitales de Wagner, incluso algunas de la Tetralogía, como la *Walkirie* y el "Crepúsculo de los Dioses". Aquí se estrenaron también "Sigurd" y "Salammbó", de Reyer.

Me ha tocado la buena fortuna de asistir a la primera representación de *Fervaal,* ópera de Vincent d'Indy que ha de hacer bastante ruído en el mundo y que tal vez llegue algún día a ser puesta en escena en Buenos Aires. Es pura y exclusivamente wagneriana... y a ese respecto recuerdo una escena ruidosa que presencié hace un mes en la Scala de Milán. Sin estar en antecedentes, me fuí, la noche de mi llegada, a oir "El crepúsculo de los Dioses", que se daba en fragmentos, para dar tiempo a la gente a llegar a ver el ballet "Sport," de los mismos autores de *Excelsior,* que era la novedad del día y por el que hacían pagar 25 francos la butaca.

En el teatro me encontré con una de *populo barbaro* contra la ópera de Wagner, cantada detestablemente, a la italiana, casi con fiorituras. Lo que el público quería, era... *I Puritani!* que le habían ofrecido hacía tiempo y que no podía cantarse porque el tenor estaba ronco. Verdad es que al día siguiente el tenor Marconi, nuestro viejo y amanerado conocido, contratado especialmente para cantar la ópera de Bellini, se llevó una buena rechifla por una nota falsa.

Volviendo a *Fervaal,* es, como he dicho, un *pastiche* de Wagner; pero si el autor se ha ceñido, en el método, en la composición, al padrón ilus-

tre del maestro inmortal, ha conservado su personalidad en la inspiración. El gran dúo del primer acto es exactamente cortado en el del 2° acto de *Tristan é Iseult;* la escena de la evocación, como el grandioso final, que ha determinado el éxito de la obra, proceden directamente de ese *Götterdämerung* que los milaneses no pueden tragar. La última escena de *Fervaal* es una de las más hermosas páginas musicales que he oído; el guerrero, vencido por el destino y por los hombres, toma entre sus brazos el cuerpo muerto de su amada y asciende lentamente la montaña, entonando un canto soberbio, hasta perderse en las nubes. No he oído sino una vez *Fervaal* y mi impresión es que la obra vivirá.

A la salida de la Opera, oí el ruído de una banda de música en la próxima Gran Plaza, aquella en que se levanta uno de los *Hotel de Ville* más hermosos de la Europa; aunque hacía bastante frío, la curiosidad me llevó y no me arrepentí. Una banda tocaba, en efecto, no sé por qué a esa hora; a la luz de la clara luna que hacía resaltar el encaje de piedra del esbelto edificio, la mitad de la concurrencia bailaba con un entusiasmo indecible. Las viejas mismas, con sus paraguas en alto, hacían sus cuatro pininos; las gárrulas muchachas, unas con otras y los hombres generalmente entre ellos, saltaban, se daban de empellones, gritaban y se sacudían, como poseídos. Instintivamente, mis ojos buscaron al violinista trepado sobre el barril, al tonel de cerveza y a los fumadores de los cuadros de Teniers o Van Ostade; es el mismo pueblo expansivo y clamoroso, un tanto grosero en el placer, pero con un fondo de ingenuidad aun en medio de sus *rigolades* más arriesgadas. El cuadro mismo com-

pletaba la ilusión; no se veían en el segundo término la cascada rumorosa de Ruysdael ni los bosques de Hobbema, pero más de una vez los pintores holandeses, aspirando a salir de la atmósfera opaca y pesada de las tabernas de Brower, han dado por marco a sus escenas populares la rígida línea de edificios de una plaza pública, con el glorioso *beffroi* a un lado, centinela siempre alerta, velando por las libertades públicas, más queridas, para esa raza enérgica y bien nacida, que la vida misma.

Y mientras las muchachas saltan, ríen y se atropellan, paternalmente contempladas por los graves burgueses que aspiran lentamente el humo de sus pipas, con las manos en los bolsillos y sus anchos rostros sonrientes, se templa y vibra dentro de mi ser mi conciencia de hombre libre y sin ningún signo exterior, mi espíritu se inclina con respeto ante esos hombres, hijos humildes de héroes ignorados.

Bruselas, Marzo 1897.

Veraneo

A Malena.

. . . . .

SAINT-BLASIEN. — *Sud Badisher Schwartzwald,* como hay que poner en los sobres para que las cartas lleguen a este rincón de la Selva-Negra. Dejé el tren en Waldshut, sobre la línea de Bâle a Sakingen, patria del famoso Trompeta, y en coche, remontando el curso del Alb por los flancos del valle que el río se ha cavado buscando su incorporación al Rhin, alcancé Saint-Blasien. ¿Qué me llevaba? Deseo de aire puro, de buenas duchas, de un poco de soledad, de mucha quietud, sin casinos ni ferrocarriles. Todo eso lo encontré en el valle delicioso; la espesa selva que se extiende hasta el corazón de la Alemania corona allí todas las alturas y se derrama casi hasta el pie de las laderas. En el centro de la aldea (1200 habitantes) la célebre abadía benedictina, que remonta al siglo X, poseedora de toda la parte Sud de la Selva Negra y cuyo abate tenía el título de príncipe desde 1746, hasta su supresión a principios de este siglo. La iglesia, construída en el siglo pasado, fué destruída por un incendio hace veinticinco años, y su restauración, sobre todo en la parte interior, no está aún concluída. Es un pseudo Panteón de Roma, macizo, pesado, horrible; me hace el efecto de

un enorme globo cautivo en el centro de una manzana de casas de un piso, de esas que nos achatan el alma en los alrededores de Buenos Aires. En las antiguas dependencias de la abadía dos filaturas de algodón, silenciosas, sin puertas, tan clandestinas que ni aun se ven los obreros que ocupan. Luego, el hotel o *Kurhaus*, enorme, con tres dependencias, lleno, repleto (tengo que alojarme en una villa, sobre una altura vecina), pero tan callado y muerto como las fábricas.

Sólo a la hora de comer, bullicio insoportable en el enorme comedor, algarabía que cesa con el último bocado. Los estómagos, llenos, se separan, para digerir a solas; las pipas se encienden y todos los caminos de la selva se llenan de paseantes. Un buen establecimiento de duchas, pequeño, pero limpio, decente y bien instalado. Clandestino, naturalmente. Dar con él tiene obra.

Un alma caritativa os pone en la dirección de la casa que ocupa y que en nada se distingue de los otros cuerpos de edificio del hotel. Entráis; un largo corredor, al que dan una media docena de puertas. Un poco de ruido de agua, lejano, pero ni un ser viviente. Por fin, observáis que los picaportes de las puertas hacen jugar un letrero, que ya conocéis por haberlo visto en sitios de imprescindible necesidad. *Free*, se lee en uno de ellos. Un poco de resolución, vuelta al picaporte y adelante. En efecto, el cuartujo está libre; un duchador os mira, como invitándoos a desnudaros. Lo hacéis, le dais vuestra receta, minuciosamente copiada en un libro que tiene muchas páginas, tomáis vuestra ducha, os vestís y salís; no se ha cambiado una palabra. Hay dos médicos en el establecimiento, jóvenes y modernísimos. Ya no auscultan; se meten en los oídos dos tubos de cautcho, análogos a los del fonógrafo y que se unen en una especie de ore-

ja que aplican al cuerpo del paciente cuyos órganos internos quieren estudiar. Poseen una maquimilla eléctrica, y no hay medio de escaparles; el uno me preguntó si había tenido dolores de cabeza en mi vida, y ante mi respuesta, naturalmente afirmativa, me obsequió con un baño eléctrico diario, que me dejaba en la lengua, para todo el día, un gusto de cobre insoportable. Cuidadosos, por lo demás, inteligentes, cultos y ciclistas.

Régimen: a las 7 de la mañana, de pie y listo. La ducha, los diarios al bosillo y a la Selva. El valle es de una verdadera belleza, tranquila y serena. Los paseos infinitos, en llanura, en cuesta, entre el monte, al aire libre, todos maravillosamente cuidados, demasiado tal vez, con sus bancos de reposo cada cien metros. El agua corre por todas partes, en cascadas, en arroyos, artificialmente encauzada, en caños que la llevan a mover las ruedas de un aserradero distante. En la selva, el ruido eterno, armonioso, como el eco desmayado de una sinfonía lejana, que produce el viento en los árboles. De tiempo en tiempo, el estruendo sonoro de un tronco que cae bajo el hacha de un leñador. Hombres tranquilos pasan, aspirando el aire, puro y ligero, a pleno pulmón.

Así corre la mañana; a las 12, a almorzar, con un apetito feroz. Luego al cuarto y una hora de reposo. A las dos de la tarde un libro y de nuevo a la Selva. Marcho media hora, me siento a leer un rato en un banco, vuelvo a ponerme en camino. He subido mucho, abandonando una senda por otra, y noto que, si no perdido, estoy desorientado. La cumbre de la colina no está lejos; subo hasta allí y un clarear de la Selva me permite ver, distante, la enorme cúpula benedictina. Una huella me parece dirigirse en esa dirección

y la tomo. Aprieto el paso porque tengo una buena hora de marcha y son ya las cinco. La senda desciende en zig-zag y no sé dónde estoy, dentro del sereno silencio que me rodea en esta soledad. De pronto, al doblar un codo de la huella, en uno de los sitios más espesos del monte, me detengo absorto. Un cuadro curioso se presenta ante mis ojos: diseminadas, al pie de árboles unas, pero la mayor parte a ambos lados de la huella que sigo, cuarenta o cincuenta *chaisses longues* de bambúes, ocupadas por mujeres silenciosas que leen, bordan, escriben o descifran música. Todas tienen al lado una pequeña mesa portátil, cubierta de libros, revistas, partituras, sedas y lanas teñidas. La variedad de los trajes de aquellas mujeres, el rojo de algunas mantas de viaje tendidas a sus pies, la palidez nacarina, transparente de aquellos rostros, formaban un cuadro curioso sobre el verde profundo de la selva y en la luz tenue y tamizada que las apretadas hojas dejaban pasar. La expresión de honda y concentrada pena que nublaba la frente de los pocos hombres que allí había, tristemente sentados al lado de sus compañeras, oprimiendo entre las suyas una blanca mano sin vida, la mirada sin esperanza que todos aquellos ojos fijaron en mí, la especie de malestar que causó mi aparición, me explicaron todo. Estaba en el centro de un *sanatorium*, y aquellas desgraciadas, en el último grado de la tisis, venían a buscar, en el aire balsámico que se respira bajo los pinares, una efímera prolongación de vida. Siento el corazón oprimido, pero al continuar mi marcha, para evitar una curiosidad indiscreta, veo que forzosamente tengo que pasar entre ellas, porque no hay otro camino. Una joven, 18 a 20 años, blanca y exangüe

bajo sus cabellos de oro, ha dejado caer una revista. La recojo al pasar, se la entrego en silencio y me alejo llevando en el alma la tristeza profunda de su mirada, reflejo de una desesperanza infinita. El cielo azul y sereno, las blancas nubes que lo cruzan, el fresco valle cubierto de verdura, la selva majestuosa que se pierde en el horizonte, todo toma para mí un tinte gris, y con la cabeza baja me alejo renegando del azar que llevó mis pasos a aquel punto.

Las huéspedes del *sanatorium* no son admitidas ni vienen nunca a Saint-Blasien, según me informaron más tarde.

A las 7, a comer. Luego, si el tiempo es hermoso, una o dos vueltas por las intrincadas callejuelas de la aldea. Así, con esfuerzo, se llega a las 9. A la cama. El régimen, como veis, podrá no ser entretenido, pero no me parece esencialmente perjudicial a la salud. Se lee, se piensa, se escribe y la serenidad de las cosas acaba por penetrar el espíritu. No niego que algunas horas parecen un poco largas y que aquella música escuálida, producida por una media docena de ejecutantes metidos en una especie de concha del diminuto parque, a pesar de la respetabilidad que les comunica un sombrero de copa alta de medio metro, sea insuficiente para hacer rosada la existencia. El fastidio, por lo demás, es una cuestión relativa; cuando se le busca, se le afronta, se le encara, pesa mucho menos que cuando os toma por sorpresa e inesperado...

Pero de pronto el cuadro cambió; al azul del cielo, a la serenidad de la atmósfera, sucedieron los síntomas de una tormenta recia. Un viejo habitante de Saint-Blasien me dijo: "¡Ya me extrañaba! Aquí llueve todo el verano". Paré la oreja

y miré la maleta. La lluvia empezó en breve, y aquel valle sonriente se convirtió en un océano sombrío. El Alb, que lo cruza y que la víspera arrastraba penosamente un hilo de agua haragán, se hizo torrente, el aire se saturó de una humedad pegajosa, penetrante, capaz de despertar el dormido león del reumatismo. ¡Así pasó un día, dos, tres, cinco! Los diarios hablaban de las inundaciones que cubrían gran parte de la Alemania y el sol parecía haber huido para siempre. En diez minutos la valija estuvo lista; un coche, y tres horas después, siempre bajo la lluvia, a Albruck. De allí a Bale.

Bale. — Un día, al pasar, a la vieja Basilea, tendida sobre las dos riberas del Rhin, con su aire antiguo y sereno y su plácida atmósfera suiza, superpuesta al antiguo fondo germánico y medioeval. Una buena hora sobre la deliciosa explanada de la Catedral, a plomo sobre el río legendario, que corre ya a prisa, como deseoso de llegar cuanto antes a las regiones que las luchas humanas, la poesía y el arte han consagrado. Esa catedral, nacida en el siglo XII, concluída en el XIV, destruida casi más tarde, reparada, remendada, ofrece, en su curioso aspecto, una variedad de estilos que hunde el espíritu en el pasado. Al Norte se ve aún una portada de estilo romano puro, mientras en el resto predomina el gótico o el *francés,* como debiera decirse haciendo honor a la nación que encontró esa forma arquitectónica maravillosa y abandonando la expresión depresiva (gótico, bárbaro) que los italianos empleaban para significar su desprecio.

Una rápida visita al museo; mucha pintura suiza moderna. Un centro excepcional para estudiar a Holbein el joven. Hay de éste algunos di-

bujos, como pueden presentar pocos museos de Europa. Algunas buenas telas de Ruzodall, Cranack el viejo, Rombouts y unos curiosos fragmentos de frescos de Holbein el viejo. Una de las réplicas del retrato de Erasmo...; pero no, si me abandono a mi *marotte* de hablar de cuadros, estas notas no van a concluir y hay aún mucho que andar.

Una rápida visita al viejo Bale, que se extiende sobre la orilla izquierda del río; fábricas, chimeneas, jadear de máquinas y hombres. Unas horas en un circo de tablas, levantado en una plaza pública, la Barfüsselplatz, donde veo la mejor compañía ecuestre y acrobática (la Sidoli italiana) que haya visto jamás. Temprano, a reposar, que el tren para Ginebra sale muy de mañana. Mi cuarto, en el Drei Königin Hotel, da sobre el Rhin y me duermo al suave murmullo del correr del agua, tratando de figurarme cómo serían estas regiones cuando, quince o veinte años antes de nuestra era, una legión romana en retirada echó los cimientos de Basilea.

Ginebra. — No es posible negar la belleza de Ginebra ni la grandiosidad del paisaje que la rodea. El lago magnífico se extiende sereno e imponente, mientras los Alpes se reflejan en sus aguas tranquilas. El Ródano se escapa soberbio de brío y potencia, abriéndose ancha ruta por el corazón de la ciudad. Cuanto el hombre ha podido añadir para hacer más atrayente ese centro humano, hecho está. Las orillas del lago son hoy asiento de edificios colosales que ofrecen al viajero, dentro de sus muros, todo género de comodidades, y de Ginebra parten todas las líneas férreas que, trepando montañas o costeando valles, llevan a todos los rincones de ese pedazo de tierra especial que,

por una curiosa anomalía, dentro de sus paisajes atormentados y de su ruda y violenta naturaleza, cobija y da amparo a una raza serena, tranquila, laboriosa y callada.

¿Por qué Ginebra no me ha sido jamás simpática? Analizando el origen de esa ligera e inexplicable aversión, porque al fin la linda ciudad atrae generalmente, me parece poder atribuirla a una lectura de mi juventud, un vigoroso libro de historia que narraba los días sombríos en los que el fanatismo religioso más estrecho, duro y salvaje, convirtió a aquella región encantadora en una cárcel o una hoguera, donde sufrieron o perecieron todos los hombres de alma levantada... Por lo demás, parece que Ginebra tuviera conciencia de la frialdad de nuestras relaciones. El año pasado, que la visité después de muchos años, me recibió con una lluvia constante e intolerable que en breve me puso en fuga. Hoy, a mi llegada, a las 4 de la tarde, reina un viento insoportable que levanta nubes de polvo. Pretendo pasearme un momento por los *quais;* pero, vencido, desisto y me vuelvo a la estación. Trataré de evitar a Ginebra en el futuro, porque nuestro próximo encuentro podría revestir caracteres demasiado agrios.

Aix-les-Bains. — Cuando llego las calles están cubiertas de arcos de triunfo, muy cursis, muy banales y muy numerosos. Dos o tres *fanfares, L'Orphéon d' Aix, Les Enfants de Chambéry,* etc., se ensayan desapiadadamente recorriendo las avenidas principales. Es que se espera al presidente de la República, M. Faure, que viene de presenciar maniobras militares en los Alpes. Ha sido día de carreras y hay un bullicio aturdidor. En la "Ville des Fleurs" hay fuegos artificiales en el

Parque, en el Casino concierto y baile y en ambos veinte mesas de *baccará* que funcionan constantemente.

El difícil encontrar una antítesis más absoluta entre dos sitios de destino análogo, que la que existe entre el plácido, sereno y patriarcal Saint-Blasien que he dejado allá en el fondo de la Selva Negra, y el tumulto, la animación ficticia y *de commande* de la coqueta ciudad que hierve al pie del Revard. Allí el silencio, la calma, la atmósfera fresca y quieta; aquí el bullicio, la agitación y el aire abrasado y seco. El calor de Aix me recuerda un poco aquella temperatura insoportable del Rosario o Corrientes de mi tierra, de la Guayra o Barranquilla, sobre el mar Caribe o aun de Nueva York, en un agosto de púas.

La ascensión al *Revard,* por funicular, es deliciosa; a medida que se sube, el paisaje, como una evocación, se va engrandeciendo y cambiando de aspecto en un juego de luces incomparable. Primero el valle d'Aix, al que pronto se agrega el triste y sombrío lago del Bourget, al que la poesía de Lamartine no ha conseguido dar vida ni fantasía; luego los pequeños valles superiores que serpentean entre las cumbres y, por fin, el estallido del Mont-Blanc, apareciendo soberbio y dominante, en su túnica de nieve, precisamente en el momento de llegar a la ondulante llanura que ocupa la altura del Revard. A la temperatura de horno que pesa sobre Aix ha sucedido una brisa fresca, a veces fría, que entona y vivifica; al bullicio banal una calma silenciosa, y a la raquítica obra humana, a los casinos *rococó,* a los jardines geométricos, el cuadro grandioso de los Alpes con su grave e imponente majestad...

Decididamente Aix está insoportable. La única

vida que aquí puede hacerse, y la única para la que se ha inventado Aix, es levantarse muy tarde, meterse en el Casino a jugar después de almorzar, vestirse de punta en blanco para ir a comer en buena o mala compañía, más bien mala, y hundirse de nuevo en el baccará hasta las dos de la mañana. Es precisamente el programa más detestable que conozco, y como no hago cura en Aix (para la broma pesada de las duchas calientes con masaje, que tumban a un hombre sano basta con un ensayo y ya lo hice el año pasado), tomo mi resolución y abandono sin pena el caldeado valle.

Paris-les-Bains. — Agosto ha empezado ya y encuentro a París más fresco que cuando salí. A la verdad, la estación justifica a los que sostienen que París es el mejor balneario de la Europa. Pero no sólo de fresco vive el hombre y el aspecto de la ciudad causa una impresión curiosa al parisién que la atraviesa de paso. La mayor parte de los teatros están cerrados; la Opera, poco atrayente por cierto en pleno invierno, es en verano una jaula de fieras que aúllan perseverantemente el lunes los "Hugonotes", el miércoles "Aída" y el viernes "Fausto", ante una concurrencia de ingleses de gorra y saco a cuadros, que pasan la noche mirando las cariátides y los dorados de la sala; la Comedia Francesa, cuyos principales artistas están con licencia dando representaciones en los pueblos de baños, ensaya en el repertorio de Moliére a todos sus jóvenes reclutas, llenos de ardor e inexperiencia. El Bois de Boulogne... una fila de fiacres repletos de *Baedekers* con sendos ingleses complementarios. Por último, y lo que es más grave, el *cercle,* el Club, refugio supremo, hogar de los *vieux garçons* como yo, es

un desierto. Donde se reunían diariamente dos o trescientas personas, se ve cruzar las vastas salas solitarias, uno que otro infeliz pegado a París como una ostra. El mundo social está fuera y en cuanto al mundo político, las cámaras en receso, el presidente en el Havre y los ministros en sus departamentos respectivos, de cuyos consejos generales forman parte.

París, en esas condiciones, tiene su encanto especial. Los que han nacido en él y se ven obligados a pasar el verano en su seno lo aprovechan para hacer dos o tres largos viajes, sin salir de las fortificaciones. Por mi parte, una buena mañana junté resolución y me fuí a ver la Basílica de Montmartre, que no conocía. Ya nos hemos hablado con dos o tres amigos franceses para aprovechar el próximo verano, si la estación es propicia y nos sentimos bien de salud, para ir a conocer el Jardín de Plantas.

A los cuatro días el prurito de traslación os picotea el cuerpo y cada baúl que veis trepado en el pescante de un fiacre os causa una impresión penosa. París está en las costas normandas y la semana de Deauville ha empezado ayer. Al mar, pues, por unos días.

Trouville. — Trouville y su vecino Deauville han decaído mucho de su antiguo esplendor. Sin embargo, durante la *semaine des courses*, ambos recobran la animación y el brillo que en otro tiempo duraba toda la estación.

No conozco dos sitios contiguos más diferentes que Trouville y Deauville; el primero con sus grandes hoteles a la americana, su casino vulgar, las infinitas tiendas y joyerías que atraen al paseante, sus *planches* de la playa, eternamente recorridas por el grupo de la mamá con sus dos ni-

ñas casaderas, mientras el papá, incrustado en una silla enterrada en la arena, aspira concienzudamente la emanación salina recomendada por su médico de París. Trouville es el pueblo de baños banal, igual a todos, con las mismas distracciones y los mismos fastidios. Deauville, con su aspecto tranquilo, silencioso y elegante, su club aristocrático, sus villas perdidas entre los árboles, sus campos de *tennis*, de *polo* y su hermoso hipódromo, tiene un sello de *fashion* especial, algo de inglés de buen tono.

Un espectáculo curioso, que me hace levantar temprano para presenciarlo diariamente, es la salida matinal de los *yachts*, que así que sopla un poco de viento y sin tener en cuenta la irritación del mar, abandonan el abrigo que los ampara y se lanzan con sus grandes velas abiertas, como una bandada de albatros, a correr sobre las olas, la quilla casi en el aire, inclinados como si fueran a sumergirse, con una audacia y una *crânerie* incomparables.

Sí, pero si la mañana es deliciosa, durante el día y después de comer no hay más recurso que el casino y la función embrutecedora de ver al banquero *abattre* ocho o nueve sin reposo. Para el que no juega, el cuadro es interesante; es poco más o menos el mismo que en Monte-Carlo, pero como el local es más pequeño, los detalles resaltan más. Alrededor de las mesas de baccará, en el *Grand Cercle* hay tantas mujeres como hombres. Allí están las artistas más conocidas de París y todas las *virtuoses* de marca en el oficio que ilustró Aspasia entre los griegos. Todas ellas lucen espléndidas toilettes y las perlas y diamantes que llevan encima bastarían para fundar un hospital, destinado a recibir más tarde a sus pro-

pietarias. El hombre, generalmente inquieto e incómodo, que acompaña un monstruo de esa especie, arriesga, no sin frecuentes latidos, uno que otro luis sobre el tapete, mientras el monstruo inconsciente arroja sin cesar billetes de mil francos. Y el filósofo que observa, dibuja en su imaginación la escena de la vuelta: allá en el cuarto del hotel, la mujer irritada, nerviosa, hecha un erizo, el hombre dolorido por la sangría, con la recriminación en los labios y la ira en los ojos y, ni en uno ni en otro, cariño, respeto, ni aun afecto... ¡y un solo lecho! Y canta en la memoria aquella melopea triste, abatida, apagada como una letanía, que un personaje de Hervé murmura con estas alegres palabras: *je suis un joyeux viveur!*

Encuentro feliz, en la playa, con Jollivet, que me hace un itinerario encantador en Bretaña. A arreglar la pequeña maleta y *en route* para el Mont-Saint-Michel, Granville, Jersey, Saint-Malo, Dinard, Dinan, y luego se verá. Antes de tomar el tren, llegan cartas y diarios de la tierra: langosta y *meetings*. La ausencia tiene sus compensaciones.

París, septiembre 1897.

FIN

ÍNDICE

Págs.

Miguel Cané 4
Introducción, por Ernesto Quesada 7
Carta de Miguel Cané a Ernesto Quesada. . . 28

NOTAS E IMPRESIONES

Advertencia. 33

Navegando

Al pasar.—Una mirada sobre el Brasil . . . 37
Frente al Africa. 42

Notas de Arte

París, sensación de llegada. — El "Orfeo" de Gluck. — Nueva estética. — Mademoiselle Bartet. — Mirando cuadros. — Au Chat Noir. — Chansons rosses. — A l'Epatant 51

Notas sociales

El ángel Gabriel. — La solitaria. — Los rayos X. 81
Nota circulatoria. 90
El extranjero en París. 99
Notas sueltas 108
Los príncipes de la ciencia 118
Barro, acero, bronce 129
Un escándalo de calibre 138
Luz y sombra. 148
La bestia hombre 156
¡A prisa, a prisa! — Automóviles y turbinas. . 166
El águila humana 177

Págs.

Notas políticas

La ola roja 189
Visión oriental 195
Nota china. 202
El esperado 210
Después del loquero. 219
Esta república 229
En tierra clásica. 245
Una fechoría de Bismarck. 255
Un ocaso sereno y una aurora inquieta . . . 264
Demos en casa de Autokrator. 272
¡Pax multa! 283
Cláusulas, candados y otros instrumentos de tortura 293

Notas de viaje

Delicias suizas 307
En Bayreuth 317
Fisiología monte-carlesca 327
En Bruselas, divagando. 336
Veraneo. 346

D
398
C3

Cané, Miguel
Notas e impresiones

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 16 17 02 02 005 3